Eduardo Morales Miranda

Remembranzas de una Universidad Humanista

Ediciones UACh
Colección Patrimonio Institucional

Eduardo Morales Miranda

Remembranzas de una Universidad Humanista

Ediciones UACh / Difusión

Ediciones UACh
Colección Patrimonio Institucional

Prefacio, notas e investigación
Yanko González Cangas

CONTENIDO

Prefacio: Una identidad contada 7

REMEMBRANZAS DE UNA UNIVERSIDAD HUMANISTA 29

Palabras Preliminares 31

Capítulo I: **El comienzo** 33

Capítulo II: **La llegada a Valdivia** 47

Capítulo III: **Bases para la nueva Universidad** 57

Capítulo IV: **Nace la nueva Universidad** 69

Capítulo V: **La Facultad de Estudios Generales** 149

Capítulo VI: **La Universidad Austral en marcha** 167

Capítulo VII: **El Final** 259

Capítulo VIII: **Epílogo** 277

ANEXOS 283

ARCHIVO FOTOGRÁFICO 313

ANEXO DOCUMENTAL 323

EdicionesUACh/Difusión

Prefacio
Una identidad contada

Vivir es la cosa más rara del mundo.
La mayoría de la gente solo existe.
Oscar Wilde

Ediciones UACh/Difusión

En un provocador ensayo –*La Ilusión Biográfica*–[1] Pierre Bourdieu reaviva una antigua discusión en las ciencias humanas y sociales sobre la capacidad de las cadenas de experiencias individuales para comprender y representar la totalidad de lo social. El intelectual francés impugna a la extensa tradición y producción (auto)biográfica –y sus exégetas– como ejercicio infértil para dar cuenta de una época, las condiciones socioculturales explicativas de un colectivo o el propio devenir histórico. Los estilos o variantes individuales, defendía Bourdieu, son producto de coerciones de un «campo» externo, estructural, que opera a través de condicionantes sociales, de las cuales las acciones humanas no son más que reflejos. De este modo –ejemplifica–, resulta imposible entender un trayecto del metro sin tener en cuenta la estructura de la red, es decir, la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones. Su tesis la defendió hasta el final, al punto que rotuló sus propias memorias biográficas –publicadas póstumamente–[2] como un «autoanálisis», en un intento por controlar la tentación de los posibles lectores de interpretar sus escritos como un documento

1 Bourdieu, P. «L'illusion biographique», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N° 62/63, pp. 69-72, 1986.
2 Bourdieu, P. **Esquisse pour une Auto-analyse.** París, Raisons d›Agir Éditions, 2004.

generativo para explicar ficcional o factualmente lo que hizo, pensó o le rodeó como una *«práctica escogida en un proyecto libre».*[3]

El entrevero, con alcances y consecuencias teóricas mayores, resulta pertinente para situar este corpus rememorativo del ex rector fundador de la Universidad Austral de Chile, Eduardo Morales, por cuanto evidencian, como pocas (auto)biografías, la tensión entre el destino individual, sus determinaciones estructurales y, de sobremanera, la incidencia de ese destino en la elaboración de aquellas mismas determinaciones. Dicho de otro modo, la capacidad de una vida no sólo para «retratar» una época o un proceso histórico regional –como una pieza que enriquece el cuadro de la emergencia de una universidad–, sino también, el poder, *agencia* y libertad de esa vida para alterar o construir decididamente esos procesos. Ese poder, creo, aparece con fuerza en esta vida puesta en escritura a través de estas reminiscencias: más que una excepcionalidad «normal» –como podría argüir Bourdieu–, resulta un punto de fuga que nos permite mucho más que enriquecer el cuadro: preguntarnos por la constitución del cuadro mismo.

En este sentido, no resulta casual que en la memoria oral de distintas generaciones de la comunidad universitaria y aún más allá, de valdivianas y valdivianos, persiste un recuerdo de Morales situado en los límites de su singularidad. Desde aquellos que lo recuerdan llegando a uno de los primeros pensionados estudiantiles –«Vista Alegre»– a las 6:30 de la mañana para desayunar con los estudiantes y controlar la asistencia a clases,[4] pasando por los que lo evocan tomándose ilegalmente una servidumbre de paso (la actual Alameda) y plantando con sus propias fuerzas los álamos que la flanquean[5] para *«levantar la vista al cielo antes de ingresar a los recintos universitarios»* –detalles que se relatan en esta obra–; hasta los que relatan la

Ediciones UACh/Difusión

3 Bourdieu, P. **Razones Prácticas, Sobre la Teoría de la Acción.** Barcelona, Anagrama, 1997.

4 Julio Flores, estudiante de Medicina Veterinaria, en Almonacid, F. **Historia de la Universidad Austral de Chile 1954-2003.** Valdivia, Universidad Austral de Chile, 2003.

5 Araya, O. **De Vértebras, Lecciones y Sueños. Acopio de Memorias de una Travesía: La Facultad de Ciencias Veterinarias de la Universidad Austral de Chile (1954-2010)**. Valdivia, Universidad Austral de Chile, 2011.

vez que Morales, apremiado por la aceptación del presupuesto para el siguiente año contable por parte de un renuente Directorio, lanzó sorpresivamente a la mesa un conjunto de piedras sacadas de su bolsillo, planteándoles que en uno de los predios de la Universidad se había encontrado oro –como lo probaban los guijarros–, por lo que las preocupaciones de los honorables directores por los abultados gastos futuros, no tenían ya razón.[6] Singularidad que se extiende, igualmente, en la memoria de los que narran la capacidad de persuasión del ex rector para con las autoridades del país,[7] para los que se opusieron tenazmente a sus empeños por fundar la Universidad Austral de Chile[8] y para los que le atribuyen afirmaciones sentenciosas como *«que la sociedad está integrada por ganapanes y ganafortunas y en muy pocos casos por ciudadanos a quienes les importa hacer bien lo que les corresponde para contribuir e integrar una comunidad sólida»,*[9] tributarias de un «hombre de acción» y no de «contemplación» –como caracterizara Leopoldo Castedo a Morales–[10] que *«al compás de un ritmo endiablado no descansaba jamás, ni tampoco dejaba respirar a quienes lo acompañaban».*[11]

Ciertas o no, dichas memorias interesan menos por su verdad que por sus consecuencias: la configuración, fijación y reproducción de

Ediciones DIUACH/Difusión

6 Esta memoria –y sus versiones– fue traspasada oralmente por un académico y miembro fundador de la universidad a un ex rector. Según el relato –con cariz de fábula–, el presupuesto fue aprobado.

7 En un viaje para buscar apoyo parlamentario –cuenta el ex-académico Raúl Jara R.–, el Alcalde de Valdivia Max Frick le presenta al entonces Presidente de la Cámara de Diputados, Juan Antonio Coloma. *«A los pocos minutos el Alcalde valdiviano pudo observar como el Dr. Morales tenía asido por las solapas al Presidente de la Cámara de Diputados, de contextura gruesa y lo remecía mientras le pedía otorgara un crédito por 40 mil escudos para la nueva Universidad. Lo consiguió, merced a haber zarandeado a una de las más altas autoridades del país en ese momento».* (En Van de Maele, P. **La Isla del Alma Mater. Historia Testimonial de una Universidad.** Valdivia, Autoedición, 1996).

8 Una variante de las muchas que circulan en la memoria oral (relatada por una ex funcionaria y partícipe cercana de su gestión) sobre la obstinación de Morales por crear y poner en marcha la Universidad, es la existencia de un listado exhaustivo de sus principales detractores, a los que visitaba de improviso en sus casas para encararlos y convencerlos de que se sumaran a su causa.

9 Según recuerda el ex académico Samuel Rodríguez R.

10 En Van de Maele, P. 1996, *Op. cit.*

11 *Correo de Valdivia,* 24 de abril de 1965.

una épica fundacional sintetizada en un actor que encarna y resume los ímpetus y trastornos de dicha «hazaña», Eduardo Morales Miranda.

I. Hacia una «Provincia Pedagógica»

Nacido en Constitución el año 1910 en el seno de una familia de raigambre mesocrática, Morales llega a Valdivia en 1939 atraído por un proyecto inédito: la puesta en marcha de un hospital regional abierto a toda la población y servido por profesionales a jornada completa. Resulta claro –como lo atestiguan diversos académicos fundadores de la UACH–,[12] que este contexto fue el légamo para concebir un proyecto de Universidad para Valdivia, por cuanto allí se concentraron no sólo profesionales, sino especialistas con una alta formación universitaria y una producción científica creciente. No obstante, dichas condiciones no explican por sí mismas la alteración de un *statu quo* que, como un consenso involuntario, había anestesiado las fuerzas para establecer una casa de estudios superiores en el sur de Chile. Los empeños organizados entre 1940 y 1941 desde la Intendencia de Valdivia; los de Otto Lenck y un grupo de 12 a 15 personas hacia 1942[13]; o los del escritor Fernando Santiván desde su condición de periodista del *Correo de Valdivia* –y presididos por otro médico–,[14] habían sido abortados entrando la década del ‹50. Hacia 1952, aupado por la Sociedad de Amigos del Arte, sus amigos médicos y con el acicate de la aparición de otro proyecto levantado por un grupo activo que quería establecer una sede de la Universidad de Chile («Centro de Amigos de la Universidad», liderados por otro médico, Víctor Crass)[15], Morales aparece urgente, sagaz e impetuoso con la iniciativa de fundar una universidad propia, autónoma y descentralizada (ya de la Universidad de Chile, ya de la de Concepción o de otra con-

Editorial UACH/Digital

12 Véase testimonios de Italo Caorsi, Rubén Saldías y Claudio Zapata en Van de Maele, P. 1996, *Op. cit.*

13 Contreras, Ramón, «Algunas ideas valdivianas en la creación de la Universidad Austral de Chile». Tesis de Titulación inédita, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 1997.

14 Santiván, F. *Correo de Valdivia,* 24 de abril de 1965.

15 *Cfr.* Contreras, *Op. cit.,* 1996, p. 11.

fesional, de origen norteamericano, que había mostrado cierto interés en establecerse en Valdivia, según recuerda el propio Morales Miranda).

Jorge Millas, Director de las Escuelas de Temporada patrocinadas por la Universidad de Chile, que habían congregado a una parte de la comunidad valdiviana en torno al proyecto de «sede» universitaria, recuerda este momento embrionario, donde un Morales de *«mirada en extremo límpida e inquisitiva»* le comenta el proyecto de fundar en Valdivia una universidad. *«Por supuesto, a mí me pareció absurdo y me sobraron las razones para demostrarle lo razonable que yo era»,* narra Millas. *«El vecino se levantó entonces, y con una sonrisa aún más acentuada me dijo textualmente: ‹Bien, director, veo que he venido por lana y he salido trasquilado›. Más tarde comprendí que esta frase de Eduardo Morales no era de acatamiento, sino de desafío».*[16] En efecto, para entonces el protagonista de estas remembranzas parecía desafiar a muchas fuerzas gravitatorias que veían el proyecto como un afán iluso, una atomización de esfuerzos para lograr la más factible Sede de la Universidad de Chile[17] y, también, desafiaban a un número importante de odiadores «monográficos» que lisa y llanamente se oponían a su liderazgo y acciones para ejecutar la idea. *«Qué hacer con los que me combatían? Pues el número de contrincantes crecía día a día»,* rememora el ex rector.

Aunque en esta obra él se encarga de dilucidar –sin falsa modestia– las múltiples y hábiles estrategias para aquietar los vientos contrarios y sumar energías a su quimera, resulta importante subrayar la robustez de ánimo para afrontar las variadas acciones por quebrar su voluntad.

Ediciones DAGR/Difusión

16 Millas, J. Discurso de Homenaje al Rector fundador Eduardo Morales ante el Senado Universitario, abril de 1979 (véase en este mismo libro). En rigor y en esta etapa, Millas no sólo expresa privadamente su desacuerdo con la idea de Morales y el colectivo que lo apoya, sino que manifiesta públicamente su disenso: *«Yo creo que vale la pena meditar si antes de crear la superestructura de una cierta universidad en el país no convendría ensanchar las bases de la educación fundamental* [se refiere a escuelas primarias, Liceos e Institutos Técnicos] *que ha quedado a la zaga del desarrollo universitario». (Correo de Valdivia,* 1° de Marzo de 1954).

17 A comienzo de 1954 la polémica con el grupo liderado por el médico Víctor Crass –colega, además, de Morales en el Hospital Regional– estaba públicamente desatada. El mismo Crass exhorta en la prensa: *«unamos las fuerzas para realizar lo inmediato, lo que cueste menos, lo que puede ser una realidad próxima* [una sede de la U. de Chile] (…) *No debemos perder esta oportunidad para Valdivia. Dejemos los grandes proyectos para un tiempo más, no quememos las etapas, pues nos quemaremos nosotros y, lo que es peor, el futuro cultural de la ciudad». (Correo de Valdivia,* 28 de febrero de 1954).

Especial atención merecen –por la iteración narrativa e intención retentiva del autor– la consideración de enfermo mental o «loco» por parte de sus colegas del Hospital Regional, el asedio de los mismos derivado de sus primeras labores en la futura universidad y, finalmente, su expulsión del Colegio Médico Regional con la prohibición de ejercer la profesión.[18] *«Allí donde la toques, la memoria duele»* pareciera decirnos Morales junto al poeta Giorgos Seferis. Más allá de la opacidad de estos hechos y de que contemos sólo con su testimonio –reelaborado, además, retrospectivamente–, parece claro que estos ataques sólo fortalecieron la ya demostrada reciedumbre de carácter y firmeza de propósitos. Fue así que no duda –siempre en un contexto dialógico– en hacer frente públicamente a sus detractores, incluso invitándolos a comparecer en el seno de la universidad para que den cuenta de las críticas a su gestión o a la propia casa de estudios recién fundada.[19] Su empeño es metabolizar las diferencias y el conflicto, para encausar esas energías y ejecutar objetivos mayores.

Si bien parece obvio, debemos recordar que esta «quinta columna» o frente de oposición interna –en la ciudad y a poco andar, en la propia universidad–, convivía a la par con diversas fuerzas externas que se veían amenazadas con la emergencia y consolidación de una universidad en el sur de Chile. A los imaginables escollos de orden jurídico, orgánico, económico, de masa crítica docente, infraestructura, entre muchos otros (Morales los pormenoriza vivamente), se suma la distancia inicial de las autoridades de la Universidad de Chile para con la instalación de una «Universidad Asociada» pero independiente (aunque la autonomía plena con aquella universidad en cuanto al otorgamiento de títulos propios será otra «cruzada» que tendrá un altísimo costo para Morales). Lo mismo ocurre con las reticencias e interpelaciones de la máxima autoridad de la Universidad de Concepción, Enrique Molina, en las que el rector fundador no profundiza aquí, pero que las fuentes

Ediciones DAC / Difusión

18 Quizás estos, como otros episodios, le hacen expresar en una última entrevista radial concedida en 2010 que *«Valdivia no apoyó. No creyeron que se podía hacer».* (Disponible en http://noticias.uach.cl/ visitada el 20 de febrero de 2014).

19 Como consta en las actas institucionales que el propio rector fundador, además, transcribe al interior de este libro.

examinadas se encargan de completar. Molina, por ejemplo, además de mostrarse preocupado por la creación de una Lotería Valdiviana que hicieran menguar los ingresos que recogía vía impuesto la universidad penquista,[20] lo inducía a denominar a la recién fundada institución «Universidad de Valdivia» y no «Austral» pues competía con la presencia precedente de su universidad en el sur de Chile.[21] Todo ello en una coyuntura económica nacional en extremo desfavorable (crisis inflacionaria), que hacían inviable una apoyo material directo del Estado, lo que con claridad le expresa el propio Presidente Ibáñez al Directorio de la UACH en un telegrama fechado el 22 de febrero de 1954: *«la precaria situación de Hacienda Pública que ustedes conocen hacen que por el momento el gobierno solo pueda limitarse a prestar a Uds., su más amplio apoyo moral».*[22]

Frente a estas adversidades y situado en un contexto coercitivo –regional y nacional–, pareciera que los horizontes de posibilidad de una vida para alterar las correlaciones de fuerza y sus determinantes, quedarían atrapadas en el corsé de sus limitaciones. En el caso de su aspiración, esperar resignado a que el «Estado Docente» metropolitano adquiriese suficiente musculatura para llegar por sí mismo con Universidades o Sedes a los espacios provinciales, tal como ocurrió de forma progresiva entrada la década del ‹60. *«El progreso centrípeto atrofia al progreso centrífugo»* reclama para entonces Morales[23] e insiste contumaz en hacer de Valdivia una adelantada y descentralizada «Provincia Pedagógica»: *«Yo no compartía la idea de que la universidad dependiera de la sede central porque eso restaría autonomía a la provincia y no representaría en ningún momento las inquietudes de los provincianos. Una institución de esta especie acentuaría el centralismo, al cual me oponía decididamente».*

Consecuentemente –de ahí su singularidad–, es que en un ejercicio de fineza micropolítica, Morales pareciera mensurar y rastrear, a medi-

Ediciones UACH/Difusión

20 *Cfr.* Morgado, F. *«Fundación de la Universidad Austral de Chile: Historia para ser contada, leída y meditada».* Manuscrito inédito, s/f. Archivo Secretaría General, UACH.

21 Véase Anexo Documental con algunas epístolas y telegramas intercambiados entre ambos rectores.

22 Telegrama del Presidente Ibáñez al Directorio UACH, Archivo Secretaría General UACH.

23 Según recuerda el ex académico Samuel Rodríguez R.

da que avanza en sus objetivos, la pérdida de capital social derivado de sus opositores organizados, para apresurarse en subsanar –ya de forma planificada o de la mano de su propia sociabilidad amical e intelectual–, dichas mermas y compensarlas con la suma de otras adhesiones. Sus grandes aliados –como el propio Presidente Carlos Ibáñez del Campo, el Senador Carlos Acharán Arce, industriales de origen germano, empresarios agrícolas, destacados profesionales, autoridades comunales de Valdivia y de las antiguas provincias de Llanquihue y Chiloé, o el «Círculo Valdiviano de Santiago»–, van siendo imantados lenta pero decididamente por sus objetivos en la medida que Morales construye una épica que evidencia progreso y ejecución de sus propósitos, pero siempre adaptada al flujo de intereses de sus distintas audiencias.

Una épica versátil y mudable que incluso es capaz –como él mismo narra– de obliterar, si el momento lo ameritaba, las «aspiraciones no confesadas», como la «autonomía de las provincias» o el carácter de su propia idea de Universidad, que se adapta en un principio al sentir de la opinión pública regional, a las preocupaciones de los gremios y representantes políticos de las otras Provincias del sur y a los intereses gubernamentales[24] y universitarios de Santiago y Concepción, como una institución volcada a resolver casi exclusivamente las necesidades productivas sureñas –especialmente silvo agropecuarias–, territorializada y con un acendrado cariz profesionalizante.[25] Características alejadas largamente de sus definiciones, como queda de manifiesto en el innovador y ambicioso proyecto universitario que finalmente emprende en su rectoría y del que recuenta en este libro. De hecho, una parte de estas concepciones sobre la universidad ha sido actualizada en el recuerdo de nuestra comunidad a través de uno de los últimos registros audiovi-

Ediciones UACH / Difusión

24 Véase en Anexo Documental carta de Morales al Ministro de Educación fechada el 29 de julio de 1954 y carta al Presidente de la Sociedad Agrícola y Ganadera de Osorno fechada el 29 de octubre de 1954.

25 Por ejemplo, en medio de las difíciles gestiones para lograr que el edificio de la familia Haverbeck Skalweit pasara a la Universidad Austral (por disposición de los dueños de esta sociedad naviera el inmueble pasaría al Municipio si es que el grupo liderado por Morales y el liderado por Crass no llegaban a un acuerdo), Morales logra tanto que el Alcalde, el Intendente y Regidores, apoyen el traspaso del edificio a la UACH, haciendo hincapié en la necesidad de entender a la universidad como una entidad inserta en las actividades portuarias, metalúrgicas de astilleros, fabriles y comerciales de la región *(Cfr.* Morgado, *Op. cit.).*

suales a su persona, donde sentencia: *«¿Una universidad para Valdivia? No. ¿Una universidad para Chile? No. Una universidad para el mundo»* (volveremos sobre ello).

En esta dirección, conviene reparar sobre otro hábil movimiento micropolítico de orden «interno» por parte de Morales, que tiene como objetivo sumar apoyos simbólicos y materiales de la colonia alemana, especialmente de sus industriales, empresarios y profesionales. Aunque su participación activa en la Sociedad de Amigos del Arte lo habían acercado a variados y conspicuos descendientes germanos –donde su esposa, Carmen Verdugo, tuvo un rol protagónico–,[26] y es invitado tempranamente al «Deutsche Verein Unión» –el club germano de empleados, no el de industriales–, las fronteras y relaciones interculturales desde su arribo a la ciudad habían estado signadas experiencialmente por el prejuicio y el estereotipo. *«Llegué allá y era el indio. Incluso pensé que el gobierno debía intervenir para quitarles todo el poder a los alemanes. Eso me dolió mucho»,*[27] relata en una de sus últimas entrevistas en 2010. En estas remembranzas se comprende esta tensión: *«Primer médico indio que aparece a saludarme»,* le había espetado un reputado médico germano descendiente, con una clara intención xenófoba y racista. Con todo, Morales constata que parte de la dinamización económica, social y cultural está en manos de un colectivo que *«nacían en la Deutsche Krankenhaus, se bautizaban en la Deutsche Kirche, estudiaban en la Deutsche Schule; hacían vida social en el Deutsche Verein y finalmente los enterraban en el Deutsche Friedhof».* De esta forma, y en medio de *«una clara separación, no siempre evidente, entre la ‹colonia alemana› y la ‹colonia chilena›»,* desplaza los contornos etnocéntricos –propios y ajenos– para fungir como un gozne mediador, articulador y catalizador de las energías multiculturales que se habían asentado en la región –mapuches, españoles, germanos y chilenos–; labor ardua e inusual,

Editorial UACH Digital

26 La labor de Carmen Verdugo Binimelis en esta etapa fundacional resulta gravitante, especialmente en la búsqueda de apoyos civiles y políticos en la sociedad valdiviana *(Cfr.* Baltra, L. **Nace una Universidad,** Santiago, Autoedición, 1977). Es ella, por ejemplo, quien suma tempranamente a la causa de la UACH a un decisivo adepto, el Senador Carlos Acharán Arce.

27 Entrevista radial al ex Rector Morales disponible en http://noticias.uach.cl/ visitada el 5 de diciembre de 2013.

pero fructífera tratándose de una empresa como la que se acrisolaba.

A los aportes monetarios, inmobiliarios e incluso en especies menores –*«huevos, pollos, corderos, vacas»* apunta Morales– conseguidos «casa por casa», se le sumará uno cardinal y permanente. El propio contexto de expansión del «Estado Docente» –que hasta entonces le había jugado en contra–[28] le abre al rector fundador un intersticio insospechado de libertad para revertir sus limitaciones: su principal aliado, Carlos Acharán Arce, logra en medio de las discusiones parlamentarias sobre financiamiento universitario, conseguir el apoyo necesario para introducir en su articulado una asignación permanente para la recién creada UACH,[29] lo que posibilitó una «infancia» y un crecimiento saludable de la Corporación en el marco de muchas precariedades iniciales. Así, contra todo augurio y sujeción, la figura institucional de la nueva Universidad no solo germina el 7 de septiembre de 1954 a través de un Decreto Presidencial, sino emprende su consolidación con un aporte directo y estable del Fisco.

Repositorio UACh/Dirinfo

28 Dicho contexto –político, ideológico y discursivo– había erosionado inicialmente el proyecto de Morales y su grupo, puesto que sus contendores organizados argumentaban que la iniciativa se oponía a los principios de la educación pública promovida y protegida por el Estado, en cuanto intento de vulnerar el Estatuto de 1931 que confería a la Universidad de Chile la facultad de organizar los planes de estudios y el de otorgar títulos y grados académicos *(Cfr. Correo de Valdivia*, 22 de febrero de 1954).

29 Se trata de la ley 11.575. Ello significó que la UACH obtuviera un dieciochoavo de los fondos destinados a todas las universidades producto de los impuestos, vale decir, 100 millones de pesos al año durante 20 años, más una autorización para contratar uno o más empréstitos por otros 100 millones. El senador, además consigue otros importantes aportes del Estado a través de otras leyes, a saber, la de sueldos a los trabajadores universitarios y la Ley de Loterías (Memoria Directorio UACH, 1955-1956, p. 3-4, Archivo Secretaría General UACH). Aunque Acharán Arce lidera las iniciativas, este tiene el soporte político de una gran cantidad de personas «aliadas» (véase como ejemplo en el Anexo Documental la «carta tipo» enviada por el entonces Secretario General de la UACH, Fernando Santiván, al Senador del Partido Radical Marcial Mora). Una revisión exhaustiva de esta discusión legislativa y su inscripción en un proceso mayor en torno al origen de la UACH y la noción de «Estado Docente», véase en Almonacid, F., *«Los desafíos de crear y sostener una universidad regional: pasado y presente de la Universidad Austral de Chile»,* Clase Magistral inauguración del Año académico 2014 del Campus Patagonia, UACH (en proceso de publicación).

II. Contra el «Técnico Bárbaro»

El lector encontrará en estos escritos autobiográficos, los orígenes y fundamentos de las marcas de identidad que aún distinguen a nuestra universidad –desde el propio nombre y lema, pasando por su himno, bandera y escudo, hasta la conformación del patrimonio material de la Universidad–. Se encontrará también en el ínterin de las arrojadas decisiones e incansables gestiones para alinear a una diversa y amplia gama de colectivos y autoridades en pos de su proyecto, arropadas, además, con un anecdotario rico en calidad e intensidad narrativa. Pero por sobre todo, en la fragua de estos escritos se cuela con nitidez las bases ideológicas que Morales impregnó a nuestra institución y que la puso en la vanguardia de las universidades chilenas. De esta manera, podemos aproximarnos a interrogar estas remembranzas –inscritas y subjetivadas en la vida de Morales– profundizando en su «sentido» en la doble acepción del término: como «significado» y como «dirección». Así, nos es posible adentrarnos en el vórtice intelectual desde donde Morales sustenta en estas memorias el «sentido» de su modelo de Universidad y las peculiaridades de su decir y pensar en torno a ella.

Decisivos al respecto resultan los episodios formativos, que moldean su carácter combativamente antisectario, pero también, conforman sus sólidas convicciones, rigor y amplitud intelectual. Un papel crucial en su educación «integral» de estudiante universitario la tiene el célebre Alejandro Lipschütz, quien siendo *«judío, ateo y comunista y yo católico y de tendencia social cristiana, jamás oí una palabra contra mis ideas y, muy por el contrario, siempre que conversábamos sobre temas de esa naturaleza, él decía: ‹Sr. Morales, usted debe profundizar en sus ideales para adquirir fortaleza y llegada la ocasión, ¡defenderlos!›»* Con Lipschütz, autor de un influyente ensayo sobre la idea de la universidad,[30] sus lecturas sistemáticas de los clásicos y su actitud abierta al intercambio crítico de ideas –en especial con el ex decano Eleazar Huerta, los filósofos Adolf Meyer-Abich, Jorge Millas, el ensayista Luis Oyarzún, entre otros–, Morales forjó y se empapó de un modelo universitario que

Ediciones UCT / Difusión

30 **La Función de la Universidad.** Santiago, Nascimento, 1955.

se oponía con ahínco a una educación profesionalizante, que reducía su acción pedagógica a la entrega de títulos sin transmitir al estudiante el cultivo de los más amplios saberes. Siguiendo a Séneca –*«¿De qué sirve la instrucción si no hace más que alimentar el orgullo y no corrige ningún defecto?»*–, Morales intenta plasmar pioneramente los modelos universitarios que luchan por emerger –habida cuenta de sus fracasos y limitaciones– tanto en el país como en las más importantes universidades extranjeras, haciendo retroceder la educación pragmática, exclusiva y reproductiva, para hacer avanzar la producción de conocimiento y, especialmente, la formación integral, es decir –como titula sus remembranzas–, forjar y recuperar el maridaje «universidad humanista».

Muy tempranamente y en conversación con el Ministro de Agricultura de la época, Alejandro Hales, el ex Rector aprovecha el apoyo decidido de Hales y se siente libre de confesar su proyecto, cansado, quizás, de las sucesivas adecuaciones discursivas a las más variadas audiencias. Así, le expone que se pretenden crear *«escuelas de agronomía, medicina veterinaria e ingeniería forestal (...), pero (...) le confieso que todo ese programa es la pantalla que hemos puesto para hacer nuestro principal objetivo. Queremos terminar con el ‹técnico bárbaro› (...). Queremos llevar a la Universidad la investigación científica en todas las ciencias básicas, queremos tener una verdadera universidad y no una de pizarrón y tiza».*

Terminar con el «técnico bárbaro» supuso materializar un ambicioso plan de Morales: la Facultad de Estudios Generales, epítome de su proyecto de universidad. Esta macrounidad, en la vanguardia del modelo universitario del momento en Chile, se organizaba ofreciendo cursos comunes obligatorios de ciencias y humanidades para todo los estudiantes de la universidad –y otros libres, abiertos a toda la comunidad–, con la idea futura de que congregara, además, la investigación científica producida en la UACH. Como el lector podrá apreciar en esta obra –y según consignan los propios archivos institucionales–[31] ello supuso variados problemas en su implementación, pero la capitalidad de esta

31 Véase por ejemplo Acta de sesión Nº 83 del 14 de marzo de 1958 del Consejo Universitario, sobre el reclamo del Decano Rudloff a propósito de lo que considera *«la imposición»* en las jornadas de la mañana de tres ramos humanísticos obligatorios con seis horas semanales a los estudiantes de último año de todas las carreras.

Ediciones UACH/Difusión

Facultad para el corazón de la idea de Universidad de Morales –de ahí que le dedica en esta obra un capítulo íntegro–, la hizo resistir diversos embates. Lo propio sucedió con la Facultad de Bellas Artes, aunque con una suerte algo distinta. Formar «elites espirituales» fue su empeño, por cuanto estas se distinguían de las *«elites del dinero o de las que pretenden afianzarse en tradiciones puramente sanguíneas»,* debido a que las primeras *«nunca pierden de vista que su misión es servir a sus semejantes y jamás explotarlos como siervos del poder político o económico».* El 25 de Julio de 1957, en un discurso pronunciado en el Salón de Honor de la Universidad Chile,[32] Morales expone algunos resultados de su modelo: *«Creemos que el mayor aporte que la Universidad ha hecho en favor de este grupo selecto de jóvenes –hoy en el tercer año de su carrera– es justamente el haberlos ligado a una gran empresa de bien público, de manera que, por vía de la acción personal y del ejemplo, están incorporados a un régimen de vida de alto rango, del cual se han desterrado el egoísmo, los intereses pequeños y de grupo, el arribismo y la complacencia moral».*

Junto a estas ideas matrices que Morales Miranda demuestra en proceso de materialización, se deslizan en este libro de memorias una serie de postulados –colmados de matices– en torno a la universidad como institución y como organización, de enorme vigencia en nuestros días. Una intensa discusión en el Consejo Universitario con Eleazar Huerta sobre la gratuidad de la enseñanza superior, revela el espesor de las nociones y reflexiones sobre la educación como un derecho y la universidad en las antípodas de una entidad bancaria. Cuestión en la que insiste a propósito de la creación de universidades privadas a partir del año 1981. Lo propio ocurre con su defensa irrestricta de la condición pluralista y a-confesional de la casa de estudios, donde se respetasen *«todas las ideas o ideales, siempre y cuando, disfrazándose de libertarias, no fueran dictaduras de cualquier color».* En la Universidad –plantea Morales– *«no cabían los dogmatismos».*

Es probable –como se narra– que el autor de estos recuerdos se viera profundamente afectado por diversas exclusiones sectarias de orden

32 Morales, E., **La Nueva Universidad Austral de Chile.** Santiago, Imprenta Editorial del Pacífico, 1957. Véase texto íntegro en este mismo libro en Anexo Documental.

Ediciones UACH/Difusión

político, gremial y religioso en los espacios educativos y laborales donde transitó, debido a lo cual, con la misma fuerza que combate la «beatización» o la introducción de cualquier credo religioso en la gobernanza universitaria, se opone a cualquier tipo de politización partidaria en la UACH. Ello es refrendado no sólo en esta obra y en los documentos institucionales que el mismo Morales cita aquí, sino en diversas actas del Consejo Universitario que hemos investigado. En una de ellas, por ejemplo, se registra una carta que el rector fundador leyó ante los consejeros a propósito de *«el papel que corresponde en la política al Profesor Universitario».* En la misiva, Morales realiza la distinción entre política y política partidaria y, a su vez, entre política y «alta política», argumentando sobre el sacrificio necesario de la abstención en la política partidista del profesor universitario, *«en la medida que no se compadece con la inquieta y absorbente actividad del hombre politizado; ni la dignidad de la cátedra, con el griterío de las asambleas o de los desfiles callejeros».*[33] *«No obstante* –concluye–, *hay un terreno del que el ciudadano no puede abdicar sin deshonor: el de la alta política. Debe pues el maestro velar porque los derechos fundamentales del hombre no sean lesionados, y justa es su inquietud para elegir a los mejores gobernantes».*[34]

Ello nos permite entender una parte importante de las cavilaciones y episodios biográficos en los que se enfrenta a las fricciones entre la universidad como institución –históricamente forjada– y organización –coyunturalmente construida–, donde las prácticas políticas –«altas», medianas o bajas–encuentran cabida. Así, Morales se muestra dubitativo de la universidad concebida como una «república» entregada a la voluntad de un «demos» universitario vago o impreciso. El propio proceso eleccionario donde es reelegido como Rector y una serie de conversaciones con las directivas de los partidos políticos valdivianos, componen un recuerdo que cuestiona frecuentemente la naturaleza de la participación política –partidista o no– interna y externa del profesorado y el estamento estudiantil. Todo ello en un contexto –debemos precisarlo– donde existía en el Consejo Universitario (homólogo al actual Consejo

Ediciones UACH/Digital

33 Acta sesión Consejo Universitario Nº 152, martes 2 de septiembre de 1958.
34 *Ibid.*

Académico) la presencia de dos representantes de la Federación de Estudiantes con plenos derechos.[35] Aún reflexivo sobre la naturaleza de la participación y la ciudadanía universitaria, Morales, muchos años después y enfrentado a los rectores delegados por la dictadura militar, se muestra sin titubeos y con extrema claridad: *«(...) Yo le manifesté al General Palacios que el gobierno militar podía mantener la estructura de la Universidad, pero de ninguna manera acrecentar el espíritu que la informaba. La autoridad militar es vertical, la autoridad académica es horizontal; en la primera, se obedece y en la segunda, se discute».*

III. Una heterobiografía en primera persona

Ediciones UAC / Difusión

Parte de la «ilusión biográfica» es el espejismo de causalidad, orientación y linealidad de gran parte de la retórica (auto)biográfica, en la medida que una porción importante de este tipo de obras aparecen como reconstrucciones *a posteriori* de coherencias factuales, vale decir, relatos sobre la existencia individual enmarcado en el acontecimiento predecible y ajustado a las circunstancias del narrador. Estas remembranzas no se escapan, aunque tampoco buscan rehuir, de aquello. No hay aquí una muestra copiosa de las contradicciones decisionales o la autoconciencia de la entropía de la vida o evidencia que la coherencia del *bios* es el biombo de una miríada de fragmentos, astillas o girones de la identidad, cuya constancia es improbable como un sujeto fijo en un mundo movedizo. No. Lo que Morales emprende en esta obra es la construcción de eslabones que encajan uno a uno para sostener un fin –ya como proyecto, ya como final–. De ahí se entienden –entre otros acoples que el lector descubrirá– su temple e indocilidad auto atribuida a un episodio de «castigo» en la infancia, su antisectarismo ligado a su experiencia como estudiante adolescente, lo que signa, a su vez, su relación con la política, la religión y sus banderías dentro y fuera del espacio universitario. De

35 Excepto cuando se decidiera sobre el personal docente y administrativo *(Cfr.* Almonacid, *Op. cit.,* 2003, p. 166).

esta manera, no resultará extraño encontrar muchos conectores argumentales en la cronología de su vida que explican la continuidad y causalidad de esta y también la de los demás, como la voluntad de modestia y resignación ante los reveses ayudado por el místico y canónigo Agustino Tomás de Kempis *(«Que la gloria de este mundo no te envanezca»),* o las actitudes siempre beligerantes y «problemáticas» de los colegas universitarios a partir de una temprana y recurrente advertencia de su maestro Alejandro Lipschütz: *«científicos, médicos y artistas son pequeños dioses».*

Lo anterior se comprende por la naturaleza del género biográfico[36] y también por el tipo de (auto)biografía que emprende, habida cuenta que funde y fija en una «identidad contada» su itinerario vital con la propia trayectoria institucional. Su autodefinición como *«un hombre ejecutivo, el que hace cosas inmediatamente después de decidir sobre ellas»*[37] realizada antes de ordenar y componer estas remembranzas, revela –al menos– el objetivo de cifrar un régimen de verdad sobre sí mismo anclado en la resistencia al infortunio, a las adversidades y a la inmovilidad, que son especulares a lo acaecido en el *bios* de infancia de la propia universidad. Por ello, recíprocamente, es en la forja de la institución donde Morales encuentra su identidad más estable y decible, tanto que pareciera convenir con J.L. Borges: *«cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es».*[38] Ilusión o espejismo, parte del «efecto biográfico» –de su retórica y de su gramática– es precisamente la elaboración de un sí mismo que resulta unitario –constante y persistente– y que pareciera resistirse a los cambios. Una escenificación casi intemporal del yo en los otros,

Ediciones UACh/Difusión

36 Para muchos, «incestuoso» –producto de la promiscuidad entre lo ficcional y lo factual–, «indeterminado» en la medida que toda escritura es autobiográfica (Paul de Man, *«La autobiografía como desfiguración», Anthropos* 29, 1991), o lisa y llanamente, un género *«minusválido de la historia»* como lo planteó el historiador francés Marc Ferro *(«La biographie, cette handicapeé de l›histoire», Le Magazine Littéraire*, abril 1989).

37 Almonacid, 2003, *Op. cit.,* p. 194.

38 Borges, J.L. 1998, *«Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)».* En **El Aleph,** Madrid, Alianza Editorial.

una dramaturgia de la identidad que solo se renombra en el presente de la escritura, hasta quedar en paz. «Efecto» que el autor no elude, más bien abraza.

Consecuentemente, uno de los primeros elementos para «dejarse recorrer» por estas evocaciones, es el andamiaje y el horizonte de expectativas con las que se elabora. Morales tiene autoconciencia de su figura como soporte axial del «drama histórico» que supuso la creación de la universidad. Dicha autoconsciencia se nutre de las memorias (oficiales y no oficiales) acumuladas y diseminadas, que lo saben artífice y protagonista singular de la «gesta»: *«Sólo hay un hombre en varios millones que puedan decir como Ud.: ‹he creado una universidad›»,* le recuerda decir al profesor José Balen; y en las mismas Actas de memorias del Directorio se puede leer a propósito de los rápidos logros de su rectoría: *«Su carácter absorbente lo impele a mezclarse en todo: en las grandes y en las pequeñas empresas. Tan pronto discute con hombres de Gobierno y con los dirigentes de la Universidad máxima de Chile, como interviene en el nombramiento de un mozo o de un portero; ya proyecta audaz reforma pedagógica y elabora o adapta Reglamentos de Facultades, ya controla el uso del papel gastado en una oficina y dispone la ubicación de las lamparillas de una sala. Su actitud no conoce límite y todo lo traspasa».*[39]

La consecuencia de ello es que se autoimpone la factura de una biografía multivocal, construida por su mano y sus memorias, pero también que abreva de la memoria oral y colectiva –y sus diversos tamices–, actas, discursos, cartas y archivos institucionales. Ahora bien, lo peculiar de esta coralidad biográfica es que una parte significativa de la «primera voz» está recogida del conjunto de testimonios que la periodista Lidia Baltra registró en sucesivas entrevistas con Morales para componer el libro **Nace una Universidad.**[40] En aquel libro, Baltra confecciona una crónica histórica de los inicios de la UACH basado en los recuerdos del rector fundador, la mayor de las veces parafraseándolo y otras, citándolo textualmente. En la presente obra, Morales recopila una parte del material original, lo reescribe, profundiza, desarrolla y

Ediciones DAC Difusión

39 Memoria Directorio UACH, 1955-1956, p. 5, Archivo Secretaría General UACH.
40 *Op. cit.,* 1977.

reinterpreta, quitándole de paso la tesitura hagiográfica de esos testimonios para que la vida -más allá de los efectos de solidez y coherencia-, quede con las costuras a la vista y se muestre en toda su fragilidad. Más allá, el resultado –inusual en los procedimientos utilizados canónicamente en el género– es la superposición de estratos autorales, lo que la convierte en una distintiva *«heterobiografía en primera persona».*

Por otra parte y como decíamos, una fuente cardinal de sus «remembranzas» son los registros institucionales. Estas fuentes le sirven para ilustrar, argumentar o justificar la veracidad y razón de sus asertos y acciones, en trances siempre difíciles para quien tiene la más alta responsabilidad por la marcha de la Universidad. Hacia el final, las memorias toman un rumbo precipitado y atomizado acorde, quizás, a los acontecimientos que allí se narran: la renuncia forzada a la rectoría y presidencia de la UACH. Aunque no es menester detallar este trance, inscrito en un *«agotamiento de la política universitaria»*[41] en pos de conseguir la autonomía plena, se advierte que la luz cenital que cae sobre él se desplaza, ayudado precisamente, por estas fuentes escritas. Aparece así –y con abultado guión– un Eduardo Morales descentrado por un antagonista al que le da un ancho espacio de expresión, aguijonado, posiblemente, por el afán de documentar un modo dialógico de veracidad histórica y por transgredir, quizás, la tesis de Valerio Magrelli: *«escribir, en general, es esconder».* Con todo –y esa es una de las provocaciones que instala como «efecto» en esta obra–, su empresa no es retrospectiva, sino prospectiva, pues se empecina por anunciar un futuro. El trabajo de su memoria, como política del presente, se arriesga sin tapujos a ponderar sus limitaciones pasadas y, más allá, a imaginar otra universidad posible.

Ahora bien, con independencia de estos y otros predicados finales del autor, persisten -como en todo autorretrato- distintos y desconocidos elencos del yo que nos invitan a seguir preguntándonos por las luces y

41 Según consigna el «Libro de Actas de Reuniones Generales 1954-1963», p. 195-197, del 23 de febrero 1962, que registra las sesiones conjuntas del Directorio y Consejo Universitario y donde se hace referencia a las causas de la renuncia de Morales. Se registra allí el fracaso de las gestiones por lograr la aprobación de un cuerpo legal que otorgara la autonomía de la UACH para otorgar títulos y grados. Secretaría General, Universidad Austral de Chile.

Ediciones UACH/Difusión

sombras de la persona y el personaje. Y aunque la vida, quizás, no sea más que un chispazo entre dos oscuridades, esas preguntas permitirán, acaso, prolongar el destello de estas remembranzas en las siguientes generaciones.

IV. Sobre esta edición & reedición: Hacia la proyección de nuestro patrimonio intelectual

La edición y reedición de este libro se enmarca, simultáneamente, dentro de la conmemoración de los 60 años de la Universidad Austral de Chile y la inauguración institucional del sello editorial de nuestra Corporación. En origen, la obra se publicó en julio de 2004 –precisamente para el aniversario número 50 de nuestra casa de estudios–, y tuvo escasa difusión y recepción en el medio nacional y, más grave aún, en la propia comunidad universitaria. Su tiraje restringido y austera materialidad, signada por la economía de la autoedición, hizo que este libro circulara y se leyera poco y mal y estuviese descatalogado de cualquier librería, biblioteca o distribuidora, hasta ser inencontrable.

Lo que el lector tiene en sus manos es la edición íntegra del texto de Morales Miranda. Se incluye –hasta donde nos fue posible, por la calidad de las imágenes– gran parte del corpus que el autor denominó «archivo fotográfico», perteneciente, en su mayoría, a la etapa fundacional de la Universidad. A ello sumamos un nuevo conjunto iconográfico, hasta ahora inédito, que dialoga con las memorias del autor.

Como de un modo u otro lo hemos señalado, parte importante de la épica fundacional de nuestra casa de estudios, que ubica al ex rector como epónimo, tiene un sugestivo correlato documental, debido a la instauración de los registros institucionales (a la par con la constitución de la Universidad), a la recepción y repercusión en los medios de comunicación y a las diversas memorias orales registradas –individuales y colectivas– en disputa o afinidad. Recogiendo esa posibilidad abierta por la presencia de estas múltiples fuentes y rescatando la intención «documentadora» del propio autor, hemos elaborado un segundo corpus de imágenes, rubricado como «Anexo Documental». Este funge no

Editorial UACH/Difusión

sólo como evidencia «material» de las múltiples memorias que compendia esta obra, sino también, intenta contribuir a generar otras lecturas y miradas sobre la intersección entre libertad y determinación que toda vida «vivida» encarna. Se ubican allí una serie de imágenes de actas, documentos, misivas, entre otros documentos, que datan de 1954, año decisivo en la fundación de la Universidad. Así mismo, se reproduce de forma facsimilar un discurso publicado en 1957 y apenas conocido, pronunciado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile referido a los primeros años de funcionamiento de la UACH.

Resulta necesario señalar que la recuperación de esta obra fue para el Consejo Editorial una tarea ineludible y perentoria, tanto por su valor en sí, como por su notable y decisiva contribución a la historia e identidad de nuestra Universidad. Por ello, a modo de homenaje al espíritu fundacional del ex rector se quiso, simbólicamente, que el primer libro que cobijara nuestro sello editorial, fuese el suyo. Gesto y metáfora, además, que releva la aspiración más sentida de este sello: acopiar, poner en valor, multiplicar y proyectar el reservorio intelectual de lo mejor que crea y hereda nuestra institución.

Aunque nombrar es olvidar, en nombre del Consejo Editorial, deseo consignar un especial reconocimiento a la familia de Eduardo Morales Miranda que, a través de las gestiones del ex rector Víctor Cubillos, autorizó la reedición de este libro. Al mismo tiempo, agradecer a Ricardo Mendoza R., Sebastián Figueroa C., César Altermatt V. y Hernán Peredo A. por la encomiable labor en la factura y cuidado de la presente edición. De igual modo, a mi colega Fabián Almonacid Z. por sus observaciones a este prefacio y sus notables contribuciones al conocimiento histórico de nuestra Universidad, y al ex Decano Benjamín Olivares P. por sus lúcidos alcances como testigo epocal. A Humberto Molina, Pelusa de Van de Maele y Raúl Torres por su generosa disposición a compartir sus dibujos y archivos fotográficos y, en el caso de Pelusa, también sus testimonios; a Franklin Soto por su diligente empeño en la ubicación de archivos y a Ruth Martin y Juan Carlos Guzmán por su paciente labor en la digitalización de muchos de estos documentos.

Finalmente, agradecer sentidamente la voluntad y compromiso irrestricto del actual Rector Oscar Galindo V. y de todo el Consejo y Co-

Editorial UACh / Digital

mités Editoriales, no sólo para con este libro, sino también, para con este anhelado proyecto de Ediciones Universidad Austral de Chile.

Yanko González C.
Presidente Consejo Editorial
Decano Facultad de Filosofía y Humanidades, UACH.

Ediciones UACh/Difusión

Remembranzas de una Universidad Humanista

Ediciones UACh / Difusión

Palabras Preliminares

Ediciones LAGH/Difusión

Difícil suele ser recordar los tiempos que se fueron, pero en el ocaso de la vida no está demás detenerse a pensar sobre ello. Cada día leo la prensa, veo la televisión y me doy cuenta de que todos hablan de educación superior y de enseñanza, pero yo no entiendo a qué se refieren con todo eso, pues la idea que tengo y para la cual luché es absolutamente distinta a lo que observo hoy en las universidades del país. Es cierto, los tiempos van cambiando, pero el sueño que yo tuve y el ideal que lo sostenía siguen plenamente vigentes y es por eso que ahora he decidido contar cómo fue el proceso para dar vida a la Universidad Austral.

Muchas veces me pregunté acerca de mi propia vida y, quizás por pudor, no había querido referirme a eso, pero ahora, al final de la jornada, considero que es el momento de hacerlo, pues ya no hay ambiciones de ninguna especie que me interesen y lo único que me sigue preocupando es el porvenir de la juventud.

Cincuenta años de reformas a la educación y ensayos que no han conducido a ninguna parte: continúa la indecisión de los jóvenes para determinar su porvenir. Sin ser un gran pensador o intelectual, me preocupé del problema de la enseñanza de los jóvenes debido a lo que a mí me ocurrió, pues no quería que mi historia se repitiera y entonces pensé: *¿Qué hacer para que, dando más posibilidades a la juventud, esta se desarrolle en sus ideales?* Sigo cuestionándome acerca de eso. Por ello,

estas líneas están dirigidas a la juventud de los colegios de enseñanza secundaria y su objetivo principal es ayudarles a tomar conciencia de las decisiones que deben adoptar al dar por terminada esta etapa de sus vidas.

Así irán apareciendo algunos pasajes de mi existencia que ilustrarán una idea acerca de la educación y la posibilidad que tuvo un hombre de hacerla realidad a través de la Universidad Austral.

Ediciones UACh/Difusión

Capítulo I
El comienzo

Una de las primeras preguntas que suele hacerse el hombre es *¿De dónde vengo?* y *¿Quién soy?* Algunos fundan su orgullo mencionando los próceres de quienes descienden y, cierto es, que para muchos resulta esencial tener historias a las cuales acudir y así justificar su existencia; otros simplemente contarán acerca de lo que son o de lo que creen ser. Pero es difícil recordar el momento en que la persona se da cuenta, o intuye, que es un ser humano; que tiene un destino que cumplir, que ha de formarse sus propias circunstancias y que debe luchar contra todos los obstáculos que naturalmente se presentan a todo ser, porque vivir es luchar. También es difícil recordar si uno ha organizado un proyecto de vida desde el momento en que toma conciencia de sí o sólo se ha dejado apresar por las circunstancias. Si aceptamos que el hombre es creado libre, es preciso sondear en sí mismo la orientación que dará a su vida, de acuerdo con la sentencia que exige conocerse a sí mismo.

Nací el 14 de noviembre del año 1910, en Constitución, hasta esa fecha conocida como Ciudad de Bilbao del Nuevo Extremo, que había sido elevada a la calidad de ciudad cuando los reyes de España otorgaban títulos y blasones, honores y gloria. Su nombre cambia a raíz de la promulgación de la Constitución de 1810.

Para llegar a ella había una sola posibilidad: el ramal ferroviario

Ediciones LAGH / Difusión

Talca–Constitución. Este aislamiento facilitaba la conservación de las viejas tradiciones coloniales. Además, muchos de sus habitantes eran descendientes de vascos y alemanes apegados a sus tradiciones y costumbres: Oñederra, Astaburuaga, Orrego, Donn, Schepeller y Mac Iver. Eran muy solidarios: una verdadera comunidad. Constitución está a orillas del Maule, el río que marcó la frontera del Imperio Incaico y la de la conquista española. Fue la tierra donde empezaba la dominación mapuche, la tierra de los mapuches cuyo sometimiento, según Carlos V, costó a España más sangre que toda la conquista de América Latina y lo mejor de sus Guzmanes. Aquí empieza a florecer el copihue, flor nacional, que el poeta Ignacio Verdugo C. describió diciendo *«yo soy la sangre araucana que de dolor floreció».* Aquí crecían los robles del Maule –cuya desaparición es casi total– y con su madera se hacían las quillas y cuadernas de los faluchos maulinos, los cuales sus intrépidos tripulantes hacían llegar, navegando a la vela, hasta San Francisco de California.[1] ¡Cuánta envidia despertaban estos héroes en la imaginación del niño!

Los habitantes de Constitución formaban una sola comunidad, dentro de la cual estaban mis padres. Ellos fueron pequeños comerciantes, dueños de un hotel que, ya sea porque ocupaba un edificio de dos pisos –único en el pueblo–, enorme para esos tiempos y con numerosos recintos, o porque sonaba bien, se llamó «El Gran Hotel». Mi padre, Abdón Morales, tenía una instrucción como la mayoría de la clase media de esos tiempos, amaba la música aún cuando sus conocimientos fueran escasos: rasgueaba la guitarra y solía machacar el piano. Era de ideas conservadoras, tanto políticas como religiosas, las cuales observaba cabalmente. Yo creía sentir una cierta preferencia de mi padre hacia mí, quizás porque yo le daba muestras de un afecto particular o le comentaba las noticias que leía en el diario o porque, siendo todavía casi un niño, lo reemplazaba en la despedida de los pasajeros del hotel. Él era un hombre bondadoso y pasaba por alto todas las travesuras de sus hijos.

Ediciones DACH / Difusión

1 Llamaba la atención que cuando se habían construido cinco o seis barquitos, estos eran llevados a mar abierto por un remolcador que atravesaba la barra del río Maule y una vez en alta mar, levantaban las velas para navegar y parecían una bandada de gaviotas, ya que los cascos no se veían. La intrepidez de estos hombres, cuatro o cinco en cada barco, despertaba envidia por su temeridad.

En cambio, mi madre era de porte erguido, cabello negro y tez blanquísima, de tipo español puro y su mirada emanaba una energía que inspiraba respeto: jamás perdonaba alguna falta de disciplina. No era cariñosa, pero estaba muy preocupada de la educación, del comportamiento social, de la salud y la presentación de sus hijos. No descuidaba un solo detalle.

En las actividades cotidianas del hotel, tuve la oportunidad de conocer a personas especiales. Siendo Constitución un balneario de moda, llegaban hasta él personajes de la rancia aristocracia santiaguina, llamando algunos mi atención por su porte y modales, en general distinguidos. Del otro lado se encontraban los obreros y gente modesta, pero digna. Uno de ellos fue el maestro carpintero Delicio Carrasco, que me tomó a su cargo y me enseñó todos los secretos de la construcción, conocimientos que me fueron de valor incalculable en muchas de las actividades que un día me vi forzado a realizar. Leandro, el *maitre* del hotel, también ejerció cierta influencia en mí, pues, cuando debía catar los vinos que se adquirían para el servicio, aprovechaba para hacerme notar los diferentes *bouquet,* al tiempo que recalcaba la importancia de saber gustar el vino y la mesura en su consumo. Dos seres que avivaron siempre mi interés por la clase obrera.

Teniendo unos ocho años o menos, me enteré de que habíamos sido doce hermanos y que yo era el noveno de la serie. Me comentaron que en un sólo mes habían muerto, de la enfermedad que llamaban «tos convulsiva», los tres mayores y los otros desaparecieron sin que yo tuviera noción alguna de ellos. Siempre me pareció muy extraño que mis padres nada me contaran acerca de mis parientes. Sin embargo, recuerdo a mi tío Luis Miranda Bustamente, un prominente masón talquino, quien me repetía a menudo *«no entres nunca a la Masonería»,* sin darme mayores explicaciones. La vida familiar no la conocí en mi niñez porque en el establecimiento hotelero no existían recintos reservados únicamente para la familia y porque los diez primeros años de mi vida estuve internado en un colegio. En algunos inviernos la familia se trasladaba hacia Santiago, por lo que así se explica mi concurrencia al Liceo San Agustín, pero de la estancia allí sólo vine a informarme cuando, cuarenta años después, recibí una invitación como ex alumno. ¿Cuánto

EdicionesUACH/Difusión

tiempo permanecí en ese colegio? No lo recuerdo.

Con ocho o nueve años de edad, fui matriculado en una escuela pública en Constitución como señal de castigo porque, según mis padres, era «muy orgulloso» y peleador con mis hermanos, especialmente con el que me precedía en edad. Contra esta medida me rebelé: lloraba y reclamaba por todo, lo que yo interpreto como una premonición acerca de mi actitud posterior frente a la vida. En esa escuela estuve una semana o poco más, pues según el director no pudieron domarme, por lo que le pidió a mi padre que me retirara. Y así perdí un año de estudios primarios.

Al año siguiente fui matriculado como interno en el Liceo Blanco Encalada, sito en la ciudad de Talca y regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Allí tuve que empezar los estudios desde primer año y nunca pude explicarme la razón de este enorme atraso que me penó durante varios años. En ese colegio me encontré sometido a un riguroso sistema de enseñanza y viví la experiencia de «pollo en corral ajeno». El establecimiento cobijaba a los hijos de la orgullosa sociedad de Talca, compuesta fundamentalmente por hacendados y profesionales que a menudo hacían sentir su abolengo. Se comentaba que en el mundo existían solo otras dos ciudades: París y Londres. Además circulaban varios *cominillos,* entre ellos que en un monolito existente en la Plaza de Armas estaba una de las canillas de don Quijote de la Mancha. También se decía que las palomas con la cola desplegada en abanico, como los pavos reales, con su cabeza echada atrás y su pechuga prominente, ¡eran fieles representantes de la aristocracia talquina!

Mi estreno en el Blanco Encalada fue un cambio que, como se diría hoy día, me estresó. Me sentí desambientado, abandonado. Si en casa de mis padres no encontraba el ambiente a que instintivamente aspira todo niño, hay que imaginarse la situación a que me veía enfrentado. Un provinciano cuya vida se ventilaba en un ambiente colonial, trasladado a una capital de provincia, ¡y qué provincia! Sin embargo, la suerte vino en mi ayuda: un alumno del último año, al verme acomplejado, se compadeció de mí y me tomó bajo su protección: fue Sergio Molina Borgoño. La presencia de Sergio terminó con las bromas y cuchufletas. Muchos años después tuve la oportunidad de manifestar mi gratitud.

Editores LACH/Difusión

Fue entonces cuando por primera vez pude apreciar cuán dulce es poder agradecer un servicio.

En el liceo recibí una educación que apuntó hacia el orden, no sólo material sino, principalmente, espiritual e intelectual. Horarios fijos y puntuales, recreaciones físicas y literarias, duros ejercicios que en la imaginación me parecían espartanos: caminatas a pleno sol ascendiendo los cerros vecinos a la ciudad. También se nos enseñaba el cumplimiento estricto de los deberes escolares en largas sesiones de estudio, seguidas de tandas de lecturas livianas, revistas francesas especialmente. Y en la hora de comida, un alumno se ponía de pie y leía los clásicos: Shakespeare, Dante, Cervantes, Galdós, Pereda, junto a los *Tres Mosqueteros,* Salgari, Julio Verne y, particularmente, sobre la vida y obra de Napoleón. Estos ejercicios despertaban el interés por la literatura y la cultura en general. Era, sin duda, un doble beneficio el que recibíamos: para el cuerpo y para el alma.

Quizá por ser ya mayor y más aporreado en los estudios, fue que conseguí los primeros puestos en las clases y en los exámenes que se rendían ante profesores del Liceo Fiscal de Talca y mi promedio de notas fue siempre bueno. Pero llegó el sexto año y debía como de costumbre examinarme en Castellano y Filosofía ante un profesor del Liceo cuyo nombre no deseo recordar. Fui interrogado sobre las obras de Benito Pérez Galdós y Ramón Pereda. Hablé sobre **Marianela** y **De tal Palo tal Astilla.** Se me preguntó a cuál de los dos autores prefería.

—Pereda– respondí seguro

—¿Por qué?– interrogó el profesor.

—Porque está más cercano a mis ideas– contesté sin titubear y eso fue lo que desató la catástrofe.

—Un joven con tales ideas deformadas no puede ser aprobado –dijo muy serio el examinador–. Piénselo mejor y vuelva en marzo.

Entonces el Hermano Julio, profesor de ese ramo, asumió mi defensa, pero el examinador no aceptó razones. Intervino el Director del colegio y exigió la suspensión de los exámenes en todo el establecimiento. Los Hermanos no podían tolerar esa evaluación tan injusta, por lo que llamaron al Rector del Liceo de Talca, que era Carlos Soto Ayala, para pedir su intervención, quien sólo logró que se me aprobara con la nota

Ediciones LAGO / Difusión

mínima: un tres.

Unos días después, el mismo examinador tomó el examen de filosofía y fui aprobado con la nota máxima. Luego el fulano me preguntó si estaba tranquilo.

—Señor –le respondí–, en mi hoja de notas, entre todos los seis y sietes, aparece un tres: se lo debo a Ud. Estoy tranquilo porque esa nota representa un sectarismo que combatiré toda mi vida. Me ha dado usted la lección más importante que he recibido hasta hoy, pero, además, usted no debe ser profesor.

Mi vida escolar no se limitaba solo a los estudios, ya que me encargaba de organizar las fiestas estudiantiles, adornar los carros para la Fiesta de la Primavera,[2] jugaba fútbol y formaba equipos, entre muchas otras actividades. Todos estos quehaceres fueron un buen entrenamiento para lo que sería mi vida adulta, pues mostraban los primeros signos de mi vocación de líder, que a la postre me convertirían en un realizador y conductor de hechos.

Fue también en estos tiempos cuando pude tomar conciencia del poder de la Naturaleza. En diciembre de 1928 un terremoto estremeció las ciudades del centro del país. En Talca se derrumbaron numerosos edificios, pero el colegio no sufrió pérdidas materiales, aunque sentir que el piso se cuadriculaba bajo mis pies sin poder mantenerme recto, que el agua de la pila que estaba junto al dormitorio me empapaba y que de un palto caía la fruta madura golpeándome en forma inmisericorde, fue impactante. Uno de los Hermanos puso orden y más que eso, restableció el equilibrio emocional que se veía tremendamente afectado. A raíz de este sismo se comentó que en 1906, en el terremoto que sacudió y destruyó Valparaíso, el almirante Luis Gómez Carreño había puesto orden a los saqueos con mano de hierro. Esta anécdota me serviría muy adentrada la vida cuando viví el terremoto más grande que se registra en la historia.

El año del terremoto no hubo exámenes, se promovió a todos los alumnos según las notas con que iban a ser presentados ante las comi-

Ediciones DACH/Difusión

2 Mientras fui Rector de la Universidad, organizamos las primeras Fiestas Primaverales que se vieron en Valdivia y me gustaba preparar los carros alegóricos, pues me sentía transportado a mi niñez.

siones examinadoras del Liceo de Talca, ¡qué alivio!

El terremoto tuvo efectos desastrosos en las propiedades de mis padres, de tal modo que la clientela que ocupaba el establecimiento durante los veranos no pudo ser recibida, lo que complicó la situación económica en grado extremo. EI Gobernador de la Provincia, Basilio Donoso, se enteró de la situación y como estimaba mucho a mi padre, le obtuvo una entrevista con el Presidente de la República Carlos Ibáñez del Campo, quien había ido a pasar unos días junto a los afectados. Allí mi padre le expuso el problema: no disponía de los medios para pagar el internado. Entonces yo, ya joven y atento al devenir, pude presenciar y aquilatar la personalidad del Presidente Ibáñez. Dirigiéndose a mi padre le dijo: *«No se preocupe, yo le daré becas para sus niños a fin de que terminen sus estudios».* Y acto seguido, llamó por teléfono al Ministro de Hacienda, Pablo Ramírez, y yo oí que le decía: *«Hay que dar dos becas en el Liceo Blanco Encalada de Talca, para los hermanos Eduardo y Arturo Morales Miranda».* Siguió un minuto de silencio y volví a oír*: «No le estoy pidiendo, le estoy ordenando».* Y luego comentó: *«Imagínese que me dice que no se puede dar dos becas en el mismo colegio».* Carlos Ibáñez del Campo hizo posible que los dos hermanos terminásemos los estudios en este liceo. ¿Y qué importancia tiene hacer este recuerdo? El tiempo iba a decirlo.

Con esta beca terminé los estudios secundarios que me permitirían ingresar a la Universidad. Tal como sigue sucediendo a los aspirantes a universitarios en la actualidad, vacilaba acerca de la carrera a seguir. Esta duda, más allá de mis intereses personales, recaía en el deseo del hermano que me seguía, quien quería estudiar Ingeniería Civil y deseaba ser el único ingeniero de la familia.[3] Fue así como me decidí por Medicina.[4] Pero había aún otra vacilación: debía escoger entre la Escuela

Editorial UACH / Digital

3 Arturo Morales Miranda, Ingeniero Civil, fue profesor de Mecánica de Suelos durante cuarenta y cinco años en la Universidad Católica. Él, junto a Fernando Martínez Serrano, introdujeron el estudio de esta disciplina en la Universidad.

4 En este episodio es interesante introducir una anécdota: existía en Santiago una afamada vidente, Juanita Michau, de quien se decía era consultada por el presidente Alessandri, muchos de sus ministros y diferentes personalidades. La curiosidad que anida en la mente de joven me llevó a pedirle una consulta. Y en una sala en la cual solo había una mesa y algunas sillas, tomé asiento y le planteé las siguientes dudas: la primera fue si hacía el servicio militar o no, y la segunda, qué carrera seguiría. La vidente pronunció las siguientes palabras: *«Usted ha sido sor-*

de Medicina de la Universidad de Chile y la recién abierta Escuela de la Universidad Católica, la que tenía un estilo confesional que, si bien coincidía con mi posición personal, no dejaba margen para actuar conforme a las nuevas ideas que exigían la participación del joven en los programas de mejoramiento social. Estimé que había más campo para actuar en este sentido en la Universidad de Chile que, aunque se decía aconfesional y apolítica, era un centro del conflicto del momento.

Había abandonado el colegio con el recuerdo de mis maestros, los que se interesaban por hacer a sus alumnos cada día mejores y llegaba a una institución donde era un número, no un ser humano. La escuela, albergada en un viejo edificio, no presentaba ningún atractivo. A nadie oí hablar de libros, de poesía, de música u otras actividades que enriquecieran el espíritu. Entre los compañeros, el tema del día era la política.

A pesar de todo eso, me encontré con dos jóvenes excepcionales: uno, Pablo Donoso, pertenecía a una familia acomodada en cuyo seno se cultivaban la literatura y las artes. Lo conocí el día en que se entregaba el resultado de las pruebas de admisión para la Escuela de Medicina, lo que se hacía en el Salón de Honor de la Casa Central. Como no habían asientos en la platea, opté por subirme al proscenio y sentarme en el piso del piano. No pasaron dos minutos y otro joven subió y se sentó en el piano. Pablo me dijo: *«Para que no te encuentres solo, te vengo a*

Ediciones UACh/Difusión

teado esta tarde y figura en el primer lugar de la lista en Constitución para el servicio militar. Yo lo veo como Médico, pero tendrá graves complicaciones que salvará con dificultad. Lo veo vestido de blanco y será un buen médico». Y sin consultarlo, agregó: *«No juegue nunca juegos de azar, porque nunca será premiado».* Media hora después, regresé a mi casa y mi hermana me mostró un telegrama de mi madre en el que decía que tenía el primer lugar en la lista para el servicio militar. No lo hice y entré a estudiar Medicina. En el segundo año tuve un accidente, me pinché con un bisturí en la muñeca derecha. Acudí al servicio médico del Hospital J.J. Aguirre y el cirujano que me atendió no le dio importancia a la pequeñísima herida y se limitó a colocarme yodo. A los siete días, el antebrazo tenía un flegmón que obligó a una intervención quirúrgica, la cual no detuvo la infección y esta se extendió por todo el brazo derecho, obligando al vaciamiento de los ganglios de la axila: era una infeción tuberculosa. Perdí el año académico, pero posteriormente continué mis estudios. Pasó el tiempo y jugué durante diez años al número 25315 de la Lotería de Concepción. Por razones de familia dejé de jugarlo para la Navidad de 1949 y, justamente aquel día, ese número dio el premio gordo. Incrédulo ante todas estas anécdotas que trae la memoria y por llevarle la contra a la Juanita Michau, seguí jugando esporádicamente a la Polla y a la Lotería. En una ocasión el número que yo tenía se jugaba en las patas de los caballos y tuve el de *Lotario* y muchas veces, como sucede en la hípica, el favorito fue muy boleteado y se echó atrás. Después de eso, este caballo salió tres veces ganador. Para llevarle la contra, he seguido jugando durante cincuenta años y nunca he sacado un premio.

acompañar»; y se inició una amistad que sólo terminó con la muerte prematura de este amigo que me apoyó en todo sentido, hasta en lo económico.

EI segundo amigo fue Héctor Casanova Ochoa, que era inspector en el Internado Nacional Barros Arana. La amistad se formó a raíz de un incidente que ocurrió con el doctor Juan Noé, quien en una de sus clases tuvo un desliz al pronunciarse sobre un punto de doctrina católica. Esto bastó para que yo me pusiera de pie y manifestara mi desacuerdo con lo expresado. EI profesor no le dio importancia al hecho, pero la reacción del curso fue que más o menos la mitad se puso también de pie y manifestó su acuerdo conmigo, entre ellos Héctor Casanova, y la otra mitad no se pronunció. Así, divididos en dos bandos, unos fuimos a reunirnos en la Sede de la Unión Obrera, sita en aquel entonces en la calle Bandera, donde acudieron alumnos de otros cursos con el objeto de formar un frente que tuvo claras muestras de movimiento político hacia la derecha. Por esos hechos que el hombre en el momento no puede explicar, allí llegaron unos estudiantes de la Escuela de Ingeniería de la U. de Chile, entre los que estaban Manuel Garretón, Ignacio Palma y otros que no recuerdo. Estos «compañeros» nos invitaron a reunirnos en la Asociación de Estudiantes Católicos, donde encontraron otro grupo del que formaban parte Ignacio Matte, Manuel Francisco Beca, Manuel Francisco Sánchez y muchos más. Es de notar que en la Unión Obrera ya habíamos formado, junto a un joven y ardoroso abogado, Carlos Vergara Bravo, el denominado Partido Corporativo Popular, simiente de lo que vino a ser la Falange Nacional, juventud que dentro del Partido Conservador lideraban Garretón, Palma, Leighton y otros.

Entretanto, en el mes de junio de 1931, a raíz de los disturbios que provocaron la caída del Presidente Ibáñez, se cerraron las puertas de la Universidad de Chile, lo que trajo la inminente pérdida del año lectivo. Forzado a tomar una decisión que salvara el año académico, me informé a través del libro **Los Estados Intersexuales de la Especie Humana,** del Doctor Gregorio Marañón, de la existencia de un científico de nota, un sabio investigador que trabajaba sobre problemas de las glándulas de secreción interna. Era el Doctor Alejandro Lipschütz, quien entonces estaba en la Universidad de Concepción, la que había abierto

Ediciones UACH/Difusión

una Escuela de Medicina que estaba recién comenzando. Debido a esto, decidí trasladarme hasta allá.[5] Desde niño, yo había desarrollado una cierta habilidad manual, por lo que pude demostrar capacidad para los trabajos prácticos y rendí un buen examen teórico. Luego, manifesté al profesor mi interés en tomar cursos de Fisiología y así fue como me encontré de alumno ayudante en el tercer año de estudio de Medicina.

Lipschütz era un hombre de físico esmirriado, de una cabellera y barba blanca, con una mirada penetrante, como si una espada atravesara el corazón para llegar hasta el alma. Su formación profesional y científica era extraordinaria. Dominaba varios idiomas: letonés, alemán, inglés, francés, ruso, castellano, yiddish y mapudungún, además de numerosos dialectos. Su inquietud intelectual se manifestaba por la cantidad de temas que era capaz de abordar, no solo de materias científicas, sino también artísticas o literarias. Su alma de maestro me fue revelada cuando, siendo Lipschütz judío, ateo y comunista, y yo católico y de tendencia social cristiana, jamás oí una palabra contra mis ideas y, muy por el contrario, siempre que conversábamos sobre temas de esa naturaleza, él decía: *«Sr. Morales, usted debe profundizar en sus ideales para adquirir fortaleza y llegada la ocasión, ¡defenderlos!»* ¡Qué lección para un estudiante que creía tener resueltos los problemas del mundo! ¡Y cómo se revelaba la calidad del maestro!

El INSTITUTO, esta creación dentro de la Universidad que era para mí nueva, pasó a ser el centro de mi vida. Todas las horas libres estaban dedicadas al laboratorio: a preparar los elementos para las clases prácticas, ayudar al profesor a confeccionar los gráficos necesarios o controlar los animales de experimentación. Aquellas largas horas en la biblioteca, tanto en la particular del profesor, como en la del Instituto, sumado a la estrecha amistad con los jefes de trabajo, fueron definiendo en mí el espíritu de lo que debía ser una UNIVERSIDAD. Estos jefes de trabajo eran el Dr. Eduardo Viñals y el químico Emilio Poche, quien poseía una personalidad atrayente, tanto por su dedicación al trabajo como por su cultura artística excepcional. Atrás quedó la imagen de la Uni-

5 En los viejos tiempos de Europa, los alumnos seguían a un determinado profesor a la Universidad que este fuera, tal como yo hice con el profesor Lipschütz, aunque esto no es común en Chile.

Ediciones LAGO/Difusión

versidad de Chile, que para mí fue una escuela profesional, muy buena escuela por cierto, pero que no llenaba las ansias de perfeccionamiento humano que todos buscamos. Las sesiones de trabajo alrededor de los temas de fisiología, con el profesor y sus asistentes, me hacían pensar muchas veces en el ágora socrática; ese espíritu recoleto, de profunda observación, en que yo creía ver una concentración de fuerzas mentales alrededor de una idea, me producían el efecto de llevarme a otros tiempos y a las esferas en que el pensamiento del hombre empezaba a dar frutos particulares: era como salir del mundo vulgar que nos rodeaba. Esa escena solo se repitió una vez más en la vida, muchos años después.

Inolvidables serían las reuniones de los días sábado en casa de Lipschütz, junto a la señora Margarita, su mujer, alrededor del samovar. Ella era poseedora de una cultura superior y de una sensibilidad humana excepcional. Nos preparaba enormes cantidades de emparedados para acompañar el té: ¡14 tazas de té eran una ración normal! Ella solía decir: *«los jóvenes tienen buen apetito»*. Otra posibilidad era un paseo a la parcela que él tenía cerca de Concepción, en Viluco, donde caminando se cambiaba toda clase de ideas sobre los problemas que afectan al ser humano, pero en un espíritu muy superior. Ahí podían tratarse temas políticos, religiosos, filosóficos y jamás se perdía el lado ameno y tolerante.

Pero lo que daba el sello de superioridad a estas tardes sabatinas eran las charlas del profesor o de sus visitantes. Algunas de las visitas más especiales fueron la del Dr. Eduardo Cruz-Coke, que además de gran profesor de química fisiológica en la Universidad de Chile, era un político y pensador; los hermanos Zondek, fisiólogos egresados de Dorpart y ex compañeros del Profesor en dicha Universidad; el Dr. Jaime Pi-Suñer, profesor español de Fisiología que estuvo contratado por la Universidad Católica por esos mismos años; un gran jurista español, el profesor Luis Jiménez de Azúa, autor del libro **Libertad de Amar y Derecho a Morir;** y, finalmente, el profesor Vavilov, de quien después se dijo que había sido médico de Stalin, el que ordenó su fusilamiento por creerlo comprometido en un atentado contra él.

Lipschütz insistía en que una institución carente de investigación científica y sin las Facultades que enriquecen el espíritu, como la Facultad de Bellas Artes, no podrá llamarse Universidad. Él se sentía aislado

Editorial ACHI/Digital

y sin contactos dentro de la institución penquista y declaraba formalmente que esta no tenía rango universitario porque allí él estimaba escasa la cultura general. Había, naturalmente, excepciones, como lo fueron Luis David Cruz Ocampo, Enrique Molina, Félix Armando Núñez y otros.

Pasaron tres años en esa ciudad y mi vida se organizaba cada día más. Conocí en Concepción a Darío Verdugo, compañero de estudios, a quien hice ingresar como ayudante de Lipschütz al instituto. En ese entonces, yo aún no soñaba con que la hermana de mi amigo se convertiría en la compañera de mi vida por más de sesenta y cuatro años y que con Darío seríamos amigos por más de setenta. Son hechos que marcan la existencia en un sentido profundamente positivo.[6]

Los cursos de Medicina en la Universidad de Concepción se dictaban solo hasta el cuarto año y entonces me vi obligado, para terminar la carrera, a ingresar a la Universidad de Chile o a la Universidad Católica. Muchos de los que se vieron forzados a emigrar optaron por la Católica. Yo decidí volver a mi primera opción, pues se comentaba, sin mayores fundamentos, que los estudiantes católicos estaban sometidos a tutela ideológica, estableciéndose desde aquella época cierta rivalidad entre los estudiantes de ambas Escuelas.

El ritmo liceano volvió a envolverme. Cátedras de gran categoría y otras para dormir. Eran tan poco interesantes algunas de ellas que los alumnos nos sorteábamos para dar alguna presencia al profesor. Otras, como las del profesor de obstetricia –a quien los estudiantes bautizaron como «El Faraón»–, aparte de ser brillantes, eran precedidas por una entrada triunfal del profesor. El desfile se iniciaba con el ingreso a la sala de los alumnos ayudantes, seguidos de los memoristas, las enfermeras, los médicos ayudantes y los jefes de clínica, para después aparecer el profesor Dr. Gustavo Monckeberg, todo vestido de blanco y con su figura realmente principesca. Sus lecciones fueron siempre brillantes y con gusto a

Ediciones DAGH / Dahsen

6 Yo considero que las almas pueden unirse y transmitirse sus pensamientos y su sentir a distancia. Esto, porque un día me encontraba en la plaza de Concepción conversando con un amigo, cuando vi a dos niñas que paseaban. Yo pregunté como se llamaban y él me dijo que una era Piruca Herrera y la otra Carmencita Verdugo. Yo la miré (a Carmen) y dije: *«con ella me caso»*. La conocí varios meses después y desde entonces estamos profundamente unidos; sesenta y cuatro años de feliz matrimonio.

poco, pues él poseía una cultura fenomenal. Muchas veces hubo aplausos.

Entre los otros grandes profesores estaban el Dr. Lucas Sierra, famoso por los interrogatorios a que sometía a los estudiantes en los exámenes; el Dr. Álvaro Covarrubias, que tenía la apariencia de un apóstol por su bondad y por el cariño que mostraba frente a los alumnos complicados, lo que muchas veces les permitía salir airosos de las más difíciles situaciones; también estaban el Dr. Exequiel González Cortés, autor de la Ley de Seguro Obrero, quien demostraba su afecto por los más necesitados en una forma excepcional; el Dr. Gustavo Girón Latapiat, profesor de anatomía, uno de los ramos más insípidos de los estudios de medicina, pero él se las arreglaba para hacerlo ameno y más tolerable y, finalmente, el Dr. Eduardo Cruz-Coke.

Mientras estuve en la Universidad de Concepción recibí un sueldo de cien pesos mensuales como alumno ayudante del Instituto de Fisiología y, además, tenía alojamiento en el propio instituto, lo que me permitía ciertas licencias como estudiante, es decir, mantenía mi vida sin apuro. El traslado a Santiago significó que perdí esta franquicia, pero entonces el doctor Benjamín Kaplan obtuvo que se me contratara como interno *ad honorem* en el servicio de otorrinolaringología, el cual me permitía tener alojamiento y comida dentro del Hospital del Salvador. Kaplan fue otro de los amigos judíos que influyó poderosamente en mi vida, de manera especial, haciéndome tomar conciencia de la importancia relativa del dinero, que no debe ser nunca el objetivo fundamental de un hombre y mucho menos de un médico, lo que Kaplan demostraba atendiendo gratuitamente a religiosos y religiosas y a toda aquella clase media que estaba complicada por razones de dinero.

Fundación LACH/Difusión

Al terminar los estudios, de parte de la Universidad solo recibí un documento al que había que pegarle una estampilla y esto significaba haber terminado la carrera de Medicina, lo que me provocó una tremenda decepción. Los hitos importantes de la vida suelen ser celebrados por nuestros parientes y amigos: nacimiento, bautismo, primera comunión, matrimonio, etc., pero al finalizar una etapa tan importante, el *Alma Mater* se revelaba como una Casa de Estudios Profesionales, pues no despertó la relación que debe haber entre la familia universitaria y cada uno de sus miembros. Quizás por eso es que a la mayoría de los egre-

sados les suena falso un sentimiento de gratitud para el ente llamado universidad que solo permite adquirir una profesión, pero no permite formar un alma colectiva.

Enfrentado al ejercicio de la profesión, abrí una pequeña consulta frente a la Universidad Católica, donde penaron más las ánimas que los pacientes. En ese tiempo no había *marketing*, así es que no se acostumbraba colocar letreros luminosos para llamar la atención hacia la consulta. Para el médico que comenzaba era indispensable obtener un cargo rentado y tuve la suerte de entrar como reemplazante del Dr. Kaplan en el Servicio Médico de los Ferrocarriles del Estado. Mi estreno fue curioso: en un horario de dos horas debía atender a todos los pacientes que se presentaran. Acostumbrado a la rutina que seguía en el Hospital del Salvador, llamé al primer paciente y empecé a escribir su historia clínica. Habían pasado más de las dos horas contratadas y no había atendido sino seis pacientes. En esto aparece el Jefe del Servicio y me dice: *«Doctorcito, ¿hasta qué hora cree Ud. que vamos a tener abierto el Policlínico?»* No supe qué responder. Entonces el jefe, asomándose al pasillo, gritó: *«Pasen todos los que tienen dolor cabeza»* y entraron cinco o seis. Nueva salida y esta vez fue: *«Pasen todos los que tienen dolor de guata»* y entró un tropel. A los primeros, aspirina; a los segundos, la poción que para tales casos preparaba la farmacia. El resto, enfermedades venéreas, quienes fueron despachados en treinta segundos. Pensé que el jefe tenía razón porque la mayoría de los pacientes buscaba eximirse del trabajo o excusar una inasistencia. Que había injusticia, cierto; que no se podía entorpecer el servicio, igualmente cierto.

El reemplazo duró poco porque el Dr. Kaplan presentó su renuncia para que yo pudiera ocupar el cargo en propiedad, pero no pude acceder al puesto por no tener bandería política ni sectarismos de otro orden que me fueron expresamente solicitados. Aunque había sido uno de los fundadores de la Falange Nacional, no participaba activamente en el movimiento. La política no me interesaba hasta el punto de sacrificar el ejercicio de mi profesión y, por lo demás, de poco me habría servido pues eran otros los colores políticos reinantes. Así fue como me encontré cesante.

Editores LACH/Difusión

Capítulo II
La llegada a Valdivia

Pocos días después de lo ocurrido en el Servicio Médico Ferroviario, apareció un aviso en la prensa que llamaba a concurso a un especialista en otorrinolaringología para el Hospital Regional de Valdivia. Opté al concurso, fui aceptado y el 27 de octubre de 1939 a las 18:30 horas abordaba el llamado tren nocturno hacia Puerto Montt, que me dejaría en la estación de Antilhue, para enseguida tomar el tren del ramal a Valdivia.

Los días primaverales de esta parte del país, permitían ir contemplando el cambio que se producía en las construcciones de todo tipo que se podían ver a lo largo de 400 kilómetros. En la zona central, las edificaciones de adobe y tejas de barro eran mayoría y, cuando empezaban las casas de madera forradas y techadas con planchas de zinc, la zona templada terminaba. Luego, aparecían las casas de adobe y techos de totora, pocas pero llamativas: era la zona donde habitaba una de nuestras etnias originarias, los mapuches, donde no se observaban cercos que dividieran las propiedades. Esto llamó mi atención, pues la composición étnica del país se apreciaba en cada zona: más española en el centro, adaptada a las condiciones climáticas; hacia el sur, empezaba a reflejar la vida de los indígenas, cuyas propiedades parecían comunitarias.

En Antilhue una locomotora a vapor, desprendiendo nubes de humo,

Ediciones UACH / Difusión

con carros dormitorio y otros de primera y segunda clase, continuaba el viaje. La línea férrea pasaba tan cerca de la orilla del río Calle-Calle que había momentos en que parecía que el tren iba sobre rieles tendidos en el agua. El panorama era verde: verde de los más infinitos tonos, que se multiplicaban al reflejarse en el río. Eran ya las seis de la tarde cuando llegué a la estación de Valdivia, notable porque se decía que en esa ciudad había dos estaciones: la del ferrocarril y la del invierno. Justamente caía en esos momentos una suave llovizna que luego se transformaría en una verdadera lluvia. El arribo a Valdivia me causa un tremendo impacto. ¡Cómo se parecía a mi pueblo! La ciudad se había adaptado al río: las calles sinuosas y ondulantes tenían un solo horizonte, su río, hacia el que miraban las casas dispuestas como en una colina, la inmensa mayoría con jardines de florescencia exuberante. Eso me causó una grata impresión. En contraste con las urbes de la zona central, trazadas en cuadrados casi perfectos, esta seguía el curso del río que era la vía fluvial por la que se desplazaban innumerables barquitos que se dirigían al puerto de Corral, para embarcar en navíos de cierto tonelaje las mercancías que producía la zona: animales, cereales, zapatos, harina, etc. Había astilleros que, además de barcos, fabricaban carros y repuestos para los Ferrocarriles del Estado. El comercio era intenso y abastecía de productos importados, de manera preferente, alemanes.

Sin exagerar, podía decirse que todo el afán valdiviano giraba en torno a los alemanes y sus descendientes. Algunos decían, con mucha gracia, que los alemanes valdivianos nacían en la Deutsche Krankenhaus, se bautizaban en la Deutsche Kirche, estudiaban en la Deutsche Schule; hacían vida social en el Deutsche Verein y finalmente los enterraban en el Deutsche Friedhof. Y todo ello era cierto. La vida social era intensa y el cariño que esta gente demostraba por Chile era evidente. Recordaban y ponían en práctica las sentencias de aquel gran chileno-alemán que se llama Carlos Anwandter: *«Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuere. Nunca tendrá el país que nos adoptó por hijos, motivos de arrepentirse de su proceder ilustrado, humano y generoso».*

Cuando se decía que Valdivia era la Perla del Sur, no se exageraba: la ciudad tenía su río, *«donde los sueños se acuestan con la luna y se van con los primeros rayos del sol».* Por todas partes se podía apreciar

Ediciones DAGH/Difusión

el empuje germano. Entonces, hay que imaginar cual sería el estado de ánimo de muchos valdivianos, que se sentían íntimamente ligados a Alemania, cuando recién comenzaba la Segunda Guerra Mundial, en la cual ese país se batía solo contra toda Europa y llevaba las de ganar. Envuelto en ese ambiente, llegué a la ciudad. Entre los descendientes de alemanes existía optimismo, a pesar de que habían perdido la Primera Guerra Mundial, catástrofe que no se circunscribió solo a la vieja Europa, sino que también llegó a Valdivia. La industria valdiviana se jibarizó, los astilleros Behrens, Bartsch y Daiber entraron en una etapa de decadencia, el comercio que se abastecía en fuentes alemanas vio desaparecer a los grandes almacenes y los medianos se minimizaron, hasta finalmente desaparecer con la segunda derrota.

Llegando me alojé en el Hotel Palace, cuyo dueño era Federico Bertrán, uno de los impulsores de la idea que transformaría la ciudad años más tarde. Poco antes de la cena, bajé desde el segundo piso a observar un espectáculo especial: la banda del Regimiento Caupolicán tocaba en el kiosco de la plaza y la gente estaba sentada en los bancos o se paseaba con paraguas.

—Don Federico, ¿es usual esto que estoy viendo?

—¡Y qué quiere Ud. que le hagan! ¿Que se encierren en su casa todo el año? ¡No faltaba más!

Mi curiosidad no terminó ahí e hice una nueva pregunta:

—Don Federico, ¿para qué sirve una cuerda que está enrollada bajo la ventana?

—¡En caso de incendio está previsto que Ud. puede descender usando esa cuerda!

«¡Ah! Con esa estamos», pensé impresionado.

Luego vino la cena y pedí al mozo un plato típico de Valdivia. Me sirvió «puyes al pilpil»: unos pequeñísimos peces que en un gran plato, con miles de ojos fuera de órbita me contemplaban y tal vez me reprochaban que, para satisfacer un deseo, hubieran sido fritos en aceite Cruz de Oro, ya que así se decía de un pez bien frito. No sé qué me pasó que no pude comerlos y pedí que me cambiaran el guiso.

Después de la cena, me recogí para dormir plácidamente, cuando de improviso suena en forma estrepitosa la sirena de incendio. Abrí la

Ediciones UACh/Digital

cortina de la pieza y esta quedó en vuelta en un color rojo fuego. Muy alarmado, me preguntaba que estaría pasando. Luego lo supe: ardía el Teatro Central. Sonaban las sirenas de los carros bombas; los bomberos llenaban la Plaza de la República; en medio del espectáculo irrumpe el silbato de un barco: era la bomba fluvial que inyectaba agua a las cañerías secas que se extendían a varias cuadras del río, pues Valdivia se mostraba previsora desde la fecha en que un gran incendio destruyó la mitad de la ciudad. El incendio del teatro me impresionó fuertemente en mi primera noche en la ciudad, pues el edificio quedó reducido a cenizas.

A la mañana siguiente, me retiré del hotel y partí a buscar un lugar más seguro que las construcciones de madera, pero más adelante tendría otra sorpresa del mismo estilo. Trabajaba en el Consultorio del Seguro Obrero como médico urólogo el Dr. Eduardo Schuster. El día 22 de enero, me despedí de él con un *«Hasta mañana si Dios quiere»,* ante lo que Schuster reaccionó en forma violenta y agresiva, pues era ateo. Le pedí disculpas sin obtener respuesta. Pensativo sobre esta manera de reaccionar me dirigí al Hospital donde había obtenido residencia y, casi llegando, suena la sirena del Cuerpo de Bomberos. Me informo de inmediato: era el Policlínico de Sanidad que ardía. Acompañé a la ambulancia que se dirigía al lugar y, llegando, pregunté por el Doctor Schuster. *«Ha perecido en el incendio»,* me dijeron. Sus restos calcinados se reducían al cráneo y el busto. Un nuevo y tremendo impacto emocional.

Al segundo día de mi llegada asumí los cargos que me habían llevado a la ciudad: médico del Seguro Obrero y del nuevo Hospital Regional. El Director del Hospital, encargado de poner en marcha los establecimientos de la Junta Central de Beneficencia, era un hombre de acción, Alfredo Cruzat Tirapegui, quien parecía haber llegado con un aire que olía a cierto tufillo anti-germánico, pues en la planta del nuevo hospital no figuraba ningún medico descendiente de alemanes y eso que en la ciudad había algunos notables. Me había llamado la atención la organización que tenían los alemanes y sus descendientes en cuanta actividad se desarrollara en la ciudad. Por lo mismo, me pareció natural que siempre uno de ellos hiciera de cabeza en su respectiva actividad. Así, un médico ya anciano, el doctor Arturo Günther, ejercía en el antiguo hospital

Ediciones LAOM/Difusión

San Juan de Dios, y de él se contaban las más diversas anécdotas, entre ellas, que en cierta ocasión había entrado al Deutsche Verein montado en su caballo blanco. Pues bien, fui a saludarlo al hospital, siendo recibido con lo que parecía una especie de gruñido y, sin más, me espetó: *«Primer médico indio que aparece a saludarme»*. Preferí callar, tanto por darme cuenta de que a Günther le afectaba la actitud del Dr. Cruzat para con los alemanes, como por notar las muestras de intemperancia que en él se hacían presentes. Luego, en un cambio brusco de actitud, me preguntó solícitamente a qué me dedicaba y me ofreció su apoyo, lo cual por cierto agradecí. La relación con este anciano médico no terminó ahí. Ya sea por su enfermedad, ya por su problema emocional, llegó a la más completa miseria (suele ocurrir hasta este día entre los médicos ancianos, cuya jubilación es para no morir de hambre) y, como yo lo visitaba de vez en cuando, conseguí, con la ayuda de otro médico, que lo hospitalizaran, por cuenta nuestra, en una pieza especial del Hospital Regional. Y allí terminó sus días.

Como Jefe del Servicio de Otorrinolaringología, se me dieron toda clase de facilidades para organizarlo a mi entera satisfacción. Sin entrar en detalles que no vienen al caso, el Dr. Cruzat estimó que si yo había podido organizar el Servicio de acuerdo con las ideas que él tenía, bien podría realizar otras tareas más complicadas. Fue así que cierto día me propuso hacerme cargo de un viejo edificio, recién desocupado como albergue de tiempos difíciles, para instalar allí un Asilo de Ancianos. Después de pensarlo mucho, acepté. Se hizo el nombramiento aprobado por la Junta Central de Beneficencia y pude entregarme de lleno a la empresa. El edificio, que era viejo y estaba destartalado, ocupaba un terreno de 800 metros cuadrados. La gracia era que, como una obra del estado, no tenía presupuesto para repararlo. Fue entonces cuando, recién estrenado como Director, pude darme cuenta de la potencia y generosidad de los «alemanes» para apoyar obras de interés general.

Rodeaban al Hospicio terrenos de la firma Haverbeck y Skalweit por un lado y, por el otro, de la Municipalidad. Estimé que se necesitaría tener más espacio para desarrollar un proyecto más o menos decente. Entonces, corrí primero los cercos que deslindaban con Haverbeck y luego le pedí a su propietario, don Carlos Haverbeck, Senador de la República,

Ediciones LAGH/Difusión

que los donara al Hospicio. Su vacilación fue de segundos y después de algunas observaciones sobre el procedimiento, me dio su conformidad. Luego corrí los cercos de la Municipalidad, pero aquí no hubo necesidad de pedirlos. Fue una toma en beneficio de ancianos desamparados, y, de esta manera, el hospicio quedaba con más de una hectárea de terreno. Después, con la colaboración de numerosas personas, este asilo albergó en forma satisfactoria a 38 ancianos que disfrutaron de unos años para ellos no soñados. Allí permanecí diecisiete años como Director y, sólo para que pueda apreciarse cómo andaban las cosas, una vez que me retiré por renuncia voluntaria, no sólo no se me dieron las gracias, que habrían colmado mis ambiciones, sino que se borraron las huellas de mi gestión en forma tan perfecta que nadie en ninguna oficina fiscal ni semifiscal pudo certificar que había dado mi tiempo y mi capacidad para realizar el Hospicio de Valdivia.[7]

Luego de establecerme en Valdivia, llegó mi familia, la que fue recomendada a un personaje que era como el *Gauleiter*[8] de la Colonia alemana: hombre rudo, pero de un dinamismo espectacular, era Enrique Werkmeister presidente de cuanta organización social y empresarial existía allí. Sin duda alguna, Enrique Werkmeister fue hombre decisivo para la vida valdiviana, pues lo que se proponía lo obtenía. Su inclusión en la Lista Negra de los aliados, durante la Segunda Guerra Mundial, terminó con su labor. Pero su ejemplo perseveró y más tarde se trasladó a otro personaje que también tendría poder decisivo en los asuntos que vendrían a mis manos: Ernesto Martens Boysen.

Había en Valdivia una intensa vida social que se desarrollaba, principalmente, en tres diferentes locales. El primero, situado frente a la plaza principal de la ciudad, era el Deutsche Verein, club de los industriales, comerciantes o agricultores alemanes (o chilenos que hablaran alemán); el segundo, el Deutsche Verein Unión, era para los empleados alemanes o descendientes de alemanes y, el tercero, llamado «La Pro-

Ediciones DAGH / Digitación

7 En ese establecimiento se instaló primero el Hospital Regional de Valdivia, cuando el terremoto de 1960 inhabilitó el edificio que ocupaba. En esos mismos terrenos, que yo había recuperado para la beneficencia, se construyó el Hospital que donaron los ciudadanos de EE.UU.

8 *Gauleiter* fue el término en alemán utilizado en el Partido Nazi para los «líderes de Zona» *(Gau)*, que fue una forma organizativa del partido a nivel nacional. [N. del E.]

tectora de Empleados de Comercio» que era de los chilenos comunes y corrientes. El primero aceptaba socios transeúntes, pero sólo por dos años y siempre que tuvieran alguna figuración social. El segundo, no tenía restricciones de ninguna especie y «La Protectora» recibía, como su nombre lo indicaba, a toda clase de ciudadanos. Tal vez por la excelencia de su comida, era el favorito de los profesores de enseñanza media y primaria.

A poco de residir en la ciudad, fui invitado al Deutsche Verein y el concesionario, Carlos Haussmann, me presentó a un caballero correctamente vestido con rasgos típicamente alemanes:

—Don Carlos, Ud. no conoce al Dr. Morales que recién ha llegado para quedarse en Valdivia.

Yo, totalmente desconcertado, me preguntaba, *«¿Dónde he visto esta cara?»* De repente, la luz: dos días atrás había ido a comprar carne en la calle Picarte y la persona que me atendió era justamente don Carlos Penz. Esta escena se repetía muy a menudo, ya que todo el comercio importante estaba en manos de lo que podíamos llamar «colonia alemana».

Lo anterior explica que existiera una clara separación, no siempre evidente, entre la «colonia alemana» y la «colonia chilena», pero que saltaba a la vista en muchas ocasiones, como cierta vez en que se invitó para dar un concierto en el Club Alemán a una gran cantante: Marta Rose. Para sorpresa de los pocos socios asistentes, el día del concierto no hubo concurrencia alguna y, para evitar el desaire a la invitada, el Directorio ofreció a los presentes una comida en el mismo Club. De repente, alguien señaló que Marta Rose era alemana y otro exclamó *«¡Qué lástima, no haberlo sabido antes! Habría tenido gran concurrencia...»* Así se acumulaban ciertos detalles que no podían pasar desapercibidos.

Valdivia era una ciudad muy especial. Aparte de las bellezas naturales, el esfuerzo ciudadano había logrado gestar importantísimas obras: la Sociedad Periodística del Sur, que editaba diarios para todos los lugares desde Concepción hacia el sur; la Compañía Nacional de Teléfonos, que atendía varias provincias; el Banco Osorno y La Unión que era, sin duda, el Banco más importante de la región, y la Sociedad Agrícola de Valdivia (SAVAL) que reunía en su seno a los agricultores de la región.

Ediciones UACh / Digital

Además, numerosos liceos atendían a la población escolar. Una Escuela Normal Superior que preparaba profesores para la enseñanza primaria, de donde egresaban eminentes educadores mucho más preocupados de cumplir con su misión que de contar los pesos de su mísero sueldo. La Escuela Técnica Femenina desarrollaba una intensa labor habilitando a multitud de niñas para las labores que se consideraban propias de la mujer y, entre los colegios, destacaban la Deutsche Schule (Colegio Alemán), creado a la llegada de los inmigrantes que trajo Pérez Rosales. Existía, pues, un cuadro muy amplio para los fines de la enseñanza, pero la instrucción de la juventud era precaria en lo que determina la formación de un ser humano integral.

Desde el primer día, Carmen y yo nos sentimos inquietos porque el panorama cultural nos pareció muy pobre. Para mejorarlo, nos reunimos con tres profesoras de piano, Thea de Eitel, Agnes de Eisendecher e Inés Gebhard de Paredes, y dos jóvenes entusiastas de la música clásica, Ernesto Rudloff y Norberto Petersen, y empezamos a transmitir conciertos de música clásica a través de la Radio Cooperativa Vitalicia. Luego, aparecieron otros interesados y entre todos acordamos crear la Sociedad Amigos del Arte. En este grupo vi despertar el germen de mi gran sueño: crear una Universidad que uniera todos estos anhelos y los proyectara más allá de la ciudad.

Con los muy escasos medios económicos que teníamos, aparte de la compra de un piano *Steinway* y de realizar sistemáticamente conciertos instrumentales, las emprendimos con dos grandes proyectos: un concierto nacional de pianistas y unos Juegos Florales. El Concurso de Piano fue ganado por Mario Miranda, joven que luego obtuvo una beca para continuar sus estudios en EE.UU. y que, por desgracia, falleció en ese país. El segundo puesto fue adjudicado a Edith Fisher, posteriormente alumna de Claudio Arrau. Los Juegos Florales tuvieron una acogida nacional y allí se coronó con hojas de laurel y se donó una medalla de oro al poeta que más tarde brillaría como Nicanor Parra.

Como la Sociedad Amigos del Arte (SAA) había ayudado a remover el ambiente cultural de la ciudad, despertando el interés por asuntos ajenos al comercio, creí que en el año 1950 ya existía la posibilidad de dar al Sur una Universidad y, para tales efectos, entablé conversacio-

Ediciones UACh/Difusión

nes con los sacerdotes de la Holy Cross, sostenedores de la Universidad de Notre Dame en EE.UU., a quienes conocí porque mi hijo se educaba en el colegio Saint George de Santiago, por el interés que tenía en que aprendiera el idioma inglés conjuntamente con el castellano. Uno de los sacerdotes de esa congregación, el padre John Halley, se convirtió en un gran amigo de la familia, al punto que los veranos los pasaba en nuestra compañía. En las conversaciones que sosteníamos, apareció la idea de fundar la Universidad y el padre Halley se comprometió a conversarlo con sus superiores, los que al parecer, en principio, estuvieron de acuerdo. Este fue el motivo por el cual pedí la autorización del Obispo para hacer lugar a la comunidad de la Holy Cross.

Ellos aceptaron visitar la ciudad y sondear el ambiente. Pero el proyecto de universidad que yo tenía involucraba una revolución demasiado grande para las fuerzas de que se disponía, pues se trataba de crear talleres para estudiantes obreros como en algún tiempo tuvieron los Padres Salesianos y, además, la enseñanza secundaria estaría a cargo de un Colegio Inglés (ya tenía Valdivia un gran Colegio Alemán), todo esto anexo a la universidad. Por suerte,[9] el Obispo Arturo Mery Beckdorf se opuso y se guardó al respecto el más absoluto silencio de esta loca iniciativa. Pero la idea siguió dando vueltas dentro de mi cabeza.

Pasó el tiempo y no volví a mencionar mi proyecto, hasta que en 1953 el Rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas, inauguró en Valdivia una de las llamadas Escuelas de Verano. Estas escuelas trataban los temas más diversos, desde lecciones de cueca hasta los problemas filosóficos de Heidegger. A cargo de ella se encontró un primo hermano del Rector, el pensador Jorge Millas, hombre de un carisma muy especial, de una mente lógica y con una facilidad de expresión extraordinaria. Mi esposa le sirvió de secretaria en sus clases de filosofía y las celebraba con entusiasmo. Esta Escuela de Verano indujo a un numeroso grupo de profesionales a crear el Centro de Amigos de la Universidad de Chile, cuyo objetivo fue obtener una sede valdiviana de su Universidad, lo que calzaba de maravillas con el pensamiento de Juan

9 Pues al hacer una Universidad bajo la tuición de la Holy Cross, habría resultado una institución confesional y beata a la que yo me oponía.

Ediciones UACh / Difusión

Gómez. Presidía esta nueva agrupación el médico Víctor Crass y formaban parte de su equipo una joven arquitecto, Kika Schweitzer, y la subdirectora del Liceo de Niñas valdiviano, la profesora Erna Messecke. La aparición de este grupo desató en mí la máxima inquietud y me resolví a actuar rápidamente.

Yo no compartía la idea de que la universidad dependiera de la sede central porque eso restaría autonomía a la provincia y no representaría en ningún momento las inquietudes de los provincianos. Una institución de esta especie acentuaría el centralismo, al cual me oponía decididamente y, además, no estaba de acuerdo con los planes del resto de las Universidades del país. No podía comprender cómo el profesional universitario podía estar pensando en sujetarse a un sistema que lo privaba de, prácticamente, la posibilidad de decidir por sí mismo. Pensaba que más valía ser cabeza de ratón que cola de león.

Ediciones UACh/Difusión

Capítulo III
Bases para la nueva Universidad

Ediciones UACH / Difusión

Cuando me convencí que el proyecto del movimiento «Amigos de la Universidad de Chile», apoyado por representantes de la Casa Central, podría transformarse en realidad, decidí actuar. Durante doce años había estado pensando en los pro y los contra de crear en Valdivia una institución de enseñanza superior, pero ¿qué clase de institución? ¿Universidad, Academia, Instituto, Colegio o Escuela Universitaria?

Asumía la tremenda responsabilidad de imprimir un rumbo, a través de cualquiera de estos establecimientos, a los sueños de miles de jóvenes que aspiran a completar estudios avanzados y estaba plenamente consciente de que con el porvenir de la juventud, no se hacen ensayos ni experimentos que puedan dañar su espíritu.

En esos momentos era indispensable aclarar algunas preguntas. ¿Qué necesidad había de crear una Universidad en Valdivia? Si por intermedio de este establecimiento se lograba despertar la inquietud cultural, de manera que pudiera elevar las condiciones espirituales e intelectuales de una ciudad o región, la pregunta estaba demás. Por otra parte, las universidades existentes en el país se encontraban muy alejadas y demostraban poco o nada de interés por el problema provinciano, lo que hacía necesario acortar distancias, no sólo acercando la estructura material universitaria, sino preocupándose de formar hombres respon-

sables del progreso regional, con la menor intervención del Gobierno Central. Además, se observaba la carencia de profesionales asentados en provincia, principalmente en aquellas áreas como educación, salud y las actividades propias de la zona, en torno al desarrollo agropecuario y forestal, por lo que cualquier esfuerzo sería aceptado, estimulado y apoyado por el Gobierno. De todas maneras, era evidente que mi principal objetivo era la culturización de la comunidad.

Me reía cuando pensaba que más de algún *zorzal* se opondría a gastar o invertir en una obra «puramente intelectual», pues en el país solían dejarse de lado las artes, la filosofía, las ciencias, argumentando que había otras necesidades que se consideraban prioritarias, las cuales siempre apuntaban a la producción de bienes materiales y a su consiguiente consumo. La mayoría de la gente campesina pensaba que era innecesario enviar a sus hijos a instruirse en una escuela, menos en la Universidad, pues les traía más provecho que se quedaran en sus casas ordeñando vacas o arando la tierra. Pero, a pesar de eso, sentía que me quedaba una sola opción: debía pensar en una Universidad.

La primera cuestión que me surgió al intentar la creación de una nueva universidad fue: precisar lo que yo entendía por «Universidad». Al recurrir a un diccionario,[10] me encontré con que este sólo se refería a los grados y títulos que la universidad entrega, pero no a la misión que a ella le corresponde en la sociedad. Además, excluía por completo a las artes en general dentro del ámbito de estudios universitarios. El antiguo y siempre vigente concepto de lo que debe ser una universidad se ha ido perdiendo con el transcurrir del tiempo y, realmente, no se puede decir en el presente que no existe una universidad técnica. Es así como surgen algunas dudas. ¿Puede un instituto técnico tener rasgos de Universidad? Sí, aunque en estos establecimientos los estudios de filosofía y humanísticos en general no tienen una importancia principal, como, por ejemplo, el Massachussets Institute of Technology. ¿Puede una escuela tener categoría universitaria? Indudablemente, ya que las escue-

Ediciones UACh/Difusión

10 El diccionario de la Academia Española, Editorial Ramon Sopena, la define como: *«Establecimiento o grupo de establecimientos de enseñanza superior donde se cursan todas o varias de las facultades de Derecho, Medicina, Farmacia, Filosofía y Letras, Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y Veterinarias y se confieren los grados correspondientes».*

las suelen formar parte de una universidad, pero no son universidades, tal como ocurrió con una Escuela de Leyes, sobre la cual se constituyó la Universidad de Concepción. Lo mismo puede decirse de un colegio donde los estudios se orientan hacia determinadas disciplinas, que sí tienen categoría de estudios universitarios, pero que no son universidades. Para mí el conjunto de colegio, escuela e instituto podía integrar la Universidad, pero sólo como agregados a los estudios científicos y humanísticos en ciencias básicas, filosofía y teología.

A mediados del siglo XX, yo consideraba que la misión de la universidad no podía continuar circunscribiéndose a otorgar grados o títulos, como ocurría por lo general en ese tiempo. En todas las universidades del país la investigación científica era, menos que modesta, casi inexistente. Pero, además, se desarrollaba adscrita a las escuelas profesionales, especialmente a las Escuelas de Medicina e Ingeniería. Algunas de estas escuelas contaban con personal contratado a tiempo completo, pero con emolumentos que se decía con toda propiedad, «sueldos para morir de hambre». Al pensar todo esto, recordé con gran emoción a mis amigos de ese entonces: Joaquín Luco y Luis Vargas Fernández (posteriormente Premios Nacionales de Ciencia por investigación de gran importancia) trabajando o formándose junto al doctor Jaime Pi-Suñer, un biólogo español y, también, a Roberto Barahona, quien se formaba como anátomo-patólogo bajo la tutela de Max Westenhofer. Eran los esfuerzos personales por hacer ciencia.

La oportunidad que había llegado a mis manos, exigía realizar el ideal que tenía en la mente durante tantos años en forma rápida y concreta. Era una ocasión que rara vez se le podía presentar a un hombre: crear desde lo que se supone la nada. Y qué tarea más grandiosa y agobiante la de influir en forma decisiva sobre el porvenir de una comunidad a través de la formación de la juventud. Valoraba plenamente la responsabilidad que asumía y estaba consciente de que los cimientos sobre los cuales quería asentar la universidad la harían una institución digna del nombre que llevaría y sería condición inapreciable para que ella perdurara. De la misma forma en que los hombres buscan definir y vivir su propia personalidad, aquella que los hace únicos en la humanidad, así también debía hacerlo con la universidad que el destino entre-

Ediciones UACH/Difusión

gaba en mis manos. Su misión señera sería, antes que instruir, educar. Por eso, tal como aparece en las enciclopedias,

> El encarecer en el siglo en que vivimos la importancia de la educación, el elevado papel que desempeña en las instituciones humanas, podrá parecer, por lo sabido, tan trivial como inoportuno, pero al hacer ostensible el equívoco en la manera de interpretar el significado de la palabra educación, lejos de estimarlo como fuera de tiempo, parece como provechoso.[11]

Al apegarnos a la definición estricta que nuestra lengua da a la palabra «educación», encontramos que en el niño, como ser humano, se unen la vida física, la vida intelectual y la vida moral. El desenvolvimiento de estas facultades es lo que constituye el objeto de su educación, como producto de una verdadera escuela educativa, porque educar es el sinónimo de formar, que es adaptar actitudes naturales del niño a los fines de su vida. El error craso, indisculpable, está en confundir la educación con la instrucción, ya que esta consiste en la comunicación dogmática de conocimientos más o menos acomodados a una profesión, a una carrera o a la condición social del individuo, y a ese objeto giran todas las exquisiteces y preferencias intelectuales, con la finalidad exclusiva de enriquecer el entendimiento de conocimientos al alcance de su inteligencia, mientras la parte afectiva, la cultura espiritual, el corazón, se abandona a las impresiones. La instrucción será, si se quiere, una parte de la educación, pero su objeto y finalidad son distintos, consiste en una especie de aprendizaje de conocimientos, en amueblar la inteligencia dejando vacío de virtudes el corazón y de elevados sentimientos el espíritu.[12]

Ediciones UACh/Difusión

Ya Séneca, tomando un documento de la filosofía de Platón, preguntaba:

> ¿De qué sirve la instrucción si no hace más que alimentar el orgullo y no corrige ningún defecto? ¿Basta esto sólo para desarraigar pasiones insensatas? ¿Hace al hombre más justo, más generoso, más fuerte? Toda la vida del hombre es una lucha entre el deseo y la obligación, lucha dolorosa cuando el

11 **Enciclopedia Universal Sopena.** Barcelona: Editorial Ramón Sopena, 1972.
12 Conceptos extraídos de las ideas de Pestalozzi.

> deseo no tiene ni respeta más barreras que la coacción de la ley, lucha fácil y hasta cierto punto agradable, cuando el conocimiento nos familiariza con la obligación y consideramos esta como una defensa contra nuestros propios extravíos. Por otra parte, la educación produce la formación del alma por el hecho de ir dirigida directamente al corazón, con el objeto de destruir toda mala inclinación y sustituirla por la voluntad de hacer el bien.

A partir de estos conceptos, diseñé mis ideales acerca de la formación que la juventud debía recibir, especialmente la de aquellos que visualizaba como mis futuros alumnos, pues estaba consciente de que ellos, mayoritariamente, emergían de clases sociales postergadas y desarrollaban su niñez e inteligencia en un medio provinciano carente de estímulos enaltecedores, aunque habían otros que provenían de circunstancias distintas.

La égida del Estado me sublevaba. Se hablaba y se habla de educación superior, cuando una de las deficiencias que salta a la vista es que tal enseñanza carece de las más fundamentales tareas que conducen a obtener un hombre educado. La educación que motivaba a la nueva institución se dirigía a la formación de seres humanos para los cuales los valores del espíritu ocuparan el sitial de honor y donde existiera una cultura que despertara la iniciativa personal sostenida por una fecunda imaginación. Se esperaba formar personas de elite que colaboraran para reemplazar el concepto en boga de materialismo y consumismo, terminando con la mediocridad que asfixia. Además, trabajarían para despertar, con todos los medios que la técnica moderna nos proporciona, el amor por la cultura misma que, en forma sutil o abierta, desvía el interés que el individuo va acrecentando por todas aquellas actividades que producen dinero. De esta forma, hacer notar a la juventud que las máximas aspiraciones del ser humano no se alcanzan con el dinero, incluso cuando sobrepasa la ambición del avaro, ya que hay bienes tan deseables como el amor, la veracidad, la generosidad, que no pueden ser alcanzados con el dinero. Ser pobre en ideales y en valores es más doloroso que serlo económicamente: la pobreza en ideales nos acerca a la vida de los irracionales.

Si la función educativa es responsabilidad, primero, de la familia y luego del Estado, en la gran familia universitaria ella encontraría la

Editorial UACH/Difusión

atención preferencial. Si las universidades se distinguen unas de otras por los lugares en que se asientan (grandes centros o páramos culturales), por las disciplinas que profesan y por los medios a los que ajustan su quehacer, dado el proceder y procedencia social de los profesores y alumnos, me parecía que la labor de la Universidad estaba determinada por estos factores. Citando un concepto de Lipschütz, «*¿Sería una universidad fuera del lugar y fuera del tiempo, una universidad abstracta e irreal?*»[13] La respuesta es sí y no: perseguir el ideal hasta casi rayar en la utopía no es delito, es desafío, es provocación y estímulo para emplear todas las fuerzas del alma. Fue un desafío para el medio en que nació la universidad y lo seguirá siendo en la medida en que no se deje aplastar por la rutina.

La Universidad que pretendía crear no sería una universidad exclusivamente profesional. Sería también misión de esta casa de estudio la investigación científica y, al contraer el compromiso de formar científicos y artistas, la universidad adquiriría la responsabilidad de velar por su vida.

Tomando en cuenta todo eso, empecé a formalizar mi idea de la misión universitaria. Numerosos hombres de Letras y Ciencias (Cardenal Neuman, Ortega y Gasset y muchos otros) se habían dedicado a pensar acerca de la misión de la universidad. Sus planteamientos giraban en mi mente y buscaba encauzarlos en la idea que engendraría a la Universidad. Recordé a mi maestro Lipschütz y adherí a su afirmación de que una institución sin investigación científica en las ciencias básicas no puede denominarse universidad. Además, en esos años, se producía una dispersión de las pocas energías que contaba la ciencia porque cada escuela tenía su «laboratorio» para hacer investigación. ¿Por qué no un «Instituto» que centralizara todos los esfuerzos, dada la escasez de personas interesadas en la materia, los costos del material requerido, la necesidad de locales amplios y acogedores que facilitaran la vida académica? Un instituto para servir las exigencias de las diferentes escuelas. Esta fue una de las razones que dio origen a la Facultad de Estudios Generales. Mientras la universidad no adquiriera dimensiones que exigieran un aumento drástico de personal capacitado, debían organizarse modestamente.

Fundación BACH / Biblioteca

13 Lipschütz, Alejandro. **La Función de la Universidad.** Santiago, Nascimento, 1955.

Ahí no terminaba el problema, pues me vi enfrentado a la creación en un medio tan pobre, en todo sentido, como el que se vivía en Valdivia, por lo que me fue imperioso agregar que, si bien la investigación científica era fundamental, el estudio de la filosofía, letras y artes no podía dejarse de lado. Así planteada la situación, se concluía: primero, hombres con la más amplia cultura; luego, se les conferirían títulos o grados en las más diversas disciplinas. Esa era la misión que entregaría a la naciente universidad.

Finalmente, las directrices quedaron determinadas de la siguiente forma:

1°. No seguir los planes vigentes en las universidades existentes al momento de la concepción;

2°. No significar una carga económica para la sociedad ni para el Estado;

3°. Respetar la modestia y las estrechas posibilidades de austeridad que han soportado desde siempre las actividades creadoras;

4°. Concentrar todas las actividades docentes en un centro único, tan pronto como las circunstancias lo permitieran;

5°. Valorar, antes que la instrucción profesional, la formación espiritual e intelectual de todos los miembros de la familia universitaria;[14]

Ediciones UACH/Misión

14 Este pensamiento educacional que yo tenía acerca de la Universidad se ve reflejado en la Declaración de la Comisión de Política Educacional de la Asociación Nacional de Educación de EE.UU. En ella se dice que la educación persigue los siguientes fines:

1° Objetivos de la autorrealización.
2° Los objetivos de las relaciones humanas.
3° Los objetivos de la eficacia económica.
4° Objetivos de la responsabilidad política o cívica.

Los objetivos de la autorrealización:

* La mente investigadora: La persona educada tiene el deseo de aprender.
* Lenguaje: La persona educada habla correctamente su propio lenguaje.
* Lectura: La persona educada escribe con precisión su propia lengua.
* Números: La persona educada resuelve sus problemas de cálculo.
* Hábitos de higiene: La persona educada protege su salud y la de su familia.
* Carácter: La persona educada dirige su vida con responsabilidad.

Los objetivos de las relaciones humanas:

* Respeto a la humanidad: La persona educada considera las relaciones humanas en un lugar preferente.
* Amistades: La persona educada disfruta de una vida social plena, sincera y diversa.
* Cooperación: La persona educada sabe trabajar en colaboración con otros.
* Cortesía: La persona educada observa buenos modales.

6°. Contribuir desde el primer instante de su vida al progreso social de la colectividad que le brindaba el espacio físico para existir;

7°. Afianzar su personalidad frente al centralismo gobernante.

Dentro de todos estos puntos, el primero aparece como fundamental, pues consideraba que *«Sin la libertad académica no creo que sea posible ni soñar con un progreso del espíritu».* La dignidad del hombre exige la más completa y absoluta libertad para pensar, pero yo no quisiera usar términos propios para definirla, y es por ello que acudo a la definición dada por el Contralmirante (R) de la Marina Norteamericana, Samuel Eliot Morison, Profesor Emérito de Historia Americana en la Universidad de Harvard, quien dice:

……..

* Aprecio del hogar: La persona educada mantiene en alto los ideales de la familia.
* Manejo del hogar: La persona educada es hábil en el manejo del hogar.
* La democracia en el hogar: La persona educada mantiene relaciones democráticas en la familia.

Los objetivos de la eficacia económica:

* Trabajo: El productor educado conoce la satisfacción del trabajo bien hecho.
* Información sobre las ocupaciones: El productor educado conoce los requisitos y las oportunidades de las distintas ocupaciones.
* Selección de la ocupación: El productor educado escoge acertadamente su ocupación.
* Aprecio de la ocupación: El productor educado aprecia el valor social de su trabajo.
* Economía personal: El consumidor educado planea su economía propia.
* Criterio del consumidor: El consumidor educado gasta su dinero de acuerdo a ciertas normas establecidas por él mismo.
* Eficacia al comprar: El consumidor educado sabe comprar.
* Protección del consumidor: El consumidor educado toma las medidas apropiadas para salvaguardar sus intereses.

Objetivo de la responsabilidad cívica:

* Justicia social: El ciudadano educado es sensible a las desigualdades que crean las circunstancias humanas.
* Actividad social: El ciudadano educado actúa para corregir las condiciones que no son satisfechas.
* Comprensión social: El ciudadano educado trata de entender las estructuras y los procesos sociales.
* Juicio Crítico: El ciudadano educado se defiende de la propaganda.
* Tolerancia: El ciudadano educado respeta las diferencias sinceras de opinión.
* Conservación: El ciudadano educado estima y aprecia los recursos de la nación.
* Aplicación social de la ciencia: El ciudadano educado aprecia los avances científicos por la medida en que contribuyen al bienestar general.
* Ciudadanía mundial: El ciudadano educado respeta y cumple las leyes.
* Competencia económica: El ciudadano educado comprende la economía de la sociedad en que vive.
* Ciudadanía política: El ciudadano educado actúa invariablemente, con lealtad, a los ideales democráticos.

Ediciones LOGCh/Difusión

> La libertad académica es:
>
> 1° El derecho de un maestro o investigador en una universidad u otra institución de altos estudios a investigar la verdad en el tema de su elección. Interpretar sus descubrimientos y comunicar sus conclusiones a los estudiantes y al público, sin ser pensado o molestado por las autoridades, dentro o fuera de la Universidad.
>
> 2° El derecho de un estudiante, en un instituto de alta enseñanza, no sólo a que se le enseñe por profesores liberados de trabas, sino a tener acceso a todas las referencias correspondientes a la materia de sus estudios y estar razonablemente libre de normas compulsivas y reglamentarias de una escuela secundaria.
>
> 3° El derecho de un maestro o investigador de ejercer la libertad de hablar, de escribir y de asociarse que disfrutan todos los demás ciudadanos, sin ser molestado o despedido de su cargo académico.[15]

Para crear la Universidad que soñaba, era preciso cumplir con esos requisitos.

El sueño de mejorar la educación del país no terminaba con definir los principios de la universidad, sino que abarcaba consideraciones acerca de todos los niveles de enseñanza. Si la misión de la enseñanza primaria era que los niños aprendieran a leer y a escribir, conocieran los principios básicos de Matemática, tuvieran conocimientos generales de Historia y de Ciencias Naturales, yo consideraba que en esa época se cumplía a cabalidad. Por lo mismo, las personas que se formaban en las Escuelas Normales estaban capacitadas para entregar este tipo de enseñanza. La enseñanza secundaria tenía como objetivo llenar al joven de conocimientos, lo que se cumplía, pero estos conocimientos no se encauzaban para la elección de la actividad que realizaría a futuro y, por eso, la mayoría pensaba que el único camino posible era obtener un título profesional en la Universidad. Además, el afán de todo joven de estudiar en la universidad, no era para enriquecer su natural inclinación o aptitud, sino para escalar primero económicamente y luego para ascender en la escala social, y a este fin la universidad profesional se prestaba maravillosamente. Con esto, parecía negar la posibilidad

Ediciones UACh / Difusión

15 Cita extraída de la Clase Magistral del Rector Fundador de la UACH, en la inauguración del año académico 1979.

de que el joven o el hombre que no sigue estudios superiores pueda desempeñar una función útil y necesaria, a veces indispensable, en la comunidad. Un industrial, un comerciante, un empleado, un obrero, pueden encerrar en sí facultades e ideales que el estado y la comunidad no ayudan a desarrollar y cultivar. Entonces, ¿qué pretendía la enseñanza media? Si es que los jóvenes que ingresaban a enseñanza secundaria sólo lo hacían para después seguir una profesión en la universidad, significaba que esta no era una etapa en sí misma, sino un mero proceso de preparación para la universidad, sin objetivos claros y sin una finalidad abarcadora que cerrara dicha etapa.

¿Cómo solucionar este problema? ¿Cómo lograr que los jóvenes pudieran elegir, de acuerdo a su vocación y a sus reales capacidades, la actividad que realizarían en el futuro, siendo honestos con ellos mismos y sin obsesionarse con la universidad? Además, había que luchar contra otro problema que nacía, pues la avidez de algunos vivos descubrió que las esperanzas de la juventud podían ser una buena fuente de entradas económicas.

Al mismo tiempo que aumentaba la población del mundo, aumentaba el número de aspirantes a la educación superior y cuando esta que era, en general, una mera habilitación de conocimientos prácticos, se hizo masiva, alcanzó la meta inevitable de la mediocridad. Yo pensaba que esto no debía continuar.

Consideraba que la Universidad podía ayudar a incrementar la cultura general de todos los habitantes de Valdivia, no sólo de sus alumnos, a través de dos caminos: primero, el cultivo regular de cursos libres[16] y, segundo, el fomento de las actividades de la Facultad de Bellas Artes. Mientras los cursos libres cultivan el intelecto en general, los cursos de la Facultad de Bellas Artes profundizan la vida sentimental y afectiva de Valdivia y así se reúne la Universidad no sólo con el espíritu, sino también con el alma de su *genius loci.* Pero la principal herramienta

Ediciones DAGH/Difusión

16 Estos cursos estaban dirigidos a cualquier persona que quisiera profundizar sus conocimientos en diferentes áreas, ya que para asistir a ellos no había que estar inscrito en la Universidad ni seguir una carrera, solo se necesitaba tener el interés. Estos cursos eran tarea de los alumnos, pues ellos mismos se ofrecían para dictar aquella materia que mejor dominaban, y la universidad sólo se encargaba de velar por el correcto desempeño del instructor.

que la Universidad tendría para fomentar la cultura sería la Facultad de Estudios Generales, donde se sentarían las bases del conocimiento. De ella se hablará más adelante.

Luego de todas estas consideraciones acerca de lo que debía ser una universidad, es preciso destacar que una de las mayores aspiraciones de la Universidad en gestación era la formación de «elites espirituales». Esto porque es necesario preparar mejores levaduras para una masa que aumenta día a día. Sólo lo mediocre tiene miedo a la formación de las elites espirituales, por cuanto le dará más trabajo hacer notar su presencia en las grandes decisiones que enaltecen a las masas. La elite espiritual se distingue de la elite del dinero o de la que pretende afianzarse en tradiciones puramente sanguíneas, en que jamás perderá de vista que su misión es servir a sus semejantes y jamás explotarlos como siervos del poder político o económico. Tener santos, sabios, artistas, poetas o escritores como San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Pasteur, Einstein, Leonardo, Gabriela Mistral, nunca representó un peligro o desprestigio para la sociedad. De los otros, que emergieron como corchos de la masa, más vale ni nombrarlos. Es por eso que la soñada Universidad debía dedicar todos sus esfuerzos a facilitar la aparición y el desarrollo de aquella clase de seres humanos. De esta forma, lo que se pretendía con la creación de una Universidad era la formación de verdaderos hombres universitarios, lo que equivalía a decir: seres humanos que, cuestionándose a sí mismos, actuaran en el mundo de acuerdo con los valores de una civilización cristiana. Más de uno se preguntó qué era lo que tenía de nuevo esta universidad. Como respuesta, yo les decía: tener nociones de filosofía, lógica, ética, estética, etc. Poseer, además del castellano, un idioma extranjero, principalmente inglés, francés o alemán. Desarrollar una Cultura que les permitiera vivir en el mundo que los rodea, con nociones de todas las Artes.

Lamentablemente, dar vida a una institución cuyos fines eran esencialmente valóricos y presentar la Universidad como un ideal por recuperar, era exponerse al fracaso. Fue así como me vi obligado a presentarla como una ayuda a los problemas agropecuarios de la región, aún cuando consideraba que la Universidad

EdicionesUACh/Difusión

> no está destinada a resolver problemas inmediatos de la comunidad, ni siquiera de una nación; en cambio creo que una nación o comunidad que se precie de tal debe tener una Universidad para preparar hombres capaces de pensar, porque ellos son los que adelantándose al tiempo, irán resolviendo problemas que son comunes a todo el género humano.

Este disfraz sirvió para aplacar los temores de que la institución se desarrollara bajo ideales políticos o religiosos, a los cuales yo era ajeno.

Todas estas consideraciones acerca de la educación quedan concentradas en mis siguientes postulados:

La educación no puede ser restringida a un grupo social.

La educación no puede quedar encerrada entre los muros escolares.

La educación no conoce sexos ni edades.

La educación y los medios de transmitirla no son patrimonio de nadie.

Educar es una obligación de todo individuo que piensa.

Se educa principalmente con el ejemplo, en lo grande y en lo pequeño.

Se educa con el gesto y con la palabra.

Se educa los cinco sentidos.

Educar es formar a un hombre que en la fortuna o en la desgracia sea siempre un hombre.[17]

Ediciones UACh/Difusión

17 Cita extraída de la Clase Magistral del Rector Fundador de la UACH, en la inauguración del año académico 1979.

Capítulo IV
Nace la nueva Universidad

Esbozado el esquema al cual se atendría la proyectada universidad, fue necesario buscar las personas que debían constituir la asamblea fundadora. Para este fin, confeccioné una lista de cuarenta personas elegidas, según mi criterio, entre los valdivianos con más representación local. Desde un principio excluí a todo político o cabeza de una organización que pudiera algún día apoderarse de la institución para servir intereses proselitistas. También, a todo profesional que adhiriera a la creación de una sede, subsede o repartición de otra universidad y, en general, a aquellas personas que en su momento pudieran pedir la formación de Comisiones para estudiar los problemas que se presentaran en el desarrollo de la idea, lo que normalmente lleva la muerte de esta.

Así fue que, sometida la lista al juicio particular de cada uno de los elegidos, unos fueron tachados: Walter Reccius y Jorge Bentjerodt, distinguidos abogados, por ser conflictivos. Otros como Guillermo Rudloff y Andrés Fried K. prefirieron ayudar sin comprometerse. Algunos otros se excusaron argumentando que les parecía una idea irrealizable. Después de esto, la lista se redujo a las siguientes personas: Marcial García Pica, Ministro de la Corte de Apelaciones, hombre llano, abierto, generoso (más tarde, estas cualidades fueron para él motivo de grandes sufrimientos y cuestionamientos); Nicanor Allende Urrutia, empresario

Ediciones UACH/Difusión

cabeza de la firma Haverbeck y Skalweit, casado con la hija del senador valdiviano Carlos Haverbeck; Federico Anwandter, Ingeniero Agrónomo, hombre con una simpatía personal extraordinaria y una reconocida capacidad profesional, emparentado con personajes de la vecina ciudad de La Unión, muchos de los cuales aportarían grandes beneficios a la universidad; Mario Carrasco Martínez, Ingeniero Civil, personaje emprendedor, soñador y padre de una numerosa familia, entre los que yo creía ver futuros alumnos; Roberto Goldenberg G., Abogado, Notario Público, personaje eufórico que debería velar por todas las acciones que irían a parar a su Notaría. Continuaba la lista con Teodoro Henzi, joyero, hombre de toda confianza, que además de poseer una cultura literaria y musical, entendía de estética hasta en su manera de vestir; Enrique Hevia Schneider, abogado, personaje culto, tranquilo, mesurado en sus expresiones, quien sería el primer Secretario de la Institución; Víctor Segundo Kunstmann, hombre cultísimo y retraído, personaje indispensable a la hora de tratar del manejo de dinero, tanto para obtenerlo como para invertirlo, contralor necesario al momento de partir.

Seguía la nómina con Ernesto Martens B. quien había sucedido, según lo que se creía, a Enrique Werkmeister al frente de la que aparecía calificada como colonia alemana. Tal era el concepto que de él se tenía, que muchos de los elegidos para formar la Asamblea insinuaron que su aprobación estaba sometida a la de don Ernesto. Efectivamente, la entrevista que tuve con él fue muy particular. Tenían los Martens una casona elevada varios metros frente al río; allí, en una sala finamente alhajada, fui recibido. El diálogo comenzó cuando informé al señor Martens sobre el propósito que me había hecho de fundar una universidad, de las ventajas de todo orden que traería para la ciudad, la zona y tal vez para el país, de la gente que había contactado y de las diferentes reacciones con que me había encontrado. Martens pestañeaba, pero no daba signo alguno de interesarse en el asunto. Pronto empecé a ponerme nervioso. Este alemán impenetrable, ¿qué estaría pensando? Pasaban los minutos y don Ernesto, «callado el loro». La tensión nerviosa comenzaba a hacer fallar mi empresa cuando, de repente, como si estallara una bomba, Martens, más que decirme, me espetó: *«Hace cuarenta años que estoy en Chile; y nunca nadie me había propuesto una*

Editores LACH/Difusión

idea por la cual yo creo que debo sacrificarme para agradecer, en parte, lo mucho que he recibido». Y agregó: *«¡Acepto!»* Rápidamente mi cerebro se iluminó: un paso importante en la creación de la Universidad se había hecho realidad.

Desde ese momento, fui abordando a otros personajes con más alegría y optimismo. Fui en busca de un hombre, Walter Schmidt, que aunque pertenecía a una logia, me había dado muestra de respeto y comprensión. Era un corredor de seguros, ponderado, franco, transparente en todos sus actos y además hermano de Carlos Schmidt Roestel, martillero santiaguino y presidente del Círculo Valdiviano capitalino. Walter Schmidt fue el primer Director de la Universidad, que ocuparía el asiento de la derecha del Rector, con lo cual se pretendía dar garantía de imparcialidad ideológica. Otro personaje muy especial fue Armando Robles, rector del Liceo de Hombres de Valdivia. Su presencia en la asamblea no requiere explicación, pero tal vez sería oportuno contar una anécdota que sucedió. Don Armando formó parte del Directorio y del Consejo Universitario por derecho propio. Fue así como en una de las sesiones del Consejo se encontró enfrentado al entonces Decano de Filosofía y Letras, Eleazar Huerta Valcárcel. No recuerdo bien cómo se llegó al diálogo, pero el hecho es que don Armando se quejó de ser profesor y no haber sido abogado. A esto, Huerta salta como tuviera un resorte en su asiento y le dice: *«Mire Ud., yo soy abogado y me honro con ser profesor».* Las caras del resto de los Consejeros se volvieron unas a otras y se hizo un silencio sepulcral. Yo intervine entonces con una frase de Miguel de Unamuno: *«Bueno, como íbamos diciendo».*

Siguiendo con la lista de los elegidos, se encuentra Alfredo Schüler von Delitz, médico veterinario, hacendado, ex alumno y amigo personal del Decano de Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile, Dr. Hugo K. Sievers. Schüler no había abandonado su interés por el ejercicio de su profesión, en consecuencia, yo lo miraba como uno de los organizadores de la Escuela de Medicina Veterinaria, cuya creación ya estaba en mi mente. Otros de los participantes eran: Roberto Luna, Director del diario *El Correo de Valdivia,* asegurando así las informaciones públicas; el médico urólogo Eduardo Tallman, cuya esposa se dedicaba a la pintura; además, dos abogados: Bernardo Muñoz, Ministro de la Corte

Fundación LAGOS / Digital

de Apelaciones, y un jurisconsulto, Simón González Quiroga. Cerraba la lista el Dr. Víctor Crass, presidente del Centro de Amigos de la Universidad, ¿de cuál Universidad?

Salvo al último de los personajes nombrados, a los demás les pedí que guardaran el más absoluto silencio frente a la iniciativa en que participaban. Incluso Roberto Luna, periodista ávido de informar sobre acontecimientos relevantes, guardó el silencio que se le solicitó.

Ya estaba lista la nómina de quienes participarían en la creación de la Universidad, pero esta aún no tenía decidido su nombre. Fue entonces que, realizándose en febrero de 1954 la segunda Escuela de Verano de la Universidad de Chile, nuevamente bajo la dirección del filósofo Jorge Millas, apareció el nombre buscado con tanto afán. La «Escuela» funcionó con un récord de asistencia extraordinario y continuaron impartiendo cursos para todos los gustos. Todos eran de calidad, como para justificar el interés que despertaba esta actividad que la Universidad de Chile llevaba a provincias.

Quiso la suerte que un día, alrededor del 12 de febrero, me encontrara con Jorge Millas que paseaba junto al río Calle Calle, frente a la Isla Teja. Me acerqué a saludarlo y felicitarlo sinceramente por el éxito que mostraba la Escuela, éxito que compartía de corazón y que auguraba un escenario digno de la obra que traía entre manos. De improviso, la conversación llegó a la posibilidad de que algún día se fundara en Valdivia una universidad.

—Y mire, profesor –pregunté–, ¿cómo llamaría Ud. a tal universidad?

Millas quedó pensativo un momento y dijo:

—«Universidad Austral de Chile».[18]

¡Qué sorpresa! El destino venía en mi ayuda en la forma menos imaginada y a la vez más autorizada que hubiera podido pensar. Mi Universidad había recibido su nombre de un filósofo. ¡Qué más podía pedir! Muchos años después, al referirse a este hecho, Millas expresó: *«Yo, como Adán en el paraíso, participé en la creación ajena poniéndole sólo un nombre a las cosas».* Por supuesto, yo solamente celebré la idea y lue-

18 En abril de 1979 esta anécdota fue certificada por el Profesor Millas, con motivo de un homenaje que rendía a Eduardo Morales el Consejo de la UACH.

Ediciones UACH/Difusión

go seguí hablando de otros temas.

Y llegó el día 16 de febrero, fecha en la que, de común acuerdo con la mayor parte de los que participaban de la empresa, se acordó citar a una reunión en el Club de la Unión a las 19 horas en punto, con el fin de dar a conocer la creación de la Universidad valdiviana. La cita empezó puntualmente a la hora fijada y esto sentó un precedente de tal magnitud que, cuando más adelante sesionaba ya el Directorio o el Consejo, de las más de trescientas sesiones, sólo diez no cumplieron con esta puntualidad. ¿Germana? ¡No! Chilena. Otros aires empezaban a soplar. Esto puede explicarse porque el directorio estaba conformado por personas que trabajaban *ad honorem*, para quienes el tiempo era oro.

Empecé la reunión exponiendo nuevamente todo lo que antes había conversado con cada uno en particular y luego ofrecí la palabra. Al momento de exponer la idea de que debía ser una universidad autónoma y no una dependencia de otras instituciones similares, se retiró el Dr. Crass, aduciendo su calidad de Presidente del Círculo de Amigos de la Universidad de Chile. A continuación, todos los presentes votaron y varios de ellos justificaron sus votos. En resumen: la idea fue aprobada por unanimidad.

Dado el ambiente que se había creado en torno a la idea de que la universidad valdiviana debía ser una sede de la Universidad de Chile, se discutió brevemente sobre la clase de universidad que la asamblea deseaba crear. Se acordó que en lo económico debía ser autónoma y en lo técnico y científico, sujetarse a las normas de la U. de Chile, lo que también se aprueba por unanimidad. Esto contradecía mi pensamiento, pues consideraba que la Universidad debía ser autónoma en todo sentido; pero lo acepté para no prolongar las discusiones inútiles que podían retrasar la concreción del proyecto.

Acto seguido, se procedió a elegir la mesa directiva. Roberto Goldenberg propuso que fuera designado presidente provisorio Eduardo Morales, lo que se aceptó de inmediato. Yo expresé que

> por razones de orden económico, social y de capacidad intelectual debería rechazar esta honrosa designación, pero que si la aceptaba era porque tenía conciencia que en la obra que se va a emprender, alguien debería sacrificar-

EdicionesUACh/Difusión

> se, alguien debería recibir las incomprensiones, los insultos y todo aquel veneno que va a desatar una idea que puede parecer descabellada en nuestro medio. Manifesté que el presidente en propiedad encontrará así más libre su camino y su obra podrá ser más efectiva.[19]

Estas razones me indujeron a aceptar.

Posteriormente, son elegidos como Vice-Presidente, Ernesto Martens; como Secretario General, Enrique Hevia y como Tesorero, Teodoro Henzi. Después se designa una comisión de abogados para que redacten los Estatutos que deberán ser sometidos a la aprobación de la asamblea. Esta queda integrada por don Pedro Verdugo Cavada, Simón González Quiroga, Federico Saelzer Balde, Roberto Goldenberg, Enrique Hevia Schneider y Marcial García Pica.

Enseguida, se acuerda comunicar a las autoridades nacionales y provinciales la creación de la UACH, para cuyo efecto Martens, Hevia y yo enviaríamos al Presidente Ibáñez el siguiente telegrama:

> Cúmplenos informar a S.E. que hoy 16 de Febrero fue fundada en Valdivia la Universidad Austral de Chile, patrocinada por todos los sectores de la región, destinada a contribuir a los propósitos del Gobierno elevando el nivel cultural del país. Solicitamos respetuosamente su indispensable apoyo. Atentamente de S.E. Firmado Eduardo Morales – Enrique Hevia.

Ediciones UACH/Difusión

En esa época, era edecán del presidente un valdiviano, Raúl Llorente, quien se encargó de transmitirle el deseo que tenía la nueva Universidad de pedir el menor apoyo económico del gobierno, dado que la esperanza era aumentar efectivamente toda la actividad económica, especialmente agrícola y forestal, del sur del país. Según supimos posteriormente, cuando el Presidente fue informado de esto, se rió y dijo: *«Soñadores».*

Al poner el telegrama, como síntoma de los tiempos que vendrían, nadie mencionó el aspecto económico y, en consecuencia, fui yo quien partió colocando los primeros centavos al servicio de la Universidad.

Cuando volví a mi casa, informé a la familia de la tarea que a todos esperaba, para hacerles notar el sacrificio en que, como familia, íbamos

19 Cita extraída del Acta de Fundación de la UACH.

a incurrir, ya que se vislumbraba que el peso económico de esa empresa recaería sobre todos los familiares. También les indiqué que, si fracasaba en esta idea, deberíamos abandonar la ciudad. Posteriormente comprobé que no era el único que pensaba esto porque, seis meses después, Pablo Schwarzenberg comentó que si el proyecto fracasaba, la culpa sería de Morales y ellos argumentarían que habían sido arrastrados a una aventura. La familia comprendió de inmediato lo que esto significaba y accedió a cumplirlo. Esa misma noche, en soledad, abrí la **Imitación de Cristo** de Kempis y leí: *«Que la Gloria de este mundo no te envanezca».* Estas palabras quedaron en mí como marcadas a fuego y salieron a relucir en todos los actos que emprendí después.

Al día siguiente, concurrí a mis labores en el Hospital como era mi obligación y uno de los porteros me advirtió: *«Dr., tenga cuidado, que un grupo de médicos desea someterlo a tratamiento porque padece de una parálisis general».* Este síntoma era producto de la sífilis terminal, enfermedad que hoy prácticamente se desconoce. Después, me llamó la atención que ningún médico se acercara para hacerme comentario alguno acerca de la fundación de la Universidad, lo que me explicó el comentario del portero, ya que los demás médicos pensaban que yo estaba loco. En cambio, todo el personal de servicio se acercó a felicitarme, encabezado por Rómulo Domínguez, los hermanos Delgado, Ernesto Delanoy, Guillermo Nova y otros más, quienes adelantaron que suscribirían la lista de socios.

En los seis meses que siguieron, se intensificó el asedio y, dado que debía solicitar permisos para poder atender los asuntos de la nueva universidad, se terminó amonestándome por escrito y, finalmente, por insinuarme la renuncia voluntaria. Dirigían la ofensiva dos de los médicos chilenos más antiguos, U. Bertoglio y J. Wilson, quienes, como presidente y secretario del Consejo Regional del Colegio Médico, terminaron por expulsar de este *«al Dr. Eduardo Morales, Rector de la Universidad Austral de Chile, y prohibirle el ejercicio de la profesión»,*[20] pero

Ediciones UACH/Digital

20 Copia del documento de Expulsión:
«Colegio Médico de Chile. Consejo Regional. Valdivia, 25 de octubre de 1957. Señor Rector de la Universidad Austral de Chile, Dr. D. Eduardo Morales M. Estimado colega: En respuesta a su comunicación a Tesorería de fecha 17 de octubre de 1957, nos es grato informar a usted los

yo no di mayor importancia a este hecho porque consideraba que ellos no tenían autorización para prohibirme el ejercicio de la profesión, ya que eso sólo correspondía a la justicia, además, como la notificación iba dirigida al Rector de la UACH, se demostraba el espíritu de beligerancia que existía en la colectividad valdiviana hacia la nueva universidad. Lo curioso de todo esto es que, años después, tanto Bertoglio como Wilson llegaron a ser parte de la mesa directiva.

Como no había provisión de fondos para montar una secretaría, debí instalarla en mi propia casa, sirviendo de secretaria mi esposa Carmen y de *juniors* mis hijos. ¡Cuántas veces la máquina de escribir estuvo sobre la alfombra, en medio de la risa de «los empleados universitarios»! En esos días, llegó a la casa un primo mío, Luis Miranda Guzmán, para someterse a una mastoidectomía. Él dominaba la dactilografía, por lo que pareció venido del cielo, ya que ayudó a solucionar la escasez de personal, lo que prolongó su estadía junto a la familia.

Enrique Hevia, el Secretario de la UACH, apenas disponía de tiempo para atender sus asuntos. Así fue que delegó en manos del Presidente toda su responsabilidad. Todo anduvo bien el primer mes, pero las complicaciones vinieron cuando la correspondencia, las exigencias de ir redactando Estatutos, la mantención de las relaciones públicas y, sobre todo, la necesidad de ir precisando los objetivos, variados e importantes, que servirían de marco a la universidad, sobrepasaron las posibilidades del hogar. Entonces debió buscarse un lugar «adecuado» para instalar una secretaría y contratar un secretario a sueldo. Para lo primero, el destino volvió a señalar un camino. La Cámara de Comercio Valdiviana ocupaba una sala en el tercer piso del llamado edificio Wachsmann y el oficial a cargo de su secretaría era don Augusto Hess. Él accedió a que pudieran colocar, en su sala, una mesita y dos sillas. Allí apareció un cartelito que decía «Universidad Austral de Chile». Ciertamente, esa menos que modesta, paupérrima situación, no era

Ediciones UACH Difusión

acuerdos de H. Consejo Regional de Valdivia del Colegio Médico de Chile, tomados en sesión ordinaria de fecha 24 de los corrientes. 1° Conforme al tenor de la comunicación considerada, borrarlo de los registros del Colegio Médico, a contar de la fecha. 2° Hacerle presente que, de acuerdo con el art. 5° de la ley 9263 y art. 2° de su Reglamento, este hecho involucra que usted ha perdido el derecho de ejercer la profesión de Médico. Lo que transcribiremos a usted para los fines consiguientes. Saludan atte. a Ud. Juan Wilson, Presidente – Ulises Bertoglio, Secretario».

para entusiasmar a nadie y, por el contrario, favorecía la idea de que la empresa universitaria era un desgraciado sueño. Y justo, ¡en el mismo piso!, llegó a ocupar una sala el grupo anti-universidad, del cual formaban parte las destacadas profesionales Schweizer, Messecke y una enfermera, Bety Güdelhoefer, quienes mantenían, para mí, la ilusión de que una sub-sede o cualquier repartición de otra institución equivalía a «universidad». La acción que ellas llevaban a cabo me decía que no entendían nada de lo que es una UNIVERSIDAD. Pero contaban con el apoyo decidido (tal vez también económico) del Rector Gómez Millas y de la formidable educadora Amanda Labarca, quienes como un anticipo del desastre que vendría en el futuro de la Nación, propiciaban la formación de centros científicos (¿de dónde saldrían esos sabios científicos?), a base de: a) Escuelas de Temporada; b) Misiones de Extensión Cultural; c) Centros de egresados y amigos de la Universidad de Chile y d) Instituciones especiales de investigación científica.

Ellos publicaron avisos en la prensa llamando a participar en foros especiales a profesionales y estudiosos que se interesaran por temas que afectaban a las regiones. Para mí este era un desafío abierto hacia mi ideal. Muchas veces pensé que se repetía la lucha entre David y Goliat, y ese desafío en vez de atemorizarme me excitaba cada vez más.

La actividad proseguía con más intensidad. Solicité la colaboración de mi suegro, el abogado Pedro Verdugo Cavada, para que me ayudara en la redacción de los Estatutos que presentaría a la Comisión de abogados de la UACH, con el fin de que prestaran su aprobación. Menos de quince días después de la fundación, ya tenía listos los Estatutos, escritos en mis formularios médicos.[21] Estos fueron presentados al Directorio provisorio en sesión del 2 de marzo y después de un minucioso análisis, fueron aprobados. Desde los recetarios, Carmen escribió a mano la copia que se encuentra en la Notaría Goldenberg de Valdivia.

La situación de la secretaría se hacía cada vez más complicada, por la correspondencia que había que despachar y recibir, lo que hizo necesario contratar a un secretario rentado, ya que el que había sido elegido *ad honorem* no tenía el tiempo para cumplir las obligaciones que el

21 La versión original de estos Estatutos la doné muchos años después a la UACH.

Ediciones UACH / Difusión

cargo implicaba. En el mes de abril, esta contratación recayó en Fernando Santiván, Premio Nacional de Literatura, y estuvo amparada por una cláusula que liberaba a la universidad de cualquier reclamo, dado que el sueldo ofrecido estaba por debajo del que prescribía la Ley. Se hizo indispensable contratar un ayudante para Santiván y, como no había fondos para proveer ese cargo, que fue ocupado por la señora Desdémona M. de Palacios, se aprueba que los fondos sean proporcionados por mí, el Rector interino.

La mirada para atender todas las necesidades que iban apareciendo, se paseaba entre la FAO, la Embajada Alemana y todas las Municipalidades de la provincia. En el futuro, yo pensaba que para ayudar a financiar la Universidad, sería indispensable organizar sociedades de comercio, de industria, etc. bajo el alero universitario. Estas, además, tendrían el propósito de estrechar los vínculos entre la comunidad y la institución que entraba a su servicio.

Prosiguiendo los intentos para buscar apoyo, se propuso una reunión con el profesorado de las Escuelas Públicas, la que se llevó a efecto en una escuela de la ciudad. Esta fue un fracaso enorme, que estuvo a punto de provocar la renuncia del nuevo Secretario General. Yo había acordado con Fernando Santiván que, dada su filiación política, sería él quien daría a conocer los planteamientos de la nueva universidad. Pero no hubo la más mínima posibilidad de hablar. Abierta la sesión, empezó la andanada: *«¡Traidor!»*, *«Radical que olvidaste tus principios, asociado a un beato que se opone a la Universidad de Chile»* y muchas más voces, que en aquel desorden descomunal, fue imposible oír o retener. Bastó un guiño para que Fernando comprendiera la necesidad de retirarse. Ya en la calle, aquel hombronazo, casi con lágrimas en los ojos, decía: *«Cuándo iba a pensar que, a mis años, viniera a sucederme una cosa así. Mire Ed, yo ya no estoy para estas peleas. Prefiero renunciar».*

—Fernando –le dije–, Ud. ha constatado con su propia experiencia la necesidad imperiosa de reformar la situación existente. Estos profesores carecen de lo más esencial de un educador. ¿No cree Ud. que a través de los medios que creará la universidad esta demostración de sectarismo e intolerancia no se volverá a repetir jamás?

Hubo un largo silencio y resolvimos sentarnos a una mesa del club,

Ediciones UACh/Difusión

donde todo quedó aclarado, pues acordamos que, en adelante, yo prepararía y soportaría el primer choque y Fernando debía limitarse a distraer a los enemigos, permitiendo el ataque de a uno, pero jamás en pandilla. Entonces, Fernando no renunció.

La máquina que abría camino a la UACH estaba en pleno trabajo. Decidí que era necesario ir precisando los motivos que me habían movido a actuar. Pensaba en la insistencia de tantos pensadores y filósofos para referirse a los síntomas que caracterizan el fin de una era de la Humanidad. Simple coincidencia o una realidad cuyas facetas ignoramos, era el hecho que pronto cambiaríamos de milenio. ¿Muere la civilización de la era industrial devorando en su progreso al *Homo sapiens sapiens*? Este momento de la vida, en el que las muestras del desarrollo prodigioso de la inteligencia del *Homo sapiens* coexiste con un desasosiego del alma que se estremece sin aventurarse a idear qué será lo que mañana acontecerá.

¿Cómo y dónde se refugió el hombre para pensar en su destino y su quehacer en los remotos tiempos pasados? Liceos, Academias, conventos, desiertos, todos ellos lugares alejados del mundanal ruido. Entonces es seguro que el mundo era más silencioso y, sin embargo, eso no les bastaba. El aumento del número de individuos que se dedicaban a filosofar, atendiendo a que esta actividad abarcaba el conocimiento de todas las disciplinas que se consideraban superiores, obligó a ampliar las aulas y yo suponía que ese debe haber sido el momento en que se recurrió a la creación de estas casas de estudio que llamamos universidad.

En el inicio, debe haber sido el amor a la pura sabiduría, el sentirse viviendo en esferas sobrenaturales, sin pensar en la aplicación pragmática de los conocimientos adquiridos. Ese genio que fue Leonardo vivió y murió al amparo de Mecenas y ni su persona ni sus descubrimientos fueron explotados.

Podría decirse que ayer se vivía soñando. Pero luego vino el día en que se hizo imperioso unificar y consolidar las conquistas guerreras, lo que condujo al Emperador a poner las universidades al servicio de sus propósitos. Así llegaron las universidades que dan «los títulos», conocimientos y métodos para aplicarlos, pero que en ese tiempo, ya distante, debían alejar al joven de una formación para hombres libres: un hilo sutil lo mantenía atado a intereses del gobernante. Las monarquías

Ediciones UACH Andrón

absolutas, así se disfracen de comunistas, tienden al mismo fin. Y yo me preguntaba, ¿qué tiene que hacer la universidad en esta situación? Pues bien, esa institución que, a través de carreras profesionales, contribuye a sostener una sociedad que se desmorona, sufrirá, muy pronto, los males que depara esa falta de ideales que le dieron origen y la sostuvieron como fuente inagotable de los mismos. Yo pensaba, aunque fuera doloroso decirlo, que las elites intelectuales y culturales llegaban a su fin. Pronto llegaría la vulgaridad, que lo impregna todo. Y entonces ¿qué vendría?

Traté de ordenar mis pensamientos conforme a un ideal que intuía. La UACH, como ya he dicho, no debería repetir los programas de las universidades existentes en el país. Más de lo mismo, por ningún motivo. Esperaba crear una institución que volviera a plantear, con toda la programática actual, las interrogantes aún no resueltas de los inicios del pensamiento occidental y dejadas como herencia por los filósofos griegos. De esta forma, dejé para un tercer lugar la capacitación de técnicos y mi vista forzosamente recayó en la formación de científicos y humanistas.

Al analizar el camino que debía seguir la nueva universidad, se concluyó que, en principio, sólo habría cuatro Facultades (se denominarían Facultades sólo hasta que la institución fuera libre para acordar su propia organización), las que debían ser: Facultad de Bellas Artes, Facultad de Ingeniería Técnica Agraria, Facultad de Ingeniería Técnica Forestal y Facultad de Medicina Veterinaria. Yo estaba consciente de la tremenda incongruencia que entrañaba designar «técnicas» a estas denominadas «Facultades», sabiendo que en la Universidad proyectada no podían pasar de ser simples escuelas, pero debí utilizar estos nombres para evitar el control de la Universidad de Chile sobre estas disciplinas.

Ahí no terminaron mis preocupaciones, pues me quedaba una tarea pendiente: ¿dónde colocar los ramos humanísticos indispensables para la formación de un ser verdaderamente universitario? No recuerdo con exactitud el momento en que Teodoro Henzi me hace presente el encuentro que ha tenido con el Profesor Doctor Adolf Meyer-Abich.[22] Este

Editorial UACH / Difusión

22 Autor, entre otros libros, de **Naturphilosophie auf Neuen Wegen.** Una curiosidad, Meyer-Abich nació el 14 de noviembre de 1893, exactamente diecisiete años antes que yo naciera.

profesor era jubilado de la Universidad de Hamburgo y miembro de la Deutsche Amerika Stiftung, esta última institución preocupada de los asuntos culturales de América Latina. Además, Meyer-Abich había estado en Chile formando parte de una misión alemana que el gobierno de Ibáñez había solicitado para estudiar reformas al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en 1927. En mi interior me decía: *«milagro, milagro, otra vez el Destino llega en mi auxilio».* Efectivamente, ya había propuesto la creación de las Escuelas de Agronomía, Veterinaria e Ingeniería Forestal, pero la parte más importante de la universidad que pensaba realizar, la puesta en marcha de los institutos de Filosofía, Teología y Ciencias Básicas, no encontraba denominación que los agrupara. Ese era el primer y grave contratiempo que me afligía. Luego, la pregunta más inquietante: ¿Quiénes servirían estas cátedras que no existían en el país y cuya creación iba a marcar la diferencia con el resto de las universidades? Y aparece en el horizonte Meyer-Abich, quien para mí era un auténtico embajador de Dorpat, Colonia y Koenigsberg, poseedora de la cátedra desde la cual Kant conmovió al mundo entero. Fue Meyer-Abich quien me sugirió la idea de incorporar la Facultad de Estudios Generales, la cual sería la puerta de entrada, obligada, a la universidad, ya que en ella se reunirían todos los conocimientos que yo consideraba indispensables para un verdadero universitario. Propuse esta idea para su desarrollo a los profesores Jorge Millas y Luis Oyarzún. Desgraciadamente, el proyecto que ellos elaboraron seguía, como era lógico, las pautas imperantes en la Universidad de Chile y por esa razón tuve que desecharlo, causando un importante deterioro en las futuras relaciones con estos profesores. Faltó la diplomacia de Maquiavelo, que no era mi fuerte y, por largo tiempo, tuve que lamentar el distanciamiento que se produjo y que, bajo otros aspectos, causó gran daño al desarrollo del proyecto. Confié más en la propuesta de Meyer-Abich y creí ver que ese proyecto completaría mejor mi idea de lo que debía ser una universidad, por lo que decidí seguirlo.

Poco a poco, iban reuniéndose las piezas necesarias para formar la Universidad que yo esperaba, con personas interesadas en los problemas del ser humano integral. Sí, porque una universidad cuyas aspiraciones se limitan a enseñar cómo hacer más expedito el trabajo del

Ediciones UACH/Difusión

dinero para una firma, para un país, no merece llamarse universidad. Y este pensamiento que me excitaba, en realidad me atormentaba y, en los comienzos de la Universidad, me acompañó por muchos años. Tanto es así que en 1976, en una de mis visitas ocasionales a la que fuera mi universidad, quise medir la capacidad de soñar, de proyectarse, de confirmar la excelencia de su trabajo de los principales profesores que allí ostentaban cátedra. Y tuve la desgraciada ocurrencia de preguntarles por los trabajos que realizaban, la importancia teórica o práctica que les atribuían, el ambiente que habían formado a su alrededor y otros detalles que me permitieran formarme una idea de la capacidad de cada cual. Una de las preguntas fue: *«¿Cuántos discípulos Ud. tiene que estén en condiciones de reemplazarlo y llevar a término sus trabajos, dado el caso de que se produjera un evento inesperado?».* La respuesta fue siempre una sonrisa compasiva para mi candidez, o bien, *«No tengo aún discípulos dadas las condiciones en que debo trabajar»,* o *«Fíjese que no lo he pensado».* Y, por fin, la pregunta fatal: *«¿Ha pensado Ud., alguna vez, que con su trabajo podría ser aspirante a un Premio Nobel?»* Aquí la mayoría estalló en una risa muy contagiosa. ¿Quién se creería el pájaro que se atreve a formar tal pregunta? Y yo era ese pájaro que seguía soñando con una universidad que diera a mi pequeño país un lugar desde donde se iluminara un punto en el mundo. Desconsolado, me aprestaba a dar por terminada la jornada, cuando me acordé de que faltaba un profesor, argentino de origen, pero al parecer ya chilenizado. Volviendo sobre mis pasos, me fui al Instituto de Neurofisiología. En uno de los últimos galpones que se levantaron al construirse la ciudad universitaria de la Isla Teja, trabajaba Esteban Rodríguez. Su escritorio era una salita, con alfombras, muebles, estantes con libros, todo iluminado por una lámpara sin pretensiones. Él tuvo la gracia y la gentileza de acoger al *«viejo y gastado dictador»* que había creado la institución, con amabilidad que no había encontrado en el resto de los recintos visitados. Percibí de inmediato que el personaje que tenía ante mí era más que un profesor universitario, era un Maestro. A la pregunta sobre sus trabajos, respondió: *«Estoy investigando sobre un grupo de células cerebrales que tienen profunda relación con el sueño».* Luego, la absurda pregunta sobre el Premio Nobel: *«Pudiera ser, es difícil, pero si no yo, alguno de mis discí-*

Fundación LACH/Difusión

pulos». Máxima sorpresa para mí. El alma ardía en pensamientos que me sacaban de este mundo, ignoraba dónde me encontraba, sin duda no era la Isla Teja, no era el Paraíso terrenal, era más allá, más allá. ¿Sería la Noosfera? Luego vino el aterrizaje. *«Quiero presentarle a mis ayudantes, vamos hacia allá».* Y fuimos por el pasillo, largo e iluminado con la conversación de Esteban. Llegamos a una amplia sala donde estaban trabajando en silencio un grupo de jóvenes, que me parecieron ser siete u ocho. Y se habló de los trabajos, de su proyección, de sus esperanzas y deseos. Volvía cuarenta años atrás, a los tiempos en que me reunía con mi Maestro Lipschütz, ¡qué cuarenta años!, dos mil años atrás y más, cuando Sócrates reunía a sus discípulos para iniciar los tiempos en que el hombre tenía tiempo para pensar, en que Diógenes despreciaba las riquezas que Alejandro, el dueño del mundo, le ofrecía, para pedirle que no le quitara el sol.

Así fue como, años después, pude comprobar que mis anhelos de Universidad podían realizarse, aunque fueran en una pequeña medida. Pero, en marzo de 1954, al momento de la aprobación de los estatutos, yo aún no sabía el largo camino que me esperaba para intentar materializar mis sueños.

Después de la aprobación del proyecto de Estatutos, creí que venía un periodo de reposo. ¡Vana ilusión! De pronto, empecé a tomar conciencia de la enorme tarea que había propuesto al grupo convocado en el Club de la Unión. Esto porque la universidad clásica ya no existía y la Escolástica había perecido en manos de nuevos filósofos. Entonces, la formación profesional era el quehacer del momento. Y quién era yo para arremeter tamaña empresa: un simple médico otorrinolaringólogo, discípulo de un sabio fisiólogo, que por motivos económicos había abandonado los sueños juveniles que lo inducían a ser un investigador en fisiología. Fue así como me encontré con que debía afrontar la tarea sin respaldo de ninguna corporación y con una poderosa organización, la Universidad de Chile, que me combatía desde que había abierto la boca por intermedio del Centro de Amigos de ella.

Después de este análisis, con enorme inquietud empecé el examen de los miembros de la Asamblea. ¿Qué había movido a los industriales, hombres de negocios, Ministros de la Corte de Apelaciones, Abogados

EdicionesUACh/Difusión

y escasos profesionales comprometidos, a apoyar la idea?[23] Para unos, era evidente que a la ciudad se le abría un importante espacio económico; otros estarían pensando en el atractivo cultural que se avecinaba; más allá pensaban en los cargos que podrían ocupar. De una cosa estaba seguro: nadie estaba pensando en un negocio propio. Además, tampoco nadie imaginaba el impacto que iba a tener sobre cinco de las seis universidades que existían. Por ejemplo, en la Universidad de Concepción, Enrique Molina estaba por terminar su mandato y su sucesor, David Stitchkin, ya pensaba en crear Institutos de diversas disciplinas de ciencias básicas, que se agregarían al Instituto de Fisiología que había dejado Lipschütz. De los profesionales que integraban la Asamblea desconfiaba, por cuanto la inmensa mayoría de ellos había hecho manifiesto su deseo de no innovar, más aún si la creación de la universidad podía implicar un ataque artero a la Universidad de Chile. Del resto no podía preocuparme, pues nada tenían que ver con estudios superiores, pero sí aseguraban que las cuestiones de dinero estarían perfectamente controladas. Me inquietaba que nadie me preguntara sobre los proyectos que bullían en mi mente, ya que esperaba cualquier signo de ayuda que me alumbrara el camino.

Muchos otros problemas deambulaban por mi mente, inquietándome. Pensaba: la historia se repite en determinadas circunstancias, ¿qué me decía la creación de la Universidad de Concepción, de la cual era un egresado, y cuyos reparos tenía ante mis ojos? Por una parte, las bases de esa institución habían sido sentadas por dos médicos, los doctores Virginio Gómez y Samuel Valdivia, patrocinados por la Logia Masónica local. En cambio, yo no contaba con patrocinio alguno. Por otra parte,

Ediciones UACh/Digital

23 Cuando se convocó a comerciantes e industriales para formar la Universidad, la idea fue criticada, pues se pensó que la institución sería un negocio, lo que se alejaba enormemente de la realidad. Pero, cuarenta y cinco años después, la idea fue copiada y ese mismo grupo de personas se encargaron de impulsar la creación de nuevas universidad en el país, con la única y gran diferencia que ellos lo hacían con plena conciencia de que esto traería importantes beneficios para ellos mismos, ya sea desde el punto de vista económico, pues las nuevas universidades eran un claro negocio; o desde el punto de vista ideológico, pues les permitía transmitir su pensamiento a los jóvenes y llevar «agua a su molino». Así, la Universidad de la República es sustentada por las logias masónicas; la Universidad Alberto Hurtado es sustentada por los jesuitas, la Universidad Bernardo O›Higgins pareciera estar destinada al servicio de los militares y otras, simplemente, son un negocio a costa de los sueños y aspiraciones de la juventud.

en la institución penquista, un miembro, Luis David Cruz Ocampo, se arriesgó a lanzar la Lotería de Concepción, sin contar con la aprobación legal, para financiar la Universidad, lo que le valió la casi inminente entrada a las Salas de la Sombra, pero yo no tenía quien me ayudara con ideas para su financiamiento. Y lo más preocupante era que, a pesar de ser todos miembros de la misma logia, el rector Enrique Molina había ejercido el cargo hasta su muerte, ignorando por completo a los fundadores. Entonces, ¿qué sucedería con mis ideas si yo no pertenecía a agrupación alguna que pudiera respaldarme? Este temor se intensificó al conocer la terrible amargura que había embargado al doctor Gómez, conduciéndolo hasta el suicidio. Toda esta situación envolvía mis pensamientos y, tentadoramente, me inducía a desistir. Aún era tiempo. ¿Por qué sacrificar a mi mujer y a mis hijos cuando «mal que mal» vivían una vida burguesa aceptable? Y *yo,* que me creía o me sentía libre, ¿renunciaría a esta apreciada libertad? Mi Destino me empujaba a un sacrificio en ese momento incomprensible. Finalmente, siendo sólo un modesto médico, me repetí internamente la célebre frase de César enfrentando al Rubicón, *«Alea iacta est».*

Acto seguido surgió la pregunta: ¿Cómo empezaríamos o por dónde empezaríamos? ¿Partiría con la contratación de profesores y selección de los estudiantes, es decir, el corazón y el nervio de la universidad? Claramente, eso era lo esencial, pero no podía pasarse por alto la necesidad de tener un campus, con sus edificios, jardines y todo lo demás, para acogerlos. Pero, ¿de dónde vendría su financiamiento? Si bien había congregado a los industriales y comerciantes más conspicuos de la ciudad, el aporte económico que de ellos podía esperarse entrañaba más el aporte moral que lo material. La idea en marcha necesitaba millones de escudos. *«¡Bah!»,* reaccioné de pronto: *«cuando una idea nace, lo más importante es buscar el comprador para que la adopte y la mantenga».* Pensé que para inmortalizar la memoria de un deudo, los parientes organizan una fundación que puede consistir en la donación de una cama a un hospital, el edificio de una escuela o un taller. Hecha la inversión, al poco tiempo, ya deja de ser el donante el principal sostenedor. Por eso, entre mis muchos y vagos pensamientos, vino a asentarse uno en particular: se declara fundada la universidad, se inyectan

Ediciones DUCH/Difusión

toneladas de sueños en la comunidad, se pone a las autoridades ante un hecho consumado, entonces, ¿quién se atrevería a volver atrás? Esta tarea no me pareció difícil. Cientos de candidatos, o para decirlo mejor, todos los políticos suelen ofrecer secar el mar o trasladar la Cordillera de los Andes y la masa les cree, por lo que esto de crear una universidad es más simple, más factible, tiene más encanto que cualquier otra cosa. Sigamos adelante.

Atropellándose las ideas en forma desordenada, se presentaba ahora el problema de qué hacer con los que me combatían, pues el número de contrincantes crecía día a día. Por de pronto, fingir que los ignoraba y dejar a los entusiasmados por la universidad, que ya la sentían propia, la tarea de defenderla. Quién más quién menos prefiere disponer de cuatro pesos propios antes que estar implorando una ayuda que siempre tiende a ser mezquina y quien se convence de su propia idea, prefiere morir en su defensa antes que abandonarla. Por amor se mata o se deja matar.

Continuando mis reflexiones, me percaté de que debía ir despacio con el asunto de los locales universitarios. Primero, deberían adquirirse algunas casas señoriales, ojalá todas cercanas y, de ser posible, en el mismo sector en que estaba situado el edificio Haverbeck, el que yo ya consideraba como propio de la nueva institución. Los profesores se alojarían en casas que debía arrendar la universidad mientras se construyeran las residencias que se pensaban destinar a ese objeto. Casi simultáneamente, pedí a uno de mis amigos, Guillermo Prochelle, quien era dueño en sucesión de la punta de la Isla Teja, conformada por los ríos Calle Calle y Cau Cau, que no insistiera en su venta (como lo había venido pensando) y me dejara abierta la posibilidad, pues creía que al surgir la universidad se estaría en condiciones de concurrir a una propuesta para su adquisición. Guillermo aceptó y así se abrió el camino para que la universidad se instalara en el lugar más hermoso de Chile.

Mientras yo reflexionaba acerca de estos asuntos, otros problemas empezaron a tomar un rumbo vertiginoso. Así surge la necesidad de contratar un cajero, pues pobres pero honrados, debíamos mantener al día las cuentas ajenas o propias y el cajero debía encargarse del manejo de los pocos ingresos que llegaban. Como la Universidad no se llenó repentinamente de gente que trabajara en ella y hasta ese momento Fer-

Ediciones LAGO / Difusión

nando Santiván y yo nos desempeñábamos solos, se hizo necesario designar al segundo empleado de la institución, Augusto Hess, la persona que había facilitado su oficina dos meses antes. Y ahora, se necesitaba obtener el apoyo gratuito de la prensa o rebajas sustanciales para los avisos. Obtuve del gerente de la Sociedad Periodística del Sur todas las facilidades que solicité. Fue así como los detalles que conformarían *a posteriori* el manejo de la institución, como el sentido del ahorro, el sentido de la prudencia, el hecho de no gastar nada que pareciera superfluo, surgieron en el momento mismo de comenzar la vida de la Universidad.

El intenso deseo de descansar se esfumaba con rapidez. Había que buscar apoyo de los profesores de los Liceos de Valdivia, pero al mismo tiempo no ceder ante las peticiones que, naturalmente, habían de presentarse. Lipschütz me había advertido sobre lo grave que es tratar con artistas, médicos y científicos y, bien sabía, que por lo general los profesores se estiman como científicos. Así pues, al iniciar las conversaciones, busqué el apoyo que necesitaba dirigiéndome a Carlos Jovet, dirigente máximo del profesorado. De partida, le ofrecí la creación de una Escuela de Pedagogía, promesa sustentada en la imperiosa necesidad de dotar a los establecimientos de enseñanza de la región de personal calificado. El presidente Jovet se mostró escéptico, tantas promesas incumplidas y, además, una que parecía ir contra los intereses del Estado. Prometió consultar a la Asamblea, lo que por cierto me causó inquietud. Finalmente, accedieron sin presentar mayores peticiones.

Llegaba el turno de pensar en las escuelas que se abrirían en la primera etapa. Para eso, empecé a analizar las condiciones en que se encontraban ciertas escuelas de otras universidades y se vinieron a la mente las expresiones que oí en boca de uno de los profesores más sabios, Juan Noé, que ejercía la cátedra en el primer año de medicina en la Universidad de Chile, quien menospreciaba los estudios de la Escuela de Agronomía. Los estudiantes celebraban esto agregando frases de su cosecha: *«Si no eres capaz de estudiar Medicina, ándate a sembrar papas en la Escuela de Agronomía y si no eres capaz de eso, ándate a la ley y yo te doy a la Nerina».*[24] ¿A qué se debían estas expresiones tan terriblemente

24 *Sic* en la primera edición (N. del E.).

Fundación LACH / Digital

pronunciadas? Había dos factores que habrían podido justificarlas: el primero, la inmensa mayoría de jóvenes que ingresaban a esas escuelas era hijos de dueños de fundo y segundo, pero fundamental, la enseñanza que en ella se impartía era principalmente teórica. Ninguna escuela tenía campos de experimentación y los estudiantes no podían adquirir conocimientos prácticos. Valían las mismas consideraciones para la Escuela de Medicina Veterinaria, con una agravante ignominiosa: el pabellón de anatomía era un desastre. El olor de los cadáveres se esparcía a cuadras de distancia. Y agreguemos algo más: tampoco poseía campos experimentales, ni pabellones quirúrgicos, indispensables para la buena formación de esa profesión. Y, finalmente, había una incipiente escuela de Ingeniería Forestal, agregada a la escuela de Agronomía, que dirigía un simpático profesor francés: André Cosigny. El aserradero que servía para la práctica estaba junto a la desembocadura del Río Bueno, en la provincia de Osorno, y la práctica era solo temporal. ¿Bosques? Los del Parque Forestal, Quinta Normal y Parque Cousiño. Fue así como decidí que se debía abrir una Escuela Agrícola y una Escuela de Medicina Veterinaria y que estas necesitaban campos experimentales y de trabajos prácticos. En la Isla Teja se encontraban los de la SAVAL (Sociedad Agrícola de Valdivia) y sobre ellos recayó mi mirada, convirtiéndose en el primer intento de adquirir bienes para conformar el patrimonio social. Esta tarea le fue encomendada al Director Alfredo Schüler, quien a pesar de todos sus esfuerzos no logró el objetivo.

En estas circunstancias llegó a Valdivia el Ministro alemán Ludwig Erhard. Una comisión formada por Teodoro Henzi y otros Directores trató de conversar con él para pedirle ayuda, pero tal fue el revuelo que produjo su presencia, que la multitud que lo cercaba impidió cualquier contacto. Le envié una misiva en la que le hice presente la importancia que tenían los alemanes y sus descendientes en la vida valdiviana, tal como él mismo lo había podido constatar, y cuán importante se presentaba el esfuerzo que se hacía para tener una universidad, la que debía seguir consolidando el aporte alemán. Para ello, le rogaba financiar la venida de profesores para la Escuela de Ingenieros Forestales, que ya estaba en proyecto. El embajador Von Campe apoyó con entusiasmo la idea y auguró buenos resultados.

Fundación LACH / Difusión

En ese mismo período ocurrió que viajaba Carmen entre Santiago y Valdivia, cuando encontró en el tren al senador Carlos Acharán Arce, representante de la agrupación que formaban las provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue. Era Acharán un hombre que no perdía oportunidad para ayudar a los valdivianos, sin importar el color político que llevaran, pues a él le interesaba el progreso de la zona. Comprometió su ayuda a la Universidad y se convirtió en su paladín. Acharán coordinó su tarea con el Círculo Valdiviano, formado por valdivianos emigrados a la capital, quienes lo apoyaron de inmediato. Ya no estaba solo en la lucha.

Pero la función continúa. El siguiente paso es visitar las Municipalidades de la Provincia, para obtener el apoyo moral de estas. El desfile se inicia por la de Los Lagos y siguen Panguipulli, Lanco y San José. En los recuerdos se destaca la labor de Bernardo Mertens, un agricultor con fuerte presencia familiar y social, quien me llevó a Panguipulli donde, tras una breve presentación, hice uso de la palabra y estas despertaron tal interés, que una inmensa mayoría quiso entregar de inmediato cheques con importantes sumas de dinero. Cosas del momento, no me había imaginado el resultado de esta visita, por lo que no llevaba recibos para acreditar las donaciones. Otra vez la cautela en el manejo del dinero. Pero en fin, se les explicó la situación y agradecí a todos los presentes su generosidad, volviendo a recalcar que para la institución que organizaba, lo más importante era y sería siempre el apoyo moral que le brindaban, que no vieran en la Universidad una empresa comercial porque jamás explotaría a nadie y, por el contrario, esperaba ser útil a todos los chilenos.

En la sesión del Directorio del 14 de Abril de 1954, un mes después de la aprobación de los Estatutos, apareció en mí el muchacho que en tiempos lejanos ayudaba a su padre en los negocios, pero ahora entregaba sus ideas y energías a la universidad. Debía organizar empresas que, bajo el alero de la Institución, contribuyeran al desarrollo de la comunidad y, al mismo tiempo, le generaran utilidades, aunque fuera en pequeña escala. Había en la ciudad una firma constructora llamada Domínguez, Duhalde y Cía., quienes estaba interesados en obtener una concesión para extraer ripio desde el río Calle Calle. ¿Podría la Universidad asociarse a esta firma y participar del negocio? Como nunca faltaban los que olfatean un negocio para sí mismos, gritaron a coro: *«¡No, no, cómo*

Ediciones UACH/Difusión

la universidad va a participar en esa clase de negocios!» y rechazaron esta iniciativa. Mucho tiempo después, un pobre profesor de la Facultad más conflictiva que tuvo la universidad, afirmaba que el rector no tenía por qué ser un capitán de empresas. Y sin embargo parecía serlo.

Dentro de todas estas problemáticas, surgió la voz del Rector de la Universidad de Concepción, Enrique Molina, quien proponía que su universidad se convirtiera en rectora de las actividades de la institución naciente, pero si yo no deseaba estar bajo las directrices de la Universidad de Chile, ¿cómo iba a tolerar depender de otra casa de estudios? La negativa causó la molestia de Enrique Molina y su oposición a la Universidad Austral se hizo evidente, tanto así que rechazó la invitación que se le formulara para los actos de instalación y de iniciación del año académico, aunque se sabía que esta inasistencia no se debía sólo a su rechazo a la institución, sino que estaba molesto porque a dicha ceremonia se había invitado a uno de los fundadores de la Universidad de Concepción, Dr. Virginio Gómez, quien había sido postergado y aislado por Molina. Virginio Gómez agradeció la invitación, pero por motivos de salud no asistió. Tiempo después de la instalación de la UACH, el Dr. Gómez se embarcó en una nave de la Compañía Sudamericana de Vapores y, sorpresivamente, se lanzó al mar sin que sus restos fueran recuperados. Este hecho me causó un impacto enorme. Pensé que Gómez estaba esperando el momento en el que se le reconociera su calidad de fundador de la Universidad de Concepción para dejar este mundo. Y fui justamente yo quien organizó ese acto.

Llegó el mes de mayo y era necesario enfrentar la situación en la Capital. Ahí me encontré con uno de los puntales más firmes, más eficientes y más generosos de la ya larga jornada: Carlos Schmidt Roeste, martillero público y Presidente del Círculo Valdiviano, quien tenía como secretario a Edgardo Arias, alto funcionario del Ministerio de Agricultura. Estos dos personajes, junto a Gastón Acuña Mac-Lean, hombres de confianza del Presidente Ibáñez, fueron los primeros labradores de la UACH. Si hay que creer en el Destino, los acontecimientos se sucedían con una secuencia precisa. En una mañana de los primeros días de mayo, yo visitaba a Carlos Schmidt y comprometía su apoyo a la idea universitaria. Pocos momentos después, aparecieron Walter Reccius y la arquitecto

Ediciones UACH / Difusión

Ángela *Kika* Schweitzer, a solicitarle apoyo para el Centro de Amigos de la Universidad de Chile. Carlos, atendiéndolos con amabilidad, les dijo: *«¡Qué pena, acabo de comprometerme con el Dr. Morales».* De la oficina de Schmidt, me fui directo a La Moneda donde Gastón Acuña había obtenido una audiencia con el Presidente. Allí, le recordé al Presidente el apoyo que me había dado en 1929, nuestro posterior encuentro en el tren cuando él iba a Temuco y yo a Valdivia y la promesa que le hiciera de *«algún día retribuirle su apoyo».* Ibáñez creía que la fundación de una Universidad en Valdivia sería recordada, mientras existiera la historia, como una de las obras importantes para el desarrollo de la cultura, que se agregaría a todas las otras que él había impulsado. La audiencia fue breve. Ibáñez en forma tajante, dijo: *«Se hará».* Nuevamente, la comisión de Walter Reccius, *Kika* y además Erna Messecke, acudieron a pedir ayuda, encontrándose con la misma respuesta. Fue una semana de intensa actividad, proporcionando en cada caso la información que yo estimaba apropiada a la circunstancia. No era lo mismo entrevistarse con Rodrigo Aburto, sub director de *El Diario Ilustrado* o con Guillermo Pérez de Arce, gerente de *El Mercurio* y Rafael Maluenda, director del mismo diario, que con Recaredo Ossa, Presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura. Los primeros requerían información sobre la constitución de la universidad, sus socios, su financiamiento, etc. El segundo, sobre los planes para elevar la investigación científica de los cultivos esenciales: trigo, cebada, papas, etc.

Durante esos días, el Senador Carlos Acharán convocó a una reunión a los cuatro Senadores y catorce Diputados de las provincias australes. Les expliqué escuetamente la visión que personalmente tenía de Valdivia: una ciudad hermosa, acogedora, tanto así que muchos funcionarios públicos, destinados a provincia, soñaban con llegar a ella. Una ciudad con un esfuerzo económico a simple vista relevante: Empresa Periodística del Sur, Compañía Nacional de Teléfonos, numerosas e importantes fábricas de zapatos, varios grandes molinos, poderosa capacidad agropecuaria, falta de asistencia técnica, un importante contingente de gente joven; una vida social activa y tantos otros signos de vitalidad. La universidad pretendía formar profesionales con un fuerte sentido social, que sirvieran a la zona austral, principalmente, en relación

Ediciones DAGR / Difusión

con la cultura, las necesidades agrícolas, pecuarias y forestales. Además, expliqué que la Universidad pretendía incentivar o, para expresarse mejor, crear un sentimientos poderoso de autarquía que permitiera la autonomía, para que dentro de una República unitaria hiciera posible desarrollar sus propias ideas acerca de sus necesidades y tener sus propios representantes. Dos diputados, Federico Bucher, representante de Magallanes y Sergio Sepúlveda, de Osorno, apoyaron decididamente que la Universidad debería tener su asiento en Valdivia. Cuán importante fue esta declaración ante el hecho de que otros senadores propiciaban la repartición de la entidad en distintas ciudades.

En esa misma semana en la capital, mantuve una larga e interesante conversación con Juvenal Hernández, uno de los rectores más brillantes que ha tenido la Universidad de Chile, a quien había podido conocer de cerca por razones familiares. Todo lo relacionado con la importancia de impulsar fuertemente el desarrollo de una cultura artística y social, no sólo mereció su aprobación, sino que suscitó palabras de estímulo que tan necesarias eran en esos momentos.

En el desfile en busca de apoyo, para combatir la oposición, Carlos Schmidt planeó una entrevista con el Gerente de la Constructora de Establecimientos Educacionales, don Sergio Undurrraga.[25] Aquí, por primera vez, oí hablar del financiamiento futuro. Undurraga insinuó la idea de abrir un Casino en las Termas de Puyehue y se adelantó a pedir que todo lo que se relacionara con Escuelas Primarias, debería hacerse tomando acciones de la Constructora. ¡Todavía no existían como persona jurídica y ya se suponía que dispondrían de cualquier cantidad de dinero! El señor Undurraga era un hombre correcto, pero sin duda no tenía nada de empresario.

En esos momentos, vino la primera entrevista con el Rector Gómez

Fundación LACH/Difusión

25 Asistían a la reunión, además de Carlos Schmidt, el senador Acharán, Edgardo Arias, Guillermo Rudloff. Yo planteé la posibilidad de comprar un banco chico, de poco valor, como el Banco de Llanquihue o el Banco de Constitución, que bien podían recibir los fondos de la Universidad. Se necesitaba una persona en representación y conocimiento del negocio. Con gran sorpresa, tres días después me impuse de que Guillermo Rudloff se había ido a Valdivia, había juntado a sus amigos y habían creado el Banco de Valdivia, con la esperanza de que la Universidad depositara los fondos en ese banco. Rechacé tajantemente la insinuación que se me hizo, dado que la Universidad el mayor valor que tiene es sembrar ideas y nadie tiene el derecho de apropiarse de ellas.

Millas. Fue en la Casa Central. La audiencia fijada para las diez horas me encontró en la oficina de la secretaría del Rector. ¡Qué oficina! Muebles antiguos admirables, estanterías repletas de libros, calefacción como debía ser y una secretaria que, por de pronto, se demostró muy poco amable. Y la espera se hizo larga, larga como para empezar a despertar en mí la manía que tenía desde muy niño: si no se cumple con el horario convenido, se saca una moneda del bolsillo y se juega al cara o sello: Cara, aguanta y espera. Sello, márchate. Y salió Cara. Seguí esperando y preguntándome, ¿por qué he de sufrir lo que considero una humillación (¿complejo de superioridad?), cuando no tenía ningún asunto personal que tratar? ¿Me he convertido en un servidor o en un empleado público? El servidor público no debe esperar ni las gracias: le debe bastar con el honor de ser útil a la comunidad. El empleado debe cuidar su puesto y, muchas veces, soportar los atropellos de que es objeto. Finalmente, triunfó el Servidor Público y fui recompensado con la entrada y salida de la secretaria que me dice: *«Pase»*. Nada de decir: *«Tenga la bondad de pasar», «Perdone la espera»,* etc. La oficina rectoral es imponente, con cuadros de los rectores desde Andrés Bello en adelante. El escritorio, los muebles, las alfombras, seguro que tienen los cien años universitarios. Otra cosa me llama la atención: la sala es oscura, no puede distinguir con claridad las facciones del Rector, la voz parece que en esa oscuridad se ha hecho más intensa. Y pensé ¡qué contraste con mi oficina! En un Club Social en decadencia (aunque la institución había nacido en un Club elegante), como único amoblado una mesa y dos sillas; ventanas con los vidrios quebrados y sin posibilidad de reponerlos, una ampolleta solitaria, desnuda como la oficina, que cuelga del techo. Así era la oficina del Rector de la Universidad Austral.

En la entrevista, le aseguré al Profesor Gómez Millas que la nueva universidad no pretendía interferir en nada con los planes que él se había trazado. Todo lo contario, que sus proyectos de Extensión Cultural serían apoyados con el mayor entusiasmo, sobre todo cuando ello facilitara una de las tareas que yo me proponía. Entre esto y aquello, Gómez Millas mencionó la necesidad que había de limar asperezas con otras iniciativas culturales valdivianas y agregó que, con ese objeto, enviaría un profesor o iría él personalmente. Después, Gómez me aseguró que

Ediciones UACh/Difusión

el Consejo de la Universidad de Chile no se opondría a la creación de la UACH. Recuerdo con una precisión extraordinaria las frases de despedida que pronunció Gómez Millas, ya en la puerta abierta de la sala de espera:

—Mira, Ed, ten cuidado, que esta iniciativa tuya puede tener funestas consecuencias. Puede llegar el caso que a todos los colegios secundarios o de otra especie, se les ocurra transformarse en universidad. Y ahí está el fin del concepto de universidad.[26]

—Rector, no se alarme –contesté– lo que está entre manos es una universidad, no una escuela con pizarrones y tiza. Cuando yo tenga el honor de entregarle los planes para su aprobación por el Consejo de su Universidad, Ud. podrá juzgar el enorme esfuerzo que estamos haciendo.

—Bien, ojalá que sea cierto.

Esa intensa semana aún no había terminado, faltaba una entrevista con el Ministro de Agricultura Alejandro Hales, propiciada por Edgardo Arias, secretario privado del ministro de esa cartera. Ya sentía el cansancio de tanto ajetreo y me resistía a concurrir. Pero el Destino, que tantas muestras de apoyo me había dado, volvió a tocarme. ¡La ayuda que se habría perdido! Era el Ministro un hombre de mediana estatura, rasgos propios del medio Oriente, con una sonrisa cálida y acogedora.

—Ya sé a qué viene, Rector –dijo el Ministro, al que en ese momento era apenas Presidente de una sociedad que pretendía ser universidad–. No se preocupe más –continuó Hales–. Cuente con todo mi apoyo. ¿Quiere Ud. hacer una entrevista en Valdivia? Claro, si es cierto que van a tratar todos los problemas de la agricultura, no faltaba más que el Ministro no los apoyara. ¿Habló ya con el Presidente? Pues yo podría haberle conseguido la audiencia y haberlo acompañado.

—Pero, Ministro, realmente estoy más que sorprendido, estoy conturbado –le comenté–. ¿Es nuestro amigo Edgardo quien lo ha informado?

Pero, en ese instante, Edgardo respondió:

—Perdóneme, Ministro, yo no he abierto la boca y tengo mucho más de lo que pude haber soñado.

Editorial UACH/Difusión

26 ¿Cómo se sentiría uno de los últimos rectores de gran calidad de la Universidad de Chile, contemplando las 60 «universidades» existentes hoy en día en el país, repitiendo apresuradamente la fabricación de profesionales y creando una colección de cesantes más instruidos, pero no mejor educados, que un obrero cualquiera?

—Cierto es –continué– que entre nuestros proyectos se encuentran escuelas de agronomía, medicina veterinaria e ingeniería forestal, pero, ya que Ud. me acoge con un cariño que en otras circunstancias estimaría como el de un padre que trata de complacer los caprichos del hijo, es a Ud. la primera persona ajena a los que llevamos adelante esta tarea, que le confieso que todo ese programa es la pantalla que hemos puesto para hacer nuestro principal objetivo. Queremos terminar con el «técnico bárbaro» de Ortega y Gasset. Queremos llevar a la Universidad la investigación científica en todas las ciencias básicas, queremos tener una verdadera universidad y no una de pizarrón y tiza. Necesitamos tener una universidad en la que los profesores tengan tiempo y las remuneraciones justas, dentro de nuestras posibilidades, para dedicarse a la investigación científica. Necesitamos campos para la experimentación y práctica de nuestros alumnos. Perdóneme, Ministro, estamos soñando.

—Rector, tiene Ud. las puertas abiertas de este Ministerio para todo lo que necesite.

—Gracias, mil gracias– fue mi último comentario emocionado.

En ese instante, decidí que Hales sería uno de los primeros socios honorarios de la nueva universidad. Era la única forma de agradecer tan extraordinaria acogida.

Al fin había terminado esa semana agotadora, pero de vuelta en Valdivia me encontré con que los pequeños problemas continuaban. En una de las últimas sesiones del Directorio, había planteado el tema de los socios. Me preguntaba cómo era posible que en una ciudad con más de 70.000 habitantes participara solo un puñado de 170 personas. Habiéndose comprometido los Directores a inscribir nuevos socios, en un mes se había aumentado el número solo a 230 y no había esperanzas, al parecer, de atraer más socios.

Para mí, eran momentos de desaliento, me estaba cansando de batallar solo, los aplausos y felicitaciones eran para mí humo. *«Haré un máximo esfuerzo y si no resulta, otra persona deberá tomar la bandera».* Fue así como me decidí a empezar la campaña de puerta a puerta, que hoy me parece más que ridícula, humillante. Mientras recuerdo, contemplo la situación y me pregunto: ¿dónde estaba el esfuerzo, la osadía, el enorme entusiasmo de los valdivianos? Comencé a recorrer los cam-

Ediciones UACH / Difusión

pos rogando una ayuda, si no en dinero, en lo que fuera: huevos, pollos, corderos, vacas. Esto acarreó el problema de que no sabían cómo trasladar estos animales hasta los «locales universitarios», por lo que los primeros ejemplares tuvieron que convertirse rápidamente en suculentos asados o bifes y no precisamente para quien los recolectaba puerta a puerta. Esto lo consideraba un éxito, aunque bien sabía que juntando todas las especies de las personas visitadas, no alcanzaría a reunir más que una mísera suma. Pero estos detalles no me desanimaban, pues lo importante era la adhesión a la idea, el compromiso con una obra cuyos beneficios recaerían, especialmente, en todos aquellos que me cerraron la puerta en las narices. Creía poder valorar el alma de cada uno de ellos y sacaba cuentas de cuanta preocupación y esfuerzo se necesitaba para elevar sus espíritus. Así buscaba justificación a la campaña. Después de un mes, en la sesión de directorio, pedí nuevamente que se diera a conocer el número de socios: de 230 había pasado a 320.

A estas alturas, el quehacer se diversificaba cada vez más. Los «Amigos de la Universidad» arreciaban en sus ataques y algunas Municipalidades se sentían postergadas al no haber sido invitadas o visitadas por miembros de la UACH. Pero lo que más complicaba la tarea era que seguíamos en una pieza del edificio Wachsmann, sin posibilidad de organizar la parte administrativa. Se pensó en adquirir el edificio del Centro Español, ubicado en la calle Picarte, pero los buenos consejeros se opusieron por los compromisos económicos que entrañaba su adquisición. Y quiso el Destino, que me acompañaba, que yo entendiera el asunto y me olvidara de ese negocio. ¿Cómo estimaba yo la intervención del Destino? La respuesta llegó cuando ocurrió la catástrofe del terremoto de 1960 y no quedó en pie ni una sola piedra del mentado edificio. ¿De quién era la suerte: del hombre o de la Institución?

En la sala del edificio Wachsmann se realizó una reunión que comprometió a todas las autoridades de la ciudad, cuyo propósito era dar por terminada la discusión, ya sin sentido, con los «Amigos». Estaban presentes el Intendente Alejandro Acuña Núñez, el Alcalde de la comuna Máximo Frick y los Regidores Carlos Kaehler, Hernán Gutiérrez Klenner, Jorge Bustos León y Manuel Cid. Esta sesión del Directorio Universitario se caracterizó por la ausencia total de protocolo, pues prác-

Ediciones DAGI / Difusión

ticamente fue una reunión de familia donde los asuntos se trataron, como diríamos hoy día, «a calzón quitado». Empezaron por abordar el tema del Puerto de Corral, los Astilleros de Valdivia, las fábricas de calzado, la Papelera, la Impregnadora de madera; industrias

> cuya vida interesaban a la universidad, como la propia, pues aunque no lo pareciera, se estimaba que existe una interdependencia entre la suerte de las industrias y la de la universidad. Sin la vida económica de la provincia de Valdivia, sin su vida cultural que la convierte en el centro más prominente de la región austral, no habría sido posible pensar en esta ciudad como la sede de tan importante centro universitario.[27]

Al plantearse por vez primera el asunto del financiamiento, surgieron las diversas opiniones y, examinadas todas ellas, se concluyó en dejarlas para un mejor estudio. Aquí aparece, otra vez, uno de los caracteres que individualizaran a la UACH. Continuando con la reunión, señalé: *«la experiencia me ha demostrado que los problemas de provincias, aún los más graves, como el embancamiento del Puerto de Corral, se diluyen y tramitan en la vorágine de intereses que asedian a las esferas gubernativas y que se requiere hablar con voz clara, precisa y constante, para que los clamores provincianos sean escuchados y se les haga justicia».* Prosiguiendo con mi afán de comprometer públicamente a las autoridades, ofrecí la palabra al intendente Acuña, quien dijo:

> Tengo que felicitar a los creadores de la Universidad Austral por la difícil tarea que se han echado sobre sus hombros. Como toda obra grande han debido encontrar dificultades para su ejecución y seguramente se presentarán otras. Pero confío en que las fuerzas de los Directores de la Universidad Austral superarán todos los escollos. No cabe duda que la creación de una universidad es una obra de enorme trascendencia para la región. Debemos comprenderla y prestarle el apoyo que se merece.

Enseguida le tocó al Alcalde Frick:

Ediciones UACh/Difusión

27 Con estas palabras abrí la sesión del Directorio provisorio de la Universidad el 6 de Julio de 1954.

> Concuerdo con las expresiones del señor Intendente, en cuanto que la Universidad Austral es una obra de difícil realización, seguramente de largos años de continuo y arduo esfuerzo, pero eso no debe amedrentarnos. Concepción demoró treinta años en convertir su Universidad en la hermosa realidad actual, desde el momento en que inició su obra en condiciones precarias. La provincia de Valdivia es en la actualidad mucho más grande, en todo sentido, que lo que era Concepción en la época que inició su trabajo a favor de la universidad. No me explico por qué podemos sentirnos descorazonados ante la magnitud de crear una universidad propia para nuestros descendientes. Por este motivo es que la Ilustre Municipalidad de Valdivia y las Municipalidades de la Provincia no han trepidado en prestarle su apoyo a la Universidad Austral. Con las ventajas de poseer un puerto hacia el mar, con sus industrias florecientes, con su agricultura en continuo progreso, con tradiciones centenarias, con sus Cortes de Justicia y el agregado de un centro universitario, Valdivia sería, indiscutiblemente, la tercera zona de importancia en Chile.

Después, todos los Regidores haciendo uso de la palabra, se esforzaron por afirmar la idea ya en marcha de crear la universidad. En mi interior exclamé: *«¡Eureka!»*. La idea estaba vendida.

Después de esa reunión continuó un período de intenso trabajo para mí, ya que cada día aparecían nuevos trámites que hacer y problemas que solucionar. El mes de julio de 1954 se hacía cada vez más complicado. El Rector Gómez Millas, después de muchas cavilaciones, había accedido a nombrar una Comisión de Decanos para que tomaran examen al Presidente de la nueva universidad. No me podía imaginar que a los 44 años tendría que rendir tal examen, pero era inevitable. Como un novato cualquiera, tomé mis papeles y empecé a preparar la prueba. ¿Sobre qué versaría? Sin duda, la primera pregunta sería: ¿Cuál es el financiamiento de la Universidad? Respuesta: cuenta con el apoyo financiero de Industrias, Comercio y Municipalidades de toda la provincia. Está, además, respaldada por más de 300 socios. *«Y, como es de esperar, un proyecto tan importante contará, a su debido tiempo, con el apoyo internacional que estamos prontos a solicitar. Luego, estamos esperando la personería jurídica para aceptar las donaciones que se han ofrecido: fundos, edificios, acciones, etc.»,* pensaba agregar. ¿Verdades? Sueños que pronto se convertirían en realidad.

Ediciones UACH/Difusión

La segunda pregunta evidentemente sería: ¿Y qué materias se enseñarán? *«Ya está en marcha la Facultad de Bellas Artes, con un Conservatorio de Música, talleres de pintura y otros»,* respondería a la comisión. *«En cuanto a profesiones, vamos a abrir una Escuela Técnica de Ingeniería Agronómica, otra de la misma especie de Ingeniería Forestal y la Escuela de Medicina Veterinaria, que esperamos sea la más importante del país. Todas estas escuelas parecen un poco disminuidas en la enseñanza actual y en nuestra región deben tener la mayor importancia»,* diría para concluir mi intervención. Estas dos respuestas deberían ser el fuerte de mis argumentos.

Llegó el día del examen. Y todo sucedió tal cual lo había previsto.

Una Comisión formada por tres Decanos de la Universidad de Chile se encargó de apretar al Presidente de la futura universidad. En una sala de la Superintendencia de Sociedades Anónimas se reunieron: Rafael Correa Fuenzalida, Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales; Juan Ibáñez, de Química y Farmacia, y Hugo K. Sievers, de Medicina Veterinaria. El Decano Ibáñez, designado por Gómez para visitar e informarse sobre la UACH, estaba predispuesto en mi contra, gracias a los esfuerzos de los Amigos de la Universidad, encabezados por Walter Reccius. Correa se mostró indiferente, como si no le diera mayor importancia a la gestión. Pero Sievers «se puso las pilas» y se lanzó a desmenuzar cada frase, lo que me hizo creer que analizaba cada palabra. Así fue como, efectivamente, se principió por el análisis económico, lo que fue tratado con rapidez. Luego Sievers quiso saber los detalles y se entabló una conversación entre él y *yo.* Simultáneamente, Fernando Santiván mantenía una verdadera charla con los otros dos Decanos. Con Sievers, después de informarle que el Director de la Escuela de Medicina Veterinaria sería uno de sus ex alumnos favoritos, Alfred Schüler, no hubo más que hablar. Después de ese día, se había ganado el apoyo más importante al interior del Consejo de la Universidad de Chile.

Faltaba aún el pronunciamiento del Consejo de Defensa del Estado, donde había otro hombre clave, al cual se le pidió que se acelerara el dictamen. Camilo Cabo Gormaz, miembro del Consejo, despachó el asunto conforme a Ley, en un plazo cortísimo.

Los trámites burocráticos se habían terminado. Sólo faltaba el De-

Editores UACH / Digital

El Presidente Carlos Ibáñez del Campo y Osvaldo Koch, Ministro de Justicia, en la firma del Decreto que concedió Personalidad Jurídica a la Universidad Austral de Chile, el 7 de Septiembre de 1954.

EdicionesUACh/Dir

creto Supremo que reconocía a la UACH. El 7 de Septiembre de 1954, a las 11 horas, en el Salón Rojo de La Moneda,[28] con asistencia de Ministros, el Alcalde valdiviano, parlamentarios de la región, socios de la Universidad Austral de Chile, el Círculo Valdiviano de Santiago y numerosos amigos, el Presidente Ibáñez y su Ministro de Justicia, Osvaldo Koch, firmaban el decreto que daba vida legal a la Universidad. Tanto el Presidente como su Ministro, en breves palabras, hicieron resaltar la importancia que para el país y especialmente para la zona sur, tenía la universidad. Agradecí en breves palabras, pero estaba muy contento por el nuevo paso dado.

El Círculo Valdiviano ofreció un cóctel en el Hotel Carrera, al cual asistieron, si así se puede decir, cuanto valdiviano había en la capital. El nacimiento de la última de las Universidades que después se podrían llamar clásicas, había sido inscrito en el Registro Civil.

28 Salón que desapareció completamente cuando La Moneda fue bombardeada en 1973.

La recién nacida traía su marraqueta bajo el brazo del Senador Acharán. Justo en el mes de Septiembre de 1954 se discutía en el Congreso la Ley que llevaría el N° 11575 y que proveía fondos para la investigación científica y mejora de sueldos para los profesores y empleados de las universidades chilenas. Nuestro Senador hizo incluir un ítem de 20 millones para la Universidad Austral. Cosa increíble, uno de los Senadores representantes de la Circunscripción se opuso, argumentando que era una institución que recién era reconocida como tal. Pero el viejo Senador se las arregló para que el ítem se destinara a mejorar los sueldos del personal. Y el personal se compondría del Rector, Secretario General, Tesorero y dos empleados. ¡20 millones para sueldos! ¿Cómo se invertía esta enorme suma de dinero? Paciencia, ya lo veremos, mientras tanto olvidémonos de ella.

Es de notar que el Rector no sólo no tenía sueldo, sino que había asumido todos los gastos de viajes y hasta pagaba el sueldo de una secretaria. Tal era así que en la sesión de Directorio del 21 de octubre de 1954, presidida por el Vice Rector Ernesto Martens, los directores, al darse cuenta de esta situación, acordaron que desde ese día en adelante se le cancelarían los viajes por adelantado. En la siguiente sesión de Direc-

UACH/Difusión

Salón Rojo de La Moneda *(actualmente desaparecido):*
Primera fila: Teodoro Henzi, Alfredo Lea Plaza (diputado), Max Frick (alcalde de Valdivia), Carlos Schmidt, Eduardo Morales, el Presidente Ibáñez, Manuel Cid, Walter Schmidt, Eduardo Tallmann, Guillermo Pérez de Arce, senador Carlos Acharán Arce.

torio del 26 del mismo mes, objetó el acuerdo diciendo *«los sacrificios que se han debido hacer, se han hecho y no necesita se le reembolse ninguna cantidad».*[29] Prefiero no referirme a las reacciones que provocó esta declaración.

Una semana después de obtenida la Personería jurídica, recibí una carta sorprendente:

> Señor Dr. Morales:
> Mi muy estimado amigo Dr. Morales:
> Por Don Ernesto Martens supe que Ud., inmediatamente después de la firma de las actas de la Universidad Austral por su Excelencia el Presidente de la República, Ud. me mandó un telegrama, para darme a conocer la buena noticia. Este telegrama no llegó a mis manos, pero por eso no menos le agradezco su buena intención. Igual a todos los valdivianos, nunca se podrá reconocer y agradecer a Ud. toda la tenaz labor y el entusiasmo que ha desplegado hasta llegar a la conquista de lo conseguido. Ud. sabe que varias veces se me había pedido el edificio, siempre tuve el presentimiento que tendría que retenerlo para otro fin y destino y este presentimiento no me engañó, así que ahora tengo la satisfacción de entregarlo a Ud. para la Universidad Austral. Mis felicitaciones y atentos saludos a Ud. y su señora.
> *Elena H. de Skalweit*
> P.S. Siendo su señora y Ud. tan amigos de las flores van adjuntas algunas Camelias, de plantas que conseguí pasando el polen de una flor doble a una sencilla –la planta demoró nueve años en producir las primeras flores, así que probablemente esta será la única Camelia de esta clase que existe.

Ediciones UACh/Difusión

¡Otro gran logro había sido obtenido por la UACH! Mi historia con este edificio de la firma Haverbeck, situado en la calle General Lagos 286, había comenzado muchos años antes, cuando me acerqué a presentar la idea a los padres de la Holy Cross. Luego de que esta idea fue desechada, la posesión del edificio significó una ardua lucha entre la naciente universidad y la Universidad de Chile. Durante cinco meses se discutió su adjudicación, siendo la dueña víctima de intensas presiones por parte del Club de Amigos de la Universidad, pero la UACH había triunfado. Ahora, el edificio debía ampliarse colocando un segundo piso y, ade-

29 Cita extraída del Acta del Directorio de la fecha indicada.

Dibujo de Humberto Molina Díaz.

Edificio de la Naviera Haverbeck Skalweit, en calle General Lagos, Casa de Estudios y Primera Sede de las Facultades de Ciencias Veterinarias y Ciencias Agrarias (1955).

Ediciones UACh/Difus

más, equiparse. Propuse el nombramiento de la arquitecto Gabriela González de Léniz para estudiar la ampliación del edificio.[30] Allí fueron a parar las primeras erogaciones. El trabajo se tornó vertiginoso, pues empezaron las preocupaciones para contratar al profesorado; las oficinas seguían en el destartalado Club Valdivia, donde estarían hasta julio del año 1955, y el personal administrativo continuaba como siempre. A pesar de eso, pensaba que el año académico debía empezar a más tardar en abril de 1955. Hay que imaginarse, por un momento, cuál era el esfuerzo necesario para cumplir esta gran tarea.

De pronto, otro paso importante: elegir un Consejo para que tratara las materias propiamente académicas y, así, el Directorio siguiera con las labores administrativas. Se despertaban los primeros síntomas de los interesados en un proyecto que había dejado de ser tal, para transformarse en una realidad que tendría fuerte influencia sobre la vida

30 Esta arquitecto diseñaría, posteriormente, la ciudad universitaria, cuya ejecución fue entregada a otro joven arquitecto, Ronald Ramm, quien se encargó de hacerla realidad.

valdiviana. En ese momento se desató la petición de cargos y puestos. Entonces, se presentó un joven en mi oficina:

—Vengo de parte del Senador don Carlos Acharán– dijo el joven.

—¿Qué se le ofrece?– pregunté.

El joven extiende una tarjeta y dice:

—Un puesto, cualquiera.

—Dígame, ¿qué sabe hacer?

—De todo.

—Lo lamento– tomé la tarjeta, la hice pedazos, la arrojé al basurero y agregué:

—Esta no es oficina pagadora de ningún servicio y el Senador Acharán lo sabe.

—Voy a informarle al Senador del recibimiento que Ud. me hace– amenazó el joven.

—No se moleste, puede llamar al Senador y repetirle aquí mismo lo que yo le acabo de decir–. Y dirigiéndome a la secretaria, dije:

—Hágame el servicio de ponerme en comunicación con el Senador Acharán.

Luego de un momento, hablé por teléfono con él:

—Senador, aquí hay un joven que ha traído una tarjeta en su nombre pidiendo un cargo. Ud. sabe el compromiso que hemos asumido Ud., como el más generoso de nuestros patrocinadores, y yo, como responsable del funcionamiento de la Universidad. Perdóneme.

—Rector, Ud. sabe los compromisos de los políticos –respondió Acharán– que a veces tenemos que atender a estas peticiones en respaldo a nuestra actuación política, pero Ud. tiene toda la razón. Está bien lo que Ud. ha hecho.

—¿Quiere hablar con el Senador Acharán?– pregunté al joven.

—No, gracias.

Si se conoció o no este incidente, no lo sé. El hecho es que nunca más nadie de la política pretendió influir en nombramientos en la Universidad y el Senador Acharán así lo comprobó hasta el final.

Lamentablemente, este no fue el único incidente que tuve que resolver en los inicios de la Universidad, ya que los problemas estaban al orden del día, pues la situación de la Universidad era difícil y se estaban

Editores UACh/Difusión

quemando etapas.

En el segundo piso del Club en liquidación donde nos instalamos después de pasar tres meses en el edificio Wachsmann, se habilitaron dos salas: una muy pequeña para el Rector y otra más grande donde, frente a una enorme mesa que allí había, se colocaron sendos escritorios: uno para el Secretario General, en esos momentos Fernando Santiván, y otro para su secretario. ¿Y la Tesorería? Signos del destino que aguardaba a la Institución, sencillamente no había espacio para ella, que seguía en manos de Augusto Hess.

Esas salas, prácticamente sin amoblados, servirían de recepción a los postulantes y sus familiares. ¡Pobreza ultra franciscana! Al rememorar esa época siento un poco de vergüenza ya que, casi casi, era una situación indigna. Pero eso no fue todo. Eran los primeros días del mes de febrero y, como de costumbre, en la ciudad llovía con fuerza. Mi oficina tenía algunos vidrios quebrados y, por supuesto, el agua entraba a raudales. Arreglar y proteger los papeles más importantes, capear la lluvia, dar explicaciones a los concurrentes, fue casi una pantomima. Recuerdo claramente la cara de Juan Bidegain, padre de un futuro gran médico veterinario, quien observaba con una mirada de tristeza infinita bajo el paraguas (que tenía abierto dentro de la sala) el estreno de lo que iba a ser una universidad.

—Señor, no se desespere –le dije–. Hay comienzos duros, pero en ellos suelen forjarse las obras más brillantes. No le quepa duda, vendrán tiempos normales y entonces todos estaremos felices de haber colaborado en la construcción de una obra que se proyecta más allá de nuestros días.

Pero en mi interior, no podía dejar de hacerme cargo de la situación. Había suma pobreza material, no empezaba con lujosos escritorios, cortinas, cuadros y otros artefactos que muchos creen necesarios para impresionar. Tenía fe en mis sueños, fuertes eran mis esperanzas, decidido mi espíritu para enfrentar la realidad. Y sabía, como lo había hecho notar al asumir la responsabilidad de dar vida a la Universidad, que vendrían tiempos peores ante los cuales no cabrían ánimos para desfallecer. Saltando, saltando obstáculos se logra el primer premio.

Al abrirse la matrícula en la nueva universidad creí que, dado el in-

Ediciones DACH / Difusión

terés de la juventud por ingresar a un establecimiento de enseñanza superior, la del primer año sería una matrícula espectacular y esperaba con bastante inquietud que no lo fuera, porque me daba cuenta de que si ella era muy numerosa estaría en serias dificultades, debido a que las aulas aun no estaban terminadas ni equipadas. Por una parte, ilusiones de mantos con flecos de oro, por otra, serias aprensiones sobre un fracaso que debía ser superado.

La multitud esperada se redujo a treinta y tres postulantes para las carreras profesionales (la Facultad de Bellas Artes tenía más de 200 y la Facultad de Estudios Generales se encontraba en proceso de encontrar al hombre apropiado para organizarla). Para colmo, hubo que aceptarlos a todos sin más requisitos que sus deseos de ingresar a una «universidad». ¿Dónde había quedado el ansia de incorporarse a la enseñanza superior? Fue una interrogante que en el momento no tuvo respuesta.

Cuando tuve que informar al Directorio y al Consejo Universitarios, sentí escalofríos que me parecieron eternos. ¿Qué me enrostrarían? ¿Me llamarían audaz o inconsciente? ¿Loco o tonto? Sentí un alivio enorme al encontrar la más amplia comprensión. Llegar a una nueva universidad que parecía improvisada además de provinciana, despertaba ciertas desconfianzas aun en el núcleo fundador. En el Directorio nadie me las hizo presente, pero uno de sus miembros, que fue siempre uno de mis más grandes amigos, envió a su hijo a la Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile que, por ironías de la vida, se contrató más adelante como profesor en la Austral. Otro director, siguiendo el ejemplo precedente, envió también al suyo a la Escuela de Agronomía de esa misma Universidad. Al acusar el golpe, encontré que ellos tenían toda la razón, así que no hice comentario alguno. Era parte del precio que pagaba para servir un ideal. En cambio, yo sí me atrevía arriesgar el porvenir de mis hijos e inscribí a mi hija Carmen Pilar, que estaba en quinto año de humanidades, en la Facultad de Estudios Generales, en la cual esperaba que completara su enseñanza media en forma más efectiva que en el liceo. Mi hijo mayor, Eduardo, entraba a formar parte de la Escuela de Ingeniería Técnica Forestal. Toda la familia, cada uno según sus condiciones, apoyaban en la dura tarea.

Como es comprensible, no había ninguna posibilidad de hacer selec-

Editores LACH / Difusión

ción entre los aspirantes y entonces el desafío se agigantó. ¿Estos jóvenes serían capaces de adaptarse a las exigencias que desde el primer momento se establecieron en materia de enseñanza? Una duda que pesaba toneladas. Allí estaban los 33 de la fama. Sin saberlo se encontraban en el laboratorio, como gatitos de experimentación. Y con qué tenacidad y enorme contradicción yo afirmaba que con el porvenir de la juventud no se juega ni se improvisa. Con qué alegría recuerdo hoy sus nombres: Hugo Bidegain, Pedro Hidalgo,[31] Rolf Martin, Jose Bucarey, Julio Flores, Haendel Mendoza y algunos más que con el andar del tiempo honraron a la Universidad donde quiera que desempeñaran sus labores. En las diferentes tareas demostraron que, además de ser profesionales eficientes, eran hombres de honor. Respondieron al concepto que dio vida a la Universidad Austral: antes que profesionales, HOMBRES en el verdadero sentido de la palabra.

Es necesario recalcar esta etapa de la universidad llena de obstáculos y sacrificios, para que muchos jóvenes comprendan que, al ingresar a esta clase de institución adquieren el compromiso de engrandecerla, abordando todas las tareas, por duras que sean, con amor y abnegación porque la Universidad no es solo un lugar para conseguir un «cartón», como piensan muchos. Para mí, en este comienzo del siglo XXI, la enseñanza universitaria está absoluta y totalmente desquiciada. Para comenzar, ella está dedicada, en su gran mayoría, a formar profesionales, ahora con Magíster y Doctorado, pero con el alma desprovista de valores. El desiderátum es la formación de abogados, periodistas, ingenieros comerciales y otras profesiones para la enseñanza de las cuales se necesita solo una máquina de escribir, reemplazada como es natural por un ordenador y, tal vez, una mediocre biblioteca. Veinte, treinta o más «universidades» dedicadas a la fabricación de este tipo de profesionales es una maravilla no soñada, ya que su funcionamiento exige la presencia de profesores, no solo de alta calidad intelectual, sino mucho más poseídos del espíritu de sacrificio que debemos exigir de un Maestro. El que muchos de estos hombres se sientan orgullosos de dictar clases en cuatro o cinco universidades, ¿será un signo del interés por

Ediciones DACH / Difusión

31 Quien fue el último Ministro de Agricultura de Salvador Allende.

llevar sus conocimientos al mayor número de jóvenes o habrá otro interés no tan noble de proclamar? Y el joven realmente inteligente, ¿cómo apreciará este gesto de desprendimiento? ¿Tendrá tentación de tomarlo como ejemplo? Vamos, asunto para reflexionar.

Del otro lado del quehacer, con iguales responsabilidades del profesor (no se habla de Maestros porque son muy escasos) y del estudiante (no se habla de discípulos porque son igualmente escasos), ¿qué debemos esperar de éstos? El máximo esfuerzo para asumir la responsabilidad de estudiar y formarse moralmente para dar cabal cumplimiento a las responsabilidades que deben asumir en el futuro. Hace muchos años atrás la enseñanza superior era gratuita y para recibirla solían hacerse grandes sacrificios económicos, dado que no existían becas ni subsidios a granel. El Estado no dispensaba enormes sumas de dinero. Perder un año era un desastre moral que afligía por igual al estudiante y a la familia. El fracaso significaba cambiar de horizontes para acomodarse a nuevas situaciones: emplearse en trabajos mecánicos o artesanales o, muchas veces, para quienes la fortuna era una diosa, vivir de las rentas de los padres. Hoy no. Algunos «estadistas» que creen que la Universidad es para todos, prodigan el dinero a ciegas y a manos llenas. No hay becas, sino subsidios, que cualquier estudiante puede implorar o exigir, ya sea por movimientos «reivindicatorios» en que se exigen cumplir las promesas que en un periodo electoral un candidato ha prometido a la juventud estudiosa. Ahí suele verse el vandalismo del que se cree universitario, destruyendo hasta su propio hogar o asilándose en él para evitar las sanciones que bien se merece. Cumplir con los compromisos contraídos es una estupidez. Que se van a hacer públicos los nombres de los que no asumen la responsabilidad de sus actos, es una felonía. Que la falta para cumplirlos perjudica a otros jóvenes, ¿qué importancia tiene, cuando ellos han recibido menos de lo que su importancia merecía?

Se grita a voz en cuello que la enseñanza superior es muy cara. Y qué podemos pensar cuando las universidades privadas han descubierto el negocio más rápido y más seguro de los tiempo modernos, el cual es explotar los sueños de los padres y de los jóvenes que creen, ingenuamente, que un cartón universitario, cualquiera que sea, eleva la condición social o económica de su poseedor. Mal puede ser no tener el cartón,

Editorial ACH / Difusión

pero mucho peor es tener cualquier cartón y no saber para qué sirve. Saber enfrentar nuestro tiempo, no el que terminó después de que el hombre usó la bomba atómica, exige no sólo la posesión de un grado de inteligencia superior, sino la voluntad de realizarse conforme las dotes con que la naturaleza nos puso en este mundo. Ser hombre superior es ser hombre auténtico. Auténtico es quien se realiza a sí mismo rey u obrero, gran científico o portero, presidente, médico o sencillo campesino, como hombres todos son iguales, con tal que tengan conciencia de su ser y actúen con la responsabilidad que conlleva.

En la época en que nacía la Universidad, Jorge Millas me planteaba muchas interrogantes acerca de la función de la nueva casa de estudios. De ellas, sólo una llamaba mi atención: ¿Qué puede esperarse de un joven que no ha tenido una formación intelectual como la que se adquiere en un colegio frecuentado por gente procedente de un estrato con una riqueza no sólo económica sino social, cultural, adelantada? ¿Cuánto esfuerzo había que invertir para obtener un hombre universitario como el que estaba en mis sueños? ¿Qué clase de maestros (y no profesorcitos llamados universitarios) estarían dispuestos a correr la aventura de formar juventud partiendo de cero o poco más? Este problema se mantiene cuando algunos proclaman que la Universidad es para todos. Esto no es cierto, ni puede serlo. La Universidad, nos guste o no nos guste, está destinada a formar la elite de una Nación. Por eso, el principal error en la planificación de la enseñanza secundaria es señalar como máximo objetivo los estudios universitarios. De todas estas interrogantes, descontaba el asunto económico, pues la institución carecía de burocracia y de afanes exhibicionistas que estaban en pugna con el espíritu espartano con que había iniciado sus labores y que, por ningún motivo, quería alterar.

El hecho de contar con una matrícula insignificante no me amilanó, aunque dio motivo para comentarios desfavorables –de los cuales había aprendido a reírme– y, además, peligrosos, ya que un senador representante de la región se opuso a la asignación de fondos que una ley proponía para la institución,[32] porque tal vez pensaba que se trataría de una

32 El Senador que se oponía a asignar fondos a la universidad hacía hincapié en el escaso número de alumnos, pero el Senador Carlos Acharán, que fue uno de los sostenedores de la universidad, manifestaba que esta no podía compararse con un fundo donde el ganado se cuenta

EdicionesUACh/Difusión

universidad confesional, lo que me resultaba absurdo. Quería, desde lo más profundo de mi ser, que allí se respetaran todas las ideas o ideales, siempre y cuando, disfrazándose de libertarias, no fueran dictaduras de cualquier color. En la Universidad, no cabían los dogmatismos que el senador personalmente aceptaba.

La recepción de los estudiantes fue de película. La juventud que llegó abrió los ojos a muchas dueñas de casas valdivianas que descubrieron, con alegría, que debían dar hospedaje a estos ilustres nuevos ciudadanos. Para mí fue más emocionante la llegada de estos jóvenes, pues sabía por experiencia propia qué significaba una juventud con la cabeza llena de sueños, de ilusiones. Además, en la ciudad no había un orden natural en la proporción de sexos, por lo que las jóvenes no tenían muchas alternativas para escoger pareja, así que para ellas fue muy importante la apertura de las clases universitarias, debido a la juventud que atrajo a la ciudad.

Para los jóvenes recién llegados se instaló un hogar universitario en la casa que estaba en el fundo Vista Alegre y que cumplía con las exigencias de la vida digna, pero dentro de una sobriedad de acuerdo a las condiciones económicas de la universidad. Esto exigió un doble esfuerzo: entregar al cuidado de los jóvenes provenientes de diferentes clases sociales el hogar que les cobijaría y, segundo, reflejar el mensaje de austeridad que debe presidir la vida para una juventud en proceso de formación. Fue una norma que siempre rigió durante todo mi rectorado: nadie, absolutamente nadie, puede ser una carga para la nación o para su familia y la universidad debe ser considerada por los estudiantes como una familia. Carmen tomó este hogar como si fuera la dueña de casa y lo hizo funcionar, antes de entregarles la responsabilidad a los propios estudiantes. Estos estudiantes no sólo debieron esforzarse en su área de estudio, sino que también trabajaron para preparar el campus de la universidad: fueron los encargados de limpiar toda la Isla Teja y de plantar los árboles que ahí se encuentran. Esto porque el alumno no es un cuerpo extraño en la universidad, si es verdaderamente una universidad y no una mera escuela profesional:

Ediciones LAGH / Difusión

.....
por cabeza, ya que la universidad pretendía formar cabezas y no ganado.

> La Universidad está integrada por estudiantes y son los estudiantes quienes mejor encarnan su espíritu. Como dice Ortega y Gasset, *«es absurdo que, como hasta aquí, se considere al edificio universitario como la casa del profesor, que recibe en ella a los discípulos, cuando debe ser lo contrario; los inmediatos dueños de la casa son los estudiantes completados en Cuerpo Institucional por el Claustro de Profesores. Son los estudiantes quienes previamente organizados para ello deben dirigir el orden interior de la universidad, asegurar el decoro de los usos y maneras, imponer la disciplina material y sentirse responsables de ella».* Y cómo no ha de tener razón este filósofo si la universidad es el alma de una nación que se transfunde a la juventud.[33]

Es por eso que, en todo momento, queríamos hacerles sentir el peso que habían echado sobre sus hombros: ser el ejemplo que se imita por sus virtudes, antes que por sus talentos porque el espíritu se ha convertido en vehículo de valores. A la universidad debe irse para formarse como hombres de visión y acción. Se requiere capacidad intelectual, espiritual y espíritu de trabajo. No basta con querer, hay que saber medir sus fuerzas de todo orden. Los compromisos que se contraen exigen ser cumplidos a cabalidad. Hay que pensar que a una edad en que el hombre se considera ciudadano, no puede estirarse la mano para ensayar una tarea.

La sobriedad de las construcciones (edificios o galpones para tiempos de guerra), los largos pasillos que debían protegerlos de la lluvia, tapados con enredaderas, y los patios llenos de flores, los vestíbulos donde se exhibían reproducciones de cuadros famosos y el campanil destinado a hacer oír a los grandes maestros, tenían una razón de ser. Todo apuntaba a un fin: elevar la cultura de los jóvenes. Esta actitud fue fuertemente criticada, pues a muchos les pareció impropio ejercer esta clase de influencia sobre los muchachos, en una región pobre y en una nación pobre. Pero hay etapas que deben cumplirse en cualquier momento de la vida. Lo importante es el fin que se persigue: tener un hombre de cultura superior, aunque esta tarea requiera muchas veces largo tiempo y es probable que nuestros ojos no vean su resultado.

En otro ámbito, estimaba que una persona que reclama derechos ciudadanos contrae obligaciones ineludibles y no entendía por qué un

33 Cita extraída del discurso que pronuncié en marzo de 1955, en ocasión de la instalación de la Universidad Austral.

Ediciones UACH/Difusión

individuo, ya mayor de edad, puede reclamar una instrucción gratuita cuando hay miles y miles de niños con los mismos derechos sin que puedan ser atendidos en la debida forma. Yo propiciaba que la enseñanza superior fuera pagada. Fuertemente pagada. Y manifesté mi pensamiento al Consejo Universitario. Cuando planteé este asunto, el Decano Huerta, que merecía el más profundo respeto y admiración, solicitó una interrupción y exclamó: *«Señor Rector, le ruego repetir la frase, dado que no le entendí».* Repetí lo que había dicho y el decano, que nunca había perdido la compostura, volvió a exclamar: *«Jamás he oído una barbaridad semejante».* El asombro del resto del Consejo se reflejó en su semblante. Haciéndome cargo de todo lo que significaba la situación producida, pedí al Decano otra interrupción y dirigiéndome a todos, dije:

> Al decir que la enseñanza superior debe ser pagada y fuertemente pagada he observado en la frente de todos ustedes un signo peso y esto lo atribuí a que ustedes habían olvidado que estábamos en la sesión del Consejo de una Universidad y no en la de un banco. La moneda que circula aquí es la capacidad intelectual y espiritual de todos los miembros de la comunidad y no el dinero. Hartas pruebas hemos dado que el dinero no es la preocupación principal, ni de ustedes ni del rector que les habla. Así pues, el joven que acredita con sus notas, con sus modales y el espíritu superior que posee, opta por entrar a la Universidad, deberá ser sujeto de la atención preferente de la institución, recibirá lo más necesario para completar su instrucción, vestirse y alimentarse y llevar una vida que le facilite su total formación. El que por motivos que no vamos a analizar, no acredite esas cualidades, deberá pagar con su trabajo la enseñanza que recibe, ayudar en los trabajos de biblioteca, servicios de casinos, aseo de laboratorios dentro de los recintos universitarios, colaborar en la enseñanza y formación de los alumnos de las escuelas primarias o de los liceos públicos o privados, dictar cursos de cultura general en los sindicatos o en grupos que él mismo ayude a incentivar. Son tareas que completan a un individuo que asume responsabilidades. Colaborar en la educación de la población, junto a los que llevan la parte más pesada de la tarea, ya sea enseñando a proteger sus pobres viviendas de las inclemencias del tiempo; ya orientando, a los que así parezca necesario, en las calles, paseos y sitios de entretenimiento público, son factores que deben realizarse en una ciudad pequeña que aspira a convertirse en una provincia pedagógica. Finalmente, aquellos jóvenes que no tienen ni talento ni espíritu superior, pero que tienen dos cualidades: deseo de sentirse univer-

Informes UACD/Difusión

> sitarios y padres dispuestos a complacerlos, deben saber en qué proporción estima la universidad el valor del dinero frente al valor que ella entrega.

Esta fue la aclaración a la que siguió el silencio y luego la aprobación.

La formación integral era fundamental para la nueva universidad, pues sabíamos que a la juventud universitaria la hacen presa fácil los demagogos, muchos de ellos infiltrados en las escuelas con el propósito de reclutar miembros para determinados conglomerados. El resultado suele ser que en las universidades se van incubando esos politiqueros que, posteriormente, salen dispuestos a sacrificarse por el país, siempre que se les proporcionen los medios necesarios para desplazarse, para tener secretarias y asistentes, se les dé una buena y abundante alimentación en el «Pritaneo»[34] y no se les dé mucho trabajo. Debido a eso es que los Estatutos de la UACH

> han prohibido la injerencia de cuestiones partidistas de cualquier orden, en la vida académica, porque, sin dejar de reconocer la obligación que todo ciudadano tiene de interesarse por los negocios públicos, hemos estimado que primero es preciso formarse una clara conciencia acerca de ellos. Ahora bien, este principio se hará extensivo a todo el cuerpo universitario, de modo que dentro de la universidad nadie, como no sea con un fin didáctico y con el alto respeto que tal fin merece, estará autorizado para traer tales planteamientos. Mientras el joven se prepara para servir a su Patria y a la humanidad, debe mantenerse alejado de las pasiones partidistas, las que no deberían traspasar el umbral de la Universidad. Fuera de ella, los estudiantes podrán desarrollar las actividades que les plazcan: pero en la vida política activa, sabemos nosotros y es el pensamiento de nuestra Universidad, que no vemos a los hombres que actúan en los poderes públicos sino la voluntad de la Nación, y los respetamos y honramos sin mirar a sus posiciones partidistas, sino a los cargos de responsabilidad que las leyes les han entregado. Cuando se es joven, cuando el hombre se encuentra en pleno período de formación, pueden reclamarse sólo deberes y no derechos. El joven tiene un derecho básico: el de estudiar, de formarse, de integrarse para servir a su Patria y a sus semejantes. En estos tiempos en que hacen crisis sistemas

Ediciones UACh/Difusión

34 En la Antigua Grecia, el *pritaneo* era la sede del poder ejecutivo. En él eran mantenidos a costa del Estado los cincuenta pritanos de Atenas. En el mismo edificio se daban comidas públicas a quienes, por sus servicios, habían merecido ser mantenidos por la polis. El pritaneo servía también de granero público. (N. del E.).

> sociales, frente al inquietante destino de reformarse o desaparecer, en que no sólo en Chile sino en el mundo entero se viven momentos de urgencia, parecería tener razón aquel estudiante rebelde que calificó de cínica a la juventud de su tiempo porque se había marchitado antes de florecer.[35]

¿Qué joven no quiere ser reconocido como un héroe, como Charles Lindberg? O, para decirlo en forma más prosaica, ser campeón mundial de fútbol, tenis u otro deporte. Pero, ¿qué le falta? La Naturaleza nos hace a todos distintos: unos tienen los brazos largos, otros cortos; unos una estatura muy alta y otros muy baja. Así se establece que cada cual buscará el deporte o la tarea que más le acomode a sus condiciones físicas. Y ahora, ¿qué pensar de las tareas intelectuales, cuando la diferencia es más aguda? No todos pueden entrar a la Universidad y todos están obligados a valorar sus fuerzas.

Los estudiantes de la Universidad Austral cumplieron muchas de las expectativas que en ellos se fijaron: en gran proporción dejaron de ser «provincianos» y se convirtieron en conductores de industrias y organizaciones sociales y comunales.

Debido a que la formación de seres humanos era una tarea complicada, esta requería de la preocupación por múltiples detalles, los que yo debía ir resolviendo velozmente, todo en perjuicio de mi vida familiar, profesional y, principalmente, económica. Pero estaba tranquilo, pues sabía que un ser humano debe ir tras sus ideales más profundos y eso es lo que estaba intentando. Por eso, consideraba que todo lo que estuviera relacionado con la Universidad Austral debía demostrar que el espíritu que la poseía trascendía los tiempos, para identificarse absoluta y totalmente con el de las primeras instituciones que ostentaron el nombre de tal.

La recuperación de los valores del alma o espíritu sería objeto primordial. Como las leyes de la naturaleza se mantienen intactas, puede el hombre, y lo hace, influir sobre algunas de sus creaciones, pero el fondo permanece idéntico y siempre podremos recuperar el original, a no ser que las fuerzas que ella misma posee lo conviertan en fósil. Y aún si esto ocurre, parece que vamos descubriendo que la potencia de ciertos

Ediciones UACh/Difusión

35 Cita extraída del discurso de Eduardo Morales con motivo de la instalación de la Universidad Austral, en marzo de 1955.

aminoácidos podría brindarnos su reconstrucción física.

Sí, para mí la Universidad Austral debía ser la Casa para cultivar y perfeccionar las más altas cualidades del ser humano, ya fuera en los campos espirituales, morales o naturales. La filosofía, teología, ciencias humanísticas, físicas, exactas y biológicas y, posteriormente, la formación de técnicos en todas las disciplinas que el hombre pueda o quiera adoptar, estarán en su quehacer.

Si al Profesor, Docente, Investigador se le exige la más alta perfección que el hombre pueda alcanzar, ¿por qué no al joven desbordante de energías y ambiciones, legítimas por lo demás en su propia condición, no se le pide el compromiso de usar sus cualidades para encaminarse ordenadamente a la conquista de ellas? Ese fue uno de los motivos que, en su principio, me hizo establecer el Juramento de Fidelidad a la Universidad.

Cuando la Nación entrega responsabilidades, sea como Mandatario, como Juez, como representante popular, exige juramento o promesa. Cuando se entregan al uso de un ciudadano las armas, se le exige afirmar públicamente su compromiso para usarlas responsablemente. ¡Qué pensar cuando la enseñanza superior es costeada casi totalmente, en forma directa o indirecta, por el Estado!

Las precedentes consideraciones, más el hecho que la UACH no podía exhibir, en esos momentos, una tradición que obligara a los alumnos a comportarse como verdaderos universitarios, llevaron a las autoridades a pedir que se hiciera un juramento acerca de los derechos y obligaciones que se contraían al ingresar a las aulas. Fue Fernando Santiván, con mi expresa conformidad, quien redactó el siguiente juramento:

> Consciente de mis deberes y derechos como alumno de la Universidad Austral de Chile, juro por mi honor y por la fe de mis ideales más puros y nobles, acatar y cumplir, dentro de las aulas universitarias, las normas y reglamentos de este plantel de enseñanza superior y fuera de ellas, encauzar mi vida por sendas que, al enaltecerla y honrarla, hagan más próspera y grande nuestra Patria.

Pero ese juramento no era suficiente para distinguir e identificar a la Universidad Austral del resto de las Instituciones, por lo que se estableció un conjunto de símbolos, cuyos colores y formas representaban los

Editorial UACH / Digital

valores universitarios.

La bandera, diseñada por mí, consta de tres franjas horizontales. La superior en amarillo oro simboliza el trigo, la abundancia y el esplendor. La franja del medio, de color blanco, simboliza la pureza y el blanco de la cordillera; la última, en rojo, para involucrar los colores patrios en la Bandera Universitaria, representando la sangre que costó conciliar la raza mapuche con la hispana. La estrella del Rector en el centro significa que no existe otra preocupación que hurgar en los caminos de la ciencia para servir a la Nación. Las críticas no se hicieron esperar, atribuyendo la inclusión de los colores blanco y amarillo a mis creencias, pensando que quise representar la insignia del Vaticano como tutores de la Universidad Austral, pero no tomé en cuenta esos comentarios teniendo claro el real significado que yo quise darles a esos colores. Uno de los pensamientos que más influyó en la elección del color rojo fue el verso que dice: *«Yo soy la sangre araucana que de dolor floreció»,* refiriéndose a los copihues rojos.

El Escudo de Armas, ante mi total carencia de conocimientos heráldicos, fue encargado a Nicanor Allende Urrutia, quien interpretó magistralmente el campo de acción que debía cubrir la Universidad. Este escudo es acuartelado en cruz y con bordura; en el cantón diestro del Jefe tiene el escudo de Valdivia; en el siniestro, un roble verde sobre campo de plata, imagen de fecundidad y fortaleza, de la sombra cobijadora de todo soñar humano, lo que podía representar a la Facultad de Ingeniería Forestal. En el campo diestro de la punta, trece estrellas de plata sobre un campo negro, imagen de majestad y paz, la Facultad de Estudios Generales, queriendo representar los cielos bajo los cuales vivimos, donde debe posar el hombre su mirada, hacia donde debe orientar sus más nobles deseos, los cuales parecerían estar en los sueños del infinito. Junto a estas estrellas, dos toros echados sobre un campo de oro, imagen del trabajo, de la preocupación por los problemas agropecuarios y la continencia, la templanza, el rigor: la Facultad de Medicina Veterinaria. La bordura ostenta el lema de la Universidad Austral:

Libertas capitur, «la libertad debe ser conquistada». Con ello quería significar que ese don no se recibe de una vez para siempre, sino que es preciso

Editorial IACI/Difusión

> defenderlo día a día, en todos los planos y circunstancias. Libre se es sólo cuando se tiene la voluntad de serlo.[36]

En principio se había colocado en la bordura *«Universitas Australis Chilensis»,* pero fue objetado por algunos directores, quienes optaron por ponerlo en castellano.

La insignia del Rector fue diseñada con una estrella de cinco aspas de plata convergentes a un centro de oro, indicando que todo en la Universidad debe ser dirigido a su espíritu. En el centro de esta estrella está grabado el escudo de Valdivia esquematizado, mostrando la tierra que es asiento de la Universidad. Entre cada punta, hay cuatro espigas de trigo, que se unen por detrás del círculo central, mostrando que la Universidad debe ser pan para el espíritu y para el cuerpo. Esta insignia fue hecha con el oro de la mina «Madre de Dios», obsequiado por Luis Urrutia Ibáñez. La plata, un atentado contra lo antiguo, se fundió de unas monedas que se encontraron en la demolición de la casa de la familia Espejo. El orfebre que la confeccionó fue Anton Rauch. Estos símbolos han permanecido casi inalterados a través del tiempo.

Mientras pensaba acerca de los ideales que debían regir a la Universidad y la forma en que estos se expresarían en los distintos símbolos, el tiempo me apremiaba y debía buscar, rápidamente, lugares físicos en donde acoger a los estudiantes que se formarían en esta Universidad.

Detallar cronológicamente la adquisición de bienes raíces, resulta complicado. Resumirlo es más lógico, ya que se trata sólo de detalles, aunque importantes, de la vida de la UACH, pero permiten formarse una idea de la aceleración que tenía el tratamiento de todos los asuntos.

El primer edificio con que contó el patrimonio universitario fue el Edificio Haverbeck, inaugurado en marzo de 1955, con la presencia del Presidente de la República. Pero este edificio pronto se hizo insuficiente.

En junio de 1955, una tarde fría y lluviosa, recibí la visita del corredor de Propiedades Rafael Izquierdo, quien me proponía la compra de un edificio situado en la calle Independencia.

—¿Dónde?– pregunté.

Ediciones UACH / Difusión

36 Cita extraída de la Clase Magistral del Rector Fundador de la UACH, en la inauguración del año académico 1979.

—Allí.

No podía creer lo que veía a través de los vidrios empañados por la lluvia. Era la casa de la Sucesión que encabezaba Walter Reccius, el abogado que me había hecho la vida casi imposible. Yo la conocía por razones profesionales.

—¿Cuánto cuesta?– pregunté.

—Cinco millones– respondió Rafael Izquierdo.

—Repítemelo.

—Cinco millones.

—¡Comprada!

—¿Cómo dices «comprada» cuando no tienes autoridad para hacerlo?

—No te preocupes. Confírmame el precio por escrito, ahora mismo, mira que hay un dicho que de los arrepentidos es el Reino de los Cielos.

—Conforme– concluyó el corredor.

Conferencié de inmediato con Fernando Santiván y le pedí que llamara por teléfono a todos los Directores, los informara de la situación

Difusión

Dibujo de Humberto Molina Díaz.

Residencia Reccius (Calle Independencia),
Rectoría y Casa Central de la Universidad desde 1956.

que se había creado y les rogara que suscribieran el acta de Directorio que se les haría llegar. El temor era que, sabiéndose quién era el comprador, subieran el precio de la propiedad.

Fue así como mucho antes de que existiera Internet, se celebró una sesión relámpago del Directorio de la Universidad, sin que nadie se moviera de su casa, cuyo único objetivo fue autorizar la compra de la que sería la Casa Central. Sin duda, una muestra extraordinaria de confianza hacia mí y un ejemplo más de lo que se puede hacer cuando el interés general es compartido desde un mismo punto de vista por todos los responsables de la marcha de una Institución.

El 22 de julio de 1955, después de firmarse la escritura, como un niño chico junto a Carmen, decidimos que seríamos nosotros los que limpiaríamos las piezas, ya que aún no había personal de servicio. Y cuando estábamos «manos en la obra» apareció, sabe Dios por qué, Sergio Urrutia Asenjo, uno de los más populares personajes de Valdivia, con una bandeja y tazas de café que llevaba desde el Hotel que se encontraba frente al edificio. ¡Qué grata sorpresa en aquellos momentos!

Como no había mobiliario alguno, se llevaron de mi casa las sillas y el escritorio para la oficina del Rector[37] y eso fue lo primero que hubo. Cuando propuse al Directorio comprar muebles para el Salón de Sesiones, se negaron argumentando que no había dinero disponible para hacerlo. Entonces le conté esto a Carlos Schmidt, Presidente del Círculo Valdiviano de Santiago, quien me dijo: *«No te preocupes, mándalos a hacer y el Círculo Valdiviano te los regala».* Se buscó al mejor tallador que existía en esos momentos, un señor Osman, quien hizo la mesa del Consejo, de unos seis metros de largo, los doce sillones y cuatro sillas.

Por esos mismos días yo buscaba una lámpara para el Salón y Carlos Schmidt remataba los muebles de una casa en la calle Catedral, en Santiago. En esa casa había una lámpara de fierro con dieciséis luces. Se me ocurrió subirme y raspar la lámpara, pues me pareció que estaba vieja, comprobando que en realidad era de bronce, patinado por el tiempo. Se remató por una suma miserable, como si fuera de fierro. Esa lámpara

37 La mesa, muy sencilla, en madera de lingue, como las sillas, habían sido hechas por Ramón Ampuero, un maestro, decidido comunista, que era muy mi amigo.

Ediciones UACh/Difusión

aún está en la Sala del Consejo.

Van a cumplirse cincuenta años de la Casa Central y, salvo una desgraciada intervención que cubrió con esmalte las maderas preciosas de que está dotada, sigue en pie a pesar de los terremotos de todo orden que ha sufrido.

En agosto de 1956 se compró la propiedad de Gustavo Ehrenfeld Bachmann, ubicada en la calle General Lagos 1107 (que fue construida en 1919 por Sebastián Werkmeister) y que fue destinada para la Facultad de Bellas Artes. Los ocupantes o los arrendatarios se negaban a desalojarla y yo, contra todo mi pesar, tuve que recurrir a procedimientos no muy ortodoxos. Se cortó la luz, se cortó el agua para reparar los baños, se sacó el techo para reparar las partes dañadas. Se sacaron las puertas de entrada a fin de restaurarlas y, ante tanto descalabro, accedieron a retirarse. Cuando se fueron dejaron un cartelito pegado en una ventana que decía: *«Roble, acuérdate que fuiste huaye».*[38]

En la calle General Lagos 1394 también se compró la casa de Alfredo Weiss, construida en 1919. Fue adquirida el 15 de mayo de 1956 para el funcionamiento de la Facultad de Ingeniería Forestal, con todos sus institutos. Es de notar que en esta casa se fabricó el primer *stand* presentado por la Universidad Austral en la Exposición de 1956,[39] organizada en la Quinta Normal de Santiago por la Sociedad Nacional de Agricultura. Esta participación fue considerada como el más serio y completo esfuerzo realizado en el país para destacar la importancia de nuestros recursos forestales.[40]

Entre otras propiedades, había una parcela de doce hectáreas totalmente reforestada y que tenía una vista impresionante sobre la ciudad de Valdivia, el río Calle-Calle y la Isla Teja. Esta propiedad pertenecía a la sucesión de una familia Rivera. Cuando propuse la adquisición de esta propiedad, se observó que de la familia podían concurrir solo cin-

Ediciones DAGH / Difusión

38 *«Huaye»* quiere decir en mapudungún «roble nuevo» o «arbusto».

39 A esta exposición también concurrió la Facultad de Medicina Veterinaria, con cuatro toros y seis vacas importadas de Alemania, que actuaron fuera de concurso y que fueron presentadas por los alumnos de la Escuela de Medicina Veterinaria, demostrando así que la enseñanza no solo era teórica, sino práctica. Todos los animales formaban parte del Centro de Inseminación Artificial, destinado a mejorar el ganado de toda la agricultura del sur.

40 Información tomada del libro **La Isla del Alma Mater,** de Pelusa de van de Maele.

co miembros y un sexto no aparecía, por lo que uno de los directores se opuso a su compra, a pesar de que era prácticamente un regalo. La oposición se basó en que el miembro que faltaba no aparecería nunca. Entonces, propuse que se adquiriera bajo mi responsabilidad y si la compra resultaba contenciosa, el riesgo lo correría yo personalmente. Tan pronto se aprobó mi propuesta, procedí a comprar la propiedad, con pago diferido e inmediatamente solicité al tesorero de la Universidad, Manuel Cavada, no pagar las contribuciones y solicitar el remate judicial, lo que se hizo casi inmediatamente. La propiedad se inscribió a nombre de la Universidad y cuando se dio cuenta de esta adquisición, uno de los directores me preguntó: *«¿Cómo se te ocurrió esto?»,* ya que un remate judicial dejaba totalmente saneados los títulos. Mi respuesta fue: *«No sé, parece que lo había oído anteriormente».* Efectivamente, en conversaciones con mi suegro, Pedro Verdugo Cavada, me había impuesto de lo contundente de esta jugada.

Pero las sorpresas en la adquisición de bienes raíces no terminarían

Dibujo de Humberto Molina Díaz.

Residencia Ehrenfeld (Calle General Lagos 1107),
Primera Sede de la Facultad de Bellas Artes, fundada en 1955.

Dibujo de Humberto Molina Díaz.

Residencia de Alfredo Weiss (Calle General Lagos esquina Guillermo Frick), Primera Sede de la Facultad de Ciencias Forestales a partir de 1956.

Ediciones UACh/Difusión

ahí. En una visita a La Unión, en 1960, el señor Carlos Vogel cedió a la Universidad todos los derechos que le correspondían en la propiedad de 620 hectáreas de la Cordillera Pelada, en la Provincia de La Unión. Al visitarla, junto con el profesor Hugo Montes, el Decano que resolvió los problemas en la Facultad de Estudios Generales, este, observando la belleza de los renovales de alerce, dijo: *«Qué hermosos son los donceles del bosque»* y, efectivamente, un alerce suele tener mil y más años de edad. Este predio tiene, tal vez, la reserva de alerce más importante que existe hoy en día en el país. Desde la cima de esta Cordillera Pelada se observaban diez o doce volcanes y hasta la isla Quiriquina.[41] En sus laderas se podía observar toda la flora de la llamada Selva Valdiviana.

Además de las propiedades ya mencionadas, durante mi Rectorado la Universidad adquirió otra más. A cuatro kilómetros de la Plaza de Armas de la ciudad, el Ministerio de Agricultura poseía un terreno de más o menos cien hectáreas, administrado por la Dirección Nacional de Veterinaria cuyo director era el médico-veterinario Mario Astorga. Esta

41 *Sic* en la primera edición. La pequeña isla Quiriquina –situada en la Bahía de Concepción, a corta distancia de Talcahuano–, es imposible verla desde la zona de Valdivia. Tal vez pensaba en la Isla Santa María, ubicada a unos 30 km al oeste de Lota [N. del E.].

parcela la utilizaban para el pastoreo de algunos animales y dentro de ella se encontraba la Estación Cuarentenaria, lugar en el que, teóricamente, debían internarse los animales procedentes de importación o que tenían una patología desconocida. La estación dependía directamente de otro médico veterinario, Harald Butendieck, que ingresaría como profesor en la proyectada Escuela de Medicina Veterinaria, por imposición del decano Schüler von Delitz.

Como era lógico pensarlo, tan pronto se tuvo la personería jurídica, traté de obtener el fundo para instalar un hogar para los alumnos de Medicina Veterinaria, la lechería, los campos de práctica, un criadero de aves y un centro de inseminación artificial. Con este fin me dirigí al Ministerio de Agricultura, cuyo Ministro era un médico humano, de un prestigio bien ganado, pero poseedor de un carácter fuerte y, hasta cierto punto, dominante. Era una persona que inspiraba respeto e, incluso, cierto temor, debido a un defecto a la vista que daba a su cara un aspecto de rudeza fuera de lo común. Actuaba como Secretario del Ministro un joven valdiviano, Edgardo Arias, cuyo entusiasmo por la naciente institución lo poseía por completo. Él pertenecía al Círculo Valdivano, entidad en la que se agrupaban muchos hijos de Valdivia residentes en la capital. Arias fue el personaje que estableció contacto con el Ministro.

Un día, mediando la mañana y con un sol que inundaba la sala del Ministro, me encontraba frente a él. Allí, junto a un ventanal, también estaba un sujeto de modales finos y aristocráticos, con una voz suave y atrayente, que fue presentado como el Presidente de la Asociación de Productores de Trigo. Su nombre no se me grabó, dada la agitación que me envolvía. Y empezó el diálogo.

—¿Qué lo trae por acá, Rector?

—Como Ud. lo sabe, señor Ministro, se acaba de fundar en la ciudad de Valdivia una Universidad que, entre otras tareas de orden superior, se propone elevar a nivel verdaderamente universitario la enseñanza de aquellas disciplinas que se relacionan con el Agro.

—Me parece muy bien –comentó el ministro–, hacen falta ingenieros agrónomos y médicos veterinarios.

—Efectivamente, Ministro, pero lo principal es que no deseamos formar teóricos, sino individuos que realmente estén capacitados para las

Editorial UACH Digital

tareas propias de estas actividades, es decir, que tengan una estrecha relación con la práctica de las mismas.

—Me parece que Uds. están en el camino exacto.

—Así lo creo, Sr. Ministro.

—¿En qué podemos ayudarlos?

—Ahí está el asunto que me trae a molestarlo. En Valdivia, a la salida norte de la ciudad, hay un fundo del Ministerio que a mi juicio no cumple con las finalidades de su mantención y que podríamos transformarlo en un campo de experimentación y práctica, sin mayor costo para el erario nacional.

Esto bastó. Hasta ignoro cómo fue que pude manifestar mi pensamiento, ya que en ese preciso momento, dando un golpe de puño, que sonó como cañonazo, el Ministro me espetó: *«Debí imaginármelo. Cualquiera se cree con derecho a explotar los bienes del Estado y más encima querrá que se los regalen».* Su cara estaba congestionada, sus ojos emergían de las órbitas, además que era imposible saber para dónde miraban. Sus manos: una crispada, la otra empuñada, parecía que pronto se iban a alzar. En ese momento Edgardo entró a ver lo que ocurría y el Presidente de la Asociación de Productores de Trigo, que resultó ser un señor Larraín, se volvió a mirarme con una cara que ofrecía toda su compasión. Pero eso fue por un instante, ya que reaccionando con violencia, le grité:

—¡Señor Ministro, a mí no me falta nadie el respeto, ni menos me grita o se dirige a mí en la forma que Ud. lo hace. Ud. está en presencia del Rector de una Universidad que no viene a solicitar nada personal, sino los medios que estima indispensables para forjar un porvenir para la Nación. Permítame que me retire!

¿Y qué fue lo que sucedió? Más rápido pasan los acordes de la tempestad de la Sexta Sinfonía de Beethoven y vuelven los dulces trinos que anuncian los arreboles y el arco iris de la calma, que lo que se demoró en cambiar la cara del Ministro: *«Siéntese, rector, conversemos».* El secretario llegó volando con un café, el señor Larraín sonrió e hizo un gesto que no sé si era de consuelo o aprobación. Una hora después, tenía en mis manos el borrador del Decreto que entregaba a la Universidad, en concesión por diez años, el fundo Vista Alegre. El ogro no era tal: era un

EdicionesUACh/Difusión

hombre amante de su Patria, celoso de que todo se hiciera frente al bien común y para aprovechar en beneficio de la Nación todas las posibilidades que se vislumbraran.

Con la aprobación del Ministro creí que todo estaba terminado, así fue que con la inocencia de un recién nacido me dirigí al Subsecretario de Agricultura, Mario Astorga. Después del saludo protocolar, el Subsecretario me lanza:

—Si Ud. viene por el fundo Vista Alegre, le adelanto que el Fisco no va a deshacerse de él. El que maneja los asuntos del Ministerio acá soy yo. Los Ministros pasan y yo soy el que debe velar por los intereses del Estado.

—Señor, tenga la bondad de repetirme –le dije– esto de los Ministros, porque no he entendido a qué se refiere Ud.

—Le he dicho que el responsable de la marcha del Ministerio soy yo. Que los Ministros pasan y yo permanezco aquí.

—Bueno. Está bien, volveré en mejor ocasión.

Me fui directo a la Moneda y el Edecán Llorente me hizo pasar al despacho presidencial en cuestión de segundos. En dos palabras, le referí al Presidente la entrevista y don Carlos hizo llamar a Gastón Acuña, uno de sus ayudantes civiles, y le encargó solucionar el problema. De regreso a la Subsecretaría, Gastón me dijo: *«Espérame».* Pocos minutos después vuelve y dice: *«Todo arreglado».* Pero aquí pasó lo increíble. El veterinario encargado de la Estación Cuarentenaria se negó a entregarla aduciendo defectos legales en el Decreto. ¡Y este señor era Profesor en la Escuela de Medicina Veterinaria! Por supuesto que la oposición duró muy poco porque entre ignorarlo y agenciarse para salvar la negativa no pasó mucho rato.

A la ceremonia de entrega concurrieron el Director de Ganadería, el administrador del predio, el Decano de Agronomía Germán Saelzer Balde, el Dr. Alfredo Schüler y el Rector. Deseaban entregar el fundo con los animales que en él habían. Se inició, a petición mía, un desfile de las vacas. Sin más rodeos, rechacé 19 de las 20 vacas existentes en el predio. Cuando me preguntaron por qué lo hacía, respondí: *«Animales en mal estado. Si no están tuberculosos, les falta poco».* En cuanto al toro, no tenía pedigree. *«Póngalo arriba de un carro de ferrocarril y bájenlo en*

Fundación DACH / Difusión

cualquier estación», respondí cuando me consultaron qué hacer con él.

Cuando iba a comenzar la habilitación de todas las secciones que había diseñado junto a los Decanos, renunció Germán Saelzer y, de inmediato, se nombró a Germán Greve Silva, que había sido decano en la Universidad de Chile. En un año, se construyeron los grandes galpones para la lechería, se empastó todo lo que no estaba edificado y se hizo el hogar para estudiantes.

Para dotar de los animales necesarios, se importaron toros y vacas de Alemania. Los primeros para el Centro de Inseminación Artificial, las segundas para la lechería de la U. De inmediato, se solicitó la colaboración del Ejército para obtener potros destinados al mejoramiento, gratuito, de los animales de tiro de los pobres de la ciudad. Esta misión tuvo un éxito extraordinario, ya que el pobre animal del carretón fue reemplazado por otro mestizo fina sangre. Y era de ver el orgullo de los felices poseedores de estos ejemplares. Parecía que ellos mismos habían subido de categoría.

La instalación de la sección avícola fue otro esfuerzo que en su momento mereció los mejores elogios. La enseñanza dejó de ser teórica y pasó a ser teórica y práctica. Y aquí viene una anécdota muy sabrosa. Se encargó al arquitecto de la universidad la construcción de un local para instalar una incubadora para diez mil huevos. Desgraciadamente, nadie se preocupó del porte que tendría este artefacto y cuando arribó a Valdivia nos encontramos con que no había puerta para introducirlo al interior y hubo que sacarle el techo a la pieza destinada a él y empezar todo de nuevo. Lo positivo de este hecho fue que se multiplicaron los criaderos de aves en la región y, posteriormente, se extendió a todo el país.

En este campo, había una quebrada que tenía una vertiente y el agua formaba una pequeña laguna. Allí se intentó criar cisnes y grullas, con el fin de aclimatarlas. Igualmente, en este espacio se instaló un criadero de alpacas, pero el intento fracasó porque no hubo cercos y los perros dieron cuenta de estos animales. Estos errores, muy criticados por los que estaban pendientes del accionar de la Universidad, los atribuí al desempeño esencial de la Universidad. Se puede y se debe errar en busca de lo positivo. Traducido en otras palabras, si la Universidad no es dogmática y la investigación está expuesta al error, no hay ningún

Ediciones DAGR / Difusión

motivo para detenerse en todo proceso que acelere y mejore la situación del momento. Es propio de la investigación equivocarse. Fue así como fui resolviendo, poco a poco, el problema de las instalaciones para la Universidad, pero todavía no lograba concretar mi deseo de tener una verdadera ciudad universitaria.

Al terminar de resolver gran parte de los problemas burocráticos que dicen relación con la constitución de la Universidad, me di cuenta de que para esa tarea tenía cierta experiencia, la que había acumulado desde niño, cuando había colaborado junto a mi padre en el manejo del hotel; después, ya joven, organizando clubes deportivos y trabajando como botero junto a mi hermano Arturo. Más tarde, transformando un albergue para desamparados en un Asilo de Ancianos, organizándolo, si es propio decirlo así, desde sus cimientos y por último, dirigiendo, junto a mi mujer, la construcción de nuestra propia casa, en un barrio no urbanizado. En todas estas actividades había encontrado siempre la ayuda necesaria para emprender las tareas que se me presentaban, tal como ocurrió con la organización de la Universidad. Ahora, venía el asunto verdaderamente importante, la formación del cuerpo docente, tanto en el sentido de definir y precisar el rol que debían desempeñar sus componentes como la eficiencia que de ellos se debía exigir. Esto era necesario para enfrentar debidamente el problema de la enseñanza, a cualquier nivel. Así, se delimitaría la función del Maestro, el profesor, el Jefe de Clínica o Clase, el instructor, el ayudante y, si era necesario, debía exigirse hasta el personal auxiliar. Yo tenía claro que los asuntos prácticos se resuelven rápidamente, pero no así tratándose de lo humano. El trato de los hombres de ciencia, los artistas, médicos, era un problema acerca del cual Lipschütz, en su sabiduría, me había advertido diciéndome: *«Cuidado, porque cada uno de ellos se cree un pequeño Dios».* Y precavido empecé a examinar las circunstancias que se anunciaban.

¿Quién o quiénes en el Directorio podrían prestarme ayuda en la tarea de seleccionar docentes? Lo ignoraba, pues nunca pregunté nada sobre los estudios de los miembros no profesionales que lo componían. De ellos esperaba el riguroso control de las cuentas y eso era ya un gran paso. En el instante en que se empieza a vivir, todos esperan que el recién nacido traiga su marraqueta y los industriales, empresarios y comer-

Fundación ACH / Difusión

ciantes constituían una garantía para la administración de esa gracia. En lo que se refería a los profesionales que lo integraban, ¿quiénes habían tenido experiencia en institutos de investigación o tenían una formación científica, no jurídica, capaz de afrontar la selección de docentes?

¡Qué problema! ¡Qué inmensa responsabilidad! Suponiendo que tres años junto a Lipschütz me permitieran distinguir sobre capacidades científicas o docentes, ¿encontraría un hombre parecido a Lipschütz, a Cruz-Coke, a Pi-Suñer, a Monckeberg? Y si lo llegara a encontrar, ¿qué podría ofrecerle? ¿Laboratorios, bibliotecas, una sala apropiada a sus capacidades? ¡Nada! En ese momento recordé el viaje de Trajano por una de las ciudades de Etruria, donde cierto patricio le preparó un recibimiento triunfal, siendo lo principal el desfile de todas las riquezas del mundo, personificadas en las más bellas jóvenes. Pero a una hermosa joven a la que el organizador de la fiesta no quiso dejar fuera de ella le confió la misión más especial, y así fue que:

Ediciones UdeCh/Difusión

> Por último, con suma gracia y divino candor llegó Leuconoe. En nada aparentaba formar parte de la viviente y simbólica armonía. No llevaba sino un traje blanco y aéreo, como una página donde no se ha sabido qué poner… en aquel instante nadie la envidiaba, por más que luciese su hermosura. El César preguntó la razón de su presencia, y se extrañó, cuando lo supo, viéndola tan mal destinada y tan hermosa.
>
> —Leuconoe –dijo con una benévola ironía–, no te ha tocado un gran papel. Tu poca suerte quiso que la realidad concluyera en las manos de otras y he aquí que has debido contentarte con la ficción del poeta. Admiro tu dulce conformidad y me complace tu homenaje puesto que eres hermosa, pero ¿qué bien me dirás de la región que representas, si has de evitar el engañarme? ¿Qué me ofreces de allí? ¿Qué puedes afirmar que haya en tu tierra de quimera?
>
> —¡Espacio!– dijo con encantadora sencillez Leuconoe.
>
> —Espacio –repitió el César–. ¡Es verdad! Sea desapacible o risueña, estéril o fecunda, espacio habrá en la tierra incógnita, si existe; y aún cuando no exista, y allí donde finge el poeta, solo esté el mar, o acaso el vacío pavoroso, ¿quién duda que en el mar o en el vacío habrá espacio? Leuconoe –prosiguió con mayor animación–, tu respuesta tiene un alto sentido. Tiene si se la considera más de uno. Ella dice la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto y tangible, porque está en la humana condición que no hay bien mejor que la esperanza. Ni cosa real que se aventaje a la dulce incertidumbre

> del sueño. Pero, además, encierra tu respuesta una hermosa consigna para nuestra voluntad, un brioso estímulo a nuestro denuedo.[42]

Y en esos duros momentos de la creación de la universidad, ¿qué podía ofrecer a los espíritus selectos que bullían en mi imaginación? Nada, sólo espacio para trabajar, crear y soñar. Los elementos humanos con los que podía contar no satisfacían las exigencias que yo deseaba para iniciar la tarea de formación profesional, aunque estaba seguro de que había muchos profesores y profesionales de gran calidad moral y capacidad docente para transmitir los escasos conocimientos científicos que en un primer año se necesitarían. La desolación podría haberme hecho presa fácil, pero Germán Wagemann, mi consuegro, un agricultor a quien solía confiarle mis temores, me decía: *«Hay que arar con los bueyes que se tienen».* Resulta no académico el dicho, pero lo cierto es que no había dónde elegir y la exigencia era cumplir, de inmediato, con la tarea de enseñar. El único profesional que ante mis ojos aparecía con la capacidad requerida, era el anátomo-patólogo del Hospital Dr. Ítalo Caorsi,[43] pero este, a pesar de la promesa que yo le había dado, ni siquiera se había hecho socio de la Universidad en formación. Ciertamente, no dudaba de su capacidad científica, pero esa reticencia a desafiar los obstáculos que se avizoraban me hacía dudar, instintivamente, de su personalidad.

Mientras en mi mente bullían todas estas consideraciones acerca de cómo debía ser un docente, en la sesión del Directorio del 31 de agosto de 1954, se habló por primera vez acerca del nombramiento de los miembros del Consejo y de los primeros profesores, todos por supuesto

Ediciones UACh/Difusión

42 **Motivos de Proteo,** de José Enrique Rodó.

43 El Doctor Ítalo Caorsi era el cuarto o quinto Médico Anátomo-Patólogo que había llegado al Hospital Regional. Estimé su presencia en Valdivia como de la más alta importancia ya que, además de ser excelente profesional, había sido alumno del Dr. Roberto Barahona, otro de mis amigos que había hecho escuela formando anátomo-patólogos en la Universidad Católica. En consideración a esto y ante la inminencia de dejar Valdivia por motivos económicos, me comprometí a crearle el cargo necesario en la UACH, tan pronto como esta fuera reconocida. Y así, cumpliendo mi palabra, nombré al Dr. Caorsi como el primer profesor que tuvo la UACH. Esta acción, que podría calificarse de arbitraria o prepotente, la justifiqué diciendo que la UACH debía contar con profesores «estrellas», que llamaran la atención, tal cual sucedía en las universidades que se estiman de importancia.

ad honorem. Ellos fueron: Dr. Alfredo Schüler, Director de la Escuela de Medicina Veterinaria; Germán Saelzer Balde, Director de la Escuela de Ciencias Agrarias; Dr. Eduardo Tallman, Director de Extensión Cultural; Mario Horst, Director de Expansión Comercial e Industrial; Camilo Henríquez Plazo de los Reyes, Director del Departamento de Publicidad y Relaciones; Dr. Ítalo Caorsi, Director del Instituto de Histología. Los profesores nombrados fueron: Juan Francisco Pizarro Orellana *(Pancho),*[44] Profesor de Física Médica en la Escuela de Medicina Veterinaria; Francisco Pizarro *(Pincho),* Profesor de Matemáticas en la Escuela de Agronomía y Dr. Eduardo Tallman, Profesor de Anatomía en la Escuela de Medicina Veterinaria. Estas personas fueron confirmadas como docentes en la Universidad recién el 15 de diciembre, en la misma sesión en que se discutían los asuntos de la Facultad de Estudios Generales.

En el nombramiento de profesores, no perdí ocasión para reiterar mi idea de que la formación técnica de un profesional está sujeta a la formación intelectual y moral, ya que lo que más esperaba de la universidad era la recuperación de aquellos valores, a los cuales no se les daba mayor importancia en las instituciones de enseñanza superior.[45] Casi simultáneamente se inició la discusión sobre quién debe hacer el nombramiento de profesores. En ese momento, no existía un Cuerpo Académico, había que formarlo. Las opiniones iban desde el nombramiento por concurso hasta la decisión personal de cada Decano. Fue este uno de los errores que demostraron posteriormente su gravedad, al iniciar las funciones de una Facultad con personal seleccionado a su arbitrio por el Decano, lo que finalmente derivó en un cuerpo altamente politizado, que terminó con una Facultad desmantelada totalmente en 1973.

Después del nombramiento de Schüler, Saelzer y Tallmann, se acordó comisionar a estos tres profesores para la búsqueda de las personas más idóneas para acompañarlos en sus facultades, institutos y escue-

Fundación UACH / Difusión

44 En esos momentos de incertidumbre, quise saber qué preparación tenían los profesores nombrados y pedí que me presentaran los títulos o el certificado de estudios. Entonces, me encontré con la sorpresa de que este profesor de Física, que había enseñado este ramo en el Liceo de Valdivia durante veinte años, no poseía título de pedagogo y, sin embargo, dada su capacidad para transmitir los conocimientos que poseía a sus alumnos, tuvo que hacerse caso omiso de la falta del diploma.

45 Sesión del Directorio de la UACH del 29 de septiembre de 1954.

las. A Caorsi sólo se le pidió que se dedicara a montar su laboratorio y colaborar en la toma de decisiones acertadas.

El más activo resultó ser Tallmann, Decano de Bellas Artes. Nunca supe de la capacidad artística del doctor, pero vi cómo entró de lleno a buscar personal y cómo llegó a incomodar hasta el cansancio para la adjudicación de locales y adquisición de los bienes muebles e instrumentales que estimaba indispensables para la organización y puesta en marcha del Departamento de Extensión Cultural. Él y su esposa (pintora autodidacta), se entregaron de lleno a habilitar un antiguo edificio, precioso exponente de la arquitectura valdiviana, para albergar dicha Facultad. En su tarea tuvo éxito, pues consiguió la colaboración de pintores, escultores, músicos, bailarines, directores de ópera. Propuso nombres que en general fueron aceptados y que resultaron eficientes en sus labores. Las profesoras de piano Thea Eitel, Agnes Eisendecher e Inés Gebhard; Guillermo Franco, escultor y ceramista; Eduardo Ossandón, pintor; Galvarino Mendoza, pianista y concertista; Anita Blum, bailarina, y Donald Little como director del coro universitario. Este último fue un hombre de contextura espiritual excepcional. Su modestia, su mirada y gestos con gracia interior le hacía fácil el coordinar las voces de las y los coristas. Y se fue de este mundo debido a un cáncer laríngeo. ¿Ironía del Destino? Así se cumplió lo que estaba dispuesto, referente a que la actividad más importante que yo exigía de una Universidad, en los tiempos que corrían debía ser la relacionada con el espíritu y la que debía ser la Facultad de Bellas Artes que se estaba empollando.

Paralelamente, Alfred Schüler, con la ayuda de su ex profesor y amigo Hugo K. Sievers, seleccionaba gente para la Escuela de Medicina Veterinaria, a la vez que ideaba departamentos de gran atracción para la zona. Entre sus propuestas hubo algunas que fueron objetadas o resistidas. En estas designaciones opté por una política no declarada pero sí aplicada: viejos no; jóvenes, aires frescos y promisorios, [sí]. Recuerdo especialmente a un joven profesor de anatomía: Carlos Aros, de baja estatura, de piel morena casi oscura, pelo corto y ligeramente ensortijado, de una sonrisa permanente y cautivante, quien logró entusiasmar a los alumnos, aún cuando hacía sus clases en una mediagua, carente de lo más elemental: agua. Gracias a Dios, cuando llovía –y vaya si en

Ediciones UACh / Difusión

Valdivia escaseaban las lluvias–, las pozas de agua servían más de una vez de lavatorio. Y otro milagro: ¡nunca hubo la fetidez que se esparcía en el ambiente de otras escuelas de Medicina que conocí! Pero eso no fue todo. Schüler insistió en la creación de un Centro de Inseminación Artificial y un Hospital Clínico cuyos resultados fueron y son espectaculares para el mejoramiento del ganado en la zona sur del país. Con Schüler se produjo el primer desacuerdo en cuanto a nombramiento de Director y profesor. Me opuse al nombre que se me presentó para asumir los cargos, pero Alfred insistió en tal forma que por fin logró lo que deseaba. Este nombramiento tuvo un final tan trágico desde el punto de vista moral que bien vale no recordarlo, sino como una más de las preocupaciones que acompañan a toda obra creadora.[46] Sin duda, me acompañaba un Espíritu superior, que desde el inconsciente me indicaba los caminos a seguir, tal como se demostró en las múltiples ocasiones en que me enfrenté a las difíciles tareas que entrañaba poner en pie, desde la nada, en solo un año, un organismo que naciera como universidad y creciera y se perfeccionara como tal. Entre las misiones principales, no por cierto la única: formar las elites del alma y del corazón.

La Escuela de Ingeniería Agraria se tornó todo un conflicto. Germán Saelzer, con toda su buena voluntad, no pudo dedicarle el tiempo que se necesitaba, pues tenía un importante cargo en la Municipalidad de Valdivia y a poco andar desistió por recargo de trabajo. Algo similar ocurrió con la Facultad de Estudios Generales, pues designar al encargado de ordenarla al fin que se perseguía, fue una tarea sumamente difícil, que duró cerca de tres años.

Mientras tanto, el doctor Adolf Meyer-Abich precipitaba el nombramiento de profesores, con una dedicación muy activa, y empezaba a enviar los nombres de los elegidos. Rodmanis y Mittak, este último un ingeniero forestal que trabajaba para la firma Kunstmann, sugerían la plana mayor de la Facultad de Ingeniería Forestal: Balen, Itjaz, Vagi, Illencik, Poduje, todos fueron nombrados al unísono y llegaron a trabajar al mismo tiempo. Algo tragicómico desde el punto de vista de un chileno que sabe por propia y repetida experiencia de qué se tratan los

46 El ciudadano designado terminó preso.

EdicionesUACh/Difusión

movimientos sísmicos: todos ellos, nuevamente al unísono, renunciaron y abandonaron el país después del 22 de mayo de 1960.

Desde diciembre de 1954 hasta diciembre de 1958 se vivió un período de alta tensión, en que la provisión de cargos requirió la más constante y fuerte energía. En una institución ya funcionando, este trabajo recae sobre los Decanos y deja de ser objeto de consideraciones del Consejo o del Rector, quienes deberán limitarse a aceptar o rechazar las propuestas. Si en una firma, constructora por ejemplo, el Gerente no tiene la facultad de designar o remover al personal en los puestos de mayor responsabilidad, el fracaso es seguro y se sentirá de inmediato en lo económico. ¿Era muy diferente mi responsabilidad de decidir sobre la contratación de los miembros de un cuerpo docente en un proyecto de universidad cuando, a nivel nacional, no se contaba con personal adecuado? Empezando como Rector, tuve que enfrentar algunos casos graves que pusieron a prueba mis decisiones como Rector y las del Consejo Universitario.

El primero de estos casos fue el de un profesor objetado por otros profesores y grupos de alumnos, en relación con su incapacidad para dictar clases, desarrollar las investigaciones que formaban parte esencial de su contrato, y su falta de comunicación con otros docentes. Su origen alemán le sirvió de escudo para que, tanto en el Consejo como en el Directorio, se dividieran las opciones para poner término a su contrato, decidiéndose que fuera yo quien resolviera. De esta manera, me encontré entre dos fuegos: romper un compromiso contraído al comenzar las labores académicas, sin que tuviera la certeza de que su capacidad como investigador dejaba que desear, o darme el tiempo para consultar y observar. ¿Relevarlo de una de las dos tareas extendiendo un nuevo contrato? Llevado el asunto al Consejo, se quiso forzar una resolución inmediata. Problemas para mí: en votación secreta hubo empate entre destituir al profesor y darle otra oportunidad y era yo quien debía decidir. Por primera vez –no fue la última– pedí se me facultara para tomar la decisión con mayor acopio de información. El tiempo jugó a favor del profesor y finalmente pudo probarse que sus investigaciones tenían fundamento para esperar el término de su contrato.

En ese mismo tiempo, en una reunión de profesores en un recinto ajeno a la universidad, un abogado valdiviano cercano a la embajada

Ediciones DAGI/Difusión

alemana, que voy a llamar Jorge Benrodt, promovió una ácida crítica contra el Rector, el Directorio y el Consejo universitario. Dada la situación en que se encontraba la universidad, tomando en consideración que en una ciudad pequeña los chismes pueden adquirir contornos graves, el abogado fue invitado a una sesión del Directorio, donde se le dio la oportunidad de emitir sus opiniones y defenderlas.[47]

En esa sesión, Jorge Benrodt debía referirse a la parte que le pudo caber en las incidencias que llegaron a conocimiento de las autoridades universitarias y que se referían a las actividades que habría desarrollado el señor Benrodt ante personalidades políticas, en una campaña contra la Universidad Austral y cuyos hechos culminantes deberían ser la remoción del Rector de la Universidad y de algunos señores Directores, que no ostentaban títulos académicos.

Fue en vista de estas informaciones que el H. Directorio de la Universidad acordó invitar, para oírlo, al señor Benrodt en su versión de los hechos. A continuación el relato.

Ediciones UACh/Difusión

El Señor Rector ofrece la palabra al señor Jorge Benrodt.

Benrodt: He accedido a la invitación, previamente informado de su objetivo, acudo al Directorio en mi calidad de particular dispuesto a informarme sobre qué plantea el Directorio respecto a mi persona y a mis actividades frente a la Universidad y a emitir las opiniones que merezcan sus contestaciones.

Rector: Señor Benrodt, a Ud. se le atribuyeron los siguientes hechos:

1) Habría invitado Ud. a un grupo de profesores extranjeros a una reunión en la cual el Directorio y el Rector y sus relaciones recíprocas y las de ambos con el profesorado fueron sometidas a críticas, las que no estarían libres de implicaciones políticas.

2) Los planes y programas de estudio habrían sido objeto de observaciones por parte de Ud., no menos severas, al igual que las ceremonias académicas y los títulos.

3) El Directorio habría sido calificado de comparsa u opereta en que un hombre impone toda su voluntad.

El Directorio ha querido, pues, oír directamente las críticas que se han hecho a la Universidad en medios extra universitarios y en forma tal que,

47 Para tratar de ajustarse a la realidad, se transcribe textualmente la sesión del Directorio del día 26 de septiembre de 1956, donde se trató este asunto.

a juicio de muchos de los Directores significaron un grave perjuicio para la Universidad misma. Señor Benrodt, tiene la palabra.

Benrodt, extrayendo un papel de su bolsillo lee:

a) Cualquier ciudadano tiene derecho a opinar y a saber qué pasa en la Universidad; el querer alejar a otras personas conduce al vacío y tal vez al fracaso.

b) Los profesores extranjeros se han dado cuenta del vacío y buscan contacto. Las Burschenschaften les han ayudado un poco y en presencia de Federico Saelzer y Alfredo Schüler manifestaron sus opiniones, por ejemplo, ya en julio, se refirieron a las condiciones físicas deficientes en que trabajan. Saelzer y Schüler: Es cierto, pero lo han hecho en forma jocosa y no de crítica como usted lo expresa.

Benrodt, continuando: Le estoy ayudando a Ijász, lo invité a la convención de CORMA y a ver otras cosas del ramo, incluso un viaje a Traiguén y a Angol, le presté a él y a Iliencik revistas de CORMA. A Illies lo llevé a puntos interesantes de la costa.

c) La reunión en mi casa fue puramente profesional, para saber su situación en la legislación chilena; por lo demás, he recibido encargos de compra de valores y diversas consultas de diversos profesores.

d) El que se le dé importancia a que los profesores hayan venido a mi casa, revela un argumento que ellos invocan: no parece ser una universidad sino un pequeño Liceo, con demasiada reglamentación y escasa libertad.

Rector: Los señores profesores han declarado que usted los invitó, lo que difiere de su versión. Por lo demás, no hemos preguntado, sino que ellos nos han informado llenos de alarma.

Benrodt, continuando:

e) Los títulos que corresponden al Presidente de la República, a un obispo y a los parlamentarios, que se han dado al Rector, Vice Rector y Consejeros, aparte de pugnar con las austeras tradiciones chilenas, son ilegales porque según la Constitución debe ser materia de ley el conferir honores y títulos.

f) Encuentro poco idealismo y espíritu universitario. Más se oye hablar de los millones que la U.A. va a traer a Valdivia; la U. de Concepción comenzó con profesores a mérito o escasísima renta; no hay contacto con los cuerpos profesionales.

g) No se ha llenado ningún cargo de profesor por concurso; si bien los profesores extranjeros son distinguidos, hasta ahora solo profesan en ramos elementales que podrían desempeñar chilenos; su saber no se aprovecha en cosas más importantes por falta de conexión aludida más arriba. Yo… yo… yo… me he encontrado hace algunos días con un ingeniero químico que… que trabaja en la CORFO y en otras industrias y… y… le pregunté por qué no

Ediciones UACh / Difusión

podría hacer clases en la universidad y... y... me contestó que tenía muy buena situación.

h) La no verificación de concurso ha sido un grave error, no sólo de orden técnico, sino que insistir en arquitectos de Concepción –lo mismo que lo ocurrido acerca de Walter Reccius– es un grave desaire a todos los profesionales valdivianos y de la zona.

i) Existen serias dudas sobre los programas, especialmente en Ingeniería Forestal y Agronomía; los estudiantes están descontentos porque se les incrustan ramos no técnicos.

j) El cierre de la calle de la Isla Teja en perjuicio del Phoenix y Centenario, ha causado malestar entre los socios de ambas instituciones y también hará distanciar la U del ambiente valdiviano.

Rector: Los señores Directores y Consejeros han oído al señor Jorge Benrodt. Con la venia de Uds. y si me lo permiten voy a dar respuesta a sus críticas.

En el momento que el señor Benrodt dobla su cuestionario:

Rector: Señor Benrodt, sería tan amable de su parte facilitarme el documento a fin de poder ordenar mis respuestas.

Benrodt: Con mucho gusto, aquí lo tiene.

Rector: Me complace comprobar el interés que el señor Benrodt se ha tomado por la Universidad y se lo agradezco muy de veras. Sin embargo, debo reconocer también que las críticas que el señor Benrodt acaba de hacernos, no las hizo ante quien correspondía. Siendo la libertad de opinión o crítica uno de los derechos fundamentales del hombre y, por suerte para nuestra Patria, garantizados por una Constitución democrática, debió el señor Benrodt –en ejercicio de sus derechos ciudadanos– concurrir a la Universidad con las críticas o reparos que su organización y sus personeros y actividades le merecían. Es cierto que tenemos derechos y estos los puede ejercitar cualquier ciudadano indiferentemente, pero cuando un ciudadano ha recibido una educación que le ha costado al Estado millones de pesos, debe saber que junto con los derechos se crean deberes y uno ellos es informarse antes de criticar. La Universidad siempre ha tenido sus puertas abiertas para la crítica sana y levantada. Era entonces una obligación ética ineludible acudir a ella si había en realidad auténtico interés en enmendar sus rumbos. Por el contrario, las críticas que a Ud. le ha merecido la Universidad, han llegado a nosotros indirectamente, a través de terceras personas. Como he considerado hasta el jueves que Ud. era un amigo, puse en duda la veracidad de esas informaciones hasta que ellas no se hicieran evidentes.

Pudiendo Ud. consultar a los señores Directores de la Universidad, entre los cuales dice Ud. que cuenta con amigos personales, no lo hizo. Ellos no

Ediciones UACh/Difusión

hubieran negado a Ud. las informaciones necesarias para formarse un juicio exacto sobre la Universidad, informaciones que hubieran evitado el grave error cometido.

Benrodt: He tenido oportunidad de estar en muchas ocasiones por largas horas viajando en tren con directores de la Universidad y nunca nadie me conversó de esta.

Rector: Estará Ud. de acuerdo conmigo para felicitar a los señores Directores por la discreción que guardan acerca de los negocios de la Universidad. Ud. reconoce que ha tenido oportunidad para consultar pero que no lo hizo. Por lo demás, yo mismo, en la etapa de organización de la universidad, y aún más adelante, le hice ver que era necesario que hablásemos sobre los motivos de su reticencia y distanciamiento entre nosotros y siempre me contestó «después, después».

Ud. señor Benrodt, como antiguo valdiviano, tenía más derecho que yo para defender el porvenir de Valdivia. Si la Universidad, en germen, estaba cometiendo errores y su Rector estaba en algún punto equivocado, bien pudo Ud. formular sus críticas en el seno de la propia Universidad. Desde luego habría encontrado Ud. en mí a un hombre que no rehúye los cargos que se le formulan y que cree tener plena conciencia de sus actos.

Pasando a otro punto, don Jorge, lamento que su versión de los hechos difiera de la de los señores profesores.

El Consejo y el Directorio de la Universidad no intervienen en la vida privada de los profesores, y más aún, saben lo que es la libertad académica; les preocupan sí sus actividades docentes y científicas o su intervención en asuntos vitales para la Universidad y rindo en este momento un homenaje a la lealtad de nuestros profesores. Mal podría haberse preocupado alguien de inquirir la hora en que los señores profesores se reunieron con Ud., cuando fuimos informados de ella por los mismos profesores.

Benrodt: De lo tratado con los profesores no puedo decir nada porque he prometido guardar el secreto profesional.

Rector: Los señores profesores no han entendido así el secreto profesional, porque ellos nos han relatado todo lo conversado con Ud. A nadie hemos ocultado las deficiencias materiales o de otro orden con que inició su vida la Universidad. Tuve el cuidado de dárselas a conocer a los señores profesores, recordándoles que desde su fundación había transcurrido solo un año y medio y que, por ese motivo, todo estaba por hacerse. Aún más, en repetidas ocasiones les repetí que ellos harían la Universidad, junto a nosotros, en un esfuerzo común. Ud. señor Benrodt, sabe que en Chile cuesta hacer las cosas y no quepa duda de que la Universidad seguirá sufriendo dificultades materiales. Algunos señores profesores extranjeros ignoraban que en

EdicionesUACh/Difusión

el país no se fabrican implementos de laboratorio; ignoraban que existía un Consejo de Comercio Exterior; ignoraban que había un trámite burocrático que dificultaba todas las adquisiciones. No obstante, pudieron montar sus Institutos con el instrumental encargado con anterioridad, enriquecido con el que ellos mismos escogieron antes de partir de Alemania, antes de arribar al país. Todo esto ha sido resuelto en los primeros meses de su permanencia en Chile.

Hasta un año hubo oposición abierta a la Universidad. Puedo declararme responsable de ella. Pero examine Ud. señor Benrodt, mis pasos en esta etapa o en la inmediatamente anterior, de organización de las bases de la Universidad. Hice una lista en la cual figuraban cincuenta personas para constituir el primer Directorio de la Universidad. En esa lista figuraba Ud. señor Benrodt, pero las diez primeras personas consultadas tarjaron su nombre.

Y lo tarjaron porque se necesitaba unidad de acción y de criterio para iniciar la gestión de la Universidad. Invité al señor Armando Robles, quien con sus treinta y más años dedicados a la docencia bien puede representar al magisterio, en la Universidad. Invité a colaborar a abogados del mayor ascendiente moral, entre los que puedo mencionar a don Federico Saelzer, a don Enrique Hevia, a don Marcial Cerda Pica, a don Bernardo Muñoz.

Hice un llamado a todos los profesionales de Valdivia. Bastó la publicación para que acudieran con su esfuerzo y su fe personas que no figuraban en la lista primitiva, recuerdo en este momento a don Camilo Henríquez y a don Manuel Cavada. Ellos y otros nos acompañan ahora alrededor de esta mesa. Las desavenencias que tantos han criticado, tuvieron su origen en discrepancias de opiniones que por desgracia no se resolvieron en su momento oportuno. Partidario un grupo de establecer en Valdivia una dependencia o rama de la Universidad de Chile; partidario el otro de crear una universidad autónoma, una verdadera universidad, en esta parte del país. Podría yo poner en sus manos, señor Benrodt, las cartas intercambiadas con el Colegio de Arquitectos y con el Colegio Médico de nuestra ciudad, podría yo rememorar muchos hechos. Allí vería Ud. cómo por razones menores se negaron a prestarnos su concurso. A Ud. mismo, insisto, recuerdo haberle dicho *«Jorge, ¿por qué no vienes a ayudarnos?»*

Los errores humanos son susceptibles de enmienda. Si la gestión del Directorio o del Rector de la Universidad han merecido críticas adversas, creo que basta un año y medio en que algo bueno hemos hecho, para perdonarlas, sobre todo si no olvidamos que la Universidad debe perdurar más allá de nosotros y de nuestros hijos.

Se ha referido Ud. al tratamiento académico y los títulos que entorpecerían la marcha de la Universidad. Créame Ud. que el Directorio no está

Fondo Documentos IAC/Dr. Oberhofer

aferrado a estas minucias y así como las aprobó bien pudiera cambiar de parecer.

También veo que en su cuestionario alude a la omisión de llamar a concurso para llenar las diferentes cátedras de la Universidad. Se procederá así una vez que las Facultades se encuentren definitivamente organizadas y sus miembros, con la debida ecuanimidad, se hallen en situación de juzgar los antecedentes y méritos de los oponentes. Pero no creo que hemos procedido a ciegas. Hemos comprometido los servicios de un filósofo de las Ciencias, el Dr. Meyer-Abich, de la Deutsche Amerika Stiftung, para efectuar en la mejor forma posible, la selección de los profesores que hemos debido contratar en el extranjero.

Ud. ignora las dificultades para obtener profesores que afectan hoy día a un gran número de universidades. Estamos, sin embargo, en permanente contacto con muchas de ellas y de algunas empezamos a recibir franco apoyo. Si Ud. pudiera indicarnos, en este momento, los medios para obtener un Químico para la universidad, ciertamente se lo agradeceríamos. La Universidad ha derrochado esfuerzos para mantenerse dentro de las posibilidades que se dan y siempre hemos tenido presente esta consideración para estructurar el Cuerpo de profesores.

Perdóneme, señor Benrodt, una disquisición. Yo lamento que Ud. nos haya hablado solo de las críticas que le merecemos, solo de nuestros defectos. Habríamos deseado también que nos trajese una voz de aliento para continuar en esta dura tarea. Pero Ud. también está afectado del mismo mal que es el sello que está caracterizando a los chilenos de hoy; *«destacar los defectos en desmedro de los méritos»*. Nosotros, en la Universidad estamos empeñados en remover esa estéril posición. No podemos señor Benrodt salir a gritar que por mucho tiempo el sueldo del Secretario General de la Universidad fue de cinco mil pesos mensuales, o que muchos señores Directores hicieron sacrificios económicos en pro de la Universidad, no podemos decir que he pagado de mi bolsillo una secretaria para colaborar en las primeras etapas. No lo podemos hacer: sentimientos de pudor y dignidad humanos nos lo impiden.

Nos critica Ud. que no hubiéramos abierto concurso nacional de arquitectos para la construcción de la futura ciudad universitaria. No acudí al Colegio de Arquitectos de Valdivia: Ud. debería saber por qué; pero fui al de Santiago. Hube de sufrir en este último un trato que me hirió para seguir gestionando su colaboración. Por otra parte, tratado ampliamente el asunto por el Consejo y Directorio, se desestimó el concurso por encontrarlo dispendioso y porque he de confesarle no teníamos los medios para financiarlo. El anteproyecto que encargamos ha sido sometido al dictamen de urbanistas y a criterio de los Decanos de las Facultades de Arquitectura

Ediciones UACh/Difusión

de otras universidades.

En dos ocasiones el Directorio ha creído necesario observar los proyectos en alguno de sus aspectos y ahora, en tercer trámite, se encuentran sometidos a un mayor estudio por parte de un equipo idóneo de arquitectos. Sus observaciones sobre la calidad técnica de los planes de estudio y programas de la Facultad de Ingeniería Forestal e Ingeniería Agraria nos merecen el mayor respeto, pero yo, como Rector, no podría ponerlas en parangón con la opinión altamente especializada y técnica a que fueron sometidos después de un prolijo estudio por nuestros profesores, entre los cuales figuraban Decanos de las universidades de Söpron y de Budapest. Perdóneme señor Benrodt, hay otras opiniones que debemos respetar.

En cuanto a lo que Ud. ha sondeado, respecto a los programas de estudio, entre nuestros alumnos, me voy a permitir indicar a Ud. que un joven difícilmente puede juzgar lo que es de su conveniencia. Su falta de perspectiva natural nos impone a nosotros el deber de concedérsela y la obligación de orientarla.

Ud. encuentra que algunas de las cátedras que se dictan en la universidad no tienen utilidad práctica alguna. Si Ud. pensara que el regreso al humanismo es una tendencia que afecta a gran número de importantes universidades en el mundo, no creo que pudiera seguir sosteniendo esa afirmación. Me produce verdadera perplejidad oír de labios de un abogado semejante crítica. Precisamente de un representante de una profesión que por su origen y labores específicas es eminentemente espiritual y humanista. Comprendo que los bienes materiales influyen en la felicidad de los hombres pero comprendo también que, para darles a su uso pleno sentido, es necesario preparar a quienes los reciben, entregándoles además, la riqueza espiritual compensatoria que evite su malogramiento en ideales de vida y conducta degradantes. Muchas universidades luchan hoy día para deshacerse del «técnico bárbaro».

Ud. que ha buscado contactos con personeros del Phoenix y del Centenario, tratando de convencerlos que la universidad los está perjudicando con sus construcciones y el cierre en los terrenos de la Isla Teja, ha de saber y puede corroborarlo con sólo hacer una consulta en el archivo de la Universidad, cómo hemos tenido cuidado de que no se les irrogue el menor mal. Por otra parte es necesario que sepa que fui yo uno de los primeros socios descendientes de español que el Club Phoenix acordó recibir y que sé ser leal a las instituciones que me cobijan.

Usted ha dicho señor Benrodt que el Directorio de la Universidad soy yo y que estos caballeros son mi comparsa. Nada más lejos de la realidad que esa afirmación. No sé cómo puede Ud. decir que tiene aquí amigos personales y

Ediciones IACh/Dirección

enseguida insultarlos en esta forma. Para mí es suficiente constatar que un hombre es incondicional de alguien para que merezca mi descalificación y mi desprecio. Si yo pensara de uno solo de los aquí presentes lo que Ud. piensa de ellos, no estaría sentado en esta mesa. En cada ocasión que los señores Directores estimaron que yo estaba en un error, manifestaron su disparidad de criterio y yo por mi parte acepté sus observaciones. Este cargo suyo es el que más me ha herido, no por lo que a mí atañe, sino por la ofensa que envuelve para la dignidad de los señores Directores. Sin embargo, no estoy dispuesto a guardar rencor, que no es mi costumbre hacerlo.

Señor Benrodt, Ud. no se ha limitado a lo que nos ha expresado. Ud. ha buscado contactos con los señores Nicanor Allende, don Pedro Contreras y el H. Diputado don Juan Eduardo Puentes. Ud. sabe las respuestas que ha obtenido. Señor Benrodt, yo lo creo a Ud. un hombre de bien, lo sucedido es un gigantesco error que no sé si verdaderamente Ud. podrá reparar.

Benrodt: Sí… sí… sí… yo me he equivocado y… he cometido errores por falta de información, es lógico que lo haré.

Rector: Señores Directores y Consejeros, solicito la venia a fin de que el señor Secretario General pueda poner a disposición del señor Benrodt los archivos y documentación de la Universidad y así él pueda obtener la más amplia información de que está necesitado.

Mario Carrasco: Señor Rector, el señor Benrodt, ¿es socio de la Universidad?

Rector: No, señor Director.

Señor Carrasco: Yo sugiero que la forma lógica y más expedita para colaborar con la Universidad y la que da pleno derecho para ejercer la crítica es hacerse socio. Las críticas por ese conducto llegan más fácil al Directorio o al Consejo.

Rector: ¿Los señores Directores están de acuerdo con la opinión del señor Director? (asentimiento unánime).

Benrodt: No encuentro reparos a la sugerencia del señor Mario Carrasco, pero… pero… de todos modos deseo dejar en pie, por el momento, mi inquietud frente a los motivos de la desvinculación de la Universidad con el medio profesional de Valdivia. Podría rebatir algunos puntos expuestos por el señor Rector, pero lamento no poder hacerlo por tener que ausentarme de la ciudad y por lo avanzado de la hora.

Dr. Ítalo Caorsi: Yo me siento ofendido por la afirmación del señor Benrodt que lleva implícito el cargo de que el Directorio está constituido por personas sin representación alguna y, aún cuando me moleste tener que referirme a actuaciones personales, debo decirle al Señor Benrodt que actualmente yo soy el Presidente de la Sociedad Médica y Presidente de la Federación de Médicos de Hospitales. Si he sido elegido por mis propios colegas es, sin

Ediciones IACh / Difusión

duda, porque de algún modo los represento.

Oye, Jorge –dice don Federico Saelzer– yo soy el Vicepresidente del Colegio de Abogados y tú tienes la obligación de saberlo.

El Decano Alfredo Schüler: Perdón, señor Rector, este caballero –refiriéndose al señor Benrodt– debe saber que yo soy el Presidente del Colegio Médico Veterinario, aún cuando me hiera declararlo.

Manuel Cavada: Perdón, señor Rector, yo debo decir también que soy el Presidente de la Asociación de Ingenieros Agrónomos.

Francisco Ruddloff: Señor Rector, como no existe Colegio de Ingenieros en Valdivia, yo represento aquí, como Delegado, al Instituto de Ingenieros de Chile.

Rector: Estimo innecesario insistir, en lo que representa para nosotros como profesor don Armando Robles.

Pablo Schwarzenberg: Es la primera vez que oigo decir que la Universidad está desvinculada del medio valdiviano. Yo creo que en realidad está profundamente ligada a Valdivia y es reconocida como una obra de los valdivianos y he podido comprobar el cariño de estos hacia la Universidad con ocasión de celebrarse el año pasado una reunión de profesionales a que convocó el señor Presidente.

Rector: Tengo la convicción que el señor Benrodt hará lo posible por disipar las críticas injustas que ha hecho a la Universidad y deseo asegurarle que todas las observaciones que se refieren a la marcha de esta, serán acogidas y debidamente consideradas.

Decano Schüler: Creo que el señor Benrodt ha contraído la obligación moral de rectificar el error cometido.

Benrodt: Considero que no he cometido ningún error y no niego «la idea de Universidad» ni los méritos que en ella se observan. Sin embargo mantengo mis discrepancias en cuanto al espíritu de círculo y al hermetismo a que me he referido.

Federico Saelzer: Yo creo que esa observación pudo ser válida en los comienzos de la Universidad, pero hoy no corresponde a la realidad.

Rector: Don Jorge, reconozca Ud. por lo que aquí ha observado que no hay espíritu de círculo y coopere con la fe y el altruismo que debe tener un padre que va en ayuda del hijo, aun cuando este haya sido víctima de graves defectos que pudiera ser preciso corregir.

Director Camilo Henríquez: La Universidad Austral es la obra más grande que Valdivia ha emprendido en los últimos tiempos. Aun cuando algunos no la entienden y traten de desconocerla, ella seguirá adelante en pos de su destino. No puedo olvidar que se hizo una ardiente llamada para sumarse a esta gran obra de la cual depende la suerte de Valdivia. No puedo entender

EdicionesUACh/Difusión

que alguien quiera destruirla, y personalmente como valdiviano, sentí en los primeros meses de la Universidad el deber irrefrenable de cooperar en una obra que no solo beneficia a la ciudad y a la zona, sino al país entero. Este es el motivo que implica mi incorporación al Directorio de la Universidad a pesar de no ser un académico. Cualesquiera que sean las críticas que merezca la Universidad deben traerse ante quien corresponda y en ningún caso debe envolverse en ella a funcionarios de la Universidad, mucho menos cuando en esta crítica se involucran cuestiones políticas o sectarias.

Francisco Rudloff: Deseo saber si el señor Benrodt está dispuesto a enmendar los errores en que, por falta de información puede haber hecho incurrir a varias personas en Santiago y en esta ciudad y muy especialmente a nuestro Presidente Fundador Honorario el Senador Carlos Acharán Arce.

Benrodt: En primer lugar, me refiero a las consideraciones del señor Camilo Henríquez que las refuto, afirmando que mi acción no ha sido destructora, por el contrario, he ofrecido a favor de la Universidad, como cuando desempeñaba el cargo de Presidente del Club de Leones de Valdivia, citando a reuniones a las cuales asistieron el señor Morales, don Ernesto Martens, Teodoro Henzi y Enrique Hevia, reuniones que fracasaron. Mis contactos con algunos profesores de la Universidad han sido de carácter profesional y no político. Termino afirmando que no tengo inconveniente para rectificar los errores que puedo haber cometido.

Rector: Creo que esta sesión no da para más y que los señores Directores han podido formarse juicio sobre las cuestiones debatidas. Se levanta la sesión siendo las 13:45.

Ediciones UACh/Dirección

La cita de esta sesión tiene por objeto destacar diversos aspectos de la fundación de la Universidad. La idea, si bien se había promovido numerosas veces en Valdivia, fue tomada por mí y llevada a su realización. Tenía claro lo que se debía hacer y estaba consciente de los riesgos que corría. Que asumí la dirección de la tarea, queda ampliamente demostrado. Que la oposición era fuerte y hasta con ribetes políticos, no cabe la menor duda.

Otro problema ocurrió cuando la Universidad daba sus primeros pasos y en un momento en que toda caída era importante. Este incidente se suscitó con el profesor alemán Henning Illies,[48] quien intentó promo-

48 Yo estimaba a este profesor porque era inteligente y se hacía cargo de que la situación que él tenía en Alemania, contrastaba profundamente con la situación que se producía en Valdivia en los inicios de la Universidad. Su capacidad intelectual y profesional estaban garantizadas

ver entre los alumnos una actitud de rebeldía ante el Rector. Este profesor, durante una práctica con sus alumnos en el fundo «Quitaluto», se embriagó en presencia de ellos, haciendo un gran escándalo y profiriendo críticas hacia la universidad y hacia mí. Cuando el Directorio tomó conocimiento de esta situación, citó a este profesor, quien no concurrió al llamado sino que se presentó en mi casa. Frente a mí, reiteró que estaba en desacuerdo con que el Directorio estuviera formado por industriales y comerciantes y con que los decanos no hubiesen sido elegidos por profesores. Estas palabras finalizaron en una irónica risa ante la posibilidad de que se terminara su contrato, pero esto no me inquietó, pues estimaba que esta crítica tenía parte de razón, pero no consideraba el hecho de que no existían aún profesores calificados para proceder a la elección de autoridades superiores y que de ninguna manera era aceptable organizar una rebelión de proporciones incalculables. Días después, lo mandé a llamar para grabar sus declaraciones en una cinta magnética. Illies reafirmó todo, pero en alemán, argumentando que en su lengua nativa podría expresarse mejor. Lo que Illies no sabía era que yo podía entenderle perfectamente, tanto así que, terminada la grabación, hice un resumen de la conversación, se la di a conocer al profesor

Ediciones UACH/Digital

……..

por Meyer-Abich, por eso, pensándose en buscar agua en pozos profundos en los terrenos de la Universidad, se le pidió a Illies que determinara un punto estratégico. De acuerdo con lo indicado por él se inició la perforación, esperando que a los treinta metros de profundidad, dada la cercanía de los ríos Cau-Cau y Calle-Calle, se encontraría el recurso agua. Pero la perforación llegó hasta los sesenta metros y se obtuvo un litro de agua por segundo. Illies insistió en que se continuara perforando y a ochenta metros se encontró arena y agua salada. En la arena habían astillas de tepa y de otros árboles nativos, de donde él dedujo que la Isla teja estaba sobre una cornisa, ya que continuando la perforación salieron hasta sesenta litros de agua salada. Este fracaso me llevó a consultar en el Ministerio de Obras Públicas sobre los estudios que se habían hecho para dotar a Valdivia de agua potable. Algunos ingenieros calificaron la tarea efectuada según las indicaciones de Illies y cumplida por mí, como precipitada y sin estudios. Lo curioso fue que el Ministro de Obras Públicas levantó estanque en la parte alta de la ciudad, que se surtiría desde tres pozos perforados en una vega. Abierto el primer pozo, dio efectivamente agua dulce en cantidad suficiente para justificar las dos perforaciones que estaban proyectadas. Terminado el trabajo, se comprobó con tremenda sorpresa que los tres pozos daban agua salada. La experiencia de la Universidad Austral no había servido para nada. Finalmente, el terremoto de 1960 dañó de tal manera al estanque, monumento de la ineficiencia del cuerpo de ingenieros, que tuvo que ser dinamitado. Este profesor también hizo el mapa de las fallas geológicas de la zona de Valdivia, desde la Isla Teja hasta el puerto de de Corral, comprobándose su exactitud para el terremoto del 60, con el hundimiento o asentamiento de la tierra en las zonas que él indicó como fallas.

y le adelanté que ella se pondría en conocimiento del Directorio. Al presentar la grabación al Directorio surgieron, como era de esperar, dudas sobre la exactitud de la interpretación que yo había hecho, por lo que fue sometida al examen del Vice Rector Víctor Kunstmann, quien indicó que la traducción había sido adecuada. Acto seguido, se trató de las medidas a tomar. La mayoría de los directores y consejeros opinó por la destitución y cancelación del contrato, pero uno de ellos hizo notar que Illies había dicho que no dejaría abandonadas sus investigaciones y exhortó sobre la conveniencia de tener en cuenta estos dichos. Finalmente, se me entrega la responsabilidad de las medidas a tomar. Escuché las explicaciones y el arrepentimiento del profesor, reconociendo que no había obrado correctamente. Bajo promesa de abstenerse en adelante de las críticas, que en parte eran justificadas, se le permitió terminar su contrato.

Este hecho me motivó grandes dudas e interrogantes. Pensaba que, siendo la Universidad una Institución tan particular, que por de pronto no era una industria (posteriormente lo ha sido), ni una fábrica, ni casa comercial, ni club, sino una Casa que tenía por objeto primordial la máxima formación cultural de todos sus miembros, ¿sería acertado, en un comienzo, dar a todos los profesores el derecho a elegir democráticamente a las autoridades superiores? ¿Qué clase de democracia puede existir en una institución como esta, cuando la capacidad intelectual y el ordenamiento moral priman sobre toda otra consideración? Si yo era, en último término, quien debía aprobar o rechazar a las personas que conformarían los primeros cuadros universitarios, ¿cuál debía ser la norma que seguiría? El derecho a pensar y conformar su propia existencia, exige que el alma sea siempre respetada. Nada de asuntos políticos o confesionales. Miraba alrededor y observaba: el Rector de la Universidad Católica era nombrado por el Papa a proposición del Gran Canciller, el Arzobispo de Santiago; el Rector de la Universidad de Concepción por la Logia local (los doctores Virginio Gómez y Samuel Valdivia, sus fundadores, habían actuado conforme a sus creencias); en la Universidad Técnica Federico Santa María hacía los nombramientos la Junta Directiva; la Universidad Católica de Valparaíso era regentada por los Jesuitas; en las dos restantes era el Gobierno, por decisión del Presiden-

Ediciones UACh/Difusión

te de la República, el encargado de designar quién ocupaba el cargo, atendiendo a las propuestas. Me decía: *«este asunto será decidido en el futuro, por el momento, solo quedará constancia de mi total y absoluta prescindencia en estos afanes».* ¿Me habría equivocado al elegir, una a una, a las personas que formaban el Directorio provisorio? Pero dentro de poco, ya no se trataría de directores que se cambian cuando se desea, sino de maestros que debían ser el sostén más sólido de la universidad.

En la historia de los primeros docentes de la UACH, sería injusto no mencionar, junto a los profesores *Pincho* y *Pancho* que se destacaban por su humilde y a la vez segura personalidad, a dos ciudadanos de excepción que honraban su quehacer doquiera que fueran: Mauricio van de Maele y el Padre Luis Bertrand de Inkofen.

Van de Maele, de nacionalidad belga, avecindado en la región y casado con una chilena *(Pelusa* Silva de van de Maele) era hombre de mediana estatura, cara ligeramente sonrosada, ojos claros de mirada diáfana que bien podían reflejar la bondad de su alma; nunca hizo notar su presencia y, sin embargo, estaba ahí. Si el señorío se hereda, ¡vaya que lo tenía a flor de piel! Además de sus labores docentes fue el organizador, junto a su suegra, del Centro de Documentación, que así debió llamarse por lo limitado de su contenido la futura Biblioteca Central. Y como verdadera anécdota, es preciso hacer notar que en Valdivia no había abierta al público sino la Biblioteca Municipal y me contaban que allí estaba la mejor colección de la revista infantil *Peneca.*

El Padre Luis Bertrand de Inkofen era miembro de la Orden de los Capuchinos. Alto, de blanca barba, ojos hundidos y velados por largas pestañas, de mirada suave y un tanto compasiva, vestido con traje talar y calzado con sandalias abiertas, verano o invierno, hacía una verdadera sintonía con los pasillos abiertos y desprovistos de toda ornamentación. Caminaba con pasos lentos y casi siempre mirando al suelo, como si fuera rezando o meditando, sabe Dios sobre qué problemas. Observar a un fraile, profesor de latín, tan modesto, tan recogido, en medio de una universidad que prescindía de toda confesión política o religiosa, que guardaba el comportamiento debido, para mí era una muestra evidente de que hasta en el más timbrado ser humano podía encontrarse esa amplitud de criterio que debe guiar las relaciones entre hombres de

Editorial UACH / Difusión

tan distintas formaciones.

Me reforzaba este pensamiento el hecho de que un cierto profesor joven, miembro de una organización esotérica, había logrado el ingreso como profesor, ya no recuerdo de qué cátedra, de un viejo ya jubilado en la Universidad de Chile, perteneciente a su Logia, que jamás se atrevió a mirarme cara a cara. Supe y tuve conciencia plena de las ideas de este viejito y al cursar su nombramiento lo hice pensando en que mal no podía hacer, ya que era incapaz de entusiasmar a nadie y, por otra parte, satisfacía las expectativas del joven y entusiasta profesor, que prometía llegar a ser un buen docente.

Muchos otros fueron los problemas que acarreó la contratación de docentes y bastantes fueron los errores cometidos, entre ellos, uno de los más lamentables se hizo presente en la contratación de profesores de alta categoría que aportaban a la universidad su capacidad científica, porque no hubo en el país los alumnos o discípulos que pudieran proseguir sus investigaciones, quedando sólo el ejemplo del cumplimiento de sus labores y la dedicación a las tareas que le habían sido asignadas. Tuve que reconocer al momento de renunciar que sólo dos o tres habían dejado una estela luminosa tras su partida.

Ediciones UACH / Difusión

Capítulo V
La Facultad de Estudios Generales

Ediciones DACH Difusión

Dentro de todas las inquietudes que me embargaban, la más importante se relacionaba con la forma en que organizaríamos los estudios para conseguir entregar a los jóvenes una formación integral. Fue así como empecé a pensar en las distintas facultades que existirían en la Universidad, principalmente en la más importante de ellas: la Facultad de Estudios Generales.

En la sesión del Directorio del 14 de diciembre de 1954, presenté por primera vez los planes de estudio que se desarrollarían en las tres Facultades previstas hasta ese momento y el programa del Instituto de Extensión Cultural, que se transformaría rápidamente en la Facultad de Bellas Artes. Estos habían sido elaborados por el Dr. Eduardo Tallmann. En la misma sesión se da cuenta del proyecto, elaborado por el Prof. Meyer-Abich, de creación de la Facultad de Cátedras Generales. El Directorio aprobó todo lo referente a las tres primeras Facultades y al Instituto de Extensión, no así en lo que se refería a la Facultad de Cátedras Generales.

Tratando de explicar la necesidad de crear esta Facultad, hice presente que las Cátedras de Filosofía, Latín e Historia Universal no tienen cabida en las Facultades Profesionales, pero se hacen indispensables para cultivar una verdadera cultura en la Universidad. Por otra parte, al facilitar el ingreso de los estudiantes sin necesidad de tener el bachillerato, al finalizar los estudios en la enseñanza secundaria se abre

la posibilidad de obtener un bachillerato otorgado por la Facultad de Estudios Generales con mención entre las más diversas disciplinas que ofrece la universidad, aproximándose al deseo del estudiante de obtener un verdadero diploma universitario, a la vez que estar cierto de la carrera que se elige o simplemente continuar estudios académicos conducentes al Magíster o Doctorado en Ciencias. Al discutirse este plan, encuentra objeciones en dos Directores y Consejeros: Federico Saelzer e Ítalo Caorsi. Ellos opinaban que esta reforma podría traer complicaciones a la Universidad Austral, en una etapa de desenvolvimiento en que se precisaba la eliminación de obstáculos y simplificar problemas, los que podrían entorpecer las gestiones para obtener la autonomía. Pensaban que encontraría oposición en el Consejo de la Universidad de Chile. A estas objeciones, hice presente que creía

> que existe una fuerte corriente en el Consejo de la Universidad de Chile que la apoyaría, pues se trata del comienzo de una reforma educacional que están deseando todos, pero que nadie se atreve a empezar. La Universidad Austral daría el primer golpe de azada en la reconstrucción.[49]

EdicionesUACh/Difusión

Fue en esta sesión de Directorio donde se trataron los verdaderos asuntos de una universidad y, cosa curiosa, como la tradición que se establecía, al terminar la hora se levantó la sesión para continuarla al día siguiente.

Aproveché esta interrupción para conversar con el profesor Jorge Millas quien, salvo ligeros detalles, me manifestó hallarse en completo acuerdo conmigo respecto a la Facultad de Estudios Generales. Jorge Millas fue invitado a la sesión del día siguiente, donde hizo una brillante recapitulación de la idea de la Universidad, desde sus comienzos en la Edad Media hasta nuestros días, pasando a tratar el concepto de universidad y de los estudios que en ellas se han realizado. El espíritu que las guió en los comienzos del siglo, está calcado en los EE.UU. de Norteamérica sobre el pragmatismo y filosofía de W. James. Hizo notar que se prescindió de los estudios especulativos y se le dio preferencia a la enseñanza práctica y a la especialización. Sigue Millas:

49 Cita textual del Acta del Directorio de 14 de Diciembre de 1954.

> En los últimos años se ha venido palpando el fracaso de la educación pragmática y se está reaccionando hacia una vuelta a la educación integral en la cual el individuo salido de las universidades, junto con tener una especialización, tenga nociones de estudios especulativos que completen su personalidad humana y lo capaciten para captar los goces y conocimientos generales de la Humanidad.[50]

Millas aseguró que él había puesto en práctica estas ideas en la Universidad de Puerto Rico, donde era profesor invitado.

Después de esta explicación, la oposición de los directores no tuvo mayor argumento y comenzaron los preparativos para dar vida a la Facultad de Estudios Generales. Como Decano fue nombrado un hombre de gran cultura, que era a la vez uno de los abogados de la Universidad, Álvaro Bombal. Hombre soñador, como casi todos los intelectuales de gran vuelo, no poseía el sentido práctico necesario para dar impulso a una novedad como era la mencionada Facultad y, después de permanecer dos meses en el cargo, renunció. Su renuncia, aceptada con gran preocupación, exigió el nombramiento de otro de los valores que había en la ciudad, el Dr. Ítalo Caorsi, quien, el 13 de agosto de 1957, con la honradez que caracteriza a un verdadero científico, desistió de la tarea. Luego, y mientras se encontraba a la persona adecuada,[51] en la Sesión del Consejo del 11 de julio de 1957, se acordó proponerme como Decano Interino de dicha Facultad, pues me había convertido, a estas alturas, en «hombre orquesta». *«El Vice Rector hace presente a Ed, en nombre del Consejo, el agradecimiento de este organismo universitario por estas nuevas labores que son de fundamental importancia en la mejor organización de los estudios».*[52] Mi misión se redujo a satisfacer ordenadamente todas las exigencias que formularan «los diosecitos» de Lipschütz. Finalmente, el 5 de noviembre de 1957 aparece un consejero de verdad, docente por naturaleza: Hugo Montes Brunet.

Montes me fue recomendado como profesor de Literatura por el Se-

Ediciones UACh/Difusión

50 Cita textual del Acta del Directorio de 14 de Diciembre de 1954.

51 En la desesperada tarea de encontrar a un hombre de alto vuelo como científico y con dotes de organizador, tomé contacto con un Médico Veterinario que a mi juicio reunía las condiciones, y así le propuse el cargo al Dr. Gustavo Hocker, quien desgraciadamente no lo aceptó.

52 Sesión de Consejo 11 de Julio de 1957.

cretario General Jaime Martínez W., conjuntamente con el profesor de Filosofía Sergio Contardo. Hugo Montes me impresionó por su semejanza con Lipschütz, en lo que constituye la virtud fundamental de un Maestro. Existían diferencias impresionantes, pero coincidían en lo esencial. Lipschütz era judío, ateo y marxista; Montes, castellano puro, católico y apolítico. Ambos poseían el aura del Maestro que les permite acercarse al joven que los recibe con simpatía. Ambos tenían el respeto que todo hombre superior siente y muestra frente a la formación de la juventud. Se orienta, pero jamás se presiona. Se educa, no con discursos, sino con el ejemplo. Se sabe escuchar y se trata de comprender, aun las situaciones más absurdas. ¿Paternalismo? Tal vez. Yo tenía la experiencia de convivir con un sabio y Jaime Martínez me hacía llegar el Maestro que soñaba para la nueva Universidad. A pesar de todas estas virtudes, el nombramiento de Montes como Decano no fue una tarea sencilla.

Mi esfuerzo por llevar a Montes al decanato empezó en la sesión del Consejo de 27 de diciembre de 1957. Primero, di cuenta del estado en que se hallaba la Facultad a mi cargo, insistiendo en los fines que perseguía y refiriéndome a muchos otros aspectos como los alumnos y la Biblioteca. Enseguida, me referí a la vital importancia que tiene para la Universidad Austral alejarse del carácter medieval de universidad de cátedra, que caracteriza a las otras universidades del país, en especial a la de Chile, para ir definitivamente al concepto de «universidad viva», moderna, en la que el Instituto es una de las bases, pero sin modificar el espíritu de la UACH. Todo esto para desarrollar al máximo la capacidad mental de los alumnos.

Al terminar mi breve exposición, todos los Decanos expresaron sus inquietudes. Westermeyer felicitó al Decano por esta iniciativa e indicó la falta que hacía una Facultad que unificara los actuales centros de la Universidad, lo que sería de gran ayuda para los estudiantes. El Vice Rector agradeció al Rector su inmensa tarea por esta Facultad, «niño predilecto y abandonado» y pregunta si el Rector seguirá de Decano o ha pensado en un reemplazante. Yo hice presente que en la Facultad hay ya numerosos profesores que pueden hacerse cargo del decanato y que más adelante se verá este asunto. Pasaron los meses y, efectivamente, presenté mi renuncia en la sesión del 19 de junio, proponiendo como

Ediciones DAGR / Difusión

Decano al Profesor Hugo Montes. Y lo que nunca esperé, un consejero salta con una energía que no pude explicarme.

El Decano Huerta indicó que se oponía terminantemente a mi renuncia. Huerta creía en el cansancio físico del Rector, pero no concebía que en momentos difíciles para la Universidad y en especial para la facultad a su cargo, el señor Rector pudiera pensar siquiera en renunciar. Además, recordó que en la sesión de la Facultad de Estudios Generales todos los profesores señalaron que el nuevo Decano debía ser un científico. El Decano Schüler señaló que estaba completamente de acuerdo con Huerta. Westermeyer, por su parte, preguntó si se había consultado a los profesores acerca de la renuncia y el nombramiento.

Contesté afirmativamente, recordando que de acuerdo con los estatutos el Rector puede proponer al Decano. Luego decidí contestarle a Huerta e insistí en mi renuncia, pues dados los grandes problemas que iban a ocupar mi atención, mi posición se volvería difícil, ya que me dedicaría a luchar por la autonomía de la UACH, lo que consideraba que se debía hacer desde un puesto alejado de la Universidad. Justifiqué la designación del señor Montes con la necesidad de que integrara el H. Consejo dando un mayor balance de fuerzas entre los miembros que representan las cátedras científicas y las humanistas. El señor Montes vendría a establecer justamente ese equilibrio. Yo deseaba, también, ante la oposición de algunos profesores de la Facultad de Estudios Generales, tener al Maestro que pudiera estructurar definitivamente esa Facultad. Además y como yapa, Montes hablaba perfecto alemán.

La importancia de esta nueva Facultad quedó de relieve al considerar que desde el día en que se propuso su creación –diciembre de 1954– hasta el día de la renuncia del Dr. Caorsi –julio de 1957–, habían pasado casi dos años debatiéndose su necesidad y su organización. En estos debates habían participado prácticamente todos los Decanos, los profesores Millas y Oyarzún y el insinuador de la idea, Dr. Meyer-Abich. ¿Por qué tanta discusión? ¿Por qué tanto cuidado en organizar su funcionamiento? Todo se debía a que el papel que cumpliría esta Facultad dentro de la enseñanza nacional sería enorme.

Esta nueva Facultad tenía el propósito no sólo de apoyar la enseñanza superior y profesional, sino que también pretendía elevar el nivel cul-

EdicionesUACH/Digital

tural, fomentar la investigación científica nacional y contribuir en lo posible a la investigación científica internacional. Este trabajo estaría basado fundamentalmente en Institutos.

> Existirían dos clases de Institutos: científicos, aquellos que cultivan las ciencias puras o, como se dice también, ciencias fundamentales y aquellos donde se estudian los problemas prácticos, de ciencias aplicadas o técnicas. Los institutos de las ciencias puras estarán concentrados en la Facultad de Estudios Generales, mientras los institutos de ciencias aplicadas encontrarán su lugar en la facultad apropiada. Esta organización para la enseñanza universitaria implica que todos los alumnos de las facultades profesionales tienen que pasar por la Facultad de Estudios Generales durante los dos primeros años, por supuesto, ya matriculados en sus respectivas facultades. Al cabo de dos años cursados en la Facultad General el estudiante obtendría un título que lo acreditaría como poseedor de estudios universitarios, AD MAIORA OPERA, capaz de acciones más grandes.[53]

Este título debería habilitar al joven para dedicarse a las actividades empresariales, comerciales u otras, en que se distingue por conocimientos más amplios de la cultura que a un hombre moderno se deberá exigir.

Al centrar todos los Institutos de la Facultad de Estudios Generales en un lugar que le sea propio, se esperaba facilitar la comunicación entre los diferentes investigadores, ya que como se venía probando, el estudio interdisciplinario sería fundamental en el futuro. La tendencia que se avizoraba a identificar cada vez los problemas de la química, física y biología en una interdependencia más estrecha, hacían pensar en la necesidad de adelantarnos facilitando la colaboración de investigadores y sus discípulos.

A esta Facultad llegaron los primeros profesores que iniciaron la enseñanza de las ciencias básicas, sin tener que seguir estudios profesionales y que obtenían los grados de Licenciado, Magíster o Doctorado en disciplinas como: Matemáticas, Física, Química, Geología, Geografía, Fisiología, Botánica, Lenguas (Latín y Griego). Ya no más Pedagogía, Ingeniería o Medicina para ser Biólogo, Físico o Matemático. Pero a mí me atraía también un aspecto práctico: podía proyectar la construcción

Ediciones UACh/Difusión

53 Del informe que el Dr. Meyer Abich hizo al Directorio con fecha 26 de Julio de 1955.

de la ciudad universitaria con menos costo y más facilidades para las relaciones humanas que su funcionamiento necesitaba.

Dada la tremenda importancia que el Directorio, el Consejo Universitario y yo dábamos a la creación de esta unidad académica, es que aquí se presentará en detalle el proceso y las alternativas que sufrió, mediante el informe del Sr. Decano de la Facultad de Estudios Generales don Hugo Montes Brunet, presentado al Directorio el 16 de diciembre de 1958. Así, puedo dejar constancia del gran sentimiento de desilusión que me produjo al suprimirse, posteriormente, la Facultad de Estudios Generales, hoy casi imposible de reabrir. ¡Qué atrasos en la enseñanza superior ha causado la ceguera de muchos políticos que se negaron a dar la autonomía que en esos momentos era imprescindible para llevar adelante el programa que elaboraron el Decano Hugo Montes y los profesores!

Ediciones DAGh / Difusión

SEÑOR RECTOR, SEÑORES CONSEJEROS:

Desde que ingresé a la Facultad de Estudios Generales, primero como profesor y luego como Decano, pude apreciar su buena marcha; la seriedad de sus cursos, la regularidad absoluta de su funcionamiento. Con el tiempo me he confirmado en la buena impresión inicial y he admirado la clarividencia de los hombres que la idearon. Nació la Facultad del afán de dar una cultura más amplia y más sólida que la que dan corrientemente las tradicionales, convertidas a menudo, quizás contra la voluntad de sus Decanos y Directores, en simples escuelas profesionales; nació también del deseo de complementar con cursos humanísticos la enseñanza científica, de unificar la docencia de materias comunes a diversos tipos de alumnos, de relacionar investigación y enseñanza, etc. Es, quiero decirlo, la única de esta naturaleza en todo el país, en toda Hispanoamérica. Y sus ideas centrales se anticiparon varios años a los informes que técnicos extranjeros rinden en la actualidad después de detenidos estudios en otros lugares de Chile.

La organización de la Facultad ha sido durante estos años muy flexible, como lo aconsejaba su carácter hasta cierto punto experimental y

precisamente esta flexibilidad ha sido, a mi juicio, una de las razones de su buen éxito, porque con ella pudo, sin perder su esencia, acomodarse a las realidades nuevas que se le iban presentando. Todo esto lo vi y lo puede ver cualquiera que se acerque a la Facultad. Pero también he sentido la necesidad, justamente después de estos años de experiencia feliz, de que la Facultad precise mejor sus objetivos y su órbita de trabajo; fije su relación con las demás Facultades y dé, dentro de la natural libertad docente, ciertas normas fundamentales acerca del modo en que se ha de impartir la enseñanza.

Esto lo hemos estudiado detenidamente, semana a semana, con una acuciosidad que compromete mi gratitud hacia los profesores de Estudios Generales, especialmente a su Prodecano aquí presente. Lo que ahora se presenta es el fruto de tales deliberaciones. Todo se ha acordado por unanimidad, y después de conversar privadamente con la Rectoría, con la Secretaría General y con todos los Sres. Decanos o Directores de las otras Facultades.

El proyecto comprende tres puntos centrales, a saber: objetivos de la Facultad, su organización y su programa docente. Acerca de su labor de investigación se hablará en otra oportunidad.

UACH/Difusión

Primeros alumnos de la Facultad de Estudios Generales,
Eduardo y Carmen Pilar Morales Verdugo.

I. Objetivos de la Facultad

1. Dar a todos los estudiantes de la Facultad, mediante la adecuada enseñanza de ramos científicos y humanísticos, la formación cultural propia de un universitario, de modo que puedan realizar los estudios especializados y profesionales con madurez intelectual y moral.

Este primer objetivo caracteriza esencialmente el sentido de la Facultad, la que pretende que los alumnos alcancen en ella antes que nada un desarrollo interior integral. Su misión es educar y, por consiguiente, no se limita a la enseñanza de ciertas técnicas o ciencias que enriquezcan parcialmente al educando. Tampoco se contenta con una mera madurez intelectual, consciente de la necesidad de dotar al país de hombres con sentido de la responsabilidad, con hábitos de estudio y trabajo, con espíritu de cooperación y de disciplina.

Es importante asimismo señalar que este conocimiento cultural se integrará en el estudio de disciplinas científicas y humanísticas. Sin desconocer la moderna necesidad de especialización, la Facultad quiere que se llegue a esta después de un oportuno estudio de las materias fundamentales que constituyen el saber humano.

2. Impartir la enseñanza de los ramos científicos básicos que se requieren para continuar estudios profesionales.

Se sugiere con este segundo objetivo la necesidad de dividir el estudio de las materias científicas entre las ciencias puras y las ciencias aplicadas o profesionales. Las primeras serían enseñadas por la Facultad de Estudios Generales, las otras por las restantes Facultades de la Universidad. Siendo las ciencias puras base indispensable de las aplicadas, su aprendizaje en Estudios Generales permitirá a las otras Facultades una dedicación completa a los ramos específicos suyos, los que, por enseñarse después que el alumno ha pasado varios semestres en la Universidad, serán mejor captados y en una época relativamente próxima a la del ejercicio profesional. Por otra parte, con esta división la Facultad de Estudios Generales se desentiende de la enseñanza de técnicos profesionales y puede, por lo mismo, dedicarse con exclusividad a las ciencias puras.

La enseñanza impartida por Estudios Generales será absolutamente común para todos los alumnos durante los dos primeros semestres y en

Ediciones UACH / Digitación

gran parte en los restantes. Esto tiene, entre otras, las siguientes ventajas: a) permite a los alumnos que escojan su carrera profesional después de estar un año en la Universidad y facilita el que más adelante puedan, en caso de una elección errada, sólo mediante la recuperación de algunos cursos, cambiar de carrera; b) facilita el conocimiento mutuo de los alumnos; c) concentra la labor del profesor, y d) permite un más amplio aprovechamiento de laboratorios, biblioteca y material docente.

3. Enseñanza de los ramos científicos que se exijan para optar a grados académicos con mención en Ciencias.

Enseñanza de los ramos humanísticos que se exijan para optar a grados académicos con mención en Letras.

Se trata con este doble objetivo de atender vocaciones especialmente valiosas de jóvenes que aman el estudio puro y la investigación y de satisfacer así necesidades urgentes de nuestro país, especialmente las relacionadas con el desarrollo de las ciencias y la docencia universitaria. Estos alumnos tendrían un carácter académico y alcanzarían al fin de sus cursos un grado de licenciatura y posteriormente, según los casos, el doctorado. Una reglamentación especial habrá de precisar las condiciones en que se desarrollarán tales estudios, los que han comenzado en el Instituto de Letras con muy buen resultado. Normalmente, los alumnos académicos estarían adscritos a un Instituto, cuyo Director les serviría de tutor en sus estudios; se les haría programas especiales de trabajo en cada caso, dentro de ciertos mínimos previamente reglamentados. El ideal es que se pueda ofrecer licenciaturas con mención en todas aquellas materias servidas especialmente por un Instituto, sea de Ciencias o de Humanidades.

Ediciones UACh / Difusión

II. Estructura de la Facultad

La Facultad está organizada en dos departamentos, a saber:

1. de Ciencias Naturales.
2. de Humanidades.

El primero comprende los siguientes Institutos: Biología, Botánica, Fisiología, Microbiología, Morfología, Zoología, Geología, Geografía, Química, Física y Matemáticas (esto está estructurado sólo como Cátedras independientes por falta de material).

El Departamento de Humanidades comprende las Cátedras de Lengua y Literatura, Historia de la Cultura y Filosofía, y el Instituto de Letras.

Ambos Departamentos trabajan en estrecha unión y su labor armónica permite el cumplimiento del objetivo 1ro de la Facultad. La organización en Institutos permite la debida coordinación entre distintas cátedras afines, por ejemplo, el de Química agrupa a los catedráticos de Química General, Orgánica, Inorgánica y Analítica, con las consiguientes ventajas de todo trabajo armónico y de orientación científica común. Cada Instituto es, a la vez que un centro docente, un centro de investigación. Esta labor investigadora facilita la atención de los alumnos académicos de que se habló en párrafos anteriores.

Por integrar estos Departamentos y sus respectivos Institutos una Facultad, realizan su misión dentro del mecanismo regular y ordinario de la Universidad, de modo que se vinculan a las directivas de esta en forma absolutamente normal. Sirven simultáneamente a la Facultad de Estudios Generales y a las restantes Facultades, ya que son los organismos específicos para preparar en las ciencias básicas a los candidatos a estudios profesionales.

Los Institutos que laboran en ciencias afines podrán agruparse oportunamente en Sub-departamentos correlacionadores de sus actividades docentes y de investigación. Por ejemplo, los seis primeros Institutos indicados más arriba podrían integrar el Subdepartamento de Ciencias Biológicas.

Ediciones LAGH Argentina

III. Programa Docente

1. Los cursos se darán en unidades semestrales, es decir sus programas contendrán materias que puedan desarrollarse en medio año de estudio, al cabo del cual se rendirán las pruebas correspondientes.

Con este sistema se permite principalmente un doble objetivo: a) concentrar la enseñanza de las materias de estudio, de modo que el alumno se dedique intensamente a pocas en un período breve de tiempo; b) facilitar a los catedráticos las posibilidades de dedicación exclusiva durante cierto tiempo a labores no docentes, sea en el país o en el extranjero; y c) facilitar la correlación de la enseñanza.

2. Los horarios se confeccionarán a base de jornadas de estudio y no de horas de clase. Cada jornada comprende medio día de trabajo.

Esta es una de las innovaciones más importantes propuestas. Pretende objetivos pedagógicos precisos: a) la concentración de los alumnos durante un período de tiempo más o menos extenso en una misma materia; b) la realización coordinada de exposiciones teóricas y trabajos prácticos, consultas bibliográficas y seminarios de investigación; e) la participación activa del alumnado en la tarea docente; d) la convivencia prolongada, en torno de la docencia, de alumnos y profesores.

Para que el sistema de jornadas tenga pleno éxito es necesario que se tienda a reemplazar el sistema tradicional de auditorios por salas de estudio acogedoras, fácilmente relacionables con las bibliotecas y laboratorios. La concentración de todos los Institutos en las modernas instalaciones de la nueva ciudad universitaria dan a estos ideales inminentes posibilidades de realización.

3. Los cursos de los primeros semestres serán comunes para todos los alumnos de la Facultad. Propenderán especialmente a integrar sus conocimientos científicos y humanísticos, es decir, tendrán sobre todo una función formativa general. Gran desarrollo se concederá durante ellos a la enseñanza de un idioma extranjero para que, al cabo de poco tiempo, cada estudiante esté a lo menos en condiciones de leer sin dificultad su literatura científica.

4. A partir del tercer semestre los alumnos seguirán sólo aquellas materias que les sean necesarias para alcanzar los fines profesionales o meramente académicos que hayan escogido, sin perjuicio de sus obligaciones de cursar ciertas materias humanísticas por dos nuevos semestres. El presente proyecto consulta cuáles serán estos cursos y, para facilitar su denominación, los ha numerado cada vez que se extienden a más de un semestre. Indica también a qué tipos de alumnos les corresponde seguirlos en cada caso, todo según las realidades actuales exigidas por las distintas facultades de la Universidad. Una vez que el alumno los ha cursado totalmente egresa de la Facultad de Estudios Generales y está en condiciones de ingresar a aquella en que ha de continuar sus estudios profesionales. Los alumnos académicos continúan hasta el final en la Facultad de Estudios Generales.

Ediciones LAGH Difusión

Instituto de Biología

❧ Biología 1 (Biología General)
Para todos los alumnos de la Facultad.
Jornadas: 1

❧ Biología 2 (Citología General y Genética General)
Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química, Medicina Veterinaria e Ingenieros Agrarios.
Jornadas: 2

❧ Biología 3 (Morfogénesis y Evolución Orgánica)
Para estudios académicos y Pedagogía en Biología y Química
Jornada: 1

Instituto de Botánica

❧ Botánica 1 (Introducción a la Botánica)
Para todos los alumnos de la Facultad.
Jornadas: 1

❧ Botánica 2 (Botánica General).
Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química, Ingenieros Agrarios e Ingenieros forestales.
Jornadas: 3

❧ Botánica 3 (Botánica Sistemática)
Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química, Ingenieros agrarios e Ingenieros Forestales.
Jornadas: 3

Instituto de Zoología

❧ Zoología 1 (Introducción a los tipos del Reino animal)
Para todos los alumnos de la Facultad.
Jornadas: 2

❧ Zoología 2 (Fisiología Comparada)
Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química
Jornadas: 2 1/2

❧ Zoología 3 (Sistemática y ecología)
Para estudios académicos y Pedagogía en Biología y Química.

EdicionesUACH/Difusión

Instituto de Morfología

❧ Curso 1 (Anatomía Humana)

Para estudios académicos y Pedagogía en Biología y Química.

Jornadas: 2

❧ Curso 2 (Anatomía comparada de los animales domésticos)

Para Medicina Veterinaria.

Se cursa en dos semestres: 1er Semestre 7 jornadas; 2º Semestre 4 jornadas.

❧ Curso 3 (Histología General y Anatomía Microscópica de los órganos)

Para Medicina Veterinaria, estudios académicos y Pedagogía en Biología y Química.

Jornadas: 3

❧ Curso 4 (Embriología)

Para estudios académicos y Medicina Veterinaria.

Jornadas: 2

❧ Curso 5 (Patología General)

Para estudios académicos y Medicina Veterinaria.

Jornadas: 1

❧ Curso 6 (Anatomía Patológica Especial)

Para estudios académicos y Medicina Veterinaria.

Jornadas:

Ediciones DACH/Difusión

Instituto de Fisiología

❧ Curso de Fisiología.

Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química y Medicina Veterinaria.

Jornadas: 4

❧ Curso Bioquímica.

Para estudios académicos Pedagogía en Biología y Química y Medicina Veterinaria.

Jornadas: 4

Instituto de Microbiología

❧ Curso 1 (Microbiología General)

Para estudios académicos y Medicina Veterinaria.
Jornadas: 4
❧ Curso 2 (Microbiología General)
Para estudios académicos Ingenieros agrarios e Ingenieros Forestales.
Jornadas: 2

Instituto de Química
❧ Curso 1 (Química General)
Para todos los alumnos de la Facultad.
Jornadas: 2
❧ Curso 2 (Química Inorgánica)
Para Estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química, Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.
Jornadas:
❧ Curso 3 (Química Orgánica)
Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química, Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.
Jornadas: 2
❧ Curso 4 (Química Analítica)
Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química; Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.
Jornadas: 3
❧ Curso 5 (Físico-Química)
Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química; Ingenieros Agrarios e Ingeniaros Forestales.
Jornadas: 2

Instituto de Matemáticas
❧ Matemáticas 1 (Matemáticas Básicas)
Para todos los alumnos de la Facultad.
Jornadas: 2
❧ Matemáticas 2 (álgebra superior)
Para estudios académicos Ingenieros Agrarios e Ingenieros forestales.

Ediciones LAGH Difusión

Jornadas: 2

❧ Matemáticas 3 (Análisis algebraico y Geometría analítica)

Para estudios académicos, Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.

Jornadas: 1

❧ Matemáticas 4 (Cálculo Infinitesimal)

Para estudios académicos, Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.

Jornadas: 1

Instituto de Física

❧ Física 1 (Física General)

Para todos los alumnos de la Facultad

Jornadas: 1 1/2

❧ Física 2 (Física Biológica)

Para estudios académicos, Pedagogía en Biología y Química y Medicina Veterinaria.

Jornadas: 2

❧ Física 3

Para estudios académicos Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.

Jornadas: 1

❧ Física 4

Para estudios académicos, Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.

Jornadas: 1

Ediciones UACh/Difusión

Instituto de Geografía

❧ Geografía 1

Para estudios académicos, Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.

Jornadas: 1

❧ Geografía 2

Para estudios académicos, Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.

Jornadas: 1

Instituto de Geología

❧ Geología

Para estudios académicos, Ingenieros Agrarios e Ingenieros Forestales.

Jornada: 1

Instituto de Letras

❧ Humanidades 1 (Filosofía, Historia de la Cultura, Literatura)

Para todos los alumnos

Jornadas: 1 1/2

❧ Humanidades 2 (Filosofía, Historia de la Cultura, Literatura)

Para todos los alumnos

Jornadas: 1 1/2

❧ Humanidades 3 (Filosofía, Historia de la Cultura, Literatura)

Para todos los alumnos

Jornadas: 1 1/2

❧ Humanidades 4 (Filosofía, Historia de la Cultura, Literatura)

Para todos los alumnos

Jornadas: 1 1/2

❧ Idioma extranjero (Alemán, Francés o Inglés)

Para todos los alumnos

Jornadas: 1 1/2 en los dos semestres. 1 en los dos semestres restantes

EdicionesUACh/Difusión

❧

Esta reforma a la enseñanza traspasó los límites de nuestra patria y yo lo pude comprobar en 1956, cuando recibí una carta personal del joven Héctor Ingrao, estudiante de la Universidad de La Plata (Argentina) en que pedía matricularse en la UACH para estudiar Física. Fue derivado a la Fundación Rockefeller, dado lo brillante de su currículo y la imposibilidad de adelantarlo en la UACH. En 1960 lo visité en EE.UU., habiéndose doctorado en Harvard y sirviendo como Top Secret. Pero ese no fue el

único ejemplo que ratificaba el aporte que significaba la Facultad de Estudios Generales para los estudios científicos en toda Latinoamérica. El segundo llegó el 20 de julio de 1960, cuando recibí una comunicación de Rudolf Atcon, experto contratado por la Universidad de Concepción para estudiar la proyección de los institutos científicos, en la que me decía:

> Anexo me permito enviarle copia del Informe sobre Honduras y Centro América. En él Ud., volverá a encontrar varias de sus propias ideas que ya han encontrado plena y satisfactoria aplicación en Valdivia, pero todavía están lejos de una concretización en la mayoría de los países centroamericanos.

Al parecer, la UACH estaba abriendo un camino que pretendía ser seguido por muchos.

Ediciones UACh/Difusión

Capítulo VI
La Universidad Austral en marcha

El tiempo avanzaba rápidamente y 1954 llegó a su fin. Todos los aspectos necesarios para poner en funcionamiento la Universidad, unos mejor que otros, se estaban resolviendo y se acercaba el día de la instalación, por lo que durante el verano, en vez de disfrutar junto a mi familia, debí dedicarme a preparar esa celebración.

Pensaba que la instalación de la Universidad debía hacerse bajo el patrocinio del Presidente de la República y repitiendo en todo momento las ceremonias de la instalación de la Universidad de Chile, presididas por el Presidente Manuel Bulnes, en 1842. Una escuela de enseñanza superior que se proyectaba como una nueva fuerza para influir acerca de la cultura, educación, salud y el trabajo agropecuario, entre otros afanes, en una zona que abarcaba un territorio tan extenso como las provincias de Temuco, Valdivia, Osorno y Llanquihue, incluidas sus islas, era en realidad un acontecimiento único del momento que se vivía. Pero si, además, se perfilaba un cambio en los procesos de enseñanza superior al acentuar y traer a la actualidad la investigación científica en las universidades, la presencia del Gobierno de la Nación traería, por consecuencia, la atención del resto de las universidades y de yapa, gran yapa, por supuesto, el apoyo económico que pronto necesitaríamos.

En una sesión extraordinaria del Directorio, a la que asistieron los Consejeros que actuaban en representación de la Universidad de Chile,

Ediciones UACh / Difusión

los profesores Jorge Millas y Luis Oyarzún, se debatió acerca de los detalles de los diversos actos: Recepción del Presidente, Ministros de Estado, cuerpo Diplomático, autoridades civiles, militares, eclesiásticas y locales. Intuí que habría más de una sorpresa en cuanto al protocolo ya que, personalmente, no tenía experiencia y el folleto que se me había enviado no decía nada respecto a esta clase de eventos. Decidí pedir la asistencia de un miembro del Ministerio de Relaciones Exteriores, siendo designado al particular un joven, al parecer sobrino político del Presidente: Ricardo Letelier, personaje con cuya actuación anecdótica me tropezaría más adelante.

Hubo acuerdo, en general, sobre lo programado, pero varios Directores, entre ellos el señor Mario Carrasco, objetaron el uso de la toga y birrete. De pronto, el Consejero Jorge Millas intervino para manifestar

> que ve con complacencia el uso de la toga en esta oportunidad tan trascendental en la vida de la nueva Universidad y más cuando en esta ocasión se otorgará el Grado de Doctor Honoris Causa al Presidente de la República y al Rector de la Universidad de Chile, Don Juan Gómez Millas, ceremonia que revestirá gran solemnidad y que, si bien es cierto que en la Universidad de Chile se dejó de usar hace algún tiempo, se trata de revivir su uso y cree a la postre se realizará el uso de ella.[54]

Luis Oyarzún también interviene apoyando su uso. ¡Qué detalles tan insignificantes y que, sin embargo, en algunas ocasiones son relevantes![55]

Dentro de todo el trabajo que implicaba la instalación de una casa de estudios superiores, tarea que recayó en los hombros de Carmen, debido a que Fernando Santiván no era un hombre para cosas prácticas, existían ciertos pensamientos que no se alejaban jamás de mi mente, principalmente, aquellos que tenían relación con el espíritu de la Universidad y la ideología que esta debía seguir. Una cosa tenía clara: nada de asuntos políticos o confesionales. Diez años de jornadas escolares en

Informes UACh/Difusión

54 Cita extraída del Acta del Directorio.

55 Se solicitó al edecán Raúl Llorente que indicara la medida de la cabeza del Presidente para confeccionar el birrete. Entonces, el edecán contestó que el Presidente no quería usar toga y el birrete. Usando toda la diplomacia posible, se le da a conocer al Presidente que, si no está conforme con esta ceremonia, es mejor que no asista a ella. Según contó Llorente, al oír este comentario el Presidente dijo: *«Bueno, uso toga y birrete».*

que fui obligado a asistir día a día a misa me decían que esa forma de actuar era inconcebible. También apoyaba este pensamiento la triste experiencia que había sufrido cuando mi suegro, abogado de la Dirección General de los Ferrocarriles del Estado, le había solicitado al Director General, Jorge Guerra, el nombramiento de su yerno como médico reemplazante del Dr. Benjamín Kaplan y le habían contestado: *«Ningún problema. ¿Tiene su yerno afiliación política o religiosa? Basta con que firme los Registros del Partido Radical o esté dispuesto a entrar a la orden masónica».* La respuesta de mi suegro fue categórica *«Lo siento don Jorge, mi yerno no aceptará ninguna de esas sugerencias».* Estaba decidido: la universidad debería ser aconfesional, pero no sectaria. Esto, sin olvidar al famoso profesor del Liceo de Talca que me había adjudicado una nota tres porque mis ideas no concordaban con las suyas. En cambio Lipschütz, el sabio ateo y comunista, ¿no me había mostrado, con hechos, lo que debía ser un profesor universitario y cómo podían convivir y trabajar mancomunadamente individuos de conformación espiritual tan diferente? Tomé una resolución: en la Universidad no habría nunca manifestaciones de orden político o religioso. Fuera de ella, cada cual con lo suyo. Esta sería una exigencia que directa o indirectamente se plantearía a todo candidato a pertenecer a la Casa Universitaria. Todo el andamiaje se vino al suelo cuando, dos días antes de las ceremonias de la instalación, se me acercó el sacerdote Domingo Arriagada para comunicarme que, a petición del Presidente Ibáñez, el señor Obispo oficiaría un Te Deum en la Catedral. Negarme fue mi primera reacción, pero las circunstancias no eran las más propicias. Pensé: *«Que se haga la voluntad del Obispo, pero yo no asistiré».* Sin embargo, el día 12 de marzo, cometí la imprudencia de ir a mirar lo que acontecía y, junto a Carmen, tomé colocación en la puerta de la iglesia que, como era de esperar, estaba repleta de gente. Allí me encontraba cuando aparece el mismo presbítero Domingo Arriagada y me dice:

—Señor Rector, el Presidente y el señor Obispo están esperándolo para iniciar el Te Deum–. *«¡Diablos!, el hombre propone y Dios dispone»,* pensé. Como quien dice con la cola entre las patas, daba las más estúpidas explicaciones por el error en que había incurrido. Y, en contra de mi voluntad, el Te Deum se realizó.

Ediciones LAGO/Digital

Carlos Kaehler, Eduardo Morales, el Presidente Carlos Ibáñez, Oscar Herrera (Ministro de Educación), Juan Gómez Millas (Rector de la Universidad de Chile).

Víctor Kunstmann (Vicerrector de la UACH), Renato Steva (Rector de la Universidad de los Andes, Venezuela) y Jorge Millas.

Aquella tarde, el Vice Rector de la Universidad Austral, Ernesto Martens Boyssen, había sido comisionado para invitar al Presidente de la República a la inauguración de la ceremonia, por lo que fue el primero en aparecer en público con el birrete y la toga, que había resultado demasiado larga. Cuando llegó a su casa para revestirse, sus hijos y yernos rieron; él no dijo una sola palabra, se fue a su pieza y volvió con su toga y birrete. Se hizo un silencio: su familia estaba fuertemente impresionada. Sin embargo, cuando se presentó ante mí, argumentó: *«Rector, yo nunca he usado estas vestimentas, libéreme de este compromiso».* Pero le repliqué que nadie mejor que él podía cumplir con lo que nos habíamos propuesto y, haciéndole ver que representaba a la Universidad, aceptó. A las 15:45 Ernesto Martens, acompañado del Cuerpo Universitario, llega a la sede del Comandante de la IV División de Ejército para invitar al Primer Mandatario al desfile. S.E. hace el trayecto de tres cuadras en automóvil hasta el lugar donde comenzaría la ceremonia.

El desfile se inició a las 16 horas desde calle Picarte esquina García Reyes (frente a la Escuela Primaria donde, hacía menos de un año, había sido abucheado Fernando Santiván), hacia el Teatro Cervantes. Las bandas del Regimiento Caupolicán y Conjunto Obrero tocaban marchas militares. Encabezaba el desfile el Presidente Ibáñez, revestido con todas las insignias y símbolos del mando, acompañado por Oscar Herrera Palacios, Ministro de Educación; Juan Gómez Millas, Rector de la Universidad de Chile; Carlos Kaehler, Alcalde de Valdivia, y Eduardo Morales Miranda, Rector de la Universidad Austral de Chile; todos vestidos de etiqueta. Inmediatamente después, formaban Julio Philippi Izquierdo, Secretario General de la Universidad Católica de Chile; José Miguel Seguel, Rector de la Universidad Técnica del Estado; Roberto Infante, Ministro de Agricultura; Jorge Aravena, Ministro de Salud; Coronel Benjamín Videla, Ministro de Obras Públicas; Arturo Mery B., Obispo de Valdivia y el Capitán de Carabineros Osvaldo Stange. A continuación, los Docentes con toga y birrete. Más atrás iba toda la plana mayor de la UACH, doscientos y tantos socios de la Corporación, más la Escuela Técnica Femenina, los Liceos de Niñas y de Hombres, Colegios Salesiano y San Rafael. Las calles estaban repletas de público que aplaudía calurosamente. Era una verdadera fiesta ciudadana.

Editorial UACH / Difusión

Ya en el Teatro Cervantes, tomaron colocación en el proscenio el Presidente, el Rector de la Universidad Austral, el Rector de la Universidad de Chile, el profesor Jorge Millas y otras altas autoridades de la UACH.

Para comenzar la ceremonia, los coros de la Universidad Austral, dirigidos por Donald Little, entonaron la Canción Nacional y el Himno de la Universidad. A continuación, habló el Alcalde Kaehler:

> Dedico estos primeros conceptos a los que por amor a su Patria y a nuestra ciudad, concibieron el ideal de dar vida en el austro chileno a una nueva Universidad y de hacer de Valdivia lo que Goethe habría llamado una «Provincia Pedagógica». Entre estos hombres y volando mis palabras para no herir su modestia, el primero de todos es el doctor Eduardo Morales, designado con toda justicia el primer Rector del plantel. Resistido y criticado por observadores superficiales que no alcanzan a ver el fondo de las almas, combatido dentro y fuera de Valdivia, por envidias e intereses, por personeros del derrotismo y la inercia tan grata a los cómodos, el doctor Morales, con abandono de su salud y de su profesión, fue el motor que dio fuerza y vida a una de las más singulares campañas que se haya librado en Valdivia por algo grande y digno. Instituciones y personas vinieron generosamente en su ayuda, con absoluto desinterés, por amor al terruño y por el sólo deseo de ver a Valdivia grande y poderosa [...] Nace la Universidad Austral y nace en Valdivia. Esta tiene el marco adecuado para ella. Por su belleza y recogimiento, por sus características especiales y condiciones, reina aquí la completa concentración y el respeto por la cultura que el estudio superior y las instituciones de investigación necesitan [...] ¡Que la nueva Universidad viva muchos siglos y forme sabios, artistas, hombres de trabajo, capaces de forjar días mejores para la Patria!

Ediciones UACh/Difusión

Después de que terminaron los aplausos para el alcalde, le tocó el turno al Ministro de Educación, Oscar Herrera Palacios, quien se dirigió a los asistentes para elogiar la instalación de la Universidad:

> Este día, en que se abre nuevamente el libro de oro de nuestra Historia, es uno de aquellos que sirven para jalonar el camino del progreso y de la grandeza de la Patria. La fecha de hoy brillará con luz señera en la vasta y progresiva trayectoria de la actividad intelectual de nuestro país. [...] Imaginaos ahora cómo será el sentimiento interno de nuestro espíritu, cuando además de la belleza extraordinaria que por intermedio de los hombres y con la na-

> turaleza misma que Dios puso en estas tierras, se encuentra además un sector de nuestra población que impulsa vigoroso la cultura y hace nacer la ilusión de nueva raza, de nueva estructura, de nuevo factor de progreso para el país [...] A esta Universidad le corresponde consagrar hoy una nueva etapa en la evolución de nuestra Enseñanza Superior: la de compenetración más estrecha entre la realidad y la cultura, entre la economía y el intelecto puro. Su finalidad será buscar en la tierra y en el mar, la riqueza viviente o inerte y sacar de ella los frutos de que se nutran, a la vez, los espíritus y los cuerpos, la Patria como conjunto y sus ciudadanos en particular. Es, por esto mismo, diversa de todas las Universidades ya existentes y con ello la llama a tener en su órbita de acción una amplitud nacional más que regional [...] Con esta Universidad tenéis que iluminar todas las sendas que llevan al progreso a estas provincias: preparar los técnicos que los campos y las montañas y el mar les reclaman, crear nuevas profesiones, cortas y largas, que permitan un aprovechamiento económico de nuestras juventudes [...] Basta mirar un poco la historia de la creación de esta Universidad, para convencerse que ella nace con el vigor suficiente como para contrarrestar todas las dificultades que en el camino de su progreso se presenten. [...] Vosotros seréis, jóvenes, los primeros frutos de esta nueva institución. Es indispensable que tengáis antes que nada y por sobre todas las cosas, entusiasmo y fe. Fe en vosotros mismos y en vuestros maestros, optimismo en los resultados. Recordad que no solamente seréis alumnos de la Universidad Austral, seréis también profesores, porque sobre vuestros pasos seguirán generaciones tras generaciones de estudiantes, que mirarán vuestra trayectoria de estudio, de esfuerzo y de sacrificio. La enseñanza que no se olvida es aquella que se aprende con el ejemplo.

Ediciones UACA / Difusión

A continuación, ocupé el podio, preocupado y ansioso, pues esperaba que la ceremonia siguiera desarrollándose a la perfección, como hasta ahora, a la vez que pensaba en todas las tareas que se vendrían con la instalación de la Universidad. Entonces, embargado por una profunda emoción, comencé a decir:

> Sean mis primeras palabras para agradeceros Excmo. Señor, el que sacrificando vuestro tiempo hayáis concurrido a este acto para darle el brillo y magnificencia que debe tener la Instalación de una nueva universidad. Porque el camino que los pueblos recorren a lo largo de su existencia histórica no lo marcan los monumentos materiales que erigen, sino los fastos del pensamiento creador. Desde el momento en que el hombre se sintió Ser

pensante, buscó la forma de perfeccionarse y de transmitir sus experiencias más elevadas. Atravesando épocas de luz y oscuridad, desde el tiempo de la Grecia inmortal, cuyos sabios fundaron sus propias escuelas, llegamos a las universidades actuales que aspiran a ser el centro conductor de todas las experiencias intelectuales de la sociedad humana. [...] Nunca podremos desentrañar los misterios de algunos designios: pero sí dar gracias por su realización. En este instante en que la nueva Universidad nace asociada a la Universidad de Chile, tal vez nos sea lícito evocar con recogida humildad las palabras de Bello. Qué sentimientos despiertan en nuestra alma al citarlas, precisamente 122 años después de que fueron pronunciadas: *«La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar entre nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos de declaraciones antiguas), el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral o bajo un punto de vista político».* Así se enfrentaba Bello al problema de su tiempo, pero nuestro problema, el de la hora actual, ni siquiera se habría atrevido a imaginarlo. [...] Mirad, señores, el momento que vivimos y decid si no precisamos de una renovación que nos conmueva hasta las entrañas mismas [...] y podamos decir en el futuro que la Universidad Austral descansa sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile, apuntando a los grandes objetos a que debe dedicarse. [...] Hemos puesto nuestros ojos en la juventud que encierra al futuro y que lo es a la vez, para dirigirnos a ella y decirle francamente que a nosotros nos parece que otro camino distinto del que hemos seguido hasta ahora es el que puede llevarla a la realización integral de sí misma. Estimamos que a nosotros no nos queda sino la posibilidad de sacrificarnos con la clara conciencia de que sólo con ejemplos fuertes podremos afirmar la plenitud de nuestro carácter. Nos han faltado la fe y la voluntad para realizar; pero aún cuando parezca una paradoja, nuestra universidad nace apoyada en esos dos pilares: fe en el porvenir de nuestros hijos y voluntad de gastar todo nuestro esfuerzo en la tarea de prepararlos para lograr un porvenir mejor.

No nace esta Universidad en la opulencia, ya que el país mismo sufre una crisis económica que no nos habría permitido dársela. La lucha tenaz que hemos debido librar para llegar a este momento, es signo inequívoco de que ella se encuentra colocada en el camino real que aconseja la situación nacional. Pero si pensamos que no son las obras materiales las que crean la grandeza de las universidades, sino su espíritu, estamos convencidos de que este será capaz de levantar las obras cuando sea necesario. Sin embargo, estamos seguros de que nuestra tarea se verá facilitada por los hábitos de nuestro ambiente regional. Nuestra ciudad, y con ella todo el sur de Chile,

Ediciones UACh / Dirección

posee una sociedad de alta calidad humana. Nos circunda la sobriedad en las costumbres y un dinámico espíritu de trabajo. Los opulentos de nuestra región han sabido conservar la modestia y la sencillez, además de poseer un espíritu abierto para recibir la semilla que habrá de darnos los frutos que esperamos, no para nuestra satisfacción presente, sino para aquellas que vendrán. Confortados con este cuadro quisiera repetir a la juventud las palabras de André Gide a los estudiantes de Munich: *«cuán difícil es ser joven en estos tiempos»,* agregando: *«pero qué maravilloso porvenir podéis forjar».* [...]

La Universidad Austral desea ardientemente, a través de un claro planteamiento de los problemas culturales, mostrar a la juventud un camino que habrá de conducirlos a un porvenir mejor. Allí estaremos juntos, profesores y alumnos en una realización continua de nuestros ideales teniendo ante nosotros las palabras de Renán: *«se sirve al ideal haciendo el bien, descubriendo lo verdadero, y realizando lo bello; pero a la cabeza de la Humanidad marcha el hombre de bien, el hombre virtuoso. El segundo lugar pertenece al sabio, al filósofo. Después viene el hombre de lo bello, el poeta, el artista».* [...]

Agradezco también públicamente, una vez más, la generosa ayuda que nos han proporcionado parlamentarios de todos los sectores políticos, particularmente los representantes de nuestra zona en el Congreso Nacional, y entre todos como figura descollante al H. Senador don Carlos Acharán Arce. Análogo sentimiento debo manifestar por la benevolencia con que nos han distinguido muchos Ministros de Estado. Y no quisiera continuar sin citar, con énfasis especial, al Excmo. Señor Rector de la Universidad de Chile, a quien mucho debe esta Universidad, no sólo por ser hija de la que él preside, sino porque él personalmente, se empeñó en hacer más expeditos los primeros pasos. Y qué decir de la Ilustre Municipalidad de Valdivia y otras de nuestra provincia, sino que sus nombres están grabados en el espíritu de la Universidad Austral. Y no podría tampoco olvidar sin injusticia a tantos hijos de esta ciudad, de esta región que le han dado lustre y prosperidad a través de los años y que con desinterés absoluto han prohijado nuestra empresa. En este instante, para nosotros histórico, volvemos, por último, nuestra admiración y nuestro recuerdo agradecido hasta tantos hombres modestos que tuvieron fe junto a nosotros y nos ayudaron a crear y proyectar esta institución destinada a servir a todos y cada uno de los chilenos [...] Grandes son nuestras responsabilidades y grandes también son nuestras esperanzas. Bien sabemos que iniciamos una tarea trascendente que no tiene término; pero en qué residiría la dignidad de la vida humana si no pudiera aplicársele la inspiradora sentencia de Geoffrois de Saint Hilaire: *«delante de nosotros está siempre el Infinito».*

Ediciones UACh/Difusión

Cuando terminé mis palabras, el Secretario General, Fernando Santiván, hizo entrega al Presidente del diploma y la medalla que lo acreditaban como Doctor Honoris Causa. Estos diplomas estaban confeccionados en cuero de chivo y fueron fabricados por Herbert Rodmanis, quien los curtió con una técnica especial, dejándolos idénticos a los pergaminos antiguos. En la parte superior del pergamino se dibujó el escudo de la Universidad, rodeado de copihues. Las letras fueron grabadas con aguja y teñidas con tinta china. En el lado izquierdo tenía cintas de color rojo, blanco y amarillo, pegadas con lacre. Este diploma contenía las siguientes palabras:

> Nosotros, Rector de la Universidad Austral de Chile, por resolución del Honorable Consejo de nuestra Universidad, hemos acordado reconocer y considerar como Doctor Honoris Causa, al Excmo. Señor Doctor don Carlos Ibáñez del Campo, Presidente de la República, General de División, Doctor Honoris Causa de la Universidad de Cuyo. Hemos tenido presente su contribución a la obra educacional, realizada mediante la dictación del Estatuto Universitario, del Decreto que dio vida jurídica a nuestra Universidad y la dictación de las Leyes en beneficio de la Educación Primaria. En fe de lo cual le extendemos el presente diploma, provisto del sello de nuestra Universidad Austral de Chile, confirmándolo con nuestra firma. Dado en la ciudad Santa María la Blanca de Valdivia a doce de marzo de mil novecientos cincuenta y cinco. Eduardo Morales Miranda, Rector de la Universidad Austral de Chile, Fernando Santiván, Secretario General de la Universidad Austral de Chile.[56]

Ediciones UACH/Dirección

Luego de que se le hizo entrega de los símbolos correspondientes al grado que estaba recibiendo, el Presidente pronunció las palabras que declaraban instalada la Universidad Austral de Chile. Para mí era fundamental que el Presidente declarara instalada la Universidad, ya que este era el reconocimiento al nacimiento de una universidad privada, en cuya creación no había intervenido el Estado. Entonces, Ibáñez dijo:

> Declaro Instalada la Universidad Austral de Chile. Espero que el mismo espíritu que dio origen a su creación sirva de estímulo a los éxitos que ten-

56 Una de las principales preocupaciones del Presidente era si el birrete se le iba a caer o no, pero no sólo él tenía esa preocupación, sino que muchos de los directores de la Universidad e incluso yo. Afortunadamente, nada sucedió.

drá mañana. Mis deseos y votos más sinceros son que la nueva universidad acreciente las conquistas del progreso nacional y contribuya a afianzar los valores de nuestra cultura. Habéis querido vosotros honrarme en esta oportunidad con el más alto galardón que otorgan las Universidades a quienes entregan su vida al servicio de la educación y la cultura, confiriéndome el grado de Doctor Honoris Causa por la obra realizada en el curso de mis dos administraciones. Yo declaro que acepto este homenaje universitario con la íntima satisfacción del ciudadano y del soldado que ha cumplido con el deber superior de servir a la comunidad, de entregar los mejores momentos de su vida a una noble causa y ver coronados estos esfuerzos con la comprensión de la gran mayoría de sus compatriotas. Agradezco esta invalorable distinción que me otorgáis y recibid los mejores votos de estímulo para esta obra que representa un incalculable aporte al desarrollo de la riqueza de una vasta región y del progreso de nuestra cultura. He dicho.

Después de estas breves palabras, el público asistente estalló, de pie, en una ovación que se prolongó casi por cinco minutos. El Presidente Ibáñez me manifestó que este acto de gratitud lo había salvado de la emoción que lo embargaba, porque de otra manera no habría podido continuar en la ceremonia sin que se le cayeran las lágrimas. Curioso que un hombre que fue considerado como un dictador duro en su trato, sin alma, hiciera semejante declaración.

Terminada la ceremonia, los asistentes se dirigieron al edificio que estaba en construcción, como demostración de que el proceso universitario se desarrollaba con el mayor esfuerzo, sin reparar en la falta de comodidad de lo que debía ser asiento para el ejercicio de sus actividades. Con eso, se dio por terminada la ceremonia y comencé a prepararme para la comida que se ofrecería esa noche en los recintos del Hotel Pedro de Valdivia.

Los problemas no se alejaban de mí y, llegadas las seis de la tarde, me apersoné al joven Ricardo Letelier, a quien se le había pedido ayuda para asignar los asientos en la mesa del banquete según el Protocolo. Le mostré la lista de invitados, pidiéndole que me acompañara a colocar las tarjetas, recibiendo por respuesta una rotunda negativa. ¿Qué pasa? ¿Qué hacer? Doscientos participantes y eran las seis de la tarde. Por enésima vez apareció el Destino para ayudarme, en esta ocasión, en la persona del Ministro de Educación, que se alojaba en el mismo Hotel

Ediciones UACh/Difusión

y escuchó la negativa de Letelier. *«Ponga aquí la tarjeta del intendente, de la señora X, del señor fulano y de mengano, aquí la del Obispo, no, mejor acá, aquí la del General y aquí...»* Después de un rato de intenso ajetreo, por fin todo estaba listo. Y cuando llegó la hora de que los invitados tomaran asiento, faltaba la silla para el Presidente de la Corte de Apelaciones, la autoridad máxima en la provincia, después del Intendente y del representante del Congreso. Fueron inútiles las explicaciones y el personaje se retiró indignado. Tenía toda la razón, pero tuve que pasar por alto el incidente y continuar con la cena.

El gran comedor del Hotel Pedro de Valdivia lucía lleno de luces y flores que habían colocado las esposas de los miembros del Directorio. Resulta importante señalar que todos los asistentes habían pagado una cuota, de manera que este acto no representara para la universidad ningún gasto. ¡Caramba que eran estrictos los señores Directores: la universidad y sus socios no estaban para financiar banquetes ni tertulias! El servicio fue espectacular; la comida, como las circunstancias lo exigían. Todo para dejarnos conformes. Terminada la cena, se sirvieron bajativos como era normal y fue entonces cuando el Comandante de la IV División de Ejército, General Echeverría Zerga, se me acercó para invitarme al almuerzo que al día siguiente ofrecería el Ejército al Presidente. *«Perdone, mi General, pero tengo que consultar los compromisos que hay para mañana»,* contesté. Me dirigí a Carmen y le comenté acerca de la invitación. *«No, ni por nada* –respondió ella– *acuérdate de lo que pasó en la Escuela de Caballería en Quillota».* Volví donde estaba el General y le comuniqué: *«Lo siento, General, pero me dicen que hay que despedir a los señores embajadores e invitados que parten mañana. Verdaderamente lo siento».* Pasaron cinco minutos y otra vez el General: *«Por orden del Presidente tengo el honor de invitar a Ud. y señora a una comida que los oficiales de la División ofrecen al Presidente y él desea que Ud. sea uno de los invitados de honor».* ¡Zás!, no hay alternativa. *«Mil gracias, encantado, mil gracias».* Estábamos matriculados sin remedio. *«A las ocho». «Bien, gracias, a las ocho en punto».*

Efectivamente, a las ocho en punto concurrí junto a Carmen. El gran salón de la casa del Comandante estaba repleto de oficiales y sus señoras. Solo hay dos civiles: Carmen y yo. Se conversaba animadamen-

Ediciones LAGO / Digital

te. Las señoras de los oficiales aprovechan la ocasión para interceder por sus maridos: *«Don Carlos, qué bueno sería que Alex fuera nombrado agregado en tal embajada o legación».* Y otra suplicaba por René, y así se conformó un rosario de peticiones. El Presidente, sonriendo, decía: *«Ya veremos».* La súplica había llegado al trono. Entretanto, el Presidente se volvió hacia mí y dijo:

—Debería visitar algunas Universidades en el extranjero.

—Ganas no me faltan de ir al extranjero –respondí–, pero no puedo porque la Universidad está recién empezando y no puedo dejarla, además, no tengo dinero.

—¡Pero si el Gobierno le pagará el viaje!

—Presidente –agregué–. Ud. siempre está quejándose de que el Gobierno no tiene plata.

—Ya veremos– dijo Ibáñez, sonriendo.

Al contrario de lo que había sucedido momentos antes con las señoras de los oficiales, alguien rechazaba un viaje al extranjero.

De improviso, apareció el ayudante del General y le preguntó, *«¿Cómo se sentarán a la mesa?»* La respuesta no se deja esperar: *«¡Por orden de antigüedad!»* Y ahora el desfile hacia el comedor. Quedábamos el Presidente, la señora Graciela, Carmen y yo.

—Rector, ¿por qué no pasa?– me preguntó el Presidente

—No tengo antigüedad, Presidente.

—Carmencita, pase –dijo Ibáñez y en seguida–: Rector, pase Ud. también.

—Perdón, después de la señora Graciela– agregué.

Después de eso, el Presidente, dirigiéndose al Intendente, Coronel retirado que estaba sentado al lado del Presidente, le dijo: *«Intendente, sírvase tomar asiento»,* y le señala otro lugar en la mesa. Entonces yo, amigo y coterráneo con el Intendente Alejandro Acuña, me estremecí. Nuevamente habla el Presidente, ahora a la señora de Acuña: *«Maruja, sírvase tomar asiento allá»,* y dirigiéndose a un oficial: *«Acompáñela».* Y continuó: *«Carmencita, asiento aquí, al lado de doña Graciela. Rector, aquí, a mi lado izquierdo».* Todo el mundo de pie, silencio sepulcral. El Presidente concluye: *«Así está bien».* Y vuelve la calma y la charla.

Promediaba la cena y allá en el fondo de la mesa, que tenía forma

Ediciones DAGP/Difusión

de martillo, se deja oír una voz: *«Presidente, cierre el Congreso, cierre la Corte Suprema y termine con todo esto. La Cuarta División está enteramente con Ud.».* Silencio absoluto en el salón.

De pronto, hice atrás mi silla y dije: *«Don Carlos, le debo muchas atenciones, pero esto que acabo de oír no se compadece con mi modo de pensar».* Oí que otra silla se echaba atrás. Silencio mortal. El Presidente, poniendo una mano sobre mi hombro, dice con su voz ronca y fuerte: *«No tema, nunca volverá a suceder una cosa así».* La otra silla que se había movido era la de Carmen. Doña Graciela le habla diciéndole: *«No hay cuidado, Carlos y yo hemos sufrido mucho para que vuelva a ocurrir algo así».* El novicio Rector había pasado una prueba enorme: me atreví a decirle al Presidente, frente a frente, lo que pensaba como ciudadano y como Rector.

Así, con momentos gratos y muchos otros plagados de tensión, se dieron por terminadas las ceremonias de instalación de la Universidad Austral y esta comenzó con sus labores académicas. Mi sueño parecía que se estaba cumpliendo, pero todavía quedaban muchos asuntos por resolver y el tiempo traería dificultades insospechadas, aunque también muchísimas anécdotas.

Ediciones UACh/Difusión

Cuando se iniciaron las primeras clases, ocurrió un hecho que por lo anecdótico hay que recordarlo: las clases de Química se pusieron a cargo de una Pedagoga en Química, doña Araceli Poblete. Era una persona de pequeña estatura, 1,50 m, con la gracia natural que le daba el aspecto de una niña. El curso de esta disciplina lo integraban 33 alumnos, la mayoría de ascendencia alemana y de estaturas de 1,80 m o más. Era medio día cuando hizo irrupción en la Rectoría la profesora y con llanto abierto dice:

—Señor Rector, vengo a presentarle mi renuncia porque no puedo seguir.

—¿Qué pasa?– le pregunté.

—Señor, los estudiantes se han reído toda la clase en tal forma que me ha sido imposible dictar la materia. Solo algunas frases y nada más.

—Pero Araceli, esto no es nada. Habrá alguna razón, que ignoramos, para justificar este comportamiento. Trate de conocerla. En la próxima clase empiece por decirles: *Quiero conocer la real capacidad de Uds. y,*

por consiguiente, la primera interrogación del año será sobre la clase anterior y su nota formará parte de la nota semestral. Llame uno por uno, e interróguelos. Después hará un rosario de unos, y terminará expresando sus deseos de que la próxima interrogación sea mejor. Cualquiera sea el resultado me lo comunica.

Al día siguiente llegó riéndose y dijo:

—El resultado fue que todos se quedaron callados y pude hacer la clase normalmente.

De esta forma, lentamente se iban saltando los pequeños y grandes escollos.

Las Facultades de Medicina Veterinaria e Ingeniería Forestal recién comenzaban sus actividades cuando propusieron, a través del Consejo, concurrir a la Exposición anual de la Sociedad Nacional de agricultura. Yo sospechaba que era Enrique Hevia, miembro del Directorio, quien estaba detrás de esta iniciativa, pero oculté la satisfacción con que la acogía.

El Directorio aceptó de inmediato. Medicina Veterinaria concurrirá con una parte del criadero de toros y vacas con pedigree que integran su plantel ganadero y cuya presentación estaría a cargo de estudiantes. Su objeto era demostrar que la Universidad no sólo proporcionaba enseñanza teórica a sus alumnos, sino también práctica. Otro objetivo era mostrar el Centro de Inseminación Artificial y la enorme importancia que tendría para el mejoramiento de la masa ganadera de la zona de influencia de la Universidad, cuando se llegara al uso intensivo de la inseminación artificial. Pensaba, y lo daba a conocer por la prensa, que si se lograba aumentar la producción de leche en solo un litro por vaca, en el lapso de cinco o seis años Chile tendría una producción de leche suficiente para abastecer las necesidades del país. Sería un aporte directo a la economía nacional que justificaría las inversiones que hacía la Universidad. Esto además graficaría la decisión de extender la enseñanza en Medicina Veterinaria no sólo para la atención de perros falderos, gatos o caballos de carrera, como lo había sido hasta ese momento en las Escuelas existentes, sino al fomento y crianza de aquellos animales que están destinados a la sustentación del hombre.

La otra que participaría, la Facultad de Ingeniería Forestal, lo haría

Ediciones DAEP/Difusión

con una exposición gráfica y material de todo lo relacionado con la madera, para demostrar la importancia de la explotación racional de nuestra riqueza maderera, su cuidado y su ordenada renovación.[57]

Los decanos, profesores, alumnos y empleados de la UACH que se trasladaron a Santiago, pudieron informar y constatar el éxito total de la Exposición. Nunca antes una Universidad había presentado en una exposición una muestra de tal calidad, demostrando que su interés era no sólo crear condiciones para la formación de hombres con altos valores, sino también colaborar con toda clase de esfuerzos industriales para cambiar la faz de la nación. Las felicitaciones del Presidente de la República no se hicieron esperar y él, entre palabras de elogio y risas, dijo a los *pingüinos* (así apodaron a los primeros alumnos de la UACH):

—Se han ganado (¿de qué ganado hablará don Carlos?) que se incluya en el próximo presupuesto 100 millones para su Universidad. El dinero del Estado se invierte cada vez más con un criterio más ajeno a los propósitos a que son destinados. Uds. están demostrando una nueva manera de hacerlo. Los felicito nuevamente.

Este evento resultó de suma importancia para la Universidad. Ella se acercaba cada vez más a las personas que, por tener importancia en la producción nacional, eran objeto de su atención.

La mejor prensa capitalina le dedicó elogiosos comentarios. Carlos Correa Valdés, Decano de la Facultad de Agronomía de la Universidad Católica, se acercó a conversar conmigo.

—Ed, te sacaste un siete. Al paso que va, tu universidad va a demostrar la importancia que tienen las Ciencias Agropecuarias y nuestra profesión. Uds. hacen cosas que no se nos habían ocurrido, pero aún ocurriéndosenos, no se nos habría dado el dinero para hacerlas. ¡Cuánto te debemos los Ingenieros Agrónomos!

—No soy yo el de estas ideas –respondí–. Son Alfredo Schüler y un hombre al que tú no conoces, porque además de ser un gran Ingeniero Forestal es de actitudes muy humildes. No hace resaltar con gestos o palabras que es docente, como otros que me dan risa cuando pavoneán-

Ediciones UACH/Difusión

57 Respecto a la explotación de la madera, es interesante destacar que cuando llegué a Valdivia las calles estaban entabladas con durmientes de ferrocarril, lo que grafica el escaso conocimiento respecto a este tema.

dose se declaran «catedráticos». Él es Guillermo Mittak, un Maestro[58] que ejerce gran atracción entre sus alumnos y entre todos los que lo conocen. Más encima es un «puntal fervoroso» de la UACH.

—Y, ¿cómo se las arreglaron para entrenar a los alumnos? –preguntó Correa.

—Los Decanos son hombres de letras y de campo. Mira lo que te voy a relatar. Un amigo, a lo mejor tú lo conoces, el padre John Haley de la Holy Cross, de visita en nuestra casa, me pidió conocer a un profesor de la Universidad. Para complacerlo, pensando que estaba en la Universidad, pregunté en la Casa Central por Alfredo Schüler. Como me dijeron que estaba en su campo, partimos a verlo. Al llegar al fundo de su propiedad y preguntar por él, nos dijeron que estaba trabajando. Pero, ¿dónde? *«En aquel potrero»,* nos respondieron. Fuimos hacia allá y, arriba de un tractor, con su overol lleno de polvo, estaba Alfred. Al vernos detuvo el tractor. *«Alfred* –le dije–, *te quiero presentar a un sacerdote que hace clases en el Saint George en Santiago».* Antes de que bajara del tractor, le aclaré a John que estaba frente al Decano de Medicina Veterinaria. *«No puede ser* –comentó John, sorprendido–. *Nunca vi una cosa semejante. Uds. van a llegar muy lejos».* El Decano bajó de su tractor con la cara, las manos, el overol, llenos de polvo y estiró la mano para saludar. Observó una reticencia en John y yo me adelanto a estrechársela. El fraile me supera y le da un abrazo. Tú me preguntas, Carlos, cómo se las arreglan para entrenar a los alumnos. ¿No te parece más que suficiente lo que te acabo de contar?

Ahí no terminó el diálogo, pues dije a Correa:

—Para que veas lo que somos, te mandaré un toro fino, para que comiences en el fundo de la Universidad un plantel con animales finos inscritos y que sirva para la enseñanza práctica.

Ambos nos despedimos entre risas, pero, tiempo después, cumplí lo que había dicho y mandé el toro a la Universidad Católica.

No sólo desde el exterior llegaban elogios para los que habían representado a la UACH en la Exposición, sino también desde el Directorio

58 El Profesor Guillermo Mittak fue «conquistado» por las Naciones Unidas, sin compensar a la UACH. Pero también se llevó consigo a uno de los alumnos más distinguidos, egresado de la Facultad de Ingeniería Forestal: José Bucarey.

Ediciones UACH/Digital

llovieron las felicitaciones para los Decanos, los profesores, los alumnos y los empleados. Las peticiones para repetir la exposición en otras ciudades se multiplicaron, pero había que considerar que no en todas las exposiciones contarían con las facilidades que habían tenido en la SNA. Por el momento, había que contener el entusiasmo e intensificar el trabajo al interior de la UACH.

Aunque cada sección de la nueva casa de estudios parecía ponerse en marcha, no olvidaba mi proyecto de crear una Ciudad Universitaria. El 5 de julio de 1955 se autorizó la compra de 32 hectáreas, ubicadas en la punta de la Isla Teja, para destinarlas a la construcción de la Universidad. La compra se efectuó el 30 de agosto, cumpliéndose así la adquisición que había anunciado a mi amigo Guillermo Prochelle, dueño de este terreno, varios meses atrás.[59]

En las sesiones de Directorio de noviembre de 1955, la arquitecto Gabriela González de Léniz dio a conocer y estudiar el plano regulador de la ciudad de Isla Teja, que comprendía proyectos detallados de parques, calles y caminos; proyecto completo de casas para profesores y proyecto de construcciones para los Institutos. Esto da origen a una interminable serie de sesiones en que se analiza en detalle desde llamar a concurso nacional con intervención de los Colegios de Arquitectos e Ingenieros, y de los Decanos de diversas universidades, hasta resolver este problema considerando los intereses y posibilidades de la UACH. Si algo despertó mis inquietudes fue este proceso, pues avizoraba interminables y costosos trabajos que podían terminar en proyectos de edificios que no concordarían con mi pensamiento en lo que se requería, dado el cambio que propiciaba para la enseñanza superior, y se corría el riesgo de cancelar las posibilidades de transformación de los edificios para adecuarlos a las necesidades que se harían presentes según el trabajo y capacidad de los investigadores. No se podía ignorar que en esta materia, investigación científica pura, Chile estaba en pañales.

Ediciones UACH/Digitón

59 Guillermo Prochelle Gómez era un pequeño comerciante, descendiente de Carlos Prochelle, uno de los propietarios de la Isla Teja. Cuando se acordó la compra de los terrenos, Guillermo se reservó una faja de ellos, donde se levantaron las casas de los profesores y me dijo *«Esta faja es tuya». «Jamás aceptaré tu donación. ¡Como saltarían los imbéciles gritando coimas! Se inscribe todo a nombre de la Universidad o sencillamente no hay negocio. Es de la Universidad».*

Al decidirse la contratación de un arquitecto joven, soñador y práctico a la vez, Ronald Ramm, me encontré con la ocasión de intercambiar cara a cara las ideas que tenía en mente. Los experimentos se hacen en serie, empezando por lo más elemental para progresar tanto en el uso de materiales de menor costo, como para allegar o considerar las variadas hipótesis, antes de afirmar conclusiones que exigirán mayores inversiones.

Una de mis sugerencias decía relación con las casas de profesores, que quedan frente al río Calle Calle. Ellas deberían inspirarse en las rucas mapuches, de tal manera que, vistas desde la avenida costanera, parecieran emerger entre los arbustos. Las casas que daban a la avenida principal marcarían el estilo de todas las construcciones de la ciudad universitaria. Deberían cumplir cinco requisitos: antisísmicas, incombustibles, buen aislamiento térmico y acústico, de interior fácil de cambiar y fáciles de armar y de desarmar.

Mi participación activa en el diseño de planos y su ejecución estaba guiada por propósitos muy determinados. Solicité edificios, mejor dicho pabellones, ligeros y de poco costo, porque pensaba que la Universidad necesitaría por lo menos quince años hasta que los investigadores lograran los resultados que justificaran edificios definitivos y, en consecuencia, tan costosos que en el comienzo de la UACH no se justificaban. Por otra parte, creía que estos pabellones, cuando tuvieran que ser dados de baja, podrían desarmarse e instalarse en zonas rurales donde servirían para ampliar escuelas públicas o retenes de carabineros. También creía que una universidad brillante no podría tener más de 2.500 alumnos, cifra manejable desde el punto de vista docente. La experiencia de haber sido alumno de la escuela de Medicina en dos universidades, Santiago y Concepción, donde en la primera fueron más de doscientos estudiantes en primer año y donde la voz del profesor no llegaba claramente a la «galería», me despertaba malos recuerdos. En tanto en Concepción, con más de 25 años de funcionamiento, la escuela tenía máximo treinta a treinta cinco alumnos por curso, lo que además de facilitar la audición, permitía cierto contacto personal entre profesor y estudiante.

Entre cada pabellón habría una cierta distancia y serían unidos por «soportales», según diría después el Decano Eleazar Huerta, que pro-

Ediciones UACh/Difusión

tegieran de la lluvia y el viento, porque si en alguna parte de Valdivia llueve y soplan fuertes vientos con mayor violencia que en el resto de la ciudad, era justamente en la punta de la Isla, donde se levantarían los edificios. Su estructura debería revestirse con enredadera de madreselvas y copihues, prestándoles el aspecto que yo resumía diciendo «pobres pero decentes». Los espacios que conformarían los patios debían cubrirse de azaleas, rododendros, jazmines y toda clase de pequeños arbustos de flores vistosas y aromáticas.

Además de estos parques, la universidad tendría un jardín botánico con toda suerte de árboles y arbustos nativos. Debería ayudarse al máximo a la naturaleza que brindaba la posibilidad de hacer que resaltara su hermosura contra la pobreza de sus edificios. Yo conversaba con Ronald Ramm todos los detalles presentes y futuros.

Las plantas que se colocaron en los corredores y patios salieron, primero, del jardín de mi casa y luego, de las que personalmente y casa por casa logré que me fueran donadas. Había que economizar en todo lo que se pudiera, gastar en lo que era necesario, pero jamás endeudar a la Universidad. El que endeuda a la empresa que no tiene fines de lucro es, según pensaba, un imbécil.

Al mencionar la creación de la ciudad universitaria se me viene a la mente cómo se gestó la hermosísima alameda que sirve de entrada a la ciudad. Los terrenos adquiridos a la sucesión Prochelle no tenían acceso a la principal avenida de la Isla, por lo que para acceder a la ciudad era preciso hacer un rodeo de varias cuadras. Había que acortar camino y solicité a Guillermo Prochelle la autorización para hacer un terraplén que salvara esta dificultad, atravesando el pantano que las separaba. Guillermo me manifestó que él no se opondría, pero no respondía por el resto. *«No importa, lo haré»,* concluí. Como todas las resoluciones que, debiendo ejecutarse con urgencia, recabé al Directorio para proceder a invertir los fondos que fueran necesarios, lo que me fue concedido en la forma habitual.

Me dirigí a la firma constructora valdiviana Da Bove, cuyo gerente Gastón Da Bove se comprometió a construir el terraplén en 48 horas. Había que evitar que una orden judicial paralizara las obras. Se empezó un viernes en la tarde y el lunes siguiente existía el relleno necesario.

Ediciones LAGO / Difusión

¿Acción incorrecta? Sí. ¿El fin justifica los medios? No. Pero los Prochelle perdonaron el atropello y se limitaron a decir «cosas de Ed».

Como era deprimente observar el camino ripiado que atravesaba el pantano, decidí transformarlo en una Alameda. Solicité hasta el cansancio, durante seis meses, al Decano de Ingeniería Forestal que plantaran álamos en ambos costados. Fue inútil. Por eso, un buen día solicité la colaboración de mi hijo Eduardo, de un joven estudiante, Pepe Bucarey y del jefe de jardineros, Segovia, y procedimos a sacar varillas de los álamos que crecían a orillas del río Cau-Cau. Cuarenta y ocho horas habían pasado y la alameda empezaba a tomar vida, no sólo manteniendo el terraplén sino obligando, en un día no lejano, a levantar la vista al cielo antes de ingresar a los recintos universitarios.

Avanzaba el año 1956 y la Universidad entraba en una etapa de expansión tanto en lo que se refiere a su propia labor, docencia e investigación, como ampliación y consolidación de su desarrollo físico: edificios para la docencia, casas para profesores, campos agrícolas y forestales. Otra fuente de trabajo se abría con el interés que despertaba en importantes sociedades, como la Sociedad de Fomento Fabril y la Sociedad Nacional de Agricultura.

Ambas solicitaban que la Universidad se hiciera socia de ellas, lo que para mí significaba tener una actividad que sobrepasaba mi capacidad física. Me vi forzado a exigir más actividad de la Secretaría General desempeñada por Fernando Santiván. Al examinar la situación me encontré con un desorden descomunal. En mi alma se desató el conflicto: Fernando había sido un hombre indispensable en la creación de la Universidad, no sólo por sus dotes de escritor, sino por su calidad humana, condición relevante que veo y aprecio como la riqueza más importante del hombre. Pero como hombre ejecutivo no estaba en situación de manejar una obra tan compleja. La situación me impulsaba a solicitarle la renuncia, pero me consideraba incapaz de dar tal paso. Tenía conciencia que, mirado el asunto con ojos extraños, me lloverían las críticas si daba el paso. Decidí someter la situación al Directorio para que allí se determinara el camino a seguir. Lo hice en la sesión N° 97, del 16 de octubre, donde expuse los siguientes problemas:

1) Se encuentran detenidos todos los contratos y nombramientos,

Ediciones UACh / Difusión

pues el Oficial de Partes está haciendo uso de su feriado legal.

2) El libro de matrículas no se encuentra al día.

3) La Memoria de la Universidad no se ha confeccionado.

4) No hay control de horarios de trabajo para el personal docente ni administrativo.

5) No se ha ordenado la confección de formularios de admisión y de matrícula para el próximo año.

6) No se han prescrito disposiciones claras que permitan determinar el escalafón del personal.

7) Hay actualmente unos treinta puntos pendientes, sin resolución en Secretaría General.

Fernando Santiván había solicitado su licencia legal y seis días optativos a que reglamentariamente tenía derecho. Abreviando: había que nombrar un Secretario General suplente. Se discute, se especula y por fin se nombra a un sacerdote que era ya profesor en la Universidad: Cirilo Elton Álamos, quien, además, había sido Secretario General de la Universidad Católica del Perú, cargo que desempeñó durante dos años. Aunque Elton era sacerdote, la proposición de su nombramiento no contravenía las normas de prescindencia religiosa de la Universidad, pues esta decisión se basaba en su calidad de catedrático de la misma, en su experiencia de organización y en sus dotes personales.

En sesión del martes 23 de octubre, Elton dio cuenta de la situación de la Secretaría General, haciendo notar que el estado de esta no correspondía, en manera alguna, a las exigencias administrativas y pedagógicas de una institución que había llegado a un desarrollo tan grande. Esto adquiría especial gravedad en lo que se refería a las asignaturas que deberían ser controladas en exámenes por la Universidad de Chile. La Universidad debía, por lo tanto, abocarse a un doble trabajo de organización. Primero, en lo referente al control de las actividades docentes y, enseguida, al funcionamiento administrativo.

Ante la gravedad de lo expuesto y ante mi expresa petición, el Directorio acordó la reorganización de todos los servicios relacionados con los dos aspectos anteriores y para ello me autorizó para que, en consulta con el Secretario General, procediera a contratar nuevo personal o hacer cambios en el existente a la fecha.

Ediciones UACh/Difusión

Esto trajo para mí otra de las situaciones que más podían afectarme. El Prosecretario, Héctor Casanova, era un hombre tan meticuloso que llegaba hasta el perfeccionismo, lo que provocaba continuos encuentros con Santiván, pero si hubo una persona que mereciera toda mi confianza, fue sin duda Casanova. Había sido mi compañero de estudios en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile: amigo leal, de los que no vacilan en representar los errores. Amigo y compañero de Millas y Oyarzún y adepto a sus pensamientos. Pues bien, los hechos no se desarrollaron como esperaba y el nuevo Secretario General interino impuso la salida de Casanova. Fui yo quien pagó con un formal distanciamiento de Héctor y sus amigos. ¡Gajes del oficio!

¡Qué habría dado por ser dictador solo por un momento y mantenerlo junto a mí! Los intereses superiores de la Universidad que me enrostraba Cirilo Elton me exigían asumir la responsabilidad y el lógico distanciamiento que se produjo entre todos los actores. La ambición de recibir honores u homenajes nunca se anidaron en mi alma, pero sí los sentimientos de gratitud para con todos aquellos que de una u otra forma colaboran al progreso de los seres humanos. Y tomar la medida que mi cargo exigía fue una de las amarguras que me aquejaron durante mucho tiempo. Pero tuve que continuar sin descanso en el timón de la UACH, ya que cada día se presentaban nuevos y difíciles desafíos.

Otro de los problemas presentados tuvo que ver con los dineros de la Universidad. Al iniciar las labores de fundación y organización de la universidad, los dineros que se gastaban procedían de mi bolsillo y en consecuencia no había Contabilidad. Entonces, sabe Dios por qué, tomé la precaución de anotar en «papelitos» todos los gastos en que incurría. Al principio, como era natural, los que envolvían mis propios recursos y, posteriormente, los que eran sometidos a mi aprobación por el contador contratado. Este, el señor Antonio Sáez, había sido mi contador personal y como me pareció razonable, lo nombré contador de la Universidad, sin imaginarme jamás lo que iba a suceder.

Preocupado por los gastos, seguía con mi costumbre de anotar en un papelito todos los egresos. Pedía a Sáez cada fin de mes un estado de situación y recibía siempre la misma respuesta: *«la próxima semana».* Pero llegó el día en que la montaña de papelitos se hizo inmanejable y

Ediciones UACH/Difusión

pedí la intervención de la contabilidad, con el resultado que lisa y llanamente el señor Sáez no podía responder de nada, de tal manera que se le pidió su renuncia. El interventor no podía hacerse cargo del puesto que se le ofreció. Por lo que nuevamente hubo que bucear en busca de la persona adecuada. Así llegó Raúl Grandjean,[60] quien después de dos meses de intenso trabajo pudo presentar un estado de situación: las cuentas estaban al día. Los «papelitos» habían demostrado ser útiles y no había necesidad de seguir acumulándolos. Pero la costumbre se impuso hasta el día en que recuerdo este episodio.

Raúl Grandjean demoró casi seis meses en poner orden en los libros y así pude por fin ver un balance y deshacerme de mi «montaña». No habían pasado quince días desde que se me entregara el balance, cuando aparece un Inspector de la Contraloría. Mi suspiro debe haberse oído hasta en la cima del volcán Villarrica. *«¡Qué suerte!»*, me decía todo el día. Pero el controlador pidió la rendición de cuentas de dineros que, conforme a la Ley, debían haberse invertido en reajuste de sueldos. De nada sirvió la explicación acerca de que se habían invertido en materiales para los laboratorios de diversos Institutos. El inspector, muy amablemente no aceptó mis explicaciones y me zampó:

—Aquí hay malversación de fondos públicos y no vale ninguna explicación de las que Ud. me ofrece. Ud. tiene quince días de plazo para devolverlos, si no tendremos que ponerlo a la sombra.

Pero, ¿de dónde iba yo a sacar 20 millones de pesos? Mi cara de aflicción debió ser muy grande pues el buen hombre me dijo:

—Diríjase al Presidente y solicítele que envíe al Congreso un proyecto de ley que lo autorice para justificar lo hecho.

En el acto llamé por teléfono a mi buen amigo Gastón Acuña, Secretario privado del Presidente, y le expuse mi apuro. Pasarían un par de horas y Gastón me comunica que el Presidente ya estaba enviando al Congreso la ley que reparaba mi error. Y en diez días todo estuvo subsanado. Pero el hecho de haber incurrido en una falta tan grave me penó por varios meses.

60 Raúl Grandjean era contador de la firma Guillermo Prochelle y merecía toda mi estimación y confianza. Junto al Tesorero General don Manuel Cavada hacían una yunta perfecta, tanto así que después de mi salida siguieron contando con la confianza de mis sucesores.

Editores LACH / Difusión

Dos hombres de honor y un tercero que vigilaba con ojo atento me permitieron terminar mis períodos como Rector, con la seguridad de que todos los fondos que tuve que administrar se invirtieron «correctamente», aun aquellos a los que más tarde haría alusión un Secretario como una de las faltas más graves de mi gestión: los relacionados con el Edificio Prales.

En la hora en que surgen estos recuerdos, no estoy en condiciones de probar que, como todo lo que aquí se relata, fue «a mi querida universidad», donde fueron a parar todos los beneficios de un negocio que, como hombre de empresas que he sido en mi vida, me dio el edificio hoy llamado Prales, cuya terminación salvó el honor y el dinero de tantos valdivianos, muchos de los cuales me manifestaron su agradecimiento.

No todo lo que sucedía en la UACH era motivo de satisfacción, ya que con el correr de los años siguieron ocurriendo hechos que me causaron más de algún problema, entristeciéndome. A pesar de eso, el año 1958 parecía transcurrir tranquilamente: nombramientos de nuevos profesores que iban completando el cuadro docente; avances definitivos para erigir la ciudad universitaria y adjudicación de recursos. Parecía que sólo habría pequeños problemas del diario vivir. La eficiente dirección del profesor Hugo Montes frente a la Facultad de Estudios Generales había calmado mis inquietudes.

De improviso, se produjo un serio desacuerdo entre el Decano de la Facultad de Bellas Artes y algunos profesores, lo que terminó con la renuncia del Dr. Eduardo Tallman. Después de un corto interinato del Prosecretario General José Manuel Arellano como Decano, se procedió a nombrar Decano al profesor Vittorio Di Girolamo, en la Sesión del 8 de marzo de 1958. Se despertaron las expectativas de que esta Facultad adquiriera un rango verdaderamente universitario, dadas todas las condiciones del nuevo Decano. Como parecía lógico esperar, Di Girolamo se abocó a la clasificación de los profesores y a darle una nueva estructura. En un informe preliminar, hizo notar, en primer lugar, que el nivel general de preparación de los profesores de la Facultad era el de profesores secundarios, especialmente en los ramos docentes de Artes Plásticas. Ello traía como consecuencia un bajo nivel y malos resultados en la enseñanza. Salvo tres o cuatro casos, en toda la Facultad faltaba el

Fundación LACH / Difusión

nivel propiamente universitario. Faltaba también conciencia y sentido de responsabilidad en algunos profesores. Eso sí, el Conservatorio estaba en buen nivel de honradez y trabajo.

Propuso la contratación de cuatro nuevos profesores, entre ellos un arquitecto valdiviano, Fernando Guarda, de quien se decía que era hombre de gran cultura. Di Girolamo no pudo precisar las cátedras que desempeñarían estos profesores, pero pensaba que al organizarse la Facultad como él la veía, sería como un gran taller integral, sin gran división entre escuelas. Él, con estos profesores, pensaba proyectar el esquema de la Facultad, el número de cátedras, los años, etc. Al hacer una exposición más a fondo, dijo: *«Solo quedarán tres profesores de los actuales, los otros podrían quedar en algo inferior, no en clases de tipo universitario».*

Las informaciones que se filtraron produjeron un gran revuelo, desatándose un verdadero duelo entre varios Decanos. Permanecí expectante, dado que no me podía formar un juicio sobre los hechos que se desarrollaban. De algo estaba seguro, Lipschütz me había advertido: científicos, médicos y artistas son pequeños dioses.

El 24 de septiembre, en una sesión extraordinaria, se trató el asunto del permiso que por enfermedad se había concedido al Decano Di Girolamo y las propuestas que había hecho él mismo para nombrar un reemplazante, mientras durara su permiso por tres meses.

Como la Universidad, puede decirse, estaba en plena formación, se armó un enorme debate acerca de si un Decano tenía derecho a elegir a su sucesor, dividiéndose el Consejo entre los que creían que tenía derecho y aquellos que creían que no. A mí me pareció que este debate trataba de sentar lo que sería jurisprudencia para la universidad y me limité a oír y a seguirlo atentamente. En un momento, la discusión quedó centrada en los nombres que se proponían: en primer lugar, el Profesor Sergio Contardo, profesor de Filosofía de la Facultad de Estudios Generales, el que fue objetado por el Decano Huerta, alegando que no era profesor de Bellas Artes. Se propone nombrarlo profesor de Estética, con lo que quedaría subsanado el inconveniente. Pero Huerta insistía en la inconveniencia de nombrar a una persona que no ha tenido contacto con los profesores y propuso tres nombres: Pescador, Hidalgo y Arellano, pero de los tres prefería a este último. Después de un largo y a veces

Editores DACH / Difusión

violento intercambio de opiniones, se elige al Profesor Arellano con los votos de los decanos Schüler, Westermeyer y Huerta y de los Directores Hevia y Cavada. Por el señor Contardo, propuesto por Di Girolamo, votaron los Decanos Montes y Balen y el Sr. Martínez. Me abstuve de votar, lamentando el debate producido y pidiendo que se reestableciera la serenidad.

En la sesión del martes 9 de diciembre de 1958, el Decano interino informó que algunos Directores opinaban que debía suprimirse totalmente la Facultad de Bellas Artes. A su juicio, estas opiniones daban lugar sólo a tres caminos para seguir en el año siguiente: no innovar, suprimir la Facultad o ir a una drástica reducción que permitiría ahorrar 16.000.000 de pesos. Descartadas las dos primeras posibilidades que el Decano estima inadecuadas por razones evidentes, cree que debe elegirse el último sistema. Para lograr este objetivo, el Conservatorio de Música y la Escuela de Danza quedarían sólo como Departamentos anexos, mientras no comenzaran a realizar labores de nivel propiamente universitario. La Escuela de Artes Plásticas habría que orientarla esencialmente a cursos libres, manteniendo solamente a los alumnos docentes, hasta que la Universidad cumpliera el compromiso contraído con ellos. En cambio, se destinaría un ítem a organizar la Escuela de Teatro. Meyer-Abich lamentó opinar a favor de la total supresión de la Facultad, sin perjuicio de incorporar en cierta forma sus funciones a la Extensión Cultural. Creía que las universidades chilenas debían ir cada vez a una especificación mayor y no tratar de competir con otras.[61]

El Decano Huerta observó que otros Consejeros podrían juzgar mejor la responsabilidad moral contraída por la Universidad con quienes colaboraron a la fecha de su fundación en organizar la Facultad de Bellas Artes. Añadió que no podía parcelarse la misión de la Universidad, privándola de la labor que debe realizar a través de los aspectos humanísticos y artísticos. Creía que el sur de Chile tenía especiales condiciones para el desarrollo musical. Por todo ello, insistió en la conveniencia de mante-

Editorial UACH / Archivo

61 ¿Qué habría dicho si por un momento se hubiera imaginado que en un futuro no lejano habría cincuenta «universidades», no compitiendo por algunos artistas, sino por llenarnos de profesionales con la perspectiva cierta de que, además de ser cesantes, estuvieran formados por el tipo de profesores que la UACH eliminaba?

ner aquellas funciones que fuera posible en la Facultad de Bellas Artes.

Puestas en votación las indicaciones del Sr. Decano interino, se aprueba por los HH. Directorio y Consejo la reestructuración de la Facultad de Bellas Artes, sobre las bases propuestas, realizando una drástica reducción del presupuesto y desahuciando desde luego a la totalidad del personal docente y administrativo, sin perjuicio de que se recontratara posteriormente a quienes fuera necesario. Estos acuerdos se mantendrían en reserva mientras se estimara conveniente.

Y así terminó, por vez primera, uno de mis sueños, y lentamente empecé a sentir no sólo mi soledad frente a las tareas que debí emprender al fundar la Universidad, sino también la enorme responsabilidad con que cargué al incitar a tanta gente de buena voluntad a incorporarse a la tarea. ¿Es este el premio al que hace de punta de arado al abrir nuevos surcos donde se sembrará el porvenir de una ciudad, de una región, de un país? Amargo trago que pude compartir con sólo una persona: Carmen.

Así se puso fin, momentáneamente, a la Facultad de Bellas Artes.

Después de la desilusión que significó el fin de la Facultad de Bellas Artes, los quehaceres de la Universidad continuaron y el tiempo parecía escaparse rápidamente. Para mayo de 1960 los asuntos universitarios habían tomado un ritmo regular: nombramientos de nuevos profesores, el problema de la autonomía, el presupuesto, adquisiciones, pero nada que inquietara demasiado mi vida.

El domingo 22 de ese mes amaneció con un sol brillante,[62] como pocas veces sucedía en Valdivia. Como era mi costumbre, asistí a la misa en la Catedral con toda la familia. Después, la pasada tradicional por el Club y el almuerzo en casa. Carmen había ido a Santiago a visitar a su hermano, por lo que pasaría esa tarde con mis hijos Eduardo, Carmen Pilar y María Consuelo, además de Miguel Letelier Valdés, hijo del entonces Decano de Bellas Artes de la Universidad de Chile, Alfonso Letelier. Estaban en la casa otros dos jóvenes cuyos nombres no recuerdo. Con tanta juventud era un almuerzo entretenido.

A las tres de la tarde se sintió un fuerte temblor de tierra, que a mí,

62 Todo este relato se ajusta estrictamente a la verdad. Desgraciadamente, el único testigo que lo vivió es un sacerdote a quien no he recurrido. El Gobierno de la época silenció toda la información que le proporcioné. ¡Pequeña venganza!

Ediciones DAGP / Difusión

ya curtido por estos fenómenos –había sufrido el terremoto de Talca en 1929 y el de Chillán en 1939– me pareció de una intensidad grado 5 en la Escala de Richter. Segundos después, suena el teléfono: es el Obispo José Manuel Santos, quien pregunta si puede participar en el café de la familia: *«Claro Monseñor, lo esperamos».*

Cuando llamó, estaba listo para salir del Obispado o se arregló en un instante, pues llegó de inmediato. El hecho fue que, tomando asiento en un sofá junto a los niños, comentó:

—Fuerte el temblor, Ed, casi un terremoto–. Habían pasado catorce minutos desde el movimiento sísmico.

—Terremoto no, Monseñor. Cuando esa lámpara que está allí –y señalé la enorme y pesada la lámpara de bronce que estaba sobre la mesa del comedor – caiga, entonces es terremoto.

Y la lámpara cae. Empezaron los estertores de la tierra, acompañados de un ruido estremecedor. Traté de ponerme de pie para cerrar las puertas de las vitrinas que contenían la cristalería. No alcancé a incorporarme cuando toda la cristalería aterriza. Nuevo intento de ponerme de pie. Imposible, el piso parece cuadricularse y levantarse por partes. La sala de estar daba hacia la calle, miré y vi caer los cables que repartían la electricidad, produciendo enormes corto circuitos. Vi pasar dos autos dando saltos, por cuanto la calle tenía un fuerte desnivel. Yo había dirigido personalmente la construcción de la casa, con la ayuda de Carmen que hacía de inspector para que las obras se ejecutaran conforme a las más estrictas normas asísmicas, por lo que confiaba en que no se derrumbaría. Pasaron cuatro minutos y la intensidad de los movimientos no disminuía, al contrario, se hacían más intensos. Por un momento pensé que este cataclismo, así lo aprecié, era el fin de mi existencia y como católico pedí al Obispo que nos diera la absolución. Este, con una palidez mortal, permaneció inmóvil y mudo. Nadie se movía de sus asientos; los niños, igualmente pálidos y mudos. El fenómeno continuaba. Dos minutos o la eternidad, parecían lo mismo y yo sentía que estábamos por entrar en ella. Ciertamente, es la sensación del alma que ha llegado al término de su existencia. Todos percibimos o tuvimos la sensación de que la casa se estaba hundiendo, dando bruscos remezones, que hacían más claro que se estaba hundiendo. Solo una sensación,

Ediciones UACH/Difusión

pero que se hundía, se hundía. Por fin, un sacudón más fuerte y termina el episodio principal.

La casa asísmica, ¿había resistido intacta? No. Había prolongado el conducto de la chimenea, no con fierro, sino simples ladrillos. Todo lo alargado cayó hacia el patio. Si hubiese caído sobre la techumbre no habría habido salvación.

Todos salimos a la calle. La nube de polvo persistía. La torre del Cuerpo de Bomberos que estaba a cincuenta metros de la casa se había derrumbado. Frente a ella quedaba la casa de un compadre que tenía trece hijos. El Obispo, ya repuesto de la impresión, me preguntó: *«¿Qué hago?»*. Respondí: *«Vaya por la ciudad y socorra a todo el que lo necesite: yo me voy a la Plaza para ayudar a la autoridad»*.

En la Plaza pude constatar que la Catedral, donde había estado en misa en la mañana, se había derrumbado. Las grandes campanas yacían en medio de los escombros. Seguían pequeños movimientos telúricos. Frente a la Plaza estaba el edificio Prales –de Prochelle y Morales–, donde en un departamento residían mis suegros. El edificio al parecer había resistido bien: no se le había quebrado ni un solo vidrio. Todos sus habitantes, como el resto de la población, habían abandonado sus hogares con el movimiento de las tres de la tarde, que había servido de advertencia. El desorden en la Plaza era descomunal: gritos, llantos, gente sentada en los bancos con la cara entre las manos. Se miraban unos a otros sin saber qué decirse. Ya viene otro estertor. Ya pasó. Dios mío, ¡hasta cuándo!

Mantuve mis nervios controlados. Pero, ¿qué hacer? Víctor Kunstman, Vice Rector de la Universidad e Intendente de la Provincia, estaba en La Unión, a ochenta kilómetros de la ciudad; el General Comandante de la IV División de Ejército, Alfonso Cañas Ruiz-Tagle, no aparecía –había quedado aislado en su fundo–. Entonces, ¿quién mandaba en estos momentos cruciales? De repente, un oficial de Ejército se dirigió hacia mí y me dijo:

—Rector, Ud. debe asumir el mando de la Plaza.

—Señor, no soy ninguna autoridad, y la Ley prohíbe asumir funciones a quienes no están oficialmente calificados.

—Señor Rector, o Ud. asume el mando de la Plaza o yo lo hago a Ud.

Ediciones DAR / Difusión

responsable de todo lo que aquí pueda ocurrir. Aquí está el Teniente de Órdenes, está a su servicio.

En breves segundos pensé, ¿por qué a mí? Si me resisto, ¿qué va pasar? Miraba al Teniente, que permanecía impávido a mi lado. En esto aparece una mujer del pueblo, a quién conocía, y me dice: *«Doctor, me han robado mi máquina de coser, me han saqueado la cocina, ayúdeme».* Quedé desconcertado. Apareció el doctor Humberto Mujica, médico del Hospital Regional y me dice:

—Doctor, tengo numerosos pacientes en el hospital y no puedo sacar el auto del garaje.

No podía seguirlo pensando, por lo que decidí asumir la responsabilidad que se me había entregado por la fuerza.

—Teniente, requise el primer auto que pase y que lleven al doctor al hospital.

Seguían apareciendo personas, tales como el Tesorero General de la Universidad, don Manuel Cavada y un oficial de secretaría, don Manuel Riveros y todos me preguntaban, *«¡Qué hacemos!»* Antes de responder, miré hacia el lado y me encontré con el Obispo.

—¿Y qué hace Ud. aquí, Monseñor?

—¡Ud. me ha requisado el auto!

—Lo siento, pero es urgente. Haga el favor de llevar al doctor al hospital.

Después me dirigí a Cavada.

—Don Manuel, saquen escritorios y máquinas de escribir de la Intendencia y procedan a recibir mensajes para los familiares, pues la radio del Regimiento parece estar en condiciones de enviarlos.

El alivio que se produjo en la multitud se hizo evidente.

—Bueno, mi teniente –continué–, necesitamos una carpa, pues vamos a llamar a un Cabildo abierto. ¡Ah!, el equipo sonoro que donó la Fundación Rockefeller recorrerá la ciudad para informar a la población de los acuerdos que se tomen.

A las cinco de la tarde se había congregado tal número de personas que la carpa se hizo estrecha. Entonces comenzó la reunión:

—Se me ha pedido que me haga cargo de la situación en que nos encontramos –empecé a explicar–. Sé que no tengo autoridad ninguna

Ediciones LAGO / Difusión

para actuar. Las circunstancias obligan a tomar medidas que garanticen el orden. La Constitución no ha previsto quién, en medio de una catástrofe como la que estamos viviendo, en ausencia de las autoridades competentes, se haga cargo del orden. Es a Uds. a quienes les corresponde decidir. Yo pienso que debemos establecer el Estado de Sitio y que el Ejército, Carabineros e Investigaciones, lo hagan cumplir. Los cadáveres que resulten de esta terrible emergencia, deben ser identificados inmediatamente y llevados a la morgue.

De lejos suena una voz:

—Ud. no tiene autoridad ninguna para dar órdenes ni menos para imponer el Estado de Sitio.

—Señor Diputado –respondí–. Ud. tiene razón, en principio, pero aquí no caben discusiones. Si el Cabildo aprueba lo que he propuesto, no le quepa la menor duda de que si Ud. insiste, será arrestado, hasta que no sepamos cuál es la situación en el resto del país.

Silencio absoluto en la carpa. Se da por aprobado el Estado de Sitio.

—Que se informe a la ciudad –concluí– que desde la seis de la tarde queda prohibido el tránsito por las calles. Nadie, absolutamente nadie puede circular. Carabineros y patrullas del Ejército harán cumplir estas órdenes.

Y no voló una mosca. Las réplicas del terremoto se sucedían a intervalos regulares. Muy incultos y exaltados seremos los chilenos, pero de que sabemos enfrentar las catástrofes con que nos acaricia la naturaleza, no cabe duda.

Al día siguiente, junto con el Ministro del Interior don Sótero del Río, llega Carmen, formando parte de la misión como enfermera.

Informé rápidamente al Ministro de todo lo acontecido y, por supuesto, acerca del Estado de Sitio que se había impuesto. Entonces, le aseguro al Ministro que puede constatar que ha existido orden y tranquilidad en toda la ciudad.

—Gracias. Que siga todo como está– fue el único comentario del Ministro.

A veces pienso, hasta el día de hoy, cómo fue que una ciudad entera apoyó la muestra de confianza que me había dado ese Oficial de Ejército. El Gobierno, habiendo sido informado, ni siquiera dijo *«Gracias»*.

Ediciones UACh Difusión

Habían pasado tres días y yo estaba dedicado a informarme en detalle de lo sucedido en la Universidad. Es preciso hacer notar la reacción del Decano de Estudios Generales don Hugo Montes. Él se encontraba en la Isla Teja al iniciarse el terremoto: vio caer la torre de bomberos y una nube de polvo que se levantaba sobre la ciudad. Se decía, *«¿dónde será el terremoto?»* Él no tenía experiencia en esta clase de fenómenos y me pareció lógico que, sin tener de dónde tomar un punto de comparación y hallándose en descampado, el fenómeno le pareciera de menor intensidad de la que realmente tenía, ya que los sismógrafos internacionales lo catalogaron de grado nueve, el más alto que se había registrado hasta ese momento. Sesenta mil hectáreas quedaron sumergidas bajo el agua. Valdivia había bajado, según cálculos de los geólogos, hasta un metro sesenta, entre las que se encontraba mi casa.

Los daños en los edificios universitarios fueron menores, pero en las informaciones que corrieron aparecieron abultados. En el material de laboratorios hubo grandes pérdidas que necesitaban ser reparadas con urgencia. Afortunadamente, desgracias físicas personales no hubo que lamentar, pero la parte psíquica sí que sufrió trastornos irreparables.

El día 25 recibí en mi casa la visita de un campesino que trabajaba en el fundo de Santiago Gaete, quien me informa que el río San Pedro, el que aportaba el caudal más grande al Calle-Calle, se había secado:

—Mire patrón, corre sólo un hilito de agua, el río se seca.

—No puede ser…

—Sí, patrón, se ven los pescados dándose vueltas.

—¿Estás seguro?

—Por Diosito que es así patrón.

—Bueno, gracias, voy a mandar a ver qué pasa.

Pedí al profesor de Geografía, Wolfgang Weischet, que subiera hasta los lagos y se informara de lo que sucedía. Nadie en Valdivia sabía lo que acontecía. ¿Qué pasó que las autoridades lo ignoran? Pasaron tres días y llegó el profesor a mi oficina.

—Señor Rector: ¡dantesco!, ¡dantesco!

—Cálmese, profesor, y cuénteme qué vio o encontró.

—El Lago Riñihue desemboca por el río San Pedro –explicó Weischet–. En el fundo de los Martens había una colina que tendría cien me-

Ediciones UACh / Difusión

tros de alto y a sus pies pasaba el río. Al otro lado estaba plano.

Hice esfuerzos para entender e interpretar, pues el Profesor hablaba un castellano de diccionario.

—Arriba en la colina tenía su casa un hombre que vivía con su familia, perro, gatos, gallinas, todo. Y todo, casa, perro, gallina, se fueron al otro lado, sin descomponerse nada. La tierra que tapó el río tiene una altura de 26,40 metros. Y el lago está subiendo.

—Profesor, dígame –interrogué–: ¿qué posibilidades hay de deshacer el taco que se ha formado?

—Ninguna, ninguna. Es una masa de arcilla relajada.

—Pero puede ser bombardeada.

—No –sentenció Weischet–, le he dicho que el lago va salir cuando llegue a los 26,40 metros de altura y no antes. Pero se va a producir una catástrofe…

—No. Hay partes estrechas en el curso del río que serán represas retardantes. Profesor, le ruego guardar silencio al respecto, pues voy a Santiago a informar directamente al Gobierno.

Viajé ese mismo día a Santiago para informar al Gobierno. Me dirigí a mi amigo y ex camarada, el Diputado Ignacio Palma. Este me llevó para que informara a Raúl Sáez, alto funcionario de la CORFO. Luego decidí desaparecer de la escena.

Esa misma tarde, en los diarios aparece la información: *«Desembocadura del Lago Riñihue, obstruida». Ipso facto* empieza la operación para destruir el taco, que elevaría a la categoría de héroes a todos los que trataron de abrirle curso al lago Riñihue. Todos fueron condecorados. Leopoldo Castedo, que había estado en mi casa (aquí sí que hay una prueba contundente), me solicitó un pequeño préstamo para filmar un video del Riñihue.

—La Universidad –respondí–, no tiene ítem para préstamos, pero puedo pedir un anticipo de mi sueldo y le proporcionaré la suma. ¿Cuánto quiere?

—Solo cinco mil pesos, que le devolveré tan pronto vuelva a Santiago.

En el corto de Castedo, todo el mundo puede apreciar que el lago Riñihue desaguó cuando llegó a los 26 m y no antes, aunque digan que a pala hicieron el canalito que permitió la salida de las aguas.

Ediciones UACH/Difusión

Tiempo después, me dirigí a la prensa, a cuanto medio de comunicación me fue posible, sin conseguir que la historia del Riñihue quedara ajustada a la verdad, por si se llegara a repetir por tercera vez la catástrofe (pues supe que en el siglo XVI ya se había producido ese fenómeno). Los dineros de la Nación no se cuidaron.

La ciudad tardó mucho en reponerse de esta catástrofe y yo, luego del servicio que presté los primeros días, fui dejado de lado y no tuve mayores conocimientos de lo que hacía el gobierno para reconstruir la ciudad. La Universidad también fue ignorada por completo: no se solicitaron sus servicios para nada, tanto así, que se prefirió pedir la intervención de la Universidad de Chile.

Mientras toda la región luchaba por salir adelante luego del terremoto, la Universidad tenía, además, otra pelea que dar: por la autonomía. El tema de la autonomía fue uno de los que más preocupación causó a los miembros de la Universidad y fue también uno de los argumentos que se usaron para pedir mi renuncia.

¡Qué tiempos aquellos en que para abrir una institución como la Universidad Austral no sólo se necesitaba dinero, sino la aprobación de dos grandes Instituciones del Estado: la Universidad de Chile y el Consejo de Defensa del Estado, además del Decreto Supremo que la autorizara y la benevolencia del H. Congreso Nacional! Recién después de todo eso el Presidente podía concederle la autonomía indispensable para que el pensamiento pudiera navegar por mares desconocidos.

La tramitación de la autonomía se le encargó al Secretario General Jaime Martínez, quien se desempeñó con especial entusiasmo y capacidad. Se trataba de un proyecto de Ley presentado por dos de los Diputados que representaban a la provincia, los señores Puentes y Palma y que contenía solo dos artículos: el primero, otorgaba a la Universidad Austral los beneficios ya adquiridos en materia de autonomía por las demás universidades existentes; y el segundo extendía estos beneficios a todas las Facultades y Escuelas. Esta segunda disposición fue necesaria porque la mayor parte de las Facultades de la Universidad Austral, dadas sus características, no quedaban comprendidas en el primer artículo, lo que era un caso único entre las Instituciones similares.

El Secretario General se encontró, de improviso, con que parlamen-

Ediciones DACH/Difusión

tarios del norte, de todas las tendencias políticas, presentaron un nuevo proyecto que en su artículo primero creaba la Universidad del Norte, en el segundo le otorgaba autonomía en forma similar a la del primer artículo del proyecto de la Universidad Austral y, en el tercero, liberaba a la nueva Universidad de los trámites exigidos por el Estatuto Universitario y que la Universidad Austral había cumplido en su oportunidad.

La diferencia entre los sistemas seguidos por ambas universidades y el carácter confesional de la del Norte, decidieron a la Rectoría a no confundir ambos proyectos, pero de pronto el segundo proyecto obtuvo el trámite de suma urgencia en el Congreso, lo que iba a conducir a que la nueva universidad quedara autónoma antes que la Austral, que ya teniendo cuatro años de existencia pasaba a ser la única universidad dependiente en el país. Por ello Jaime Martínez inició los trámites para incluir el proyecto Puentes-Palma en la convocatoria a sesiones extraordinarias del Congreso y para que se formularan las indicaciones necesarias para reunir en el proyecto de la Universidad del Norte las disposiciones que beneficiaban a ambos organismos. Esto trajo dificultades con los representantes de la Universidad del Norte, pero Martínez las superó felizmente.

Con gran apremio de tiempo, se obtuvo como resultado la aprobación por amplia mayoría en la Cámara de las disposiciones favorables a la Universidad Austral. Respecto al primer artículo del proyecto Puentes-Palma, bastó con intercalar en el segundo artículo de la Universidad del Norte la frase *«y a la Universidad Austral de Chile»*. En cuanto al segundo, pasó a ser un inciso nuevo en el proyecto definitivo, pero haciéndose extensivo a todas las universidades particulares reconocidas por el Estado, ya que habría sido injusto que en ese aspecto quedara en mejor pie la Universidad Austral. Tal es la razón por la que el proyecto que se aprobó quedó con la redacción definitiva que, en síntesis, consagraba la libertad de enseñanza para las Universidades que ostentaban legalmente ese título.

La colaboración decisiva de Jaime Martínez y de los senadores y diputados de la zona me impulsó a entrevistarme con el Rector Gómez Millas y con otras autoridades de la Universidad de Chile, para asegurarles que, con o sin autonomía, la Universidad Austral seguiría cooperando

Fundación LACH/Difusión

con la Universidad de Chile. Además, deseaba presentar los estatutos y reglamentos que serían necesarios para la aprobación de la ley. Todo parecía resultar a la perfección. Sin embargo, al entrevistarme con el Secretario General, Álvaro Bunster, este manifestó que de todas maneras la Universidad de Chile se opondría a la dictación de esta Ley.

Después, el Secretario General Martínez se dedicó a tramitar la Ley en el Senado, bajo los mejores auspicios. Expresándose en términos no académicos, este fue el primer *round* de la gestión para obtener la autonomía.

Cuando Jaime Martínez dio cuenta ante el Directorio y el Consejo de los resultados obtenidos, fue calurosamente felicitado. Era lo menos que se podía hacer ante una gestión tan difícil y tan importante para la Universidad. En esa ocasión, el Decano Eleazar Huerta manifestó su extrañeza por el hecho de que algunos parlamentarios no hubieran prestado su concurso positivo por razones doctrinarias, en circunstancias que algunos de ellos favorecían activamente a otras instituciones particulares como la Universidad de Concepción y que otros parlamentarios de igual orientación ideológica habían favorecido incluso a universidades confesionales. Creía el Decano Huerta que en la Universidad de Chile había importantes sectores que comprendían la posición de la Universidad Austral y destacaban las características de esta como «asociada» a la de Chile y lamentaba que yo no hubiese podido exponer, ante el Consejo de ella, los fines y propósitos de la UACH. Hice notar, entonces, cómo el Decano Huerta, que no compartía mis ideas políticas o religiosas, podía resaltar la prescindencia absoluta de ellas en la institución de que ambos formábamos parte.

Pasaron los días y la UACH recibió con alegría la aprobación del proyecto de Ley por el Senado. Pero la satisfacción se desvaneció rápidamente, pues el proyecto fue vetado por el Presidente, únicamente en lo que atañía a la Universidad Austral. El veto presidencial no está obligado a fundamentarse, en consecuencia nunca se supo la razón que tuvo el Presidente Jorge Alessandri para hacerlo.

Me sentí personalmente responsable de ello y me lo explicaba por una circunstancia en que había actuado mal, en defensa de mi propia dignidad, ante el Primer Mandatario. Los hechos ocurrieron de la si-

Archivo UACH / Difusión

guiente forma.

Cierto día del mes de julio de 1960, a la seis de la tarde, recibí una llamada telefónica del Senador Carlos Acharán, en la que me comunicaba que había obtenido una audiencia presidencial para el día siguiente a las ocho de la mañana. En aquel tiempo, existía sólo una comunicación por tren que salía de Valdivia justo a las seis de la tarde.

Decidí concurrir y, junto a Carmen, Manuel Cavada y un chofer, emprendimos el viaje en auto. Llegamos a Santiago a las 7.30 horas, justo para cambiarme de ropa y concurrir a la audiencia. En la antesala ya se encontraban el Senador y el Edecán de servicio. Acharán saludó con el afecto de siempre, pero el Edecán, dirigiéndose a mí, exclamó:

—¡Vaya! ¡Ud. aquí!

—Sí, señor, he viajado en auto toda la noche.

—No lo esperábamos.

Sentí el impacto, pero guardé silencio. De pronto sonó un timbre, el edecán entró al despacho presidencial y luego se asomó y dijo *«Pase»,* dirigiéndose al Senador.

Esperé pacientemente los 15 minutos. Saqué una moneda del bolsillo y me dije, como era mi costumbre: *«Cara, me quedo; sello, me voy».* Salió cara. Seguí esperando. Pasan otros 10 a 15 minutos. Sonó el timbre, volvió el edecán al despacho presidencial, y otra vez dijo: *«Pase»,* ahora al Rector.

El Presidente estaba sentado frente al Senador.

—Buenos días, Presidente.

—Buenos días, tome asiento –dijo Alessandri–. Bueno, ¿qué lo trae por acá?

—Entiendo que ya nuestro Senador le habrá informado la situación en que se encuentra la Universidad.

—Sí. Pero Ud. es amigo de Ibáñez.

—No precisamente. Le debo un servicio que prestó a mi familia cuando yo era un niño– respondí.

—Sí, pero Ud. no sabe lo que Ibáñez ha hecho sufrir a mi familia.

—Presidente, no estoy enterado de ello.

—Debía saberlo.

—Presidente –dije–, el Senador me ha pedido concurrir a una au-

Ediciones DARI/Difusión

diencia para tratar asuntos de la Universidad que tengo el honor de presidir. No he sido informado de que se tratarían asuntos personales. Perdone, Presidente, que me retire.

Y se acabó la audiencia.

Una vez más, y ahora ante el Presidente, el provinciano debía hacer valer sus derechos, sin pensar en el daño que hacía a la Universidad. La represalia no se dejó esperar. Tuve la debilidad de no informar al Directorio y al Consejo de lo que había sucedido. Mucho tiempo después recibí una tarjeta de S.E. en la que agradecía los servicios prestados por la Universidad a raíz del terremoto.

A fin de cuentas, la autonomía no se obtuvo sino seis años después de mi forzada renuncia a la Rectoría.

Ese mismo año en que ocurrió el terremoto y en que se perdió la oportunidad de conseguir la autonomía, se cumplían seis años desde la fundación de la Universidad y de acuerdo con los Estatutos debía llamarse a elección de Presidente y Rector. Para mí la Institución que daba sus primeros pasos era, puede decirse, una niña que se había desarrollado en forma extraordinaria, pero una infanta a fin de cuentas. Su desarrollo intelectual era aceptable dentro de las posibilidades que había en el entorno. Había un pequeño grupo de profesores con experiencia universitaria, el resto estaba en proceso de formación, la mayoría con un alto espíritu de superación, otros sintiéndose ya catedráticos.

El desarrollo material iba con retraso respecto al intelectual: no habían suficientes casas para profesores, faltaban edificios para las escuelas e institutos, persistían los problemas de urbanización: agua potable, luz, teléfonos, etc. El conjunto de materias a resolver exigía la presencia de un hombre más activo que pasivo. ¿Quién, entre los miembros de los Cuerpos Directivos, puede llevar la carta? ¿Kunstmann? Él fue llamado a colaborar no, como pensaban muchos, por su situación económica, sino por sus dotes de caballerosidad, su experiencia como gran empresario y la seguridad que proporcionaría al vigilar el correcto uso del dinero. Yo no sabía ni supe nunca cuál era el grado de instrucción que poseía; ciertamente, títulos universitarios no. De los profesionales, el único que tenía experiencia empresarial y universitaria era Alfredo Schüler. Pero, ¿cambiaría su espléndido fundo por una institución que

Ediciones UACh / Difusión

exigía presencia las 24 horas del día? No. Eleazar Huerta, culto y soñador, pero con un marcado tinte de político izquierdista, era resistido por muchos. Mi mente divagaba en busca de una persona que, como el presbítero Monseñor Carlos Casanueva, sin títulos universitarios, sin ejercer cátedra alguna, había llevado a la Universidad Católica a tan alto grado de desarrollo que la hacía figurar como la segunda universidad del país. Pero era claro que al Rector de la Universidad Católica no lo elegían los profesores, a ellos solo se les consultaba. Si había que buscar un Rector fuera de la universidad, debía hacerse al interior de la comunidad valdiviana. Si había que foguear a alguien, este debía ser un valdiviano.

Para mí, una de las aspiraciones no confesadas era la autonomía de las provincias, la cual no se concede por decreto, sino exigiendo el reconocimiento de la capacidad intelectual, entereza moral y fuerza creadora de los hombres que la habitan. Cuando me opuse en forma encarnizada a que se estableciera en Valdivia una sede de la Universidad de Chile, creí haber enviado el mensaje que albergaba en mi mente.

Esa capacidad intelectual, entereza moral y fuerza creadora que se necesitaba para hacer crecer la Universidad, creí que solo podían darse en un hombre sin intereses económicos, ni políticos, ni familiares.

De pronto, estuve dispuesto a dar un salto mortal proponiendo a una persona extraña a la Universidad, experto en el manejo de hombres, con experiencia en los quehaceres de la universidad, sin ataduras de ninguna especie, ¿Y quién era él? El nuevo Obispo de Valdivia, el sucesor de aquel hombre angelical, Arturo Mery, que caminaba sin pisar el suelo y que hacía ocho años me había mostrado las razones para no instalar en Valdivia una Universidad regentada por la Comunidad Religiosa de la Holy Cross. El nuevo Obispo, José Manuel Santos Ascarza, era el hombre indicado: reunía todas las condiciones que yo exigía para el nuevo Rector y, además, era de ascendencia vasca, tesonero o porfiado, como quiera calificárselo, y con un cierto aire liberal.

Al proponérselo a diferentes socios o miembros de los cuerpos directivos, observé que unos vacilaban y me pedían dejarlo para segunda discusión y otros tajantemente se oponían. La personalidad de Monseñor estuvo siempre a salvo. La objeción principal fue mostrarme el gal-

Ediciones UACh / Difusión

pón que había reemplazado a la destruida catedral: inhóspito, frío. Me decían: *«Te das cuenta, Ed, de que tú has llenado la Isla Teja con galpones y que todos juntos caben en el galpón catedralicio. Déjate de leseras y asume la responsabilidad. Sigue, lo peor ya ha pasado. Te vas tú y nos vamos todos».* Y tuve la ingenuidad de creer en ese «todos».

En tanto, dos profesores de la Facultad de Filosofía, Guillermo Araya y Gastón Gaínza, habían levantado la candidatura de Federico Saelzer.[63] Estos dos profesores tenían una explícita y manifiesta antipatía por mí, me consideraban arbitrario y conservador, en forma totalmente opuesta a sus ideas revolucionarias y progresistas.[64]

Habiendo ya otro candidato a la Rectoría, propuse, en la sesión del Directorio del 10 de octubre de 1960, que se convocara a elecciones de acuerdo con la comisión que se había designado para tal objeto y que integraban: Manuel Cavada, Pablo Schwarzenberg, Walter Schmidt y el Secretario General Jaime Martínez, y se fijó la fecha del 13 del mismo mes para llevarla a efecto.

Yo no tenía ninguna simpatía por los procesos eleccionarios llamados democráticos y, desde mis tiempos de estudiante de Medicina, compartía las opiniones que sustentaba el Profesor Juan Noé sobre la profesión de abogado. En la sesión del Directorio asistía y asentía imperturbable a las discusiones sobre las mesas de votación, el número de votantes, el horario que debía cumplirse y todos los detalles que se exigen para los efectos de una elección política. Pero cuando el Secretario General informó que el voto sería secreto, manifesté mi opinión al respecto: en una Universidad no debe haber voto secreto, pues se supone que el elector es un individuo instruido y responsable. Saelzer opinó que los inconvenientes son menores en el voto secreto. Asentí, pero lamenté que esta elección tomara un cariz político y confié que con el tiempo habría

Ediciones LAGO/Difusión

63 Federico Saelzer, un distinguido abogado y miembro del Directorio, después de mi renuncia no asumió el cargo. Los mismos que patrocinaban su candidatura se dedicaban a buscar un afuerino para entregarle la Rectoría.

64 Los señores Guillermo Araya y Gastón Gaínza tuvieron destacada actuación en los tiempos posteriores. El primero dirigía las manifestaciones estudiantiles que tuvieron lugar durante el Gobierno de la Unidad Popular y el segundo ocupó un importante cargo. Ambos fueron marginados de la Universidad en el Gobierno Militar y el Profesor Gaínza, exiliado, murió en Sudáfrica. [En verdad, a la fecha de la primera edición, Gaínza seguía viviendo en Costa Rica; *N. del E.].*

más solidez moral que permitiera evitar este procedimiento.[65] Pero, ¡oh sorpresa! El señor Saelzer manifiesta que el foro realizado por los alumnos y al cual él asistió, es una prueba de madurez política y agrega que, si concurrió, era porque le aseguraron que el señor Rector también asistiría y que, al comprobar que el foro tomaba posiciones extremas, se retiró. Insiste en el desagrado que ha producido que yo enviara un representante y no asistiera personalmente. Y, como era de esperar, siempre que se trata de pronunciarse sobre asuntos de cierta trascendencia, aparecieron los asuntos personales, con los diálogos obligados.

—No asistí ni asistiré –argumenté– porque me siento en la obligación de ir dejando establecida una tradición. He sostenido que la Universidad Austral es una institución que se ha propuesto introducir cambios en el funcionamiento de las Universidades actuales, para de cierta forma establecer una tradición.

Posteriormente, Saelzer se refirió a la campaña que se había desatado en la prensa y radio, y manifestó que su crítica apuntaba al hecho de que algunos profesores han sido demasiado entusiastas (Araya y Gaínza) al apoyar una candidatura que él no buscó. Le parecía que la Universidad demostraba síntomas de claro peligro y que se alarmó al comprobarlo. Recalcó que había defendido al señor Rector en muchas oportunidades ante ataques que se le dirigían. Asimismo, afirmó que era de la opinión que si este hubiera ido como único candidato, solo habría sido perjudicial para el Rector y para la Universidad. Por eso, consideraba que había prestado un servicio a la institución al demostrar, frente al estado de desarticulación, que es posible llegar serenamente a una etapa de renovación. Declaró que, una vez pasada la elección, para él no habrá vencedores ni vencidos y todos serán iguales en la Universidad.

Señalé que pensaba lo mismo que había mencionado Saelzer al final. Expresé, también, que si no salía electo al día siguiente estaría en Santiago y nadie me haría regresar. Esperaba que los valdivianos me dijeran si deseaban mi presencia y, en caso negativo, dejaría la ciudad inmediatamente. Para mí, la elección sería un plebiscito. A esto, Saelzer replicó:

65 Quién iba a imaginar que pocos años después, en todas las Universidades particulares, el cuerpo directivo iba a ser designado por los propietarios de la Institución, sin participación alguna de los profesores.

Ediciones UACh/Difusión

—Yo creo que este predicamento es el más desgraciado de los planteamientos. Nadie ha puesto jamás en duda su capacidad y su labor y nada hubiera sucedido si se hubiera allanado a dejar oportunamente el cargo.

Agregó que ahora se recogían palabras doloridas de parte del Rector, pero que había llegado el momento de que él sirva a la Universidad desde otro ángulo. Señaló, además, que todos estaban de acuerdo en tenderle un puente de plata.

Respondí que mis palabras no retrataban amargura, sino la desesperación por irme de Valdivia, que se estaba hundiendo. Sólo un ideal me obligaba a permanecer en la ciudad –¡cuántos ya la habían abandonado!– y ese ideal era la Universidad, ya que no teniendo en Valdivia lazos familiares, la lucha ahora, en las dolorosas circunstancias que estaba viviendo, era con mi familia, la cual me exigía que le dedicara más tiempo a ella y no a don Federico Saelzer. Reconocí que me estaba franqueando con el Directorio y con mis amigos. Insistí en que a la Patria se la puede servir en cualquier parte, pero el ideal al cual me había referido me ataba a Valdivia. Por eso, terminada mi misión, debería desentenderme de cualquier compromiso, muy especialmente ante aquellos organismos extranjeros que habían confiado en mí para apoyar a la Universidad. En mi interior veía con claridad que se tomaría con agrado que sirviera de palo blanco para que otros pudieran decidir fácilmente sobre el porvenir. Finalmente, agradecí los bronces que me ofrecía el señor Saelzer, pero indiqué que tenía un mal concepto sobre las estatuas y que me consideraba más ambicioso que lo que imaginaban de mí, pues ante los errores cometidos –y quién está a salvo de cometerlos– no apelaría a los hombres para que me perdonaran, sino a la salvación eterna y al Juicio de Dios.

Saelzer afirmó compartir las expresiones del señor Rector, pero dijo que no podía aceptar que abandonara Valdivia si perdía la elección. También hizo notar que la expresión anotada en los folletos que se habían repartido y que decía que todo lo que se ha hecho no se debió a «sonrisas y promesas», le ha dolido pues le ha parecido que se refería a él. Reconoció que el Rector había hecho mucho, pero no lo había hecho todo y lo obtenido había sido porque el ambiente lo había acompañado.

Yo bien sabía que los hechos no habían sido como los planteaba Sael-

Ediciones UACh/Difusión

zer y repliqué:

—No señor, el ambiente no me fue favorable. Desde el primer día fuimos objeto mi familia y yo de la más acerba persecución, hasta el punto de haber sido borrado de los registros del Colegio Médico, estando ya en posesión del cargo de Rector.

No quise enrostrarle en ese momento su actitud cuando, al iniciarse las clases en la Universidad, él junto con otro de los miembros del Directorio prefirieron matricular a uno de sus hijos en la Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile, antes de matricularlo en la que él formaba parte del Directorio. Tampoco quise recordarle que dos de mis hijos habían sido inscritos en las Escuelas de la Austral para aumentar el exiguo número de alumnos. Si existió espíritu de cooperación, a los primeros que debería reconocérselos era a los miembros de mi propia familia. Mis palabras buscaban reflejar con claridad la posición que había adoptado al crear la Universidad Austral.

En la misma sesión en que se discutían los asuntos de la reelección, se llegó al problema de la autonomía. Eran otros tiempos, tiempos en que el Estado Docente imponía napoleónicamente los principios y procedimientos que se aplicaban, a todo nivel, en la «educación» de la juventud. Se reconocía la creación de una Universidad ora por un Decreto Supremo, después de aprobarse sus Estatutos por el Consejo de la Universidad de Chile y por el Consejo de Defensa del Estado, o se la creaba por una Ley. Su autonomía dependía del beneplácito del Congreso y del Presidente de la República. Si había suficiente apoyo político, o el patrocinio de una confesión, ningún problema. Pero si no se contaba con el apoyo de estos entes, entonces sucedía lo que Saelzer definió como «atascársele el carro». Y esto fue lo que me ocurrió: se me atascó el carro. Porque como universitario no reconocía banderías de ninguna especie. Lejos de apoyar una actitud semejante, fui objeto del ataque ya no solo del Gobierno, sino también de los hombres que me rodeaban.

En mi desesperación, afirmé:

> La lucha será dura y el proyecto pasará por un veto, pero tarde o temprano, pasará. La pasión que personalmente pueda poner en estas cosas no la puedo traspasar a los demás. Si es necesario para el bien de Valdivia y la Univer-

Ediciones UACH/Difusión

sidad, no me detendré ni ante la Ley.[66]

Ante esa declaración, Saelzer reconoció que ambos éramos hombres de temperamento muy distinto. Para él, la ley estaba por encima de los intereses personales, pero yo entendía que no estaban sobre los de la Nación.

Por otra parte, Saelzer proponía situaciones que yo rechazaba, haciendo presente los problemas que habían detenido momentáneamente la marcha de la Universidad. Reconocía que me había equivocado al poner a determinadas personas en ciertos cargos e insistía en que lo único que me interesaba en ese momento era la Universidad y que ella fuera la cabeza rectora de todas las actividades de Valdivia y su zona. En la Universidad laboraban los mejores hombres de Valdivia y muchos extranjeros. Creía que los Directores que no tuviesen relación directa con la docencia deberían cooperar en la solución de los problemas de la ciudad en representación directa de la Universidad. También creía que el Vice Rector, como hombre de empresas, debía preocuparse fundamentalmente del abatimiento económico de la zona, contando con el apoyo irrestricto de todo el personal universitario que estuviera disponible. Yo deseaba, aparte de transformar a Valdivia en una «Provincia Pedagógica», recuperar su presencia en el campo de la economía. Si faltaban hombres liderando la recuperación después de la catástrofe, la universidad los tenía y debía inducirlos a actuar y apoyarlos. Estaba, pues, en desacuerdo con Saelzer sobre el rol que corresponde a la Universidad en los momentos que se vivían. Ella estaba obligada a actuar en beneficio de la pronta recuperación anímica y económica de Valdivia.

Después de dar esas opiniones, volví a referirme a mi no participación en el foro estudiantil, argumentando que creía que en nuestro país, aunque era doloroso reconocerlo, la juventud universitaria carecía, en general, de tradición en el más amplio significado de la palabra: tradición familiar, que no se refiere a nobleza de sangre sino a hábitos y costumbres; tradición universitaria, pues no existía un nexo entre la institución y el ex alumno, no había asociaciones de ex alumnos que trataran de honrarla con su actuación pública o privada, ni menos in-

66 Declaración de un loco o alterado mental.

Ediciones UACH/Digital

tentar cooperar con ella, ya fuera económicamente o asistiéndola para que su acción formadora llegara a todas las esferas. El solo hecho de que asistiéramos acongojados a ver «universitarios encapuchados» o cubriendo sus rostros, como los bandoleros, atacando con bombas incendiarias a la fuerza pública –que cumple con su deber–, universitarios que se protegen en las aulas de la universidad, con la anuencia tácita o explícita de otros universitarios o de las que se dicen autoridades, pero que vienen a ser en estas circunstancias solo meros administradores de bienes y fondos públicos, dejan un margen muy amplio para pensar si estamos, verdaderamente, en presencia de una institución universitaria y de hombres que se sienten orgullosos de ser considerados como tales.

Evitar el vejamen que entraña la interpelación pública de una autoridad por un aprendiz imberbe, es deber y no derecho de la autoridad requerida. Yo no podía olvidar el bochorno que me produjo ver al Rector de la Universidad de Chile, Pedro León Loyola, uno de los hombres más eminentes de su época, educador y filósofo, pero de magra presencia y débil voz, abucheado por la turba estudiantil que ocupaba el Salón de Honor de la Universidad. Ni cuando, en la naciente Universidad Austral, un muchacho engreído que se sentía amparado por el dinero y por la amistad que su padre tenía conmigo (y que además había ingresado a las aulas por esas razones no precisamente correctas ni honrosas), me pidió que presentara la renuncia. El deber de instalar o iniciar una tradición obligará siempre al que ha decidido dedicar toda, o parte de su vida, al progreso de la comunidad, a actuar conforme a sus convicciones. Nuestras universidades no pueden compararse, para los efectos de los deberes que se les deben asignar, a las viejas universidades europeas o norteamericanas, a las cuales acude una juventud cuyo desarrollo cultural está muy por encima del nuestro. Tener cien o más años de una tradición que impone deberes antes que derechos es una tarea que exige tiempo y sacrificios de un valor incalculable, tanto para el maestro o profesor, como para el joven estudiante.

Así pues, la decisión de enviar un representante al foro estudiantil, que causó sorpresa y profundo malestar al señor Federico Saelzer, después de las explicaciones que di aceptó que el procedimiento usado era el correcto.

Ediciones LAGH / Digital

Finalmente, la elección se decidió por un amplio margen en mi favor. Pero ahora empezarían a manifestarse las secuelas del terremoto y las de la elección que, quiérase o no, dejan heridas que solo el tiempo cura, cuando las cura.

Todo lo ocurrido en el proceso eleccionario reafirmó mi opinión acerca de que la política contingente no debe entrar jamás en la Universidad, en contraposición de la costumbre muy latina que se ha hecho habitual en nuestro país.[67] Después de la elección, casi inmediatamente se presentaron los primeros síntomas del daño que hacen estas elecciones, a pesar de todas las medidas y del espíritu universitario con que se enfrentaron.

En la primera sesión que se tuvo después de la elección, un Director quiso saber si se había hecho un acta de la reunión, a lo que respondí que no tenía conocimiento y que sentía hacer presente la falta de algunas actas desde 1959. Interrogado sobre quién es el responsable, manifesté que esto correspondía al Secretario General Jaime Martínez y que en realidad consideraba que era una falta grave. En el intertanto veía, con inquietud, que la situación del Secretario General se complicaría debido a la circunstancia de ser resistido por algunos personeros que discrepaban de sus ideas políticas o religiosas, que no habían tenido espacio para hacerse presentes, y por considerar que existía cierto círculo incondicional del señor Martínez. A ello se agregaba el factor de que yo consideraba que el Secretario General compartía las responsabilidades en la administración de los asuntos universitarios y que el hecho de adherir a la candidatura de mi antagonista mostraba una desconfianza hacia el Rector. El dilema estaba cubierto por la confianza que yo había depositado siempre en la eficiencia del señor Martínez y dada la experiencia que había adquirido con los secretarios que habían precedido a este, no consideraba pedirle la renuncia, confiando en que la presentaría y entonces sería el momento de aclarar los desacuerdos o «rayar la cancha», cuando se producen estas situaciones. Pero no fue así.

La pregunta sobre el estado de las actas dio pábulo para que, en pri-

Ediciones UACh/Difusión

67 En el año 2003, ya se ha eliminado total o casi totalmente esta costumbre en las universidades privadas.

mer lugar, se objetara el aumento del permiso que se le había concedido para ausentarse por cierto tiempo y luego se examinara la conducción de la Secretaría General. En ningún momento se puso en duda la capacidad intelectual o la entereza moral del Secretario, solo se refirieron a la parte administrativa, que dejaba mucho por desear. Al ser consultado por su proceder, el señor Martínez desvió la atención de su persona y apuntó a los desaciertos, errores o faltas cometidas por el Rector.

Así fue como un día, el Vice Rector Kunstmann recibió la siguiente carta, el contenido de la cual estaba en concordancia con mi pensamiento, pues el Directorio debía velar por el funcionamiento de la Universidad.

VALDIVIA, 23 DE ENERO DE 1961
SEÑOR VICE RECTOR

En la Memoria presentada por el señor Rector a la Junta General de Socios de la Universidad el 11 del presente, se da cuenta de mi renuncia al cargo de Secretario General de la Institución «*al producirse graves discrepancias de opinión con el señor Rector y con el H. Consejo*». Esta afirmación es verdadera en cuanto deja constancia de mi profundo desacuerdo con el señor Rector, pero no lo es en lo que se refiere al H. Consejo, ya que en este organismo nunca se debatieron tales diferencias de opinión y la mayoría de los señores Consejeros no hizo otra cosa que solidarizar con el señor Rector en una vaga *«falta de confianza»* hacia el Secretario General.

Hubo sí, en la sesión del 29 de Noviembre ataques de otro orden a los que respondí extensamente el 5 de Diciembre, sin que hasta la fecha haya sido rectificada, que yo sepa, ninguna de mis afirmaciones. No me extrañaría que el señor Rector pretendiera contestarme cuando yo me haya ido definitivamente de Valdivia.[68]

68 ¿Qué quiso demostrar con esta frase? Tomé conocimiento de la carta de Martínez ¡30 años después! Pero sin lugar a dudas en ella se encuentra la explicación para la actitud que adoptó Víctor Kunstmann.

Ediciones DAGR/Difusión

En todo caso, dado que el señor Rector ha tocado el tema ante la Junta de Socios, creo que puede ser útil para la Universidad conocer en qué consistieron las referidas «discrepancias de opinión». En la exposición que haré a Ud., como la más alta autoridad universitaria después de aquel de quien precisamente disiento, deberé expresar sin duda consideraciones personales, pero confío en que, por encima de ellas, se destaque en forma suficiente la gravedad de los hechos que citaré.

1957 · 1958

1. Primeras impresiones

Durante el primer año y medio de trabajo no tuve dificultades de importancia con el Sr. Rector y, muy por el contrario, acepté con absoluta buena fe sus frecuentes declaraciones sobre la moral pública y privada y acerca de sus ideas para una progresiva evolución de la marcha de la Universidad. No tenía razón alguna para desconfiar de las versiones que me ofrecía de sus anteriores conflictos dentro y fuera de la Institución, y le presté un apoyo sin reservas, creyendo que su excesiva participación personal de los tiempos iniciales cedería a compás del crecimiento institucional.

Poco a poco, sin embargo, me fui convenciendo de que la actitud personalista del Sr. Morales no disminuía y que de ello se derivaban serios problemas en el orden interno y en las relaciones externas de la Universidad. En torno a ello comenzaron, a mediados de 1958, nuestras primeras discusiones. Dentro de lo que parecía una actitud de lealtad responsable, ajena al halago y atenta a ayudar en la corrección de los errores que se advertían.[69]

Fue al finalizar esta primera época que dos hechos me desagradaron profundamente: el que el Sr. Rector importara para sí entre los equipos de la Universidad una radio SABA, y la negociación del Teatro Prales.

Lo primero ocurrió –aunque no podría precisar la fecha con exactitud– cuando llegaron simultáneamente tres radios de esa marca, de las

69 Se cambian impresiones. Las mías, por lo que recuerdo, fueron *«hombre que merece confianza»*.

EdicionesUACH/Difusión

cuales una fue para el Pensionado de Vista Alegre, la segunda para la casa del Sr. Rector y la tercera me fue ofrecida por el Sr. Morales, lo que rechacé. Esta última estuvo después en la Facultad de Estudios Generales y tengo entendido que en definitiva sirve a los alumnos. Supongo que el señor Rector adquirió esa radio con su dinero personal, pero lo reprobable es el medio usado para importarla. En cuanto a la segunda ello merece una explicación más detallada.[70]

2. Negociación del Teatro Prales[71]

Cuando el Sr. Morales propuso y defendió tenazmente en sesión del H. Directorio de 26 de Agosto de 1958 la compra de un local para teatro y sala de conferencias, perteneciente a la firma Prales, de la cual es socio, voté favorablemente la aprobación «en principio» de la iniciativa porque estimé conveniente la adquisición en las condiciones en que se proponía y supuse que se tomarían las medidas de resguardo que exigía una negociación cuyo carácter excepcional había destacado el propio Sr. Rector.

Sin embargo, el giro que tomó este asunto a partir de esa fecha fue extraño. En la sesión de 26 de Agosto (Acta 151), el Sr. Rector informó que la compra podría hacerse con $13.000.000 que prestaría el Banco Osorno a dos años y medio de plazo. Esto lo recalcó más adelante al comparar la compra del teatro con el costo del noticiario EMELCO ($11.500.000) y decir que el nuevo negocio sólo costaría $1.500.000 más. Respondiendo a una pregunta del Sr. Henríquez, informó que sería entregado listo con la sala terminada, pero naturalmente sin butacas, lámparas, cortinas, ni accesorios. Pues bien, en la sesión siguiente, de 2 de Septiembre de 1958, el Sr. Rector dio a conocer una oferta de la firma Prales en que se cobraba $22.000.000 por el local en las condiciones de terminación detalladas por el Sr. Rector en la reunión anterior, y $15.000.000 sin terminar, en el estado en que se encontraba. Sin dar ninguna explicación por la sorpresiva alza, el Sr. Rector obtuvo la aprobación de la compraventa

Editores DACH/Difusión

70 Yo no sabía que según propia confesión, el señor Martínez no distinguía el sonido de un timbre del golpe de un tambor. Además, yo no donaba, prestaba. A la postre, todo fue a parar a la casa que hubo que arrendar para mi sucesor.

71 Inexcusable error, aún cuando resultó ser un buen negocio para la Universidad.

por $20.000.000, con $13.000.000 al contado y el saldo a plazo. En esa segunda sesión, yo me encontraba ausente.

Al día siguiente del acuerdo, el Sr. José M. Arellano, que me reemplazaba en calidad de Prosecretario, firmó una carta dirigida a Prales Ltda. redactada por el Sr. Morales según consta de las iniciales puestas al pie (carta N° 414, de 3 de noviembre de 1958), en la que se expresa que se ha acordado pagar $13.000.000 «con la aceptación» del negocio, en circunstancias que el pago aprobado lo fue «al contado» que no es lo mismo. Para pagar esa suma, la Universidad debió pedir un sobregiro bancario, lo que tampoco coincide con el préstamo a dos años y medio anunciado. Ha pasado este plazo, por lo demás y aún no se sabe si el negocio va o no a realizarse en definitiva, pero los dos tercios del precio están pagados. Cabe observar que en su propuesta más alta, del 1 de septiembre de 1958, la firma Prales sólo llegó a pedir $10.000.000 con la aceptación.

Al reintegrarme a mi trabajo, encontré esas sorpresas. Protegiendo dentro de mis medios los intereses de la Universidad, redacté entonces el Decreto N° 334 de 10 de Septiembre, en que regularizaba el pago hecho, especificaba la obligación de la Tesorería de tomar medidas suficientes de garantía hasta tanto se firmara la respectiva escritura pública y dejaba constancia de que tales medidas se harían efectivas por el solo hecho de no celebrarse el contrato dentro de 30 días.

Al vencimiento de este plazo obtuve personalmente de don Guillermo Prochelle la aceptación de una letra de garantía y la firma de un acta, fechada el 7 de Octubre, suscrita también por el Sr. Tesorero General y por mí, en que aclaraba lo ocurrido, se prorrogaba por noventa días el plazo para celebrar el contrato y se comprometía la firma Prales a pagar los gastos bancarios en que había incurrido la Universidad si la compraventa no se realizaba por cualquiera causa. La prórroga del plazo se explica por la designación hecha en esos días de una Comisión de Directores para estudiar este asunto.

Con posterioridad han continuado todas las gestiones detalladas en la carpeta respectiva, sin que se haya resuelto nada en definitiva. Pero el dinero pagado no ha sido devuelto ni se han hecho efectivas las garantías tomadas.

Lo que en un principio estimé una negociación mal llevada, pero en

Ediciones LAGH/Mirasur

la que se podían proteger, como procuré hacerlo, los intereses de la Universidad, se ve ahora, a dos años y medio de iniciada, como una manifiesta irresponsabilidad de quien la propuso siendo a la vez codueño de la propiedad vendida y Rector de la institución compradora. Son estos mismos dos años y medio en que progresiva y aceleradamente he ido cambiando de opinión sobre el Sr. Morales.

1959

3. La reforma de los estatutos

En el curso de 1959 se produjo un grave punto de discrepancia con el Sr. Rector: la reforma de los Estatutos.

Una de las cosas en que parece haber consenso en la Universidad Austral es acerca de la necesidad de reformar los Estatutos actuales. El 1° de agosto de 1959 entregué al Sr. Rector un primer proyecto de reforma. El 10 del mismo mes, propuse una segunda redacción, y poco después elaboré un tercer proyecto en que incorporé las modificaciones sugeridas por el Sr. Rector. Con fecha 22 y 30 de septiembre se celebraron las dos primeras reuniones de la comisión de directores que debía estudiar la reforma, pero bastó que en ellas se aprobara por unanimidad, con el solo voto en contra del Sr. Morales, una separación de los cargos ahora reunidos de Presidente y Rector, para que el Sr. Rector postergara indefinidamente las reuniones de la Comisión. De todo ello hay constancia en la carpeta respectiva.

Durante gran parte del año 60 insistí al Sr. Rector en la urgencia de llevar adelante la reforma,[72] a fin de que no se juntara con la elección de Rector y reiteré mi sugerencia, hecha ya a mediados de 1959, de que se postergara este acto electoral para 1961. Sólo en los últimos días de Agosto de 1960 se me autorizó para citar a la Comisión, la que volvió a reunirse el 6 de septiembre, desgraciadamente ya muy encima del período electoral. Para manifestar su disconformidad con este trabajo, el Sr. Morales se abstuvo de asistir a la sesión. Los incidentes posteriores

72 Efectivamente, me oponía a la reforma de los Estatutos para separar los cargos del Presidente y Rector, dado que consideraba que aún no aparecían las personas para desempeñarlos coordinadamente, como podrá apreciarse más adelante.

EdicionesUACh/Difusión

han seguido postergando todo acuerdo, no obstante que el Sr. Rector afirmó públicamente que al día siguiente de su reelección se preocuparía de este problema.

En la memoria de 1960, el Sr. Morales reconoce su responsabilidad en esta tardanza, pero invoca la opinión de algunos Consejeros y Directores, dada en vísperas de la elección. Como he dicho hay un motivo muy anterior y es la orientación que la comisión creyó conveniente dar al proyecto que habría de someterse al juicio de los HH. Consejo y Directorio.

La fundamental discrepancia que tuve con el Rector en esta materia se debió a que comparto la opinión de la mayoría de los profesores de dar a estos una injerencia decisiva en la estructura y dirección de la Universidad, a la vez que creo necesario reducir el exceso de poder que en la práctica reúne la rectoría, sustituyéndolo por el robustecimiento y estabilidad de los diversos organismos docentes y administrativos.[73]

Enero a Septiembre de 1960

4. Relaciones con otros organismos y autoridades

El segundo desacuerdo básico que comenzó a plantearse repetidamente desde el año 1959 entre al Sr. Rector y yo, pero que alcanzó múltiples expresiones en 1960, fue el de las relaciones de la Universidad Austral con las demás instituciones similares, con los poderes públicos y con los organismos internacionales. Este problema debería ser objeto de un análisis de detalle por parte de los elementos directivos de la Institución, pues tiene variadas manifestaciones, pero no puede seguir considerándose en base a «cuentas» rendidas por el Sr. Morales después de cada viaje, en que se pintan rosados panoramas de ofertas «prácticamente seguras» que nunca se realizan.

En sus grandes líneas, puede decirse que todas las Universidades de Chile no tienen cordiales y numerosos contactos entre sí y con otras

Ediciones LACH/Difusión

73 Yo no creía conveniente dar voto a profesores que recién se incorporaban a la Institución. Consideraba que si bien se había dado grandes pasos, faltaba estabilizar el cuadro docente. ¿En el año 2000 existirá en una Universidad particular la posibilidad de que el Rector o los Decanos sean designados por otra autoridad ajena a los dueños de la Institución? ¿Fue adelantarme 40 años a una situación tan particular, un error?

organizaciones nacionales y extranjeras, y reciben de estas cuantiosa ayuda. En cambio, la Universidad Austral ha vivido en actitud de crítica frente a sus congéneres y casi de abierto combate con otras instituciones, como el Ministerio de Agricultura y sus entidades dependientes. En seis años de existencia sólo ha logrado concretar relaciones cordiales con la fundación Rockefeller, debido fundamentalmente a una persona, el Dr. Rupert. Del Punto IV sólo ha venido a recibir ayuda de cierta consideración por causa del terremoto. El Sr. Rector no ha ocultado su mala opinión sobre muchos de los organismos de carácter internacional y ha condicionado la actitud externa de la Universidad a su particular opinión. Incluso en sesión del H. Directorio de 3 de Octubre de 1960, se debatió la inconveniencia de que el Sr. Morales gestionara aportes para la institución condicionados a su reelección.[74]

El personalismo en esta materia ha producido efectos tan desagradables como el que, para la inversión del donativo del Gobierno Mexicano para Bellas Artes, se haya designado una comisión en Santiago y otra en Valdivia para la supervigilancia de la operación, en circunstancias que a la Universidad de Concepción el mismo gobierno le entregó directamente y sin control su generoso aporte.

Durante la visita del Sr. Galo Plaza a la Universidad, el Sr. Miguel Albornoz, representante de la junta de asistencia técnica de las Naciones Unidas, expresó claramente al Sr. Rector que, si la universidad se interesaba por relacionarse con los organismos internacionales dependientes de la Junta, tendría la mejor acogida y le ofreció desde luego y sin que el Sr. Morales se lo pidiera, una ayuda de US$ 10.000 para 1961 y de US$ 20.000 para 1962. Pero agregó que debían cambiarse los proyectos mal estudiados y mal tramitados.

En esa misma visita fue significativa la actitud del Sr. Rector, quien primeramente me hizo anunciar al Sr. Albornoz que no se entrevistaría con el Sr. Plaza, lo que evidentemente privaba a la Universidad de una importante posibilidad; y cuando estaba yo dando tan difícil recado, llegó sorpresivamente al Hotel a saludar al Sr. Plaza e invitarlo. Poste-

Fundación JACH/Difusión

74 Es su apreciación personal. Tiendo a preguntarme si su actitud le permitió conservar los cargos a que pidió acceder gracias a haber sido Secretario General, o sólo fue ave de paso.

riormente, improvisó una reunión con los HH. Consejo y Directorio en que por cierto no pudo plantearse ningún proyecto de verdadero interés, pues estos requieren un estudio largo y acucioso y no la cambiante «diplomacia» del Sr. Morales.

Conocidas son las tumultuosas relaciones de la Universidad (o, más exactamente, del Sr. Rector) con el Ministerio de Agricultura, para que sea necesario insistir en ello.[75]

Con las autoridades locales ha sucedido parte de lo mismo. Bastó que el Señor Rector enredara un sencillo problema de requisición de ripio, para que, además de perder el derecho de todo lo que había pretendido defender por caminos errados, suspendiera no solo sus contactos personales con el Sr. Intendente, sino, lo que es más grave, fuera la primera autoridad de la Provincia la única a la que no se invitó en la primera celebración pública que tuvo la universidad a partir de esa fecha.

Con el ánimo de contribuir a solucionar en parte este problema de las relaciones externas de la Universidad, sugerí reiteradamente la conveniencia de crear una oficina en Santiago que atendiera en forma directa el contacto con los organismos oficiales allí radicados. Sólo después del terremoto se me autorizó por el Sr. Rector para hacerlo, pero en el primer viaje que él hizo a Santiago cerró la oficina.

Fondos UACH/Digital

5. El viaje a Estados Unidos[76]

El único intento, que pudo haber sido eficaz, de mejorar sus contactos con el exterior, fue el viaje que el Sr. Morales hizo a Estados Unidos a fines de 1959. Pero las consecuencias que de él sacó a comienzos de 1960 resultaron solo voladores de luces. Hubo un desproporcionado proyecto para una especie de concurso publicitario con una encuesta sobre las relaciones chileno-norteamericanas, que fue incluso desechado por la propia Embajada y murió en el informe negativo de la comisión designada por el H. Directorio. Hubo también una proyectada visita del Decano

75 Tan tumultuosas fueron las relaciones que obtuve que el Ministro accediera a mis peticiones. Y el ministro Alejandro Hales, ¿no fue socio fundador de la Universidad?

76 Fue una invitación estrictamente personal, para que me formara un juicio sobre lo que yo realizaba. La visita a Berkeley y a los Colegios Asociados de Clermont, me confirmaron que la «política inexistente» de Martínez estaba en lo correcto.

Sr. Jaspers y su señora, que a pesar de su costo estimado en E° 5.000 pudo tener un resultado positivo, pero tampoco se efectuó. Y hubo finalmente un proyecto de financiamiento al cual el Sr. Rector atribuyó en la sesión ya citada de 4 de Enero capacidad para obtener US$ 500.000 de fuentes derivadas nacionales y norteamericanas. Para hacer posible esto último, se autorizaron por el H. Directorio, honorarios por US$5.000, más los gastos de viaje y estadía de un técnico de la firma Brakeley. Seguramente su confianza en el éxito hizo que el Sr. Rector no vacilara en proponer en la sesión siguiente (15 de Febrero) la inversión justamente de E° 500.000 en adquisición de equipo, lo que tampoco se realizó nunca.

6. De la gestión Brakeley

El técnico de la firma Brakeley vino y su empresa cobró religiosamente. Hasta la fecha en que el Sr. Rector dispuso –sin que nadie se lo autorizara– que no se me pasara la documentación de cierta importancia de la Universidad, no he sabido que hubiese llegado ni siquiera un pre-informe de Brakeley.

Personalmente, creo que hay un hecho que se relaciona con el penoso término de esta gestión: el Sr. Morales no creyó inconveniente encargar a la misma firma Brakeley, naturalmente que pagándole separadamente, una gestión similar en cuanto a búsqueda de fondos, pero en provecho de la fábrica de superfosfatos cuya creación gestionaba particularmente. Al parecer esta duplicidad de encargos no fue favorable para ninguno de los dos objetivos. Por lo menos los US$500.000 no se han vuelto a mencionar.[77]

Ediciones UACH/Difusión

7. Entrevista con el Decano Sr. Alessandri

Desde el regreso del Sr. Rector de los Estados Unidos y durante todo el curso de 1960 fue acentuándose la desconfianza que me producía su conducción de los asuntos universitarios. No obstante ello, hice cuanto me fue posible por plantearle mis críticas directamente, en el convencimiento de que, si lo mismo hacían otros responsables de cargos directivos, el Sr. Morales corregiría los defectos de su actuación. Pero, por el

77 Martínez estaba seguro en otro mundo cuando ocurrió el terremoto de 1960.

contrario, estas observaciones sólo consiguieron que él a su vez desconfiara de mi trabajo como Secretario General.

La confirmación de mi creencia en el mal ambiente que se estaba formando contra la universidad por el Sr. Morales, la tuve en una entrevista suya con el decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, Dr. Hernán Alessandri, a la que lo acompañé en la misma época de la gestión anterior. En ella, el Dr. Alessandri le manifestó que su desconfianza personal hacia él –aparte de su opinión sobre la nueva Facultad de Medicina– se fundaba en el cargo hecho al Sr. Morales de haber obtenido créditos bancarios para la firma de la cual es socio, mediante el depósito en el mismo Banco de los fondos de la Universidad.[78]

Este cargo no me constaba entonces ni tengo actualmente ningún otro antecedente sobre su veracidad, pero me pareció significativo de la idea existente entre personalidades nacionales destacadas sobre la actuación del Sr. Rector.

Ediciones DAGN/Difusión

8. Inestabilidad interna

No obstante los problemas que venía enfrentando la universidad, hasta mediados de 1960 nadie había osado atacar la estabilidad del personal docente. Es cierto que ella no se encontraba aún garantizada en forma completa por disposiciones reglamentarias, pero en el hecho los profesores que se habían retirado, o renunciaron o fueron objeto de un sumario. Pero en sesión conjunta de los HH. Consejo y Directorio de 27 de Mayo de 1960, a solo cinco días del terremoto, el Sr. Rector trató de usar esas circunstancias extraordinarias para pedir *«plenos poderes para contratar empréstitos, desahuciar personal, hacer cambios y traslados en la Administración de la Universidad».* Más adelante, en la misma sesión, se precisó que el Sr. Rector aludía directamente a lo menos al Sr. Otto Vogel, profesor de Ciencias Agrarias. Sin pronunciarme sobre el fondo del caso del Sr. Vogel, debo observar –como lo hice en esa reunión– que nunca deberían alterarse los procedimientos establecidos

78 Realmente no recuerdo haberme entrevistado con el Profesor Alessandri en compañía del señor Martínez, pero sí estoy seguro de que el Profesor era un hombre superior y no se habría rebajado a analizar asuntos personales sin haberme consultado acerca de ellos o habérmelos hecho presente.

para la remoción de los docentes salvo que se modificaran los Estatutos. En este caso, sin embargo, el Sr. Morales ha conseguido siete meses más tarde lo que no pudo obtener en esa sesión; ya que, después de haberse decidido y notificado la instrucción de un sumario el H. Consejo ha resuelto unilateralmente en el mes anterior dejar sin efecto el sumario decretado y desahuciar el contrato de trabajo, y esto sin siquiera consultar a la Facultad respectiva, que no está en reorganización sino aparentemente funcionando.

Es decir, que en lugar de progresar la Universidad hacia una mayor intervención de los profesores y de las Facultades como organismos en la elección del cuerpo docente y directivo, se retrocede quitándoles el derecho de opinar sobre la continuidad de los servicios de los profesores actuales. Con la consagración de este procedimiento la inestabilidad se ha hecho total y ello explica la sensación de inseguridad que vive internamente la institución. La responsabilidad que en ello cabe al Sr. Morales es causa de otra de nuestras discrepancias.

Ediciones DACh/Difusión

9. Parcialidad

Una de las más características desviaciones en que ha caído el Sr. Rector por su desorbitado personalismo es la de apreciar a quienes trabajan en la universidad a través del cristal de su antipatía o benevolencia hacia ellos. Profesores o empleados para quienes se exageraron las alabanzas mientras no tuvieron algún roce con el Rector, caen después en el extremo de desconocérseles todo mérito. Ejemplos de ello podrían citarse en abundancia, pero los más recientes constan en la Memoria de 1960 donde en vano se buscaría cualquiera referencia al paso por la Universidad en ese año de quienes han sido «condenados» por el Sr. Morales en el último tiempo, salvo quizás para que consten sus renuncias. Es una aplicación a escala liliputiense de las profecías de Orwell. Ni siquiera los institutos relacionados con esas personas parecen haber existido en el año último. Citaré uno que otro caso:

a) La labor del Departamento de Extensión Cultural se declara nula debido a *«divergencias suscitadas entre la Rectoría y el Sr. Director del Departamento».*

b) En parte alguna se hace el menor reconocimiento del único pre-

mio por trabajos científicos recibidos durante el curso del año por un profesor de la Universidad, por la decisiva razón de que ese premio, el de la Sociedad Agronómica, fue otorgado al Sr. Vogel.

c) Tampoco se ha mencionado para nada el hecho de que el ex Decano Sr. Hugo Montes fuera designado –a los 34 años de edad, lo que es un caso excepcional– Miembro Correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua. La colocación «en lista negra» del Sr. Montes ha llegado al extremo de no dar cuenta a los HH. Consejo y Directorio de la comunicación por la cual el ex Decano hacía saber su nombramiento como Delegado de Chile a la reunión mundial de la UNESCO y ofrecía una interesante colaboración para la Universidad.[79]

d) Hasta a mí me ha correspondido parte de este pintoresco «castigo». Todas las actividades positivas de extensión que realizó la Facultad de Bellas Artes a mi cargo, como los Festivales Chopin y de Cine, las exposiciones pictóricas, la cooperación –junto con el Departamento de Extensión Cultural– en los programas del Instituto de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, etc. o no se nombran o aparecen totalmente anónimas. En cambio, sólo se alude a Bellas Artes para criticarla y para señalar unas conferencias organizadas directamente por el Sr. Rector con ayuda del Sr. Vittorio Di Girolamo. Tampoco se menciona entre los hechos de alguna importancia de 1960 la dictación de la Ley N° 13.964, que es quizás el mayor aporte económico recibido por la Universidad desde su fundación, ya que aumentó en forma permanente sus recursos en cerca de un 50%, sin duda porque en su gestación me cupo trabajar activamente.

Pero también se ha dado el caso contrario, y el Sr. Rector no ha vacilado en entregar la representación oficial de la Universidad y hasta en ofrecer la Secretaría General –no obstante reiteradas advertencias de que no podía confundirse esto con la simple realización de trabajos internos– a quien tiene registradas seis órdenes de detención pendientes, pero que al parecer cuenta con su más íntima confianza.

79 Efectivamente no se hizo mención pero, ¿dónde estaba Martínez que como Secretario debió insistir en lo que le parecía tan importante?

Ediciones UACh/Difusión

10. Política general universitaria

Otra de las más decisivas discrepancias con el Sr. Morales se concretó también en el curso de 1960 en relación con la falta de definición de una política universitaria. Con frecuencia ha aludido el Sr. Rector a la existencia de «dos políticas» en la Universidad, queriendo significar con ello el que yo intervenía en un sentido diverso del que él deseaba imprimirle a los asuntos institucionales, excediéndome con ello de los límites de mi cargo. Esto es falso en tres aspectos: como planteamiento teórico, como imputación personal y como apreciación de la realidad.

En el plano teórico, no cabe concebir la política general de la Universidad en la forma en que la hace aparecer el Sr. Rector, como expresión de una voluntad personal, así sea la suya. Los arts. 15 y 17 de los Estatutos entregan a los HH. Directorio y Consejo la administración y la dirección docente de la Universidad y a ellos corresponde, por consiguiente, la formulación de la política universitaria. Al Rector, en cambio, se le encomienda sólo la ejecución de esos acuerdos y la representación de la Institución (art. 30). Sin embargo, el Sr. Morales ha prescindido de estas normas para imponer un criterio personalista que él llama «su política», de la cual da cuenta a los organismos directivos sólo cuando lo estima conveniente.

En cuanto imputación, también es falsa la afirmación del Sr. Rector, pues nunca he pretendido definir ni mantener una segunda «política». Lo que sí he hecho es criticarle reiterada y respetuosamente la inexistencia de una verdadera política.

Y por esto es que, finalmente, también es falsa la suposición que comento en cuanto apreciación de la realidad. Porque en verdad no sólo no hay dos políticas, sino que ni siquiera una que merezca ese nombre.

Tan efectivo es esto, y tantas veces se lo hice presente, señalándole la necesidad de que se estudiara por los organismos superiores de la Universidad un plan general de objetivos y realizaciones válidas para un período de varios años, que el Sr. Rector reaccionó finalmente muy a su manera. Alrededor del 10 de Julio de 1960 me entregó un memorándum que por instrucciones suyas había elaborado su secretario privado y que contenía lo que llamó *«línea general de la política universitaria»*. Este documento que, a pesar del título, tiene más de prospecto de propaganda

EdicionesUACh/Difusión

que de análisis meditado, se me dio para ser publicado en un periódico, lo que excluía inicialmente toda consulta a los organismos directivos. Pero, a los pocos días, el 19 de ese mes, el Sr. Rector lo presentó al H. Consejo, haciendo la significativa declaración de que su memorándum *«puede aparecer también como una plataforma electoral»,* lo que remacha, aun en este único y vago intento de planificación su sello personalista.

En la discusión del memorando se le hicieron cambios de importancia y el Sr. Rector quedó encargado de entregarme en lo posible en la sesión siguiente, *«un programa concreto de realización de los principios aprobados»,* lo que habría constituido justamente el esbozo de una real política universitaria y que, por cierto, jamás se presentó.

Sin embargo, el Sr. Morales quedó tan entusiasmado con el memorándum que no vaciló en señalarlo en la Memoria de 1960 como el segundo de los pasos de importancia dados en el trabajo del año. En cambio, en la sesión de 13 de Septiembre de 1960, el H. Consejo aprobó un proyecto que presenté sobre la nomenclatura de las Facultades y Escuelas y que suponía una redistribución de ellas, el cual fue acogido también por el H. Directorio y en consecuencia está vigente. Pues bien, el Sr. Morales cita en la Memoria la aprobación de la nomenclatura conjuntamente con su memorándum, para entregar a renglón seguido una confusa explicación contradictoria en gran parte con los únicos acuerdos vigentes sobre la materia.

En síntesis, tras arrastrar esta fundamental «discrepancia» sobre la falta de una política universitaria (y no sobre la competencia de varias de ellas) sólo se obtuvo que el Sr. Morales improvisara una plataforma electoral, de la que nunca entregó la parte positiva y que prescindiera en la primera ocasión de los pocos acuerdos relacionados con estos problemas, sustituyéndolos por sus confusas intuiciones.

Ediciones UACH/Digital

11. Agencia de la Polla Chilena de Beneficencia

Es fácil observar que los más importantes aspectos de divergencia con el Sr. Rector fueron haciendo crisis en la época inmediatamente posterior al terremoto de Mayo, no obstante que su raíz se remontaba en un año o más desde esa fecha. Lo mismo sucedió en el orden de confianza o desconfianza que el Sr. Morales producía en su actuación per-

sonal. Citaré dos hechos, para mí gravísimos, de esta que fue la última época de trabajo en común.

Preocupado de la tramitación de la que habría de ser Ley N° 13.964 permanecí en Santiago desde el 4 de junio al 4 de julio de 1960. En estas gestiones estuve en permanente contacto con el Gerente de la Polla Chilena de Beneficencia, de cuya buena voluntad para con la Universidad Austral dependió gran parte del éxito de aquella iniciativa. Pues bien, estando aún en Santiago y sin que yo supiera nada de ello, el Sr. Rector despachó el siguiente telegrama desde Valdivia con fecha 27 de junio:

> Gerente Pollabene Santiago Atención Agencia zona Universidad agradece deferencia pero lamenta no poder aceptar por no conjugarse con labor que corresponde Instituto Enseñanza punto Agradeceríamos considerar interés de altos personeros Universidad en obtener particularmente agencia incluyese Señor Rector punto Veríamos con agrado contar con conformidad para traspasar ofrecimiento Atentos saludos Rector Universidad Austral.

La copia de este telegrama existente en el archivo de la Universidad tiene una nota de puño y letra del Contador de la Universidad y contador particular del Sr. Morales, D. Raúl Grandjean, que, sobre su media firma, dice: *«28-6-6 Sr. Carnevali me está apurando por respuesta».*[80]

Hubo, según parece, un cordial ofrecimiento de la Gerencia de la Polla para que la Universidad tomara la representación zonal de ella y obtuviera así ingresos adicionales. Es explicable que el Sr. Rector haya rechazado esa oferta, aunque no sé que sobre ello haya consultado al H. Directorio. Lo que no tiene explicación es que simultáneamente haya pedido la Agencia para sí mismo, afirmando de paso el interés personal en el mismo negocio de «altos personeros» de la Universidad, que estoy cierto solo existían en su imaginación. Esto, en mi opinión, comprometía sin conocimiento de los afectados a todos los miembros del H. Consejo y H. Directorio. Concretamente, estimo que me dejaba en difícil situación a mí que en esos mismos días defendía lo que consideraba los intereses permanentes de la Universidad ante el mismo Gerente Gene-

Ediciones UACh/Difusión

80 Hay que ser muy especial para dar el trato de «gravísimo» a un negocio que podía ser adjudicado hasta por el vendedor del kiosco de diarios.

ral de la Polla de Beneficencia, quien seguramente desconocía la injerencia en que me hallaba de todo este intento de negocio.

Algún tiempo después, hube de formarme un cuadro más claro de la situación. Visitó la Universidad el H. Diputado y candidato a Senador D. Héctor Correa Letelier, acompañado por el H. Diputado D. Luis Valdés L., y por los Sres. Pedro Pablo Larraín, padre e hijo. El Sr. Rector los recibió en su oficina, encontrándome presente, y no halló mejor manera de poner término a la conversación sostenida con ellos que pedir expresamente en estas circunstancias, al Sr. Correa, su intervención para que le fuera otorgada la Agencia de la Polla *«a la firma Prales de la cual soy socio»,* según dijo textualmente.

Apenas tuve oportunidad, después de esa entrevista, le dije con toda claridad al Sr. Morales que estimaba indispensable que pusiera estos hechos en conocimiento del H. Directorio; nunca lo hizo, pero estoy seguro de que este incidente fue decisivo en el desarrollo posterior de los acontecimientos.

EdicionesUACh/Difusión

12. Problemas radiales

El segundo hecho de este orden, del cual me enteré en los últimos días de Septiembre de 1960, creo que el 25, fue un acto reiterado de disposición de dineros girados a la orden de la Universidad que realizó el Sr. Rector sin consulta a los organismos directivos y en beneficio de su secretario privado y a la sazón generalísimo de su campaña electoral. Lo ocurrido habría tenido sólo una muy relativa importancia y hasta quizás una adecuada justificación si se hubiese planteado derechamente al H. Directorio y se hubiera contado con su autorización. El Sr. Arellano organizó unos programas radiales de divulgación histórica y artística, les obtuvo financiamiento comercial y recabó, al parecer, el auspicio de la Universidad directamente al Sr. Rector. Al poco tiempo empezaron a llegar cheques girados por empresas relacionadas con los programas a la orden de la Universidad, como auspiciadora de ellos, probablemente porque no se les aclaró que el Sr. Rector había resuelto que tales utilidades las recibiera íntegramente el organizador del programa. Tales cheques no se ingresaron en la cuenta de la Universidad, sino que fueron endosados por el Sr. Rector y por el Contador General, y en el caso que

me correspondió conocer en Septiembre por el Sr. Tesorero General y entregados al Sr. Arellano. Al Sr. Tesorero hice presente mi opinión de que debía cuanto antes ponerse estos hechos en conocimiento del H. Directorio, lo que no se hizo. No me pareció adecuado hacerlo personalmente, porque en la quincena anterior a la elección de Rector estaba presentando falsamente mi actuación en la Secretaría como parcial en favor del candidato Sr. Saelzer y era difícil que se entendiera que me guiaba sólo el respeto por la corrección de procedimientos. El torcido uso que posteriormente se hizo de otra intervención mía, al obtener un desmentido del Sr. Ministro de Educación, justifica mi cautela de entonces.[81]

Octubre de 1960 a Enero de 1961

13. La elección de Rector

Después de los hechos relatados, resulta bien comprensible que al acercarse la fecha de la elección de Rector, y habiéndose desechado mi sugerencia de postergarla, decidiera, en uso de mi libertad de elector, no contribuir a que el Sr. Morales fuera reelegido. Felizmente para la Universidad y sin mi intervención, se lanzó la respetable candidatura de D. Federico Saelzer, que era una garantía de que no se repetirían, si era elegido, los errores de la actual Rectoría. Por lo demás, aún en su derrota, esa candidatura prestó el inmenso servicio de procurar mostrar al exterior que no cabía seguir identificando a la Universidad Austral con el Sr. Morales.

Días antes de la elección se provocó una reunión en casa del Sr. Rector donde tuve oportunidad de resumirle privadamente algunas de las razones que me separaban de su posición. Ahí me comprometí a mantener la estricta neutralidad propia de mi cargo. El Sr. Rector se obligó, por su parte, a hacer efectivas apenas fuera elegido las más importantes medidas de despersonalización de la Universidad en que yo había insistido, agregando que, cualquiera que fuese el resultado de la elección, no permitiría que se atacara mi continuidad en el cargo. Respecto a este

Ediciones IACH/Difusión

81 Efectivamente J.M. Arellano, un talento como escritor, cometió errores que yo traté de enmendar. Fui responsable de cuidar la honra de un ser no común.

período, en el que no quise hacer uso de ninguno de los antecedentes que podrían haber perjudicado electoralmente al Sr. Morales, por estimar que así cumplía mejor mis delicadas funciones y el compromiso que al respecto había contraído, a la vez que ayudaba a mantener la lucha en un pie de elevación, resulta tal vez conveniente citar lo mismo que dije ante el H. Consejo con fecha 5 de Diciembre último:

> No puedo terminar sin referirme a lo que aparece como la verdadera causa de todo lo que está ocurriendo. Desde antes de la última elección del mes de Octubre, el Sr. Rector me hizo saber que algunos de sus más destacados partidarios pedían mi salida de la Secretaría General, pero que él se opondría a ello. Por mi parte, le manifesté que yo no apoyaba su re-elección y que en uso de un legítimo derecho votaría por D. Federico Saelzer, cuya candidatura no había levantado pero que me parecía la persona indicada para sucederlo. Le aseguré sí que como Secretario General mantendría la más estricta neutralidad, lo que efectivamente cumplí al no participar ni en el menor detalle de la campaña electoral. El día de la elección, felicité al Sr. Rector por su triunfo y él me dijo textualmente: *«Recuerde que soy hombre de una sola palabra»*. A los quince días aproximadamente, me notificó que ya no podría defender mi permanencia en el cargo. Le contesté que me parecía lo oportuno reiterar mi solicitud de permiso para viajar a Europa, a fin de que pasara la agitación postelectoral y me alentó a ello, diciéndome que lo hiciera pronto. Presenté mi solicitud y quedó en suspenso por objeciones que hizo el propio Rector a mi trabajo, no obstante que se referían a problemas muy anteriores. Posteriormente, se ha traído este tema al H. Consejo, porque toca la coincidencia de que a él pertenecen la mayoría de quienes pidieron al Sr. Rector mi salida, no obstante que no es el organismo competente para resolver sobre ello. En la última sesión, se me anticipó que nada sacaba con presentar una detallada defensa, salvo demorar un acuerdo que al parecer está ya resuelto. Sin embargo, por respeto a lo que considero que debe ser el Consejo de la Universidad, he respondido con tanto detalle como me ha sido posible. No hay de mi parte, como tan sentenciosamente ha dicho el Sr. Jara, delirio de persecución. Creo sí que hay una decisión preestablecida en mi contra, de neto carácter electoral.

Creo que los sucesos posteriores confirman mi afirmación.

Ediciones LOM / Difusión

14. El proyecto de autonomía

A partir de la elección de Octubre fui prácticamente alejado de las funciones propias de mi cargo, salvo en su aspecto más rutinario.

Como es del conocimiento general en la Universidad, me había correspondido desde el comienzo preocuparme del proyecto de ley que otorgaba autonomía a la Universidad Austral, el que fue aprobado en la Cámara de Diputados ya en Octubre de 1958. Posteriormente hubo innumerables gestiones, desde las realizadas ante la Comisión de Educación del Senado hasta un proyecto de convenio con la Universidad de Chile gestionado por el Decano Sr. Hugo Montes ante D. Juan Gómez Millas, con la autorización del Sr. Rector. A mediados de 1960, el Sr. Morales decidió tomar directamente la gestión de esta iniciativa y obtuvo que ella fuera aprobada por ambas Cámaras en una favorable redacción. No obstante, le advertí en varias oportunidades la conveniencia de que se destacara a alguien en Santiago aunque fuera durante un largo tiempo para asegurar la promulgación de la ley. El Sr. Rector no lo estimó necesario. Cuando se anunció la intención del Ejecutivo de vetar la ley, hubo una reunión de profesores en la que fui designado para viajar a Santiago a defender los intereses de la Universidad, no obstante lo cual ese mismo día el Sr. Rector prefirió enviar a su secretario privado. Cuando se conoció la solución de transacción a que se había llegado, le advertí nuevamente al Sr. Rector del peligro de que no hubiera ley, si rechazaba el veto y el Congreso no insistía, lo que efectivamente sucedió, pero en la Cámara de Diputados y no en el Senado como yo había creído. El Sr. Rector se mantuvo en su convicción de que todo resultaría en forma favorable. No obstante todo esto, cuando se perdió esta importante herramienta de trabajo, la desconfianza de los Consejeros recayó misteriosamente en quienes más habíamos trabajado por ella y no en quien comprometió el éxito final con su permanente personalismo.[82]

15. Imputación al Señor Hugo Montes

Consta este desagradable asunto en el acta del H. Directorio de 22 de

82 ¿Y sería mi personalidad la que influyó para que la autonomía de la Universidad le fuera concedida solo seis años después de mi renuncia?

Ediciones UACh/Difusión

noviembre de 1960.

No obstante la positiva participación del ex Decano Montes en las gestiones en pro de la autonomía, el Sr. Rector hizo pública a mediados de Noviembre una versión según la cual el mismo Sr. Montes habría sido el culpable del veto a esta iniciativa. Fundó su afirmación el Sr. Morales en el dicho del Sr. Ministro de Educación a la Comisión Universitaria que con él se entrevistó. Ante el terminante desmentido del propio Sr. Ministro, el Sr. Rector sostuvo que la Comisión había dado al llegar a Valdivia una versión distinta de la que él había recibido por teléfono desde Santiago. Sea quien fuere el que faltó a la verdad –los miembros de la Comisión que dijeron por teléfono al Rector algo que el Ministro no expresó, o el Sr. Morales que propaló una imputación que los de la comisión no le habían transmitido– el hecho es que tales afirmaciones habrían quedado como verdaderas sin la rapidísima y caballeresca actitud del Sr. Moore.

No contento con lo ocurrido, en la misma sesión del H. Directorio el Sr. Rector sostuvo que el ex Decano Montes se habría valido de su condición de profesor de la Universidad Austral para ser nombrado Delegado de Chile ante la UNESCO. La misma carta del Sr. Ministro de Educación desmiente también este cargo, señalando que tal designación fue hecha en atención a los méritos personales del Sr. Montes. Por lo demás, este había representado a Chile en una reunión similar, en Nueva Delhi, un año antes de ingresar a la Universidad Austral.

Ediciones DACH / Difusión

16. Acuerdos relativos al Sr. Otto Vogel

El uso que ha hecho el Sr. Morales de su autoridad de Rector en contra de las personas que osaron expresar su disconformidad con él con motivo de la elección de Octubre no se ha limitado a los casos de los Sr. Montes o mío. Tengo especial interés en aclarar un aspecto relativo al Sr. Otto Vogel, porque hay en actas reiterada constancia de que sólo he intervenido en esta materia para resguardar la corrección de los procedimientos, sin prejuzgar nunca sobre el fondo del problema. También me interesa hacerlo porque es el primer caso en que se aprovecha mi retiro de la Universidad para culparme de actitudes que me son ajenas. Sé que me será difícil desmentir lo que se diga más tarde, pues incluso

lo ignoraré las más de las veces, pero alcanzo a señalar en esta oportunidad una grave contradicción entre lo que realmente resolvió el H. Directorio y lo que el Sr. Rector está dando a conocer a los Sres. Profesores.

En sesión del H. Directorio de 9 de Agosto de 1960 se tomaron acuerdos respecto al Profesor Vogel, uno de los cuales en carácter de reservado. Por esta razón, siempre me abstuve de darlo a conocer a quienes no pertenecieran al H. Directorio. Pero ahora para justificar sus contradictorias actuaciones y la inexplicable decisión de no hacer un sumario que estaba resuelto, el Sr. Morales ha contestado una carta de varios profesores de la Facultad de Ciencias Agrarias, y al hacerlo aparenta transcribir lo acordado, incluso lo que es materia del acuerdo reservado, en forma totalmente distinta de como se aprobó. Las autoridades universitarias, en casos calificados, pueden abstenerse de dar a conocer sus resoluciones, pero no creo que jamás estén autorizadas para dar de ellas versiones diversas y sustancialmente contradictorias. El hecho es de suma gravedad y me siento afectado porque a algunos profesores se les dijo verbalmente que yo había tergiversado lo ocurrido, en circunstancias que el Acta de la sesión correspondiente se aprobó sin observaciones. Más aún, en sesiones de Consejo de 13 de Septiembre y de Directorio de 16 del mismo mes se dio amplia cuenta del mismo problema y se comentaron y leyeron los acuerdos anteriores sin que nadie los objetara. Hasta el propio Decano Sr. Westermeyer revisó antes de las sesiones el texto de las actas. No sólo eso. La carta en que comuniqué al Sr. Vogel los acuerdos del H. Directorio fue conocida y aprobada por el Sr. Rector antes de su envío.

Pues bien, el acuerdo de 9 de Agosto en su texto completo, incluso con el acuerdo reservado que el Sr. Rector se ha encargado de publicar, es del tenor siguiente:

> Se acuerda encargar al Sr. Martínez que converse con el Sr. Vogel para darle a elegir entre las posibilidades de que presente su renuncia, se desahucie su contrato o se inicie una investigación a fondo sobre sus planteamientos y los del Sr. Westermeyer. Se deja constancia de que se sigue este camino debido a la forma de presentación directa al H. Directorio que siguió el Sr. Vogel. Sin perjuicio de lo anterior, el H. Directorio acuerda en principio no renovar el contrato de trabajo del Sr. Vogel en el próximo año, previo el trámite co-

Futuros LACH/Difusión

> rrespondiente a través del H. Consejo. El Sr. Rector estima que, para propia conveniencia del Profesor es preferible no renovarle el contrato a fines de año, con lo que se soluciona automáticamente el problema. (Acta 192).

La versión del Sr. Morales es la siguiente:

> Para su debida información, creo que es conveniente que sepan que el H. Directorio en sesión de 9 de Agosto de 1960 acordó: 1° No renovar el CONTRATO DEL SR. OTTO VOGEL y 2° Sin perjuicio de lo anterior y con el fin de complacer al Sr. Vogel por una parte, y por la otra, evitar que al término de su contrato se encontrara en situación de que no fuera posible al empleador proporcionar un certificado de que reúne condiciones humanas compatibles con el trabajo en conjunto, ofrecerle a) un sumario acerca de su actuación funcionaria, y b) la opción a que presentara su renuncia. (Carta de 13 de Enero de 1961 a los Sres. Durán, Behrens, Krarup, Sáez y Susaeta).

Aparte de la frase *«sin perjuicio de lo anterior»* aplicada en sentido diametralmente opuesto, no parece haber ninguna similitud entre ambas transcripciones.[83]

EdicionesUACh/Difusión

17. Renovación del H. Directorio

He sabido que, para obtener la eliminación de su contendor en las elecciones de Rector de entre los miembros del H. Directorio, se ha valido el Sr. Morales del recurso de advertir a los Sres. Socios que el Sr. Saelzer no podría ser en ningún caso designado Director porque es Profesor de la Universidad. Cabe advertir al respecto: a) que cuando el Sr. Saelzer fue elegido Director en Diciembre de 1957 era ya Profesor desde el 26 de Marzo de ese año; b) que en el mismo caso del Sr. Saelzer se encontraba y se encuentra el Dr. Eduardo Tallman, a quien ni la Facultad ni los organismos directivos le han privado de su carácter docente; e) que los Estatutos establecen la incompatibilidad para ser elegido Director respecto de los «empleados», con excepción del Tesorero y Secretario Generales, con una evidente referencia al personal administrativo, ya que siempre que los Estatutos aluden a los Profesores les dan este nombre o el de «personal docente»; y d) que este mismo punto se trató en sesión

83 Efectivamente, defendí al Decano porque así lo estimé como mi deber.

de Directorio de 21 de Julio de 1959, a indicación del propio Sr. Saelzer señalando que no existía incompatibilidad para que un Director realizara funciones docentes. Es claro que la norma puede igualmente aplicarse en sentido inverso, pues en caso contrario se produciría, al hacerse efectivo el acuerdo del Directorio, una incompatibilidad sobreviniente.

En esa misma Junta de Socios se prescindió también de lo dispuesto en los Arts. 6 y 25 de los Estatutos, que exigen estar al día en las cuotas sociales para votar, ya que se consideró la nómina de los socios que habían pagado las cuotas del año 1960 y no el trimestre anticipado de Enero a Marzo de 1961, que era el exigible.

Posteriormente, he sabido que los organismos directivos decidieron no reemplazar la vacante dejada entre los diez Directores por el Sr. Vice Rector al ser reelegido para este cargo. Se rompe así el precedente establecido anteriormente y se aleja también la posibilidad de que ingresen al Directorio los Socios elegidos Directores Suplentes y que podrían no ser del completo agrado del Sr. Morales.[84]

Conclusiones

Señor Vice Rector:

He querido exponer sucintamente el proceso de lo que el Sr. Rector llamó «discrepancias de opinión». Creo haber dejado en claro que ellas fueron acentuándose progresivamente e hicieron crisis durante el año recién pasado. Es significativo del estado que tiende a hacerse normal en la Universidad el que todos aquellos que se han ido compenetrando de la verdad de estos hechos han terminado por ser eliminados de la Institución. La causa de esta anomalía radica en el mismo punto de partida de todo lo demás que he criticado: el absorbente personalismo del Sr. Morales, que rechaza todo intento de robustecer los organismos intermedios, los centros vitales de la Universidad, y procura a toda costa, incluso atropellando las jerarquías inferiores a la suya, mantener los lazos directos de cada uno con él mismo. Cualquier desajuste en esta relación directa termina forzosamente en la acusación de ineficacia y

Ediciones DACh/Difusión

84 Para mí ha resultado ser el colmo de los elogios, que desprecio, estos derechos que Martínez me atribuye. ¿Así es que yo era el único y total responsable de la proyección de la Universidad Austral?

la consiguiente separación del afectado. La ineficacia para sus propios medios y fines se identifica para el Sr. Morales con la inconveniencia para la Institución.

No es esta la ocasión para detallar una Memoria de mi labor en la Secretaría General, pero para las pocas personas que conocieron de cerca lo que se hizo en estos cuatro años resulta evidente que mi ácida crítica fue sólo un aspecto secundario del trabajo central. Dejo la Secretaría con un sistema administrativo organizado y un correcto funcionamiento; con el personal cuidadosamente seleccionado y hasta el punto de que es el más eficiente de la Universidad, no obstante su número muy inferior al que existía cuando llegué; con una rutina administrativa, en cuanto a documentación, correspondencia, actas, notas internas, archivos, sistema de matrículas, control de pago de los alumnos, certificados, etc., completamente distinta de la que existía cuatro años atrás. He logrado que la mayor parte de los organismos administrativos de las facultades incorporen muchas de estas modalidades a su propio trabajo. He mantenido un contacto de amplia cooperación con los organismos que debían entenderse con la Rectoría a través de la Secretaría General, como el Centro de Documentación, el Departamento de Extensión Cultural, etc. He logrado cambiar el estilo de los documentos oficiales sustituyendo en gran parte el personalismo del Sr. Morales por el habitual en las instituciones públicas nacionales. Trabajé personalmente en diversos proyectos de reglamentos de permisos, de calificaciones y promociones de la Facultad de Estudios Generales, de nomenclatura de Facultades, etc. y presenté el proyecto de reforma de Estatutos en actual trámite. Preparé las normas que se aprobaron sobre aumento de rentas al personal docente. Con permanente decisión he colaborado al robustecimiento administrativo de las Facultades, en especial al frente de la que parecía la más débil a mi llegada –la de Estudios Generales– y que llegó a ser la más armónicamente organizada. Para ello, hube de enfrentar al comienzo una cierta actitud de resistencia de los Institutos, antes excesivamente autónomos, que luego se fue transformando en eficaz cooperación. Trabajé también en el planeamiento general de esta Facultad, especialmente ayudando a la importante labor del ex Decano Montes, y en forma muy señalada en la estructura del Instituto de

Ediciones UACH / Difusión

Letras. Durante este período se lograron realizar las primeras publicaciones tanto científicas como de boletines impresos; se regularizó la celebración de los actos académicos; se inició la recopilación de material relacionado con legislación y noticias educacionales. Además de las actividades ordinarias en Valdivia, me correspondió con frecuencia representar a la Universidad en Santiago, tanto en el Consejo de Rectores, como en reuniones para la reforma de la enseñanza secundaria o para la obtención de nuevos recursos, y habitualmente en gestiones directivas ante autoridades gubernamentales, parlamentarias, de organismos internacionales y de carácter universitario. Basta recordar al respecto el trabajo en el proyecto de ley que otorgaba autonomía y en el que concedió fondos extraordinarios a partir de 1960 para la Universidad Austral. Y debo finalmente señalar que, sin perjuicio de las actividades de la Secretaría General y sin mayor remuneración, fui, durante dos períodos y por espacio de más de dos años y medio, Decano Interino de la Facultad de Bellas Artes y, por tres años, Director del Seminario de Historia en la de Estudios Generales, tareas estas últimas que habrían ocupado el tiempo completo de más de alguno de los Consejeros que me atacaron en el último tiempo.

Menciono estos hechos sólo para demostrar que mi dedicación estuvo ante todo al servicio del trabajo que se me había encomendado. Ahora bien, este mismo trabajo y la categoría de Consejero y Director de la Institución que me otorgaban los Estatutos me daban la posibilidad y obligación moral de no callar ante lo que estimaba peligroso para la Universidad. Mientras estuve en el cargo hablé claro y sin halagos al Sr. Rector. Nadie puede dudar de cuáles fueron las consecuencias. Ahora que me retiro, me siento en el deber de dejar planteados al Sr. Vice Rector a lo menos los aspectos más salientes de lo que recuerdo en un rápido análisis. Quienes continúen dirigiendo la Universidad deberán a su vez tomar en conciencia la actitud que crean justas. Por lo demás, todas las referencias de importancia que he hecho se encuentran justificadas con la documentación respectiva de la Universidad. En algunos puntos podré dar información complementaria y personal al Sr. Vice Rector, si ello es necesario.

Creo que es urgente que se enmienden ciertos rumbos básicos en la

EdicionesUACh/Difusión

Universidad. Todas las Facultades están en este momento en mayor o menor grado de perturbación. La de Bellas Artes ha sido declarada en reorganización, por cierto que sin consultar ni siquiera al mismo Decano a quien se le rechazó con entusiastas alabanzas del Rector la renuncia presentada el 11 de Mayo. La de Ciencias Agrarias está escindida en facciones al parecer irreconciliables y el Decano trata de que pasen las vacaciones antes de citar a reunión de sus profesores. La de Ingeniería Forestal sale recién del inútil y paralizador Decanato de más de un año del propio Sr. Morales. La de Medicina Veterinaria continúa igual, lo que no puede ser peor, bajo la dirección de un Decano cuya mayor virtud es su seguimiento indiscriminado al Rector. La de Filosofía y Educación reduce su personal en vez de aumentarlo y continúa su único instituto científico en permanente estado de «preparación». La de Medicina no puede notificar a sus futuros alumnos si los recibirá o no, a un mes de la fecha en que debía comenzar la matrícula, porque quienes debieron preparar en Valdivia las condiciones para ello no han sido capaces de hacerlo. La de Estudios Generales amenaza quedar en el curso de este año con la mitad de sus doce institutos sin directores. Un cálculo realista permite suponer que los alumnos, en lugar de aumentar el número, disminuirán en una tercera parte sobre la matrícula de 1960. El tremendo impacto del veto a la autonomía oscurece aún más el panorama y no se ven esperanzas ciertas de una próxima solución. De los proyectos «prácticamente seguros» del Sr. Rector para la construcción de un Hospital no se vislumbra tampoco nada concreto. En estas circunstancias, nada puede ser más perjudicial para la Institución que el camino de represalias y luchas intestinas iniciadas por el Sr. Morales.[85]

Sin duda que hay en la Universidad Austral factores y realizaciones positivos. Parece innecesario señalar que no he querido, al exponer estos hechos, atacar a la institución –que el Sr. Morales identifica consigo mismo– sino por el contrario defenderla del personalismo de su Rector. A pesar de todo, sigo creyendo que el Sr. Morales merece la gratitud de Valdivia por haber promovido y realizado con una activa participa-

85 Ninguno de los sombríos pronósticos del señor Martínez se cumplió. ¿No estarían sus pensamientos influidos por cierta amargura?

Ediciones UACh / Difusión

ción personal la creación de la Universidad Austral; que los objetivos y características que oficialmente ha proclamado la Universidad para sí misma configuran una tarea del más alto interés nacional y que aún dentro de la actual crisis, siguen operando muchas de las conquistas positivas logradas, como la economía en las inversiones, la sobriedad en la estructura administrativa, la dedicación exclusiva de la mayor parte de su personal, la concepción renovada de las Facultades y de la carrera docente.

Pero afirmo también con igual certidumbre que, ayudado por la ceguera y la pequeñez de unos pocos, el propio Dr. Morales está destruyendo lo que levantó y que aúun sus mejores realizaciones amenazan quiebra o declinación al no afianzar los valores permanentes de la Universidad, poniéndolos a salvo de este personalismo mitad ridículo y mitad peligroso. Si esa importante tarea de recuperación se realizara, daría por bien empleados los desagrados y las injusticias que he conocido en el último tiempo.

Al poner esta comunicación en manos del Sr. Vice Rector y entregarla a su prudencia y ecuanimidad, lo hago en la esperanza de contribuir a esa tarea de tan urgente necesidad para la Universidad Austral.

Respetuosamente,
Jaime Martínez Williams
Al
Sr. Vice Rector de la Universidad Austral de Chile
Señor Víctor Kunstmann Hube
Presente

Ediciones UACh/Difusión

Si he insertado esta misiva en un opúsculo que da cuenta de la creación de la Universidad, es sólo para resaltar cómo fui atacado, sin misericordia, dentro de los mismos Cuerpos Directivos.

La carta de Martínez mencionaba uno de los principales problemas que afectaban a la Universidad y que no dejaba de dar vueltas en mi cabeza: la falta de autonomía. Dado el cariz que tomaba la tramitación de la autonomía, resolví invitar a una sesión especial conjunta del Directo-

rio y Consejo a los personeros locales de los distintos partidos políticos, violentando mi propósito de mantener ajena a la Institución de toda intervención de esta clase. Se criticaba acerbamente la falta de apoyo político a mi gestión, y se propalaba por la prensa y la radio el que no se recurriera, para apoyar los trámites de la autonomía, a los partidos políticos locales. Yo tenía el presentimiento de que esta gestión sería totalmente ineficaz y aún considerándola de más, resolví invitarlos.

Fue así como, el día de la sesión, en primer lugar agradecí la presencia de los representantes de los distintos partidos políticos y, enseguida, comencé a explicar cómo, después de seis años en que la universidad había trabajado sin tener que imponer sacrificios de ninguna especie a la colectividad, había llegado el minuto en que era necesario que la ciudadanía saliera en su defensa, ya que en otra forma esta podría llegar a verse expuesta al cierre definitivo de sus aulas. Hice presente, también, que antes de convocar a esta reunión había hecho visitas al Alcalde de la ciudad para invitar a la Corporación Edilicia a este intercambio de opiniones y que, desgraciadamente, la Municipalidad sólo podría concurrir a una sesión especial que se llevaría a efecto el Viernes 25 del presente.

Enseguida, expliqué el problema de la ciudad de Valdivia en la siguiente forma:

> Valdivia no fue destruida, sino asolada por el terremoto de Mayo de 1960. Ello ha provocado la destrucción total de las industrias o su desmantelamiento posterior, lo cual implica que antes de dos años, por lo menos, estas no recuperarán el ritmo de producción que tenían antes del terremoto. La agricultura ha sufrido daños irreparables y no podrá recuperar la capacidad de producción, no en cantidad, sino en calidad, antes de cinco años. El comercio, con la interrupción de las vías de comunicación, que se prolonga en más de un año, ha sufrido y sufrirá las consecuencias que tal situación trae en una época en que andamos en satélites artificiales. En otras palabras, nuestro comercio está fuera de posibilidades de competir con el de las ciudades vecinas por falta de vías de comunicación expeditas. Y en cuanto a nuestro puerto, él ya pertenece al pasado, 400 años se necesitaron para obtener la mejoría del puerto de Corral, y cuando los estudios estuvieron terminados, el sismo liquidó cualquiera posibilidad de aplicarlos. En consecuencia, debemos rendirnos a una realidad: si no hay producción industrial,

Ediciones UACH / Digital

si no hay producción agrícola, si no hay un comercio de tan alta intensidad que justifique la inversión y las sumas necesarias para mantenerlo, se podrá tener un molo de atraque, pero puerto no. En cuanto a la reparación de vías camineras y a su habilitación permanente, es indudable que van a pasar tres a cuatro años antes de que sea realidad. Este es el daño material que se ha sufrido, pero la conmoción que se ha producido en los espíritus es una perturbación psicológica que, en cierta manera, nos ha hecho incapaces de presentar los problemas concretamente y las posibles soluciones que ellos tienen, y esto está en manifiesta inferioridad con respecto a la posición que han tenido otras ciudades, especialmente Concepción, que al plantear sus problemas en forma precisa los ha superado con ayuda estatal o extranjera. Pero para ello ha debido haber unión, unión que se ha creado ante la adversidad y ante el peligro de ser menos. Aquí en Valdivia nuestra alteración nos ha privado de medir la magnitud de nuestra desgracia, y hemos seguido discutiendo en forma bizantina sobre nuestras discrepancias personales, atacándonos unos a otros, cuando estamos en peligro de desaparecer. El cuadro que presentamos podría parecer pesimista, pero en realidad es un cuadro naturalista, es el reflejo, el balance de nuestra situación y sobre este cuadro deberemos trabajar. Dentro de esto que he esbozado, hay que precisar la situación de la Universidad. Esta Institución, que no persigue fines de lucro, que no tiene una posición ideológica definida sino que está abierta a todos los credos políticos y religiosos, que busca el bienestar y la prosperidad de la comunidad, que ha llevado el nombre de Valdivia a países, ciudades, Instituciones donde jamás creímos que podría llegar, que ha dado a nuestra ciudad rango intelectual que la distingue de la inmensa mayoría de las ciudades del país, esta Institución no tiene paz ni tiene la seguridad de su existencia en el momento presente y se ve limitada en su acción de guía y canal de las inquietudes valdivianas, porque tiene en juego su propia existencia.

Al solicitar hoy día el apoyo de la ciudadanía valdiviana –que los señores presidentes de las asambleas y consejos de los partidos políticos que tienen vida en nuestra nación representan–, lo hago consciente de que nadie podrá pensar que se trata de intereses personales sino de los intereses de la colectividad que en este momento se proyecta hacia el futuro. El sacrificio de hoy perdería su sentido si no superiéramos por qué, para qué y para quién lo estamos haciendo. y que este aspecto no es personal puedo afirmarlo al repetir, en este Directorio y en presencia de nuestros distinguidos amigos, la declaración que he formulado varias veces en este último tiempo: cuando el Directorio de la Universidad estime que mi presencia, mi continuidad en el cargo perjudica los altos intereses de la Institución, estoy llano a discutir el término de mi contrato; mientras tanto, y hasta el último minuto de mi

Ediciones UACh / Dirección

> gestión en la Universidad, cumpliré con mi deber velando porque la juventud tenga lo mejor que podamos obtener en su beneficio, y separando sin ninguna consideración que no sea el interés de la comunidad, a individuos o equipos que en nuestro concepto no persigan los finos objetivos que nosotros perseguimos: imparcialidad, justicia frente y para el porvenir. También, me he atrevido a solicitar este apoyo al comparar nuestra situación con la Universidad de Concepción, por ejemplo. Allá se mira el interés de la colectividad y aunque es una Universidad particular, tan particular como la nuestra, ella tiene el apoyo de conservadores, radicales, comunistas, socialistas, el apoyo de la derecha, del centro y de la izquierda, porque Concepción estima que su Universidad es uno de los factores más importantes de la situación a que ha llegado y del progreso que le espera.
>
> También me alienta a solicitar este apoyo el que, reconociendo los errores en que necesariamente, como hombre, he incurrido, es necesario afirmar el hecho de que en seis años la Universidad Austral ha recorrido un camino que de la nada la ha llevado a estar entre las dos primeras del país, quemando las etapas que otras universidades recorrieron en largos años. Y esta afirmación no es de mi cosecha, estos son juicios de la National Academy of Sciences, de los representantes del British Council, de la Fundación Ford, de la Fundación Rockefeller, etc. Estas son todas las razones que me han movido a solicitar, por intermedio de Uds., el apoyo y la comprensión de toda la ciudadanía de Valdivia, apoyo que entraña no solo el bienestar de la Universidad, sino el de cada uno de los habitantes de esta tierra.[86]

Entonces don Camilo Henríquez me solicita que explique por qué la Universidad está en una situación de desmedro frente a las otras universidades, y pide que dé a conocer cuál sería la solución del problema, con el fin de que los representantes de las diversas colectividades políticas puedan trasmitírselas a sus representados. El Vice Rector, Víctor Kunstmann, hace hincapié en que es necesario precisar las preguntas de Henríquez, explicando en qué consisten las dificultades para tomar exámenes y conceder títulos válidos. Yo respondo y hago ver que:

> Por el Estatuto Universitario de 1954 la Universidad está obligada a conformar sus planes y programas, a rendir exámenes ante comisiones de la Universidad de Chile y recibir Títulos de la misma, en todas aquellas carreras que conducen a títulos y grados de los que otorga la Universidad de Chile.

86 Esta cita y las que le siguen, han sido extraídas del Acta de la sesión del 22 de agosto de 1961.

Ediciones UACh/Dirección

En estas circunstancias, nosotros vemos que, salvo la Escuela de Ingeniería Forestal que existe aquí desde 1954 y que en la Universidad de Chile fue creada de hecho en 1955, pero de derecho sólo en 1960, dejando en consecuencia válidos los títulos que otorga la Universidad Austral; la Escuela de Medicina Veterinaria debió someterse al control de la Universidad de Chile y la Escuela de Ingeniería Agraria quedó con sus títulos sin validez. Pero es un hecho, que por lo demás no tiene nada de anormal, que la Escuela de Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile está convulsionada y cambia no sólo sus programas sino hasta sus autoridades a un ritmo que nosotros no podemos seguir, con grave perjuicio para la enseñanza de la Veterinaria en el país. Esta es una de las razones por las cuales preferimos que nuestra Escuela de Ingeniería Agraria esté al margen del control de la Universidad de Chile. Nosotros pedimos esta facultad de tomar exámenes y conferir títulos válidos en la Escuela de Ingeniería Agraria, Medicina Veterinaria e Ingeniería Forestal, por cuanto hoy día estamos imposibilitados, por una parte, para mejorar los programas y, por otra, para competir con el resto de las Universidades, porque fuera de nuestra Escuela Agraria hay en el país cuatro Escuelas más que no necesitan ningún control para tomar exámenes y extender los títulos profesionales. Es una desventaja desde el punto de vista psicológico pedirle a un joven que ingrese a una Universidad cuyos exámenes están sometidos a todas las cualidades y errores de que somos portadores los hombres, porque no otra cosa significa confrontarlos con una comisión de otra Universidad.

Entonces, continué mi exposición agregando que

el cataclismo ha dejado no sólo a la Universidad sino a toda la ciudad de Valdivia en condiciones tan poco acogedoras, que si no tiene un mínimo que ofrecer a la juventud no podremos interesarla en llegar hasta acá. Por otra parte, esta universidad se fundó para combatir el centralismo que es el causante principal de no sólo la despoblación de las provincias sino de la miseria espiritual y económica, y es por ello que yo no acepto estar sometidos al control de una universidad que es igual a la nuestra, con el agravante de que tiene su sede en la capital de la República. Queremos la formación de hombres con una plena comprensión de sus obligaciones en relación estrecha con las necesidades del medio. Yo deseo que el Estado controle toda la enseñanza por los organismos que nuestra Constitución establece, y ella señala que es la Superintendencia de Educación la que debe ejercer este control. Yo pido que lo ejerza y que a ella se sometan todas las Universidades, todas las Escuelas.

Ediciones UACh / Difusión

En seguida, me referí a la reforma educacional que nosotros buscábamos, diciendo que esta

> ha de impedir la repetición del triste espectáculo que se nos presenta después de un año seis meses de un cataclismo y en que nosotros, y el gobierno, y las organizaciones estatales buscamos afanosamente un plan para recuperarnos sin poderlo encontrar; me parece que la reforma que pedimos nos concede el mínimo de libertad para actuar sobre nuestro destino. Esta libertad implica la disposición nuestra para formar los técnicos, los hombres de ciencia que necesita el gobierno de nuestra patria en los próximos 20 años y a la Universidad no le importa qué partidos, qué hombres, qué gobierno tendrá la patria, pero sí le importa que esos hombres, esos partidos, y ese gobierno cuenten con el elemento humano capacitado para dar el bienestar y la felicidad que todos deseamos.

Al terminar de exponer estos planteamientos, solicité a los dirigentes que pidieran a las directivas centrales de sus partidos aprobaran dentro del período ordinario de sesiones del Congreso Nacional el proyecto de ley que autorizara a tomar exámenes a la Universidad Austral, ya que esto beneficiaría a toda la comunidad de Valdivia. Este proyecto, cuyo autor era Don Nicanor Allende, se encontraba en la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados y decía: «*Facúltase a la Universidad Austral de Chile para tomar exámenes y conceder títulos válidos para todos los efectos legales y reglamentarios en las siguientes Facultades: Escuelas Ingeniería Agraria, Medicina Veterinaria e Ingeniería Forestal*».

Luego de que presenté esta petición, Camilo Henríquez manifestó que dadas las condiciones del clima, no existía interés por parte de los jóvenes egresados para venir a Valdivia. Yo hago presente que el Sr. Henríquez tiene toda la razón. Cito como ejemplo que la V Zona del Ministerio de Agricultura tiene 22 cargos de Ingenieros Agrónomos vacantes, sin poder conseguir que los ingenieros de Santiago se vengan al sur. Sin embargo, los egresados de la Austral, con una preparación idónea, no podían optar a estos cargos porque su título no era válido.

El Sr. Camilo Henríquez indicó, además, la importancia de mantener la Universidad en Valdivia y de crearle las condiciones necesarias para que prospere y amplíe sus Escuelas. Él resaltó el dolor que signifi-

Ediciones UACh/Difusión

ca, aparte de los riesgos que ello importa, el desmembramiento de la familia al tener que enviar sus hijos a estudiar a otras Universidades. *«De aquí que se hace urgentemente necesario* –manifestó– *el que, por todos los medios al alcance, se forme una conciencia ciudadana que permita superar la condición en que se encuentra la Universidad».*

Entonces intervino el Decano Westermeyer para hacer presente la situación en que se encuentra la Uuniversidad frente a los organismos internacionales. Para los señores Directores era conocido el hecho de que, en el transcurso del último año las Fundaciones habían ayudado a la universidad con una suma cercana a los 80 millones de pesos. Señaló Westermeyer: *«Pues bien, por diferentes conductos nos hemos podido imponer de que esta ayuda puede cesar y que, en todo caso, se está marcando un compás de espera».* Citó como ejemplo que hay destinada para la Facultad de Ciencias Agrarias la suma de US$ 20.000, valor de un conservatorio, suma que no se atreven a cursar por cuanto la condición es incierta. Por otra parte, estos mismos organismos se abstienen de enviarnos profesores universitarios de categoría, como son los que ellos normalmente contratan, debido a que estos profesores no desean pasar por el bochorno de que sus alumnos sean examinados por profesores de otras Universidades.

Puntualiza el Sr. Decano que en tales circunstancias no es posible canalizar la ayuda que las organizaciones internacionales están prestando, y que al no ser aprovechadas por la Universidad Austral, indudablemente irán a beneficiar a otros organismos.

Después correspondió el turno de hablar a los políticos. El Sr. Domingo Roldán, del Partido Demócrata Cristiano, agradece la invitación que se le ha formulado y se felicita del camino que ha elegido la Universidad para ponerse en contacto con la ciudadanía. Estima que los valdivianos no han hecho conciencia de la importancia que tiene la universidad para el desarrollo cultural y económico de la zona y de la ciudad. Cree que el solo amor y la fe que los hombres deben depositar en el progreso de su tierra obliga a la comunidad a darle el respaldo que la universidad necesita.

Cuando le tocó el turno al representante del Partido Liberal, Juan Edo. Puentes, este señaló, con el fin de puntualizar las afirmaciones hechas por mí, que

Talleres UACH/Difusión

el Estatuto Universitario establece la autonomía en tres aspectos: el manejar su propio patrimonio, el organizar sus planes de estudio y el otorgar títulos válidos. Respecto del primero, la Universidad Austral es autónoma de modo que él cree que no tiene fundamento la duda de las organizaciones extranjeras. Los dos puntos siguientes puede tenerlos una universidad particular siempre que se trate de títulos que no otorgue la Universidad de Chile, como es el caso de Ingeniería Forestal. En lo demás, tiene que someterse a los programas de la Universidad de Chile y los títulos deben ser otorgados por la misma Universidad. Este es el problema que aqueja a la Universidad Austral, pero, como señaló el señor Rector, es un problema de orden político y doctrinario que ya fue planteado en la Cámara de Diputados, siendo aceptado el proyecto en general y enviado en segundo informe a la Comisión de Hacienda, donde se encuentra actualmente. Pero de allí no va a salir si no hay un acuerdo de partidos que permita que sea tratado nuevamente y pase después al Senado. Este proyecto además está ligado a la Universidad del Norte, pero actualmente se encuentra en un proyecto destinado exclusivamente a la Universidad Austral. Creo que si se logra interesar a los partidos que doctrinariamente se oponen a otorgar a Universidades particulares autonomía respecto a programas y títulos, se podría sacar este proyecto durante la actual legislatura ordinaria. Esta moción ha sido rechazada por los partidos Radical, Comunista y Socialista y se ha dado libertad de acción a los integrantes del Panapo. Se tratará entonces de que estos partidos presten su apoyo. Señala que el partido Radical fue principalmente el que sacó para segundo informe este proyecto y la representación parlamentaria valdiviana no pudo hacer más ante la orden de partido. Manifiesta que ha aclarado este punto de vista de los partidos con el objeto de que el Sr. Rector y los organismos directivos de la Universidad vean la manera de poder obtener de las directivas de estos partidos que ese proyecto sea despachado. Manifiesta que, en cuanto a su posición, apoya esta moción pues su partido está doctrinariamente de acuerdo en que se debe dar a la enseñanza particular la autonomía que merezca de acuerdo con su seriedad y antigüedad.

Ediciones DIUC/Drimus

Haciéndome cargo de estas consideraciones, intervine manifestando: *«Este problema se plantea solamente con la Universidad Austral, pues cuando se trató de la Universidad de Concepción que es tan particular como la nuestra, tuvo el apoyo de todos sin importar ideologías».* Señalé también que se acababa de dictar una ley que daba la garantía del Estado para que la Universidad de Concepción pudiera contratar un préstamo.

> Es a esto a lo que quisiéramos llegar aquí en Valdivia, es decir, a un enfoque desde el punto de vista regional que tienda hacia el bienestar de la zona y la Universidad es capaz de hacerlo, de promover el interés de toda la región por construir industrias, etc.; en otras palabras, si tomamos 1500 alumnos tendremos 1500 familias mirando hacia Valdivia y nos convertiríamos en un centro de atracción. Pero hoy en día se nos condena a morir. Somos la única actividad que ha logrado mantenerse a pesar de toda la incomprensión, de todas las dificultades, pero ha llegado el momento en que hemos tenido que acercarnos a Uds. para decirles, sálvennos. Salvarnos a nosotros en este momento es salvar el futuro de Valdivia.

En ese momento, el Presidente de la Asamblea Radical Valdivia, Carlos Guzmán, manifestó que había escuchado con sumo interés mis planteamientos, pues para él, que ha vivido un poco al margen de la Universidad, le eran desconocidos. Entonces agregó:

> Debo confesar que pertenezco al Partido Radical; al cual se ha aludido y precisamente al Instituto donde más se combatió la creación de esta Universidad, Instituto que actualmente presido. La exposición del nacimiento, desarrollo y crecimiento de esta Universidad que se ha hecho, me hacía pensar que la obra que aquí se ha realizado ha sido extraordinaria porque una Universidad significa enseñar y buscar la verdad y esta búsqueda no es asunto que se pueda improvisar de la noche a la mañana, más aún, cuando la Universidad tiene conciencia de la formación de la juventud que habrá de enfrentar el futuro. Se ha citado como ejemplo a la Universidad de Concepción, cuando ella está ya en la mayoría de edad, pero antes esa Universidad tuvo que pasar las mismas penalidades que esta. Y esa fue una larga tarea. El partido radical –añade– es partidario del estado docente y esta posición fue ratificada en la última Convención.

Ediciones UACh/Difusión

Enseguida, después de algunas consideraciones en su calidad de valdiviano por adopción, y considerando la difícil situación en que se encuentra la Universidad y la mínima cuantía de los derechos que solicita le sean reconocidos, promete toda su colaboración.

Posteriormente intervino Juan Eduardo Puentes para manifestar que

> los títulos que va a conceder en estas tres Facultades son de importancia técnica y profesional para el desarrollo de la zona, y que tales estudios, en

> consecuencia, deben estar estrechamente ligados a la realidad en que se van a emplear.

Continuó diciendo que:

> Según he entendido de la exposición del señor Rector, con la Facultad de Ingeniería Forestal no habría problema, ya que los títulos que otorga la Universidad Austral son anteriores a los de la Universidad de Chile. Respecto a los títulos de Medicina Veterinaria, estos estudios deben dedicarse preferentemente al problema de las masas ganaderas que existen sólo en nuestra región y su enseñanza en consecuencia, diferiría desde el punto de vista práctico. En cuanto a los ingenieros Agrónomos, está demás decir que las condiciones ecológicas de la zona sur hacen que la adquisición y aplicación de los conocimientos de un Ingeniero Agrónomo les sean particularmente precisos. Y con esto quiero significarle, Señor Guzmán, que si el problema se enfoca desde el punto de vista del desarrollo regional, este no estaría en contradicción con un punto de vista doctrinario porque representaría una necesidad social inesperada para la doctrina del partido.

Editorial UACH/Difusión

Acotando las impresiones del Señor Guzmán estimé oportuno recordarle que el Partido Radical había contribuido a la creación de la Universidad Austral cuando el H. Senador Ezequiel González, con el cual la Universidad está en deuda, votó favorablemente los primeros fondos que le permitieron a la Universidad vivir. Guzmán agregó, entonces, que no se debía olvidar lo que había hecho el Senador González Madariaga, pero aclarando que esto le había valido un voto de censura de la Asamblea Radical. También añadió que ahora podía decir que el Senador González estaba con la Universidad y por la correspondencia recibida de él podía informar que el Senador tenía clara conciencia de lo que sucedía en Valdivia y de qué quería la Universidad.

Y llegó el turno del representante del Partido Socialista, Guillermo González, quien manifestó que

> Nosotros no como Partido pero sí en nuestra acción gremial hemos luchado, aunque sin conseguir los resultados que esperábamos, porque se conceda la autonomía que la universidad necesita. El considerar lo que significa separarse de los hijos y la necesidad que hay de arraigarlos a esta zona que que-

> remos, es la que nos mueve ante una realidad como la que estamos viviendo a solicitar de nuestro partido el apoyo que se pide.

Después de insistir en lo que significa separarse de los hijos que ingresan a la Universidad, agregó:

> En cuanto miembro de un partido político, nunca he solicitado este apoyo sino que me he limitado a consultar, por cuanto no soy el hombre versado en materias pedagógicas, sólo he hecho aquellas observaciones que puedo sugerir desde un punto de vista práctico y que lógicamente se han rechazado, porque mi partido también tiene esta posición del estado docente. Pero de esta reunión y de los antecedentes aquí expuestos puedo recoger material para presentarlos a mi partido y apoyar la petición que debo hacerles. Por otra parte, y si el Rector me permite, cada vez que vengan representantes de mi partido, los traería a la Universidad para que ellos se formen su propio juicio sobre la tarea que la Universidad está realizando y vean que no son promesas sino realidades las que la Institución puede mostrar. Yo, como representante de mi partido me comprometo a apoyar la petición que el Directorio nos formula y a tratar que el objetivo de esta reunión se materialice.

Archivo DACh/Difusión

Como una manifestación objetiva del espíritu que yo infundía a la Universidad, habló el señor Juan Aburto, representante del Partido Comunista, quien señaló que antes de poder emitir una opinión deseaba saber cuál era la relación de dependencia que tenían la Universidad de Concepción y la del Norte respecto de la Universidad de Chile. Agregó que deseaba que el señor Puentes le respondiera debido a que había sido miembro de la Comisión de Educación de la Cámara. Entonces el Señor Puentes contestó diciendo: *«La Universidad del Norte no tiene autonomía y la Universidad de Concepción es autónoma por cuanto su creación es anterior a la dictación del Estatuto Universitario y sus relaciones con la Universidad de Chile se rigen por ese Estatuto».* El Decano Westermeyer entonces aclaró que *«el Estatuto Universitario reconoce el derecho de las universidades que existían a la fecha de su dictación para organizarse libremente y es así como la Universidad de Concepción ha creado una Facultad de Ingeniería Agraria en el mismo año que la Austral y concede títulos validos».* Debido a esta aclaración, Carlos Guzmán preguntó si la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción podía dar tí-

tulos válidos. Entonces varias personas intervinieron para aclarar que las Facultades de Medicina se regían por leyes especiales. Guzmán, entre tanto, preguntó si el proyecto que interesa a la Universidad Austral había sido aprobado o rechazado en la Comisión, a lo que Puentes respondió que estaba para su inclusión en la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados.

Yo observaba atónito el discurrir de la reunión y para mi interior pensaba que estaba llegando al término de mi gestión, pues las aguas se anunciaban turbulentas y yo no tenía experiencia ni tacto políticos. Entonces, traté de explicar que bastaría con que algunos partidos como el Socialista o el Radical apoyaran el proyecto y saldría inmediatamente. Posteriormente, dirigiéndome al Sr. Aburto, indiqué que

> la Universidad del Norte no existe como independiente, sino que es un anexo, una sucursal de la Universidad Católica de Valparaíso, y por ser creación de esta goza de los mismos beneficios. La Universidad Católica de Valparaíso tiene autonomía porque fue creada un año y meses antes de la dictación del Estatuto Universitario. En otras palabras, gozó de autonomía sin tener que sufrir todas las penalidades y pasar por todos los controles que tuvo que pasar la Universidad Austral para ser creada.

Ediciones UACh/Difusión

Añadí también que *«sería conveniente, como lo ha manifestado el señor González, que los dirigentes trajeran a los representantes de sus partidos cuando ellos visiten Valdivia»*. Después de eso me referí a *«la crítica situación porque atraviesa el mundo y sobre la necesidad que tienen todos los partidos que aspiran al gobierno de los pueblos de preocuparse de la formación de la juventud, en tal forma que puedan disponer de gente realmente preparada en el momento que la necesiten»*. A continuación, me preocupé de hacer resaltar la absoluta prescindencia religiosa y política que existía en la Universidad y la obligación que cada uno tiene, con el respeto que esto merece, para sustentar el credo político o religioso que le plazca.

> Y esto se hace porque todos aquí tienen el convencimiento de que el entrometimiento de la pasión política en el elemento universitario, al desviar la atención del joven hacia problemas que no le interesan o no deben inte-

> resarle particularmente en la etapa de formación en que se encuentra, ha causado daño al país. La Universidad está al servicio de la Nación y no al servicio de un grupo, por muy importante que este sea.

Insistí en que cualquiera que fuera el Gobierno que rigiera los destinos del país, la Universidad no podría desviarse de su misión al servicio de la colectividad. Después de esto, Juan Aburto señaló que

> el Partido Comunista no puede ignorar lo que significa la existencia de una Universidad en Valdivia y la influencia que ella debe tener en la educación de la juventud de todo el sur de Chile, sobre todo cuando llena un vacío al impedir el éxodo de la juventud hacia Santiago u otras Provincias.

A continuación de eso agregó que

> nuestro partido está en la obligación de impulsar todas las manifestaciones de la cultura, ya que de otra manera corremos el riesgo de retrogradar hacia etapas de la humanidad que fueron superadas hace algunos miles de años. Es por eso, señor Rector, que yo estimo que el Partido Comunista no puede negarse a defender un centro de cultura. Nosotros creemos que esta fábrica de cultura, si se me permite la expresión, no puede paralizar sus labores porque sus consecuencias serían gravísimas. Solicitaremos pues a nuestra representación parlamentaria el apoyo para nuestra universidad. Creemos que a través de sus veinte parlamentarios el Partido Comunista respaldará la petición que todos les formulamos. Y así como a través del tiempo otras Universidades han superado las incomprensiones, así esperamos que le ocurra a la Universidad Austral.

Ediciones UACh/Difusión

También intervino otro de los representantes del Partido Comunista, César Ramos, quien deseaba aclarar que los problemas de Valdivia no podían limitarse sólo a la Universidad, pero que el problema de la Universidad cabía, sin duda alguna, dentro de los problemas de Valdivia. En ese momento, manifestó que él debía plantear dentro del Directorio la voz de la calle, pues le parecía que *«la Universidad se ha demorado mucho en provocar una reunión de este tipo y que debía haberlo hecho mucho antes a fin de orientar a la ciudadanía»*. Luego de esas palabras, continuó diciendo:

> Creo que hemos estado dándonos cabeza con cabeza y nadie ha hecho nada y creo también que la Universidad debía haber tomado esta iniciativa porque ella cuenta con los profesores, con los técnicos y posibilidades de estudio que otras instituciones no tienen. Estimo que la Universidad no se ha hecho popular porque no ha tomado contacto con el pueblo, a diferencia de la Universidad de Concepción que es simpática a la población y está apoyada por moros y cristianos. Acá, no sé si porque la Universidad es nueva, no pasa lo mismo.

Agregó que consideraba que

> tal vez es porque se le ha puesto trabas al movimiento sindical coartándose la libertad de organización de los obreros, como asimismo la libertad de organizarse políticamente de los estudiantes. Y esto, indudablemente, no permite granjearse simpatías. Estimo que, en una mesa con todos los parlamentarios reunidos, debe plantearse esta situación, poniendo las cartas sobre la mesa, el pecho al frente y buscando una solución satisfactoria, y ahí mismo tratarse todos los problemas, los cuales no deben ser postergados porque, hasta la fecha, ninguna autoridad se ha hecho presente para encauzar la inquietud del pueblo y de las clases modestas de la población, que hasta la fecha son las que han demostrado más inquietud por el progreso de Valdivia. Estimo que ha llegado el momento en que no hay conservadores ni liberales, comunistas ni demócratas cristianos, sólo valdivianos que deben preocuparse de la salvación de su ciudad. En medio de esta desunión en que nos encontramos no hay salvación posible.

Ediciones UACh/Difusión

Ramos solicitó la comprensión de los asistentes ante su actitud, tal vez un poquito imprudente, pero sincera.

Agradecí muy sinceramente al señor Ramos la franqueza con que había planteado los problemas, pero lamenté no tener un poco menos edad para poder responderle con la misma vehemencia, pues *«los años hacen viejos a los hombres y el trabajo los suele cansar»*. A continuación de eso, agregué que

> No pretendo restarle méritos a nadie de los que trabajan en la universidad, pero todos los presentes tendrán que convenir en que la cabeza de turco del movimiento universitario ha sido una. El bien que hace la Universidad se comparte entre todos, lo malo, se achaca al Rector. Y esto es muy justo.

Quise recordar la visita que el señor Ramos me hiciera un tiempo atrás, con el señor González del Partido Socialista y el señor Rosales, para solicitarme un pronunciamiento sobre la dirección o el encauzamiento de estas inquietudes valdivianas. En ese entonces les manifesté que yo era una persona muy resistida, porque, para desarrollar la labor que hoy se podía ver, había tenido que herir muchos intereses, pequeños y grandes, y al perseguir la idea debí apartar todo lo que estimaba que podría restarle empuje. Comprendí que un hombre así tiene que ser antipático.

> Pero de ahí a manifestar que la Universidad ha sido ajena a los problemas de Valdivia hay una distancia enorme. Si todos hacemos memoria, dos horas después del cataclismo, la Universidad estaba colaborando con las autoridades. Un vehículo de su propiedad recorría las calles de la ciudad llevando las voces que nos inducían a guardar calma y tranquilidad. Dos días después, profesores y alumnos de la universidad precisaban el hundimiento que el cataclismo había originado en la zona. Cuatro días después, se entregaba el primer informe al Intendente de Valdivia y a la Corporación de Fomento sobre lo ocurrido en el Lago Riñihue. Este es un trabajo serio, indudablemente no de propaganda, sino orientado hacia realidades, y no puede ser de otra manera, porque esta Universidad es muy joven y tiene que mirar el minuto que vive en función del futuro.

Para continuar agregué que la Universidad exige

> de cada uno de sus componentes freno en sus afanes universitarios y profunda conciencia del camino que debe recorrer. Es parte de la cuota de sacrificio que exige pertenecer a la Universidad mantener silencio cuando no sabemos cómo abordar un problema y no arriesgarnos con una opinión más. Por muy grande que sea el campo de competencia de la Universidad, los problemas exceden la capacidad de esta, pero voy a señalar un solo hecho que habla de la seriedad de nuestros trabajos: el único plano geológico que existe de Valdivia y su región, y que permite saber cuál era la situación antes del cataclismo, fue elaborado en la Universidad Austral por el Profesor Henning Illies.
>
> Enseguida, sobre este cargo que el señor Ramos nos hace de que la Universidad no encabece el movimiento de opinión en Valdivia, tendría que decirle que hay un sólo individuo que vive pendiente de todos los problemas de la universidad y que le es materialmente imposible abarcar otros. En

Ediciones UACh/Prensa

ese entonces yo estaba consciente de que mi persona, por la resistencia que provocaba, podría ser dañina para el progreso de la Universidad, por lo que había ofrecido en repetidas ocasiones discutir las condiciones de mi retiro.

Además, aclaré que

hasta el día de hoy, no hemos querido molestar a la colectividad porque estimábamos que nuestra labor se desenvolvía en los términos que estaban programados y si hoy reclamamos la atención de los ciudadanos de Valdivia es porque la institución misma está en peligro y necesita tener paz y tranquilidad para desarrollar más y mayores esfuerzos. En nuestra colaboración dentro y fuera de la universidad, nunca puse condiciones ni hice discriminaciones de ningún tipo, y sólo he buscado dar oportunidad a cada individuo para que sin influencias extrañas pueda probar lo que sabe y lo que es capaz de hacer. En cuanto a las organizaciones sindicales, la Universidad no se ha opuesto; pero tengo la preocupación de que tales organizaciones pudieran prestarse para que algunos individuos flojos aprovecharan su calidad sindical para descargar el trabajo sobre otros. Desearíamos agregar que nuestra preocupación por el personal de la Universidad ha ido más lejos que sólo procurar trabajo y, como prueba, señalamos que aquellos que han entrado en la Universidad en condiciones paupérrimas, a corto plazo, han podido disponer de bicicletas, relojes, ropa, demostrando un evidente progreso, un aumento de su bienestar. En cuanto a la discriminación para impedir la organización del estudiantado en grupos políticos, lo hacemos, repito, porque nuestro país tiene muchos políticos y pocos hombres que habiendo pasado por las Universidades, puedan ir en profundidad en los problemas que nos aquejan. Desearíamos que mañana se repitiera en Chile el fenómeno que hemos visto en Alemania, la cual después de la miseria en que la sumió la catástrofe de su derrota, pudo recuperarse gracias a la enorme cantidad de gente preparada de que dispuso. Lo mismo podríamos decir de la Rusia Soviética, que tiene todos los hombres que, sin pertenecer al partido comunista, formándose en las universidades y en la academia de Ciencias, han elevado a Rusia a la posición espectacular que hoy ostenta. Igual fenómeno podremos observar en los EE.UU. y en Inglaterra, fenómeno que es propio de los países desarrollados. En Estados Unidos los hombres de ciencia sirven a su Gobierno y a su nación sin importarles si el pensamiento que predomina es demócrata o republicano. Buscamos pues, que los políticos cuando tengan la responsabilidad del Gobierno del país tengan también el capital humano necesario con la preparación necesaria para hacer un Gobierno que lleve el bienestar a la colectividad. Nos cuesta refrenar nuestras

Editorial UACh/Difusión

> inquietudes políticas, porque nosotros también hemos sido formados en un ambiente universitario altamente político, pero es indispensable realizar este sacrificio si queremos cambiar el futuro de nuestro país. En la Universidad no podemos actuar como políticos porque no deseamos que los estudiantes se formen conciencias políticas que a sus familias puedan desagradarles o producirles beligerancias internas. Si tuviéramos que ser precisos, diríamos que exigimos a los profesores y estudiantes que no antepongan a sus deberes de tales ninguna otra preocupación. Señor Ramos, me será difícil explicarle que en Rusia está prohibido hacer política en las universidades y que se exige a todos sus componentes dedicación a la tarea que les ha sido encomendada: enseñar y estudiar. Fuera de la Universidad cada uno de nosotros tiene libertad para ejercer sus derechos conforme su conciencia se lo mande; dentro de la Universidad, este problema tiene que ser ajeno.

Enseguida reclamé de los señores Directores un pronunciamiento sobre la interpretación que había dado a la política universitaria acordada por el H. Directorio de la Universidad.

Sin embargo, Ramos insistía en que la universidad debía haber enfocado y relacionado todos los problemas de Valdivia, provocando la unión de todos los valdivianos. Entonces le contesté que a la Universidad

> le es imposible hacer cabeza porque no existe ambiente para reconocer directivas ya que si bien es cierto que en esta reunión hay voluntad y espíritu de servicio, no se puede ignorar que mañana va a haber muchas personas sentidas porque no se las ha invitado, y aunque en Valdivia cada ciudadano cree tener la capacidad, la competencia y la solución de todos los problemas, no podemos estar haciendo plebiscitos. La repartición de las responsabilidades y de los problemas que ellas involucran no es aceptada por muchos. Si yo por desgracia hubiera caído en la tentación de aceptar hacer de cabeza en las circunstancias en que nos debatimos, seguramente habría dado por resultado que mis huesos ya estuvieran en el cementerio. La Universidad que muchos identifican con mi persona habría sido tildada de ejercer una dictadura a través de la banca, la industria, los profesores, los estudiantes, empleados y obreros. Menos mal que creo haber evitado esto. Si la ciudadanía de Valdivia cree, como Uds. dejan entrever, que la Universidad puede encauzar sus inquietudes, todo el Directorio, el Consejo y hasta la última de las personas que en ella laboran están dispuestas a dar el servicio que se solicita, pero jamás a reclamar una primacía sobre los demás.

Ediciones UACh/difusión

Cuando terminé de pronunciar estas palabras, el representante del Partido Radical, Elgueta, solicitó al señor Puentes que le informara sobre la posibilidad que existiría de que este proyecto de ley fuera despachado por las Cámaras cuanto antes en vista de que quedaba sólo un mes para tramitarlo, a lo que Puentes contestó que sería rápido siempre que los partidos se pusieran de acuerdo y aceleraran el proceso. Entonces, hice el alcance de que la persona que podría obtener este despacho en 24 horas era la diputada Inés Enríquez, quien poseía las condiciones intelectuales suficientes y, además, a una mujer no le negaría el Parlamento la petición que formulara.

Inmediatamente, Puentes expresó que le parecía bien que se hubiese llamado a los representantes de los partidos políticos porque ellos son los que podrían dar la solución al problema.

Pero yo sentía que el problema político no tenía solución, por lo que me vi obligado a precisar los términos del proyecto de Ley, indicando que este decía: *«Facúltase a la Universidad Austral de Chile para tomar exámenes y conceder títulos válidos para todos los efectos legales y reglamentarios en las siguientes Facultades y Escuelas: Ingeniería Agraria, Medicina Veterinaria e Ingeniería Forestal»,* señalando que este se encontraba listo para su discusión en la Comisión de Educación Pública de la Cámara de Diputados, pero que su tramitación se había detenido debido a la situación política imperante en el país, según lo expresado en una carta recibida del señor Secretario General.

En ese momento, consulté al Directorio si era conveniente que una comisión se trasladara a Santiago con representantes de todos los partidos políticos, para agitar el despacho del proyecto. El Vice Rector, más el Director Camilo Henríquez y otros directores, acogieron con entusiasmo esta proposición. Debido a eso, de inmediato consulté al señor Puentes sobre la posibilidad de que viajara un representante del partido Liberal, a lo que Puentes, Anwandter y Roldán contestaron afirmativamente.

Guillermo González también manifiesta que para el Partido Socialista no habrá ningún inconveniente, sin embargo, consultará al Comité. Aburto señaló que consultaría al Comité Regional del Partido, pero él y Fernández creen que no habrá inconvenientes. Mientras tanto, Car-

EdicionesUACH/Difusión

los Guzmán dijo que plantearía este asunto en el seno de la Asamblea Radical, pero estimaba que no habría necesidad de que la comitiva se integrara con un representante del Partido Radical. Entonces, yo le informo a Guzmán que he hablado en Santiago con el Senador Humberto Enríquez, en presencia de su hermana la Diputada doña Inés Enríquez y el Senador me había indicado que si la petición de la Universidad Austral no iba más allá de obtener los derechos que tiene la Universidad de Concepción, él no veía objeción para apoyar la petición después de un pequeño estudio.

En esos momentos, varios de los concurrentes hicieron presente la opinión de que debía mostrarse unidad de acción de toda la ciudadanía valdiviana, ante un problema que afectaba a todos, lo que sería un estímulo psicológico para después plantear todos los problemas que afectaban a la ciudad. Ante estas consideraciones, Guzmán opinó que debía esperarse hasta el viernes o sábado a fin de poder consultar a su asamblea, donde él defendería este punto de vista. En aquel momento, González también indicó que sería conveniente esperar hasta el viernes o sábado porque estarán en Valdivia algunos representantes parlamentarios, pues en ese momento se podría generar una mesa redonda para estudiar el plan de acción.

Pero yo hice presente el escaso tiempo que quedaba para tramitar el proyecto y, en vista de esto, se acordó que todos esperarían hasta el sábado y aprovechando la reunión del Directorio con la Ilustre Municipalidad de Valdivia se solicitaría que esta integrara la Comisión. Así se acordó. Además, se determinó que el viaje de la Comisión se llevaría a efecto el domingo en la noche, si es que para ese día los trenes se habían restablecido, o bien el lunes en la mañana.

¡Qué desilusión! Yo estaba seguro de que cualquier proyecto de Ley sería vetado por el Presidente Alessandri, quien, en su fuero interno, se oponía a una obra que atribuía a Carlos Ibáñez. No bastaría con mi renuncia. Habría que esperar otros vientos políticos.

FuentesUACH/Difusión

Capítulo VII
El Final

Ediciones LAGO / Difusión

Después de la Sesión en que los políticos valdivianos expusieron sus ideas y manifestaron sus aspiraciones, empecé a plantearme mi propia situación. Era evidente que no contaba con simpatías personales. Había sacrificado el ejercicio de mi profesión que, aparte de las satisfacciones que me producía el trato con los pacientes, me permitía vivir con cierta holgura y absoluta libertad. ¿Qué podía esperar del enorme sacrificio que entrañaba la Rectoría universitaria? Ya podía contemplar algunos de sus resultados.

Los médicos del Hospital me habían calificado como enfermo mental. Bertoglio y Wilson me habían expulsado del Colegio Médico y habían tenido la osadía de prohibirme el ejercicio de la profesión. Un distinguido arquitecto me había tratado simplemente de estúpido (cierto que se había arrepentido y me había dado excusas). Los miembros de «Amigos de la Universidad de Chile» me habían hecho cada vez más difícil la tarea que llevaba entre manos. Mi situación económica era precaria. Joseph Rupert me había hecho notar que mi sueldo como Rector era miserable frente a las responsabilidades que el cargo exigía. Una gran mayoría ciudadana me consideraba un dictador a lo Trujillo. Y, ¿qué había hecho para merecer este tratamiento?

Recién llegado a Valdivia había levantado el Hospicio para Ancianos a petición del Delegado de la Junta Central de Beneficencia y, al renun-

ciar a ese cargo desempeñado *ad honorem*, ni siquiera se me habían dado las gracias. El terremoto provocó su cierre para ser reemplazado por el Hospital Kennedy. Además, había fundado la Sociedad Amigos del Arte, bastión, según yo, de lo que era la Universidad, empezada sin una hoja de papel. Y veía con inquietud que amenazaba desaparecer, sobrepasada por la Facultad de Bellas Artes. También había terminado el llamado Edificio Prales, que permanecía más de cinco años frente a la Plaza cubierto por andamios y que la gente riéndose lo calificaba de «embalado» y, aunque había sido mi idea y mi visión, concretada con la ayuda de uno de mis amigos, no quise bautizarlo con mi propio nombre, pudiendo haberlo hecho. La situación de la Sociedad Renta Urbana había llegado al estado de quebrar, con el evidente perjuicio para ella y los numerosos promitentes compradores. Yo había salvado los intereses de todos ellos. Era socio fundador del Club de Leones, cuyo patrocinador Jorge Vigneaux me había pedido la colaboración para elegir los socios fundadores. Había gestado la fundación del Club Valdivia, centro de reunión de los gerentes y empleados superiores de bancos y sucursales de firmas importantes.

Como si todo eso fuera poco, en los momentos más críticos de la ciudad me obligaron a hacerme cargo de la situación y presidiendo el Cabildo Abierto, había impuesto el Estado de Sitio en la ciudad, medida que fue acatada con gran alivio por toda la población. El Ministro del Interior, Dr. Sótero del Río había aprobado la medida y decidido que prosiguiera. Nadie hizo la menor mención de este hecho que yo creía notable, ya que un simple civil sin ninguna responsabilidad oficial, fue obligado a tomar medidas que le estaban reservadas por Ley a una autoridad competente. Asimismo, al quinto día de ocurrido el desastre del Lago Riñihue, había informado al gobierno, a través de Raúl Sáez, de lo acontecido y de la nula posibilidad de adelantar el desagüe del lago. No acudí a la prensa y por supuesto tampoco el Gobierno reconoció la diligencia con que había actuado.

En relación con la Universidad, había recibido el beneplácito del filósofo Jorge Millas y del escritor Luis Oyarzún, miembros influyentes de la Universidad de Chile, por las innovaciones que introducía en la enseñanza superior. El filósofo de las ciencias Dr. Adolf Meyer-Abich

Editorial ACH / Difusión

declaraba que asistía a la fundación de la más moderna Universidad. Rudolf Atcon, el experto en asuntos universitarios, contratado por la Universidad de Concepción, me felicitaba por haberme adelantado a la propia Universidad de Concepción al establecer los institutos científicos. El Profesor José Balen, admirando la Universidad, me decía: *«Solo hay un hombre en varios millones que puedan decir como Ud.: ‹He creado una Universidad›».* La misión de la Academia de Ciencias de Estados Unidos que visitaba el país para examinar el estado de las universidades chilenas, señalaba que había dos Universidades en Chile en las cuales no se sacrificaban las ciencias ante la exigencia de la fábrica de profesionales. La Fundación Rockefeller me entregaba su máximo apoyo, sin que hubiera hecho nada para solicitarlo. El gobierno de los Estados Unidos me había invitado a visitar las más importantes Universidades Norteamericanas, y me mostraba en Berkeley los edificios que ellos habían levantado con las exigencias de la guerra y que eran exactamente iguales a los que yo, con la colaboración del arquitecto Ronald Ramm, había levantado en la Isla Teja. Había visitado los Colegios Asociados de Clairmont, cuya organización era semejante a la de la UACH. Aquí se habían construido edificios ligeros que yo pensaba durarían unos quince años, tiempo en que el progreso de los científicos haría indispensable reemplazarlos por otros definitivos. Al discutir los detalles de su construcción, había manifestado mi interés para que, llegado ese momento, pudieran ser desarmados e instalados para servir de ampliación a escuelas rurales o retenes de Carabineros. Jamás pensé que durarían cincuenta años y que se mantendrían acogedores como lo eran. Me seducían los vestíbulos de estos pabellones donde Maurice van de Maele colocaba reproducciones de cuadros de pintores famosos, los que cambiaba de lugar cada cierto tiempo a fin de atraer la atención de los jóvenes estudiantes. Y qué decir del Jardín Botánico que recibió las primeras plantas y arbustos del jardín de mi propia casa. Y del pequeño teatro, equipado con la mejor proyectora Zeiss de su tiempo y cuyas butacas había adquirido en la demolición del Teatro Italia en la capital. Y el Carillón que no alcancé a instalar y que permaneció dieciocho años en la fábrica, sin que nadie se acordara de él, hasta el punto que cuando uno de los Rectores militares decidió instalarlo, sólo quedaba la parte

Fundación UACh / Difusión

cancelada. Y la alameda que había plantado personalmente y que según yo creía, obligaba a levantar la vista al cielo al llegar al recinto universitario. ¡Cómo se iban realizando mis sueños!

Mientras Martínez me acusaba de creerme la Universidad personificada, los políticos me exigían que me preocupara de todos los problemas de Valdivia. Pero, ¿no existían otros hombres capaces, no solamente de visualizarlos, sino de procurar su solución? ¿Por qué otra vez a mí?

El sismo del año sesenta había ocasionado serios problemas en el Cuerpo de Profesores. En la Facultad de Ingeniería Forestal se había producido un verdadero desbande. Los principales profesores habían renunciado, conmovidos hasta las entrañas por el fenómeno para ellos absolutamente desconocido. La conmoción espiritual desataba antagonismos soterrados por la rutina diaria y los pequeños desacuerdos se magnificaban y hacían estallar disputas enconadas. Y todo iba a parar a la Rectoría.

Al crear la Universidad, me había adelantado treinta o más años cuando, dando los primeros pasos, había integrado el Directorio con empresarios e industriales, no porque creyera que aportarían dinero a las arcas universitarias, lo cual habría sido una estupidez sin nombre, sino que perseguía la integración de la Casa de Estudios Superiores con los hombres que impulsaban el desarrollo del país y, por consiguiente, de la región y su ciudad. Quién entendería que las llamadas universidades de fines del siglo serían fundadas y administradas por empresarios que descubrirían una veta económica prodigiosa: las aspiraciones de todo joven de ser «universitario», aún cuando no fuera sino por el cartón que le entregarían a cambio de importantes cantidades de dinero so pretexto de matrículas y aportes mensuales o semestrales. Quién se habría podido imaginar que los Rectores, Decanos y Profesores serían designados por la Junta Administrativa de cada corporación, a lo más con un escueto sondeo entre determinados docentes.

Yo había enfocado algunos aspectos de la enseñanza superior tales como: adquisición de una cultura general que le permitiera al joven conocerse a sí mismo, analizando sus diversas capacidades (intelectuales, físicas y anímicas) antes de decidir sobre su futuro. Consideraba una mala política presentar al estudiante de la enseñanza media el ingreso a la Universidad como la acción más importante de su vida. Creía que

Ediciones UACh / Difusión

hay más y a veces mejores opciones en la vida que ostentar un título profesional. Lo más importante es saber cuáles son los dones que cada cual recibe con sus genes y darle la más cumplida realización. La felicidad descansa en la conciencia de ser un verdadero artista, obrero, médico, sacerdote, agricultor, filósofo, anacoreta y tantas otras actividades que son posibles sólo a los seres humanos. Nunca dejaré de insistir en mi pensamiento de que es preciso favorecer al empresario, pequeño o grande, ya que es él, a la postre, el que más trabajo dará a los profesionales. Y ahora se presentaba como exigencia indispensable favorecer la entrada de la politiquería, no sólo a los estudiantes sino al personal auxiliar.

La reunión con los políticos me produjo una tremenda intranquilidad. Todos los concurrentes eran hombres de moral intachable, pero sin lugar a dudas no tenían la menor idea de lo que entrañaba una universidad y menos de lo que yo pretendía. Y lo habían demostrado con creces. Todo giraba en torno del proyecto de autonomía, de la aprobación de las asambleas o de los personeros santiaguinos. Y yo con mis arrestos provincianos, que frente a cualquiera autoridad que pretendiera avasallar mis derechos ciudadanos que autorizan para hacer proposiciones conducentes a un mayor bienestar de las provincias, aparecía aceptando estos procedimientos. Para mis adentros, me dije: *«Así no podré seguir. Si no cuento con el apoyo cerrado del Directorio, me iré».*

Pero para mi desgracia, aparecieron los primeros síntomas de lo que sería mi problema futuro: mi propio corazón dio muestras de no estar pronto a responder al estrés y tuve que tomar reposo relativo por prescripción médica. Estando en esta situación, el 9 de diciembre de 1961 anunciaron de improviso su visita a mi casa el Embajador de EE.UU. Walter Howey, el representante de la Fundación Rockefeller, mi amigo Joseph Rupert, quienes me anunciaron gratas nuevas para la Universidad. En vista de ello, llamé a Victor Kunstmann, al Dr. Ítalo Caorsi y al joven que actuaba como Secretario General, para invitarlos a la reunión. No dejó de llamarme la atención que ambos personeros insistieran en reunirse en mi casa y no en la oficina de la Universidad. ¿Sabían ellos de mi estado de salud? ¿Había otra intención, como podría ser, que se trataba de un asunto personal?

Junto a una taza de té, se inició la más cordial conversación. Martí-

Ediciones UACH / Difusión

nez no habría podido sospechar que yo mereciera cierta consideración de estos personeros, y en ella se expuso el objetivo: el gobierno de Estados Unidos de América entregaba a Eduardo Morales Miranda, en su calidad de Rector de la Universidad Austral, la suma de dos millones de dólares, para que iniciara los estudios conducentes a construir el Hospital Clínico de la Universidad. Joseph Rupert, por su parte, comunicó que su Fundación entregaba a Eduardo Morales Miranda en su calidad de Rector de la Universidad, US $800.000 para el equipamiento. Mi sorpresa fue enorme. Yo estaba pensando en retirarme y se me ponía ante una situación terrible. Si renuncio, este proyecto fracasa. Si acepto, me veré amarrado a soportar una situación que va tornándose insostenible. En ningún momento pensé doblegar mi personalidad ante exigencias doctrinarias o políticas. Eso habría sido un suicidio y no me encontraba en condiciones de hacerlo. Yo veía con meridiana claridad que cuando se hace donación de una cantidad de dinero tan grande para ser invertida en un proyecto específico, conlleva la promesa de que si los fondos no alcanzan, vendrán otros. Todo dependerá del manejo que se hiciera. Y me decía: si acepto, la Universidad entrará de lleno a una etapa todavía no soñada: Escuela de Medicina *ad portas*.

Mi permanencia traería más cansancio, incomprensión y politiquería. Otros problemas se presentarían por la falta de personal capacitado. Ahora enfrentando a los médicos, esos personajes, como yo mismo, tan difíciles de manejar. Volver de inmediato a tomar las riendas, cuando estaba allí el hombre, Víctor, que yo había puesto como Vice Rector de la Universidad sin tener la más mínima idea de sus estudios académicos, pero sí de su corrección como hombre de negocios, bogaban para tomar una decisión. No podía acudir a la mala costumbre de sacar una moneda del bolsillo y jugar con el Destino al sí o no. Al final, acepté.

Pero ignorando la misiva que Martínez había enviado a Kunstmann y que conteniendo tanta diatriba influyó en su ánimo, tuve la ingenuidad de volver a la oficina del Rector, sin imponerme antes de la sesión que se había llevado a cabo, presidida por Víctor, precisamente el 15 de Diciembre, sólo seis días después de la reunión con los personajes americanos. Allí se había acordado mi remoción. Aunque me pareciera increíble, nadie me advirtió de las maniobras que se ejecutaban en contra

Ediciones UACh/Difusión

de la Universidad y ahora sí que la identificaba con mi persona. Supe muy posteriormente lo sucedido y me parece que en pequeño la historia siempre se repite. Es sólo asunto de buscar las coincidencias.

Alarmados hasta la sensibilidad de los huesos, buscaron la manera de superar lo que para mí fue y era una emergencia de puros componentes políticos. La famosa sesión se desarrolló así:

Kunstmann explicó que había citado a reunión conjunta del H. Directorio y H. Consejo, por cuanto en el Senado se había alterado el proyecto de autonomía en tal forma que incluso peligraba la existencia de la institución y pidió al Secretario que diera cuenta de las gestiones que se habían realizado. El Secretario hizo la siguiente reseña de lo tratado en la Sesión del Consejo del día anterior. Comenzó expresando que desde que había asumido su cargo, hace cerca de cinco meses atrás, había debido dedicar una atención preferente –por acuerdo de los directivos universitarios– a la gestación y tramitación de las iniciativas legales tendientes a crear un estatuto de títulos y exámenes para la Universidad. Junto con asesorar al Rector y a las comisiones universitarias en estas materias, había tenido a su cargo muchas de las gestiones directas. Agregó que podría proporcionar los antecedentes que ahora se le solicitaban de dos maneras: dando cuenta simple de sus gestiones o bien agregando consideraciones en torno a ellas, no a título de opiniones personales sino cumpliendo con lo que estimaba su deber funcionario de informar ampliamente al H. Consejo, tanto de los hechos como de las circunstancias que los impulsaron y de las proyecciones.

Entre otros estudios había (hasta los más encumbrados suelen cometer arbitrariedades), un proyecto de ley que conteniendo la autonomía, le cambiaba el nombre a la universidad para denominarla Carlos Acharán Arce, reemplazando otra indicación para que la ciudad universitaria llevara su nombre. Admirable idea: por ley se creaba, dentro de Valdivia, ¡otra ciudad!

El Secretario General concluyó que había tres razones para explicar los reveses sufridos:

—Falta de un verdadero peso político de la universidad (evidente falta de interés en los problemas universitarios, debilidad de la Universidad frente a posibles maniobras, etc.).

Fundación JACU / Difusión

—Falta de un sólido prestigio en los diversos ambientes (reiteradas dudas manifestadas por personeros de diversas actividades sobre nuestra realidad docente y sobre la actuación de personeros universitarios contrarios a la marcha de la institución universitaria).

—Y una línea general de estatismo que indirectamente posterga las aspiraciones de las instituciones privadas.

Otras especulaciones en la sesión presidida por Kunstmann iban hasta considerar el cierre de la Universidad.

Hasta aquí no aparecía yo como el causante de todo esto, así es que se resolvió que el Secretario General me entrevistara en mi casa. Lo que se pretendía era que yo concurriera a presidir nuevamente las sesiones, pero ellos ignoraban que un Director se les había anticipado para informarme, en presencia de mi esposa, que lo que se perseguía era destituirme. Desestimé esa información. Al Secretario le manifesté mi rotunda negativa para asistir. Yo también tenía deberes para con mi familia a la que había sacrificado en busca de un ideal. Ella merecía no solo mi admiración y respeto, sino toda mi atención. Además, físicamente me encontraba en problemas.

Y las discusiones giraban en torno a la actitud política a seguir por los integrantes de los Cuerpos Directivos. Huerta –un político fogueado en la guerra civil española– manifestó su alarma acerca de una nueva política de la que se hablaba y que no veía signos de que ella empezara. Creía que era efectivo que la Ley fracasó por maniobras políticas. Pero al mismo tiempo preguntó que si desde Valdivia se había hecho otra cosa que no fueran maniobras de pasillo para su aprobación y se preguntaba si se había ido con un efectivo respaldo de opinión pública al parlamento. ¡Y sigue la política! ¡Y Huerta sabía por propia experiencia lo que allí se cocinaba!

El Secretario General, en un momento de lucidez, afirma: *«Una institución universitaria no puede plantear sus problemas ante la opinión pública como lo haría una institución privada».* Y acto seguido las emprende contra el H. Consejo que durante seis años no ha precisado una política universitaria.[87] Triste es agregar que en un momento tan im-

87 ¿No bastaba decir que íbamos a cambiar la percepción de lo que debe mirar un joven antes

Ediciones DACh/Difusión

portante como el que vivía una ciudad, una provincia, una universidad, se exigieran los detalles que se van perfeccionando en toda obra nueva.

Y llegó el momento en el que el Vice Rector Académico (Eduardo, ¿dónde estabas cuando lo hiciste llegar al cargo?) terció en el debate: *«He permanecido en el cargo desde los comienzos de la Universidad y he participado en lo que se ha estado haciendo pues lo consideraba bueno para la Institución a pesar de que en el fondo no estaba de acuerdo con la forma en que el Sr. Rector la dirigía».* Enseguida avanzó los primeros signos de lo que pretendía y expresó que el momento era de grave crisis y que como se trataba de una institución que no es solamente de los Sres. Directores y Consejeros, sino de la ciudad, de la zona y del país, estimaba que no se debían escatimar esfuerzos para superarla, aún cuando ello significara sacrificar personas, para lo cual él colocaba su cargo a disposición y agregó que concordaba con el Secretario General en que hay que revisar y modificar totalmente lo hecho y llegar a los sacrificios personales, *«pues lo actual demuestra que hemos fracasado».* Fracaso político, debió agregar. Pero pedirle esa aclaración habría sido una crueldad.

Huerta, el más integrado en los propósitos que yo perseguía, intervino otra vez: *«Si renuncian los miembros del Consejo y del Directorio, siguiendo el ejemplo del Sr. Vice Rector, la Universidad quedaría en manos de una entidad vaga como es la Junta General de Socios. Ellos no conocen ni el rodaje ni la política que se ha seguido o las que pudieren haberse seguido y en cambio podrían pasar a dirigir la Universidad con las consecuencias fáciles de prever. Me parece que seguir este camino sería suicidio».* Entonces, le pregunta al Vice Rector si tiene alguna razón importante para llegar a tan extrema resolución como es la de presentar su renuncia. Otra vez Huerta demuestra que no es un novicio y me da la razón para no haber cerrado su Facultad cuando tantos me lo habían pedido.

Kunstmann le responde que, efectivamente, renuncia para provocar una situación extrema, pues cree que ha llegado el momento en que hay que tratar el problema universitario con absoluta franqueza.

Entonces aparece Daniel Sánchez –con quien yo había tenido una

Ediciones UACH/Difusión

de decidirse a buscar una carrera, desorientadamente, que en la mayoría de los casos lo lleva a cualquier carrera? Los políticos y aquellos otros entronizados en la Universidad de Chile, ¿querían ver que en seis años se hiciera Harvard?

seria diferencia personal, cuya anécdota no traigo aquí por el respeto que me merece su persona Q.E.P.D.– y dijo que en la opinión pública de Valdivia gravitaba negativamente la persona del Rector Sr. Morales y que esto era un hecho categórico. Expresó que era el primero (sigue hablando Martínez) en reconocer los merecimientos del Rector y que la creación de la Universidad era obra de su visión y esfuerzo (debería haber dicho sacrificios), pero en la actualidad todos han llegado a la conclusión de que también él mismo (sigue Martínez) con su política, estará matando lo que él creó. Terminó diciendo que la única solución era la renuncia del Rector.

Entonces, el Dr. Jara declaró que no concordaba en absoluto con algunas de las intervenciones y afirmó que en el mismo momento en que se discutía la posibilidad de solicitarle la renuncia al Rector, se estaba viendo que es la misma persona la que falta para guiar a los que deliberan en las dudas en que se encuentran. Estimaba que en vez de ofrecer renuncias debía hacerse algo como, por ejemplo, saber si se aceptaría la Ley o no y en cualquiera de los dos casos adoptar medidas ejecutivas para salir del problema.[88] Encontraba que hasta este momento todos tomaban posiciones negativas.

Entra Pablo Schwarzenberg: *«Deseo dejar en claro que he participado en el Directorio desde su fundación y me une al Dr. Morales amistad y lealtad para con la obra que él ha emprendido y que nadie habría sido capaz de hacer otro tanto, pero creo que es necesario pedir la renuncia al Dr. Morales dado la forma en que se estima el fracaso».*

Posteriormente, Francisco Rudloff señala que creía que cualquier cambio sería inoficioso pues este era un asunto político.

Luego opinó el Dr. Schüler (según Martínez uno de mis incondicionales), quien agregó que, en cuanto a las palabras del Sr. Sánchez sobre el Rector, estaba en absoluto desacuerdo. Afirmó que estaba seguro de que el día en que el Rector presentara su renuncia, se produciría un grave quebranto en la Universidad. Además, recordó que el Rector había presentado su renuncia en otras oportunidades y nadie se la había

88 Cuando una comunidad no sabe o no quiere imponer sus derechos, es seguro que ha aceptado el yugo propio del esclavo.

Ediciones UACh/Difusión

aceptado. Otro de los Consejeros más inteligentes, el Dr. Caorsi, expresó que tampoco estaba de acuerdo con las expresiones de Sánchez.

Ese era el ambiente que se vivía en el Directorio y Consejo de la Universidad Austral, mientras yo permanecía cumpliendo con el reposo exigido por los médicos. Terminado mi tiempo de descanso, cándidamente asistí el 19 de diciembre a la oficina de la Universidad con el ánimo de continuar el sacrificio. Intempestivamente se abrió la puerta (nunca ningún Director o Consejero de la Universidad necesitó pedir audiencia, ya que los problemas que en la oficina se trataban concernían solamente a la Universidad) y entró muy alterado Víctor Kunstmann. Sin mayores preámbulos me dice:

—Vengo a presentarte mi renuncia.

—Pero Víctor, ¿qué pasa?

—La situación no da para más. La autonomía no sale y, según todos creen, eres tú el principal escollo.

Para mis adentros pensé: *«Tú también, Bruto».*

—Víctor, tu renuncia conlleva la mía. Yo acepto tu renuncia y da por hecho lo que a mí me toca–, le dije, ignorando por completo lo que ya se había acordado. Enseguida, agregué:

—Verás lo que demoro en cumplir mi palabra. Muy sencillo –y alzando la voz, llamé–: Señora Clara, llame al contador y solicite que me traiga los libros para sellarlos. Avise a la Contraloría General de la República que he renunciado y que los libros de la contabilidad están sellados. Avise a las Embajadas de México y de los Estados Unidos que he renunciado a la Rectoría de la Universidad.

Después, dirigiéndome a Victor Kunstmann, señalé:

—Quiero dejar constancia de que en las cajas de la Universidad quedan los fondos para hacer frente a todos los compromisos que se presenten hasta marzo próximo. Quiero dejar constancia de que a la fecha no hay una sola deuda con el Comercio, ni entidad alguna. Mi renuncia irá a manos del primer Director, el Dr. Raúl Jara. Hemos terminado. Espero retirar de aquí hoy mismo mis efectos personales y mis muebles. Sobre el auto y otros enseres que hay en la casa del Rector, espero una resolución. Hasta luego.

Finalizada esta conversación, redacté la siguiente carta:

Ediciones UACH / Difusión

Señor Doctor Raúl Jara Robles
Primer Director de la Universidad
Mi estimado Director y amigo:

La forma en que se ha tramitado la Ley que debería haber otorgado a la Universidad Austral un mínimo de derechos, de los que son propios a una Universidad ha venido, en el concepto de muchos, a desautorizar y hacer inoperante la política universitaria que hasta aquí hemos seguido. No voy a referirme a la tramitación de esta Ley, a la conculcación de la Constitución Política de la Nación, al cambiar de nombre a una persona de derecho privado en virtud de la ley y tampoco al significativo hecho de que se haya elegido a una Universidad para consumar este atentado. Son síntomas de la agonía de un sistema y de los hombres que lo sostienen.[89]

La tramitación de este proyecto de Ley y la desautorización que en ella podríamos ver no representa, para mí, sino un episodio de la lucha en que me encuentro empeñado desde hace tanto tiempo para ayudar a cambiar las desgraciadas circunstancias que aquejan a nuestra pobre Patria. Más que un revés lo considero un estímulo. Pero no han pensado lo mismo algunos señores Directores, muchos profesores y gran número de alumnos. Mientras hubo unidad de opiniones, un apoyo callado, pero apoyo al fin, se justificaron los sacrificios de todo orden en que debí incurrir.

Plenamente consciente de que los hombres no pueden abandonar jamás sus ideales y que las Instituciones están por encima de cualquier individuo en particular, vengo en presentar la renuncia indeclinable al cargo de Rector de la Universidad, a fin de que pueda emprenderse otra política que, más en consecuencia con la realidad, asegure a corto plazo la vida de la institución.

Agradezco la cooperación que siempre encontré en la mayoría del Directorio y en la unanimidad del H. Consejo. Deseo así mismo asegurar que a nadie le ha dolido más que a mí mismo, las molestias que pude causar en el cumplimiento de mis deberes a mi cargo o en los momentos en que mis fuerzas flaquearon.

En el desempeño de mis funciones no tuve otras consideraciones que las que se deben a la Patria que tengo: Chile, ni otra norma para cumplirlas que las que me señalan como un verdadero universitario. Dios en el cual creo quiera tenérmelas en cuenta.

Su Afmo. amigo y colega,
Eduardo Morales Miranda

Después de que envié esta carta el 19 de diciembre, el 22 llegaron los

Ediciones UACH/Biblioteca

89 Quién se habría imaginado que en 1973 iba a terminar el sistema político reinante.

telegramas de los embajadores de EE.UU. y de México, dando por canceladas todas las conversaciones que se habían tenido para levantar el Hospital y el mural para la Universidad.

Pasadas las primeras convulsiones ¡oh milagro!, asumió la Presidencia y la Rectoría un industrial, que lo hizo con las felicitaciones de muchos Consejeros. Enseguida vino el apuro para designar sucesor. Entonces, diversos sentimientos embargaron al directorio: primero, la alegría de haberse desprendido de un tirano socrático que exigía un comportamiento germano en el desempeño de las funciones propias de cada cual; luego, la seguridad en el desempeño de sus cargos de aquellos que revelaban manifiesta incapacidad. Pero ¡oh!, más alegría: entrarían a formar parte del Directorio hasta aquellos que me habían borrado del Colegio Médico y me habían prohibido ejercer mi profesión. Hasta el pobre profesor que me había descalificado como empresario podía comandar por las calles las protestas de imberbes estudiantes. Era el festín. No sé si se consumieron muchas copas de champagne, pero que la ocasión lo ameritaba no había dudas.

Creí y sigo creyendo que allí se enterró un proyecto que, como todo aquel que afecta a cuestiones vitales, exige tiempo y prudencia para llevarlo a su plena realidad. Si para convertir a un niño en hombre se necesitan 20 y más años y, llegado el caso, el sacrificio total de su propia personalidad, no era extraño a nuestras circunstancias valdivianas lo que debería haberme sucedido. Mi colega fundador de la Universidad de Concepción, el Dr. Virginio Gómez, terminó sus días lanzándose al mar. Él esperó seguramente que le agradecieran, yo no.

En busca de mi sucesor se le ofreció la Rectoría al Dr. Roberto Barahona, al Dr. Joaquín Luco y al historiador Ricardo Krebs, ofrecimiento que todos rechazaron. Pero, ¿no era el Cuerpo Docente quien participaba en la elección de Rector? Ahora resultaba que el Directorio o algunos Directores propondrían o impondrían a mi sucesor. Y el más indicado para sucederme, ¿no era el que había sido mi contendor en las últimas elecciones? Se olvidaron de él en ese momento, demostrando que los dardos al levantar su candidatura iban en otro sentido, y esa falta de consecuencia demostró, según mi criterio, mezquina pasión electoral y ningún respeto por la Rectoría de la Universidad: con seguridad a mí

Fundaciones LACH / Difusión

me dolió más que a él esta actitud. Saelzer era un hombre sin ambiciones y se habría encontrado con que la Universidad ya había perdido su Espíritu para ser panacea de un grupo carente de la personalidad que se necesitaba.

El Dr. Janis Grinbergs, uno de los primeros profesores doctorados de la Universidad, me decía mucho después que a la Universidad le había durado la cuerda como ocho años y después podía ser objeto de las ambiciones más bajas. Otro me manifestó que durante treinta años no hubo un verdadero Rector.

Después de mi renuncia fue elegido un catedrático, discípulo de Jorge Millas, argumentando que Millas conocía muy de cerca los problemas de la Universidad por haber sido representante de la Universidad de Chile ante la Austral y Consejero de esta, pro forma. La verdad es que, por el contrario, fue causante de grandes problemas para mi labor rectoral. Millas, como todo hombre de honor, reconoció en su tiempo la falta de colaboración para conmigo.

Mi sucesor, con gran permanencia en Alemania y que después de elegido continuaría visitando esporádicamente a sus antiguos maestros y amigos, dejó como Vice Rector a Daniel Sánchez. En la Secretaría General entró un profesor de los que yo iba a pedir su eliminación y que finalmente fue exiliado y murió en Sudáfrica. El Tesorero General, el contador, la secretaria personal, doña Clara Perales, y los demás empleados administrativos, permanecieron en sus cargos. Parece que yo no me había equivocado al designarlos.

Por otra parte, se restablecieron las relaciones cordiales con la Universidad de Chile, las que habían sufrido un fuerte deterioro cuando el Secretario General de ella me aseguró que la Universidad de Chile jamás aprobaría la autonomía para la Austral.

El profesor Dr. Hugo Campos, requerido para dar una opinión sobre la Universidad, dijo:

> La idea de Morales de realizar una Universidad diferente era algo totalmente novedoso y fue una de las cosas que me inspiró para venir a Valdivia. Todas las otras Universidades se han hecho como fiel copia de la Universidad de Chile, con sus defectos y con sus virtudes. La Universidad Austral no

Informe DAU/Difusión

> copió a ninguna Universidad del país y eso ha sido, creo, una de las grandes fortalezas que ha tenido y que le ha permitido sobrellevar tantas dificultades e incluso desaciertos y mediocridades en su existencia. Eso, creo, es lo que hay que agradecer a don Eduardo Morales.
>
> ¿Qué queda o se ha perdido del pensamiento de los creadores de la Universidad Austral? Creo que con lo dicho antes ya algo he respondido. Se ha perdido la idea de Eduardo Morales. Esta Universidad fue concebida con una idea, con un pensamiento de tipo académico. Los Rectores posteriores ni siquiera pudieron administrar bien lo que esa idea significaba, menos todavía en profundidad, y llegar a transformarla en un ideal de educación.
>
> De esta manera, la Universidad Austral de Chile en los últimos años se ha ido transformando en una Universidad más del país, sin ningún aspecto especial que la distinga por su calidad de educación, formación humana, nivel cultural. Al respecto, no pierdo la esperanza, ya que hay grupos que luchamos incansablemente contra la corriente, buscando rescatar esa veta tan rica que fue la que creó esta Casa de Estudios. Sin embargo, parecen ser mayoría aquellos que tratan de mediocratizar esta Institución.[90]

Pero una opinión para mí más que interesante es la del que fuera Obispo de Valdivia y con quién consulté, para mi mejor decisión, muchas de las medidas enérgicas que me vi forzado a tomar. Él, refiriéndose a la conformación del primer Directorio en el libro **La Isla del Alma Mater,** de Pelusa de van de Maele, expresó: *«El Dr. Morales reunió a algunos que no sabían demasiado de universidad, pero tenían dinero, con otros que sabían algo de universidad y carecían de dinero y la mezcla resultó perfecta».* Pero no, Monseñor, el dinero nunca estuvo en mi mente. Una prueba: la Universidad la financiamos mi familia y yo durante los primeros meses, habría que decir hasta la aparición del Senador Carlos Acharán. El mismo Obispo Santos Ascarza también se refirió a las Universidades:

> La situación universitaria ya empezaba entonces a ser caótica en Chile. Las Universidades, pocas (seis), ya empezaban a ser instituciones que otorgaban títulos profesionales y los aspirantes iban por ello: *«para obtener un cartón que les permitiera trabajar».*
>
> El saber, el desarrollo de la persona, un conocimiento personalizado, no

90 Cita tomada de **La Isla del Alma Mater,** de Pelusa de van de Maele. Edición especial que contiene numerosos y auténticos testimonios sobre la creación y vida de la Universidad Austral.

Ediciones DUCH/Difusión

> pasaba por la mente de los postulantes. El Dr. Morales intuyó otra cosa: los jóvenes no llegan a la Universidad con formación personalizada, no van en busca de la formación de su persona ,y es necesario, para salvar nuestro país, formar auténticos hombres.

Santos Ascarza también se refirió a los primeros rectores de la UACH, diciendo:

> En los primeros años se necesitaba un hombre de la intuición y del empuje que fueron las características de Eduardo Morales. Luego, un pensador universitario como lo fue el Dr. Martínez Bonati, que fue elevando de rango a la naciente Universidad y en su tercera etapa, la presencia de un hombre de relaciones internacionales como don William Thayer, que permitió a la Universidad el crecimiento a través de la ayuda del BID, los convenios con otras universidades y el prestigio que comenzaban a ganar sus jóvenes egresados.

¡Qué ayuda más formidable, una deuda de US$ 500.000 que se demoraron años en pagar!

Dios bendiga estos grandes progresos que no durarían sino hasta 1973, fecha en que la Universidad parece que se puso a dormir. Yo le manifesté al General Palacios que el gobierno militar podía mantener la estructura de la Universidad, pero de ninguna manera acrecentar el espíritu que la informaba. La autoridad militar es vertical, la autoridad académica es horizontal; en la primera, se obedece y en la segunda, se discute.

Después de mi renuncia, nunca más he puesto un pie en la Casa Central, como no fuera para devolver una visita protocolar y solo bajo la Rectoría del profesor Manfred Max-Neef.

Al terminar mi paso por la UACH, quise cultivar el campo, aplicando todos los conocimientos que había adquirido en la Universidad. En esto fui secundado o, mejor dicho, guiado por Ingo Wagemann Schmauk, un agricultor nato, transformando un campo eriazo en un jardín. Esto resultó todo un éxito y me permitió vivir con tranquilidad durante algunos años. Enseguida, volví al ejercicio de mi profesión hasta que en el invierno de 1970 fui abrumado por un trabajo que me exigía hasta quince horas de dedicación absoluta, con sólo unas cuantas horas de reposo, lo que terminó con mi capacidad física. Los últimos años de mi

Ediciones UACh/Difusión

vida los he dedicado a cultivar el espíritu: la música clásica, Bach, Vivaldi, Wagner y otros; los filósofos griegos Parménides, Sócrates, Platón, Aristóteles; los escolásticos, San Agustín, Santo Tomás. Esta ha sido mi entretención, pero siempre pensando en los problemas de la enseñanza y tal vez esta es la razón por la que a los 94 años sigan presentes en mí las inquietudes que atañen a la Juventud.

Ediciones UACh/Difusión

Capítulo VIII
Epílogo

Así fue como la Universidad Austral se elevó sobre los cielos valdivianos como una estrella que proyectó su luz sobre toda la Nación. Sea como fuere, la Institución fue pionera en diversos aspectos de la enseñanza superior.

Para empezar, hay que dejar constancia de que su gestación no le costó al Estado ni un solo centavo. El aporte principal corrió por cuenta mía y de mi familia, esposa e hijos. Los primeros meses se financiaron hasta los empleados por nuestra cuenta. De ello hay muestra en las propias actas de la Universidad.

También hay que aclarar que al repetir las profesiones que se impartían en otras universidades lo hicimos con el fin de elevar a rango verdaderamente universitario a las que más deberían concurrir al progreso de la zona sur. Tampoco se puede olvidar que nos bastó con modestos pabellones para iniciar la investigación científica con los hombres adecuados. Al iniciar la Universidad sus actividades en modestos pabellones, pretendió demostrar no sólo la humildad con la que el hombre superior, dejando a un lado todo lo superfluo, se acerca a desentrañar los misterios de la naturaleza, sino también para que todo hombre que pretendiera formar parte de la institución tomara de inmediato conciencia de que en un país pobre, como era el nuestro en ese tiempo, debíamos resguardar el aspecto económico, sin perjuicio de desarrollar científi-

Ediciones DACh / Difusión

camente los proyectos estudiados. Además, a pesar de la desconfianza generalizada, cuando la Universidad daba sus primeros pasos, jamás acudimos a una publicidad, por considerarla indigna de un Instituto cuyo objetivo principal iba en contra del consumismo: nadie pretendió jamás explotar los sueños juveniles para transformar el noble arte de enseñar en una fuente de fortuna.

AHORA REPASEMOS lo que significó la Universidad Austral de Chile:

Fue la primera en introducir en los estudios superiores de todas las carreras los ramos humanísticos que completan el currículo necesario para hacer del profesional un verdadero universitario y así terminar con el «bárbaro técnico».

Nos empeñamos en elevar a rango verdaderamente superior aquellas carreras como Ingeniería Agraria, Medicina Veterinaria e Ingeniería Forestal, hasta ese momento estimadas como de segunda categoría.[91] Y lo conseguimos.

Establecimos el estudio de las ciencias básicas como Matemáticas, Física, Biología, Química, Geología, Geografía, etc. que fueron por tanto tiempo apéndices de las carreras profesionales, para formar los científicos que necesitaba con urgencia el país. La consecuencia de esto fue que se contrató a tiempo completo a todo el personal que debía profesar esas disciplinas asegurando la vida de los científicos.

La institución concentró sus actividades en un amplio recinto llamado en propiedad «campus universitario», instalándose en una isla. Nosotros llamamos «campus» al recinto rodeado de vegetación que acoge a los pabellones universitarios, no a una casa o edificio donde apenas entra la luz.

Al iniciar la Universidad sus actividades, rescató parte del patrimonio cultural de la ciudad, adquiriendo preciosos edificios representantes de la arquitectura alemana y todo a modestos precios.

La labor de los Institutos de Reproducción Animal y Lactológico produjo un impacto tan formidable en la producción de carne y leche en la

Ediciones DAGP/Difusión

91 Según declaración reiteradamente repetida por Carlos Correa Valdés, Decano por muchos años de la Escuela de Agronomía de la Universidad Católica, *«Morales le elevó la categoría a estas profesiones y las implantó como absolutamente necesarias para la explotación del agro».*

zona sur del país, que bien podría decirse que esa tarea de la Universidad justificaba, por sí sola, su existencia.

La permanencia de sus egresados de las Escuelas de Medicina y Pedagogía cambió totalmente el panorama de salud y de la enseñanza en la zona que va de Temuco a Magallanes.

Y por último, y sólo para hacer evidente que la idea llevaba consigo unas alternativas que su creador no buscó ni favoreció, salvó a la ciudad de Valdivia de hundirse definitivamente, cuando fue arrasada por el sismo de 1960.

A PESAR DE TODOS ESTOS ACIERTOS, no se puede dejar de mencionar lo que no se hizo.

No se logró infundir espíritu de cuerpo a los ex alumnos. Hasta donde alcanzan mis conocimientos, ningún ex alumno ha contribuido en nada para exaltar lo que debió ser el espíritu universitario.

No se le dio toda la importancia que tiene a la asistencia técnica de los pequeños agricultores, a pesar de que en un principio el equipo audiovisual donado por la Fundación Rockefeller alcanzó a llevar conocimientos y cultura a las zonas rurales.

Se hizo extremo el aislamiento de la ciudad universitaria con la Comunidad Valdiviana. Debería haber una explicación de ello. ¿Qué había quedado en la ciudad que atrajera, aun cuando fuera sólo para divertirse, a los valdivianos? Sin teatros, sin clubes, sin salas para reunirse, ¿dónde ir?

El Hospital de la Universidad que se acordó con el gobierno de EE.UU. y la Fundación Rockefeller, se frustró por la falta de visión de dos personas que asistieron a la reunión que tuvo lugar en mi casa, pero entiendo que como una muestra de la confianza que yo les merecía a los donantes estando al frente de la Universidad, me fue otorgado sin haberlo solicitado.

La instalación del Teatro y su equipo proyector, que no alcancé a inaugurar, me dejaron cierto gusto amargo. Tampoco se logró la instalación del Campanil en la Ciudad Universitaria.

La consolidación de la Facultad de Estudios Generales también se vio frustrada.

Ediciones DAGR/Difusión

La puesta en marcha de la Facultad de Medicina tampoco se logró.

No se consiguió la ayuda que los estudiantes y el cuerpo de profesores debían haber prestado a la comunidad, en una decidida campaña cultural que debería haber consolidado a Valdivia como la «Provincia Pedagógica».

Y, por último, mi sueño, que para realizarlo enfrenté a todas las autoridades que creyeron que a un provinciano se le deja callado con un gesto: las provincias serán consideradas como satélites útiles de la capital mientras sus habitantes no tomen conciencia de que su deber es engrandecer al país con su propio esfuerzo y si es preciso prescindiendo de la colaboración centralista. En esta lucha fui derrotado. No jugué fútbol, no jugué tenis, ni bogué. No llené estadios con discursos ni canciones. Me limité a sacar de la nada una Universidad, verdadera universidad, que cambió la faz de una extensa zona del país.

MIS CONCIUDADANOS me han abrumado con honores y reconocimientos que no merecía. Llegaron al extremo de erigir un monumento para dejar constancia de la obra que ellos, con su aquiescencia, ayudaron a levantar.

A los Cuerpos Directivos de la Universidad Austral de Chile no les debo nada y espero no deberles.

Del Estado de mi Nación no recibí nada que no me correspondiera como ciudadano común. Aún más, al ofrecer el último almuerzo en el fundo Vista Alegre al Presidente Ibáñez, quise dejar constancia de que debía agradecer como estudiante la beca que él nos había otorgado 30 años atrás. En el presente, no he recibido del Estado o de sus autoridades ni una taza de té, ni muestra alguna que reconociera los sacrificios que debimos hacer.

ESTOY ORGULLOSO DE HABER SERVIDO a mi Patria como un anónimo ciudadano. Triste porque la politiquería del momento y la cobardía que me rodeó, en un momento decisivo, hizo fracasar la que yo concebí como la mejor de las Universidades Latinoamericanas, proyectándose para ser de las mejores del mundo. Otra actitud es no saber lo que es una Universidad.

Ediciones UACH/Difusión

Hoy en día la Universidad Austral de Chile se coloca entre las primeras del país. Fuertes deben haber sido sus cimientos para no haber sucumbido ante todos los avatares que ha sufrido. A la avanzada edad en que me encuentro, estoy dando a conocer su nacimiento e infancia porque sigo soñando en que un día, quiera Dios no lejano, salga de sus aulas el hombre o la mujer que la lleve al destino que yo quise darle.

Ediciones UACh/Difusión

Anexos

Ediciones UACh/Difusión

Concepción, 20 de Julio de 1960.

UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
RECTORÍA
(CHILE)

Eximo. Señor Rector
Don Eduardo Morales Miranda
Universidad Austral de Chile
Casilla 567, Valdivia .

Muy estimado señor Rector y amigo:

Anexo me permito enviarle copia de mi informe sobre Honduras y Centroamérica. En él Ud. volverá a encontrar varias de sus propias ideas que ya han encontrado plena y satisfactoria aplicación en Valdivia, pero que todavía están lejos de una concretización en la mayoría de los países centroamericanos. También envío adjunto copia de mi Memorándum sobre la coordinación de los esfuerzos de los expertos extranjeros que podrían venir a Chile por intermedio de las numerosas agencias de asistencia técnica, a fin de enfocar sus distintas especialidades sobre un tema común: la ampliación en gran escala, de la aplicación de la madera en la construcción en Chile.

Un millón de gracias por su excepcional hospitalidad bajo condiciones tan pavorosas y por la oportunidad que me dieron las pocas horas de permanencia entre Uds. para verificar personalmente la real extensión del desastre valdiviano. Todos quedamos fuertemente impresionados del espíritu de coraje y buen humor que caracteriza a todos los que están luchando en estos momentos contra la naturaleza.

Muy cordialmente,

Rudolph P. Atcon

Fundación JACH / Difusión

Valdivia, 21 de Junio de 1958.

Mr. Joseph Rupert
The Rockefeller Foundation
Casilla 13045
Santiago.

Querido Rupert:

Tengo un hondo pesar producto de no haber podido encontrarme con Ud. y Mr. Halpin, cuando Uds. nos visitaron para iniciar la colaboración entre la Fundación Rockefeller y la Universidad Austral.

Ahora es preciso que le escriba latamente a Ud. Las palabras suele llevárselas el viento y, como dice el latín, *«scripta manent»*.

Pero antes de empezar a tratar el asunto de esta carta permítame rogarle me envíe cuanta información Ud. tenga sobre la Fundación Rockefeller. Excepto un folleto sobre becas escolares, es muy poco lo que se sabe, en esta ciudad, sobre su institución. Y desde el momento en que nosotros recibiremos ayuda de Uds. no podemos contentarnos con sinceros agradecimientos, sino también deseamos saber y comprender el espíritu del Fundador.

Estoy cierto que la ayuda de la Fundación conlleva más obligaciones que las que aparecen a primera vista. Creo y espero estar en lo cierto, que la ayuda es una inversión que además de la ayuda en sí misma, abriga la esperanza que el beneficiario pueda desarrollar su propia vida por largo tiempo después que el *grant* haya terminado. Creo que este *grant* debe ser usado como una especie de fuente para especulaciones filosóficas y científicas y también, posiblemente, para asuntos materiales.

Este pensamiento me obliga a escribirle para que Ud. me informe cómo trabajan Uds. y qué es lo que esperan de nosotros; cuáles son los resultados de otras experiencias y cuáles las instituciones que comprendieron mejor y más exitosamente sus inspiraciones. Ajustándonos a esa información estaremos realmente agradecidos de Uds.

Y ahora permítame entrar en una larga historia; parece un cuento pero los actores y el autor aún viven.

Archivos UACH/Digital

Cuando Ud. o el Dr. McKelvey me preguntaron sobre el procedimiento para designar al Rector, yo contesté: con actos académicos, sin dejar traslucir otro pensamiento. Pero más adelante, cuando me di cuenta de a donde iban sus preguntas, que se referían al tiempo de mi permanencia en el cargo como un factor importante en la estabilidad de nuestras relaciones, cambié de parecer.

Muy a menudo he querido renunciar, no teniendo intereses económicos ni afán de vanidad ni gloria. Comprendo que la tarea se hace más y más difícil. Pero si su pregunta conlleva la necesidad de mi permanencia en el cargo, estoy dispuesto a hacer un sacrificio. No hay duda –y debo ser desagradablemente sincero– que puedo ser reelegido por un período de seis años, tan pronto como yo lo desee. Es posible, aun, adelantar la elección que debería realizarse en 1959 a 1960 y las posibilidades son que yo sería nombrado para un nuevo período de seis años.

Como puede ser un hombre tan vivo y sincero a la vez para hablar de sí mismo, es difícil de explicar, pero la respuesta es corta: la Universidad Austral fue planeada, creada, organizada y hecha realidad gracias a mí.

La Idea de la Universidad

Cuando mi esposa y yo llegamos a Valdivia en 1939, pudimos apreciar las extensas posibilidades, inexploradas, que la ciudad ofrecía a la vista.

Valdivia es una ciudad con una gran tradición de empresarios y difíciles trabajos, tradición que uno aprecia en la conducta de sus habitantes; en la arquitectura de sus casas y aun en lo serpenteante de sus calles; una ciudad donde se mezclan el esplendor Hispánico con la pujanza Germánica. Los viejos torreones españoles testimonian la historia de un progreso hecho con sangre y valor. Antiguas familias, que habitan nobles mansiones rodeadas de jardines, señalan el camino que en el siglo XIX trazaron los inmigrantes germanos. Una ciudad donde Ud. puede observar diferencias sociales y raciales, pero todas en mancomunidad de esfuerzos, tesón y energía.

Recorrimos la provincia maravillados de su riqueza: fértiles tierras trabajadas a la antigua; selvas sometidas a la furia de la naturaleza o al ansia de dinero de los hombres; villorrios dispersos por aquí y por allá; buena gente increíblemente pobre. En breves palabras, un mundo

Ediciones UACh / Difusión

maravilloso por hacer, indefenso y confuso, huérfano de la ciencia y la técnica.

Las vueltas de la vida me habían llevado a estudiar, en 1932, a la Universidad de Concepción. Ahí encontré a un profesor, un hombre especial, único; bajo su tutela tomé conciencia de lo grande que es la tarea de una Universidad, especialmente en una sociedad que nace. Este hombre me mostró los errores y miopía de las Escuelas que ahí funcionaban y me convenció que las faltas en que se incurre cuando nace una institución son irreparables.

Así, sin haber salido de mi patria, gracias a mi Maestro, me fue posible estudiar en un verdadero instituto de Fisiología, y habiendo empezado como alumno terminé como ayudante del Profesor Alejandro Lipschütz. La vida, nada fácil para mí, obligó al aspirante a Profesor a buscar una actividad más rentable, y así me convertí en un Otorrinolaringólogo. Desde entonces me convencí que la Universidad debe ayudar efectivamente a los jóvenes estudiantes que no tienen vocación profesional.

¿Fue esta situación la que me decidió a hacer posible que otros jóvenes pudieran alcanzar aquello que a mí me había sido imposible alcanzar? ¿Fue un desquite causado por mi frustración?

Valdivia necesitaba una Universidad, Valdivia tendría una, pero nueva, diferente a todas las demás.

Ediciones LAGO/Difusión

Los planes

En posesión de la idea y las enseñanzas del Profesor Lipschütz, mi esposa y yo empezamos a planearla. Visualizamos claramente a la Universidad como un motor que cambia la ciudad y la provincia, y con el correr del tiempo llega a tener su palabra en el destino de la Patria.

Las artes, especialmente la música, han sido siempre, en Chile, un buen medio para reunir a la gente. Así, nosotros y un pequeño grupo de amigos, decidimos transmitir semanalmente un programa de música clásica con discos comprados por nosotros. El paso que siguió fue fundar la «Sociedad Amigos del Arte» que trajo a Valdivia conferencistas, artistas, exposiciones de arte moderno, etc. Fui designado Presidente pero renuncié dos años después.

En 1945 tratamos de tener en Valdivia un Colegio Inglés, un «college», el que debería servir como base para la Universidad. Me puse en contacto con el Padre Walsh, de la Congregación de la Preciosa Sangre, y la idea le gustó. Después volví con el tema con el Padre John Haley de la misma congregación. Este se interesó también en nuestro proyecto (como un aporte real prometimos obtener un edificio para el Colegio), y él escribió a sus Superiores y comprometió la ayuda de la Embajada Americana. Cuando todo parecía ser una realidad, la Preciosa Sangre, escasa de sacerdotes, canceló la idea.

Yo había sido uno de los fundadores del Club de Leones, y con él propiciamos toda suerte de actividades culturales. En 1952, el Club de Leones en conjunto con «Amigos del Arte» y la Municipalidad, organizó un Concurso Nacional de Piano, el que tuvo gran éxito. Fue una nueva prueba de que la ciudad maduraba más rápido que lo que habíamos pensado.

Al año siguiente, bajo los Auspicios de «Amigos del Arte», la Universidad de Chile (Central) organizó la Primera Escuela de Verano, e inmediatamente un grupo llamado «Amigos de la Universidad de Chile», que se impuso de nuestros proyectos, inauguró una especie de rama de aquella Universidad.

Llamé de inmediato a un grupo de personalidades de Valdivia y les expliqué el proyecto: lo que nosotros necesitábamos era una Escuela nuestra, con personal sureño y con un espíritu para enseñar. Estuvieron de acuerdo.

El 15 de enero convoqué a una reunión más amplia, de 30 personas y decidimos reunimos nuevamente en febrero, para discutir sobre mi idea. Mientras tanto redacté los Estatutos de la nueva Universidad; escogí las personas que debían formar parte del Directorio; busqué profesores y empecé a comprometer ayuda económica.

La reunión

El 16 de febrero de 1954, 30 de las personalidades comprometidas, fundaron la Universidad Austral de Chile, en el local del Club de la Unión.

Los Estatutos fueron aprobados por el Directorio. Yo había elaborado una clara y precisa minuta sobre los pasos inmediatos que consideraba

Ediciones UACh / Difusión

indispensables. Los Estatutos de la Universidad de Concepción sirvieron de modelo. Desgraciadamente el celo y la falta de experiencia de algunos directores los llevaron a proponer modificaciones que solamente introdujeron confusión, aunque no en asuntos fundamentales.

Desde ese momento me encontré cogido por un huracán de acción. Asumí mis responsabilidades: presidía las reuniones del Directorio, esbozaba los programas de trabajo; confeccionaba modelos para la nueva tradición; escribía en los diarios, hablaba en las radios, etc.

Y al mismo tiempo tenía que luchar contra los ataques y palabrería enemigas: profesionales frustrados que nunca pensaron en la necesidad de una nueva Universidad; líderes locales que no fueron invitados en forma personal a la reunión inaugural; hombres que creían que la nueva Universidad podría ser o no ser confesional. «El Centro de Amigos de la Universidad» dirigía el ataque. Bajo la presión que sufríamos, el Directorio vacilaba (mucho tiempo después ellos me dijeron: *«Nosotros, en esos días, creímos muy difícil continuar. Pero aprendimos una lección: debíamos ser capaces de sostener nuestros derechos. Nosotros debíamos imponerlos»).* Pero la lucha más importante se libró en torno a los Estatutos que debían ser aprobados por el Gobierno y otras organizaciones legales. Lanzamos una gran campaña a través del país para dar a conocer nuestros planes.

Paralelamente a estos problemas teníamos que buscar patrocinadores de la Universidad.

La recolección de fondos fue difícil; después de dolorosos esfuerzos juntamos más o menos $500.000 (alrededor de US$ 7.000). Varias firmas importantes y gente adinerada rehusaron ayudarnos, pero los pocos que lo hicieron fueron generosos: Kunstmann, Martens, Hoffmann, Williamson Balfour, Prochelle, deben ser recordados mientras exista la Universidad. Fui por los campos mendigando ayuda, y los grandes y pequeños hacendados me dieron dinero, vacas, gallinas, huevos. Recibía todo y lo agradecía. A menudo fui rechazado, pero no le di importancia.

Entre los benefactores debo mencionar a una gran dama valdiviana, la señora Elena Haverbeck de Skalweit quién nos regaló el principal edificio de la Universidad.

Al mismo tiempo, en Valdivia, me dedicaba a asuntos más triviales:

Ediciones UACH/Difusión

diseñar la bandera y el escudo; diseñar togas y birretes para las ceremonias oficiales. Por otro lado debía tomar decisiones sobre el número de Facultades, estudio de los currículos, mirar en busca de futuros profesores, pensar sobre los Decanos.

La oposición que tuve que enfrentar en Santiago fue más fuerte: nadie sabía por qué el Rector y el ex-Rector de la Universidad de Chile estaban contra la idea. Todos los artículos de nuestro Estatuto fueron sometidos a un severo y duro examen por el Consejo Universitario. Sin embargo, en medio de la oposición encontramos un gran defensor de nuestra causa: el Doctor Hugo K. Sievers, quién posteriormente fue nombrado Doctor Honoris Causa de la Universidad Austral de Chile.

En el intertanto mi esposa había obtenido la ayuda del Senador don Carlos Acharán Arce. Fue ella ayuda más valiosa con que pudimos contar. Convencido que ayudar a la Universidad era ayudar a su provincia natal, se entregó por entero. Tan pronto como él tomó en sus manos la causa de la Universidad, cesó la oposición abierta. Hubo, por supuesto, ataques arteros de parte de alguna gente, como la señorita Angela Schweitzer, un arquitecto valdiviana, muy amiga de Miss Hale, de la Embajada Americana; ella se contactó con la Embajada antes que nosotros. Cuando fuimos a solicitar la colaboración, fuimos recibidos muy gentilmente, pero la ayuda se nos negó rotundamente. En cambio encontramos las puertas abiertas y una cordial acogida en la Embajada Alemana; nos regalaron libros por una suma de alrededor de DM$ 10.000, y nos pusieron en contacto con el Profesor Dr. Adolf Meyer-Abich, quien vino desde Alemania para ayudarnos en la estructuración de la Universidad.

Una ocasión memorable fue nuestro encuentro con el Rector de la Universidad de Concepción, la que nos facilitó la ayuda financiera del Gobierno. Los acontecimientos se sucedieron uno tras otro en 1954. El 16 de febrero había sido creada la Universidad; el 7 de septiembre fueron aprobados legalmente los Estatutos; en octubre fue elegido el primer Directorio. Fui nominado Rector con el 97% de los votos, y el nuevo Directorio que propuse fue aceptado por unanimidad; nombré al Secretario General, al Tesorero y al resto de los empleados superiores.

Debidamente autorizado compré, con dinero que pedía en préstamo,

Ediciones UACH/Difusión

los equipos que se necesitaban para los laboratorios: con un arquitecto se emprendió la remodelación del edificio que teníamos; compramos cien acres para el futuro Campus; finiquitamos los arreglos con el Gobierno para obtener la concesión del fundo «Vista Alegre», destinado a la escuela de Agricultura, y consideramos la adquisición de algunos edificios para albergar provisoriamente a nuestras escuelas.

Decidimos la instalación de la Universidad para el 12 de marzo de 1955 y desde ese momento quedó fijada la apertura del Año Académico, con ceremonias especiales. Nuestro Secretario General, un hombre de letras, de 68 años de edad, con gran fama como escritor, no era hombre para cosas prácticas. Entonces tuve que acudir a mi esposa para hacer los debidos trabajos sin herir los sentimientos del Secretario.

Presionado por las necesidades de los laboratorios, distraje ciertos fondos proporcionados por el Gobierno para el aumento de sueldos. El Tesorero General de la República me concedió un breve plazo para arreglar la situación. Tuve que ir a Santiago y obtener del Congreso una ley especial que autorizaba lo que había hecho.

Finalmente, el 12 de marzo la ciudad fue sorprendida al contemplar una instalación en todo semejante a la que había tenido la Universidad de Chile en 1842. El Presidente de la República y sus Ministros en tenida de etiqueta, el Cuerpo Diplomático, las autoridades Civiles, Eclesiásticas y Militares con sus uniformes de gala acudieron a la ceremonia. Como siempre hubo algunos incidentes tragicómicos. El Presidente debía recibir el título de Doctor Honoris Causa, pero se negaba a ser investido con toga y birrete. Se había decidido que todos los miembros de la Universidad debían llevarlos para establecer una tradición no conocida en Chile. El rechazo presidencial arruinaba nuestros planes; en cambio si su Excelencia se dejaba investir la tradición quedaba de hecho establecida. Finalmente accedió. Pero desde el momento en que nadie tenía experiencia en estas ceremonias, las togas resultaron largas y ridículas. El ridículo –uno de los más fuertes temores del espíritu latino–, nos sobrecogió a todos. El VicePresidente de la Universidad, actualmente fallecido, un hombre de edad, comerciante, germano de nacimiento pero con la cachaza del chileno, fue comisionado para llegar hasta el hotel e invitar al Presidente. El señor Martens, tal era su apellido, fue el prime-

Fundación ACH/Difusión

ro de los nuestros que tuvo que aparecer en público con la nueva tenida. Cuando llegó a su casa para revestirse sus hijos y yernos rieron; él no dijo una sola palabra, se fue a su pieza y volvió con toga y birrete. Se hizo el silencio. Su familia estaba fuertemente impresionada. Sin embargo cuando se presentó ante mí, argumentó: *«Rector, yo nunca he usado estas vestimentas, libéreme de este compromiso».* Pero al replicarle que nadie mejor que él podía cumplir con lo que nos habíamos propuesto, y haciéndole ver que representaba a la Universidad, aceptó con humildad y cumplió su cometido.

Cuando el Directorio y el Cuerpo de Profesores aparecieron en la calle y el público se aprestaba a reír, cambió de parecer y nosotros desfilamos en medio de un silencio reverencial. Una batalla se había ganado. En el teatro la ceremonia se desarrolló con dignidad y finalmente en el banquete pudimos sentirnos totalmente relajados.

La Universidad había sido instalada y en la historia de nuestra ciudad y nuestro pueblo una página había sido escrita.

La tarea realizada

El año transcurrido nos dio la oportunidad de revisar nuestro trabajo. Libre de ataques y obteniendo más y más cooperación, trabajamos con tranquilidad y facilidad. El Directorio, integrado por un grupo de hombres de excepción, concurría semana a semana a las sesiones, sin percibir un solo centavo de remuneración (de las 146 sesiones realizadas solo dos habían empezado con 10 minutos de atraso), se había posesionado del manejo de la Universidad en todos sus detalles.

Las clases empezaron el 13 de marzo de 1955 con la concurrencia de 30 alumnos de Veterinaria. Agronomía e Ingeniería Forestal. El «Club Amigos de Francia» nos facilitó algunas salas, mientras terminábamos nuestros edificios. Un pizarrón, rústicas bancas y un bracero fueron las comodidades que proporcionamos a nuestros alumnos. El Directorio, el Rector y el Cuerpo administrativo tenían un par de piezas en otro Club, tan venido a menos que tuvimos que hacerle varias reparaciones. Con todo, se llovía por dentro y por fuera; el viento entraba a través de los vidrios quebrados. Y un letrero que colgaba de una pared decía «Universidad Austral de Chile». Eran otros tiempos, tiempos de pioneros, rudos

EdicionesUACh/Difusión

y duros, pero llenos de esperanza en el futuro de la juventud.

El equipamiento de los laboratorios empezó con el de Biología: en una mediagua se instaló el Instituto de Anatomía. Los estudiantes se lavaban las manos en las pozas que dejaba la lluvia y en sus tiempos libres ayudaban en las reparaciones necesarias.

Ese año empezaron su trabajo los siguientes institutos: Biología, Microbiología, Zoología, Geología, Geografía; Anatomía Veterinaria, Histología, Química y Botánica. En la Facultad de Ingeniería Forestal entraron en actividad cuatro Institutos. Tuvimos dificultades con la Facultad de Agronomía. Pero la Facultad de Bellas Artes inauguró sus cursos satisfactoriamente. Habilitamos un pequeño auditorio para conferencias, conciertos, etc.

Pero, como ya lo he dicho, nosotros queríamos una Universidad diferente. Queríamos dar a nuestros alumnos una educación sólida y moderna; nuestros técnicos y científicos debían tener conocimientos filosóficos y humanísticos; queríamos que nuestros alumnos tuvieran la posibilidad de escoger, bajo la guía de un tutor especial, su futura actividad profesional y desde el momento que nosotros, en Chile, no teníamos el sistema de «college» que Uds. tienen en USA, creamos la Facultad de Estudios Generales. Así nosotros esperábamos que nuestra gente adquiriera un mejor dominio en el campo tecnológico.

La carencia de profesores para las escuelas secundarias nos obligó a crear la Facultad de Filosofía y Educación.

Después de cuatro años de trabajo nos detenemos para analizar lo que hemos hecho: adquirimos 20.000 pies cuadrados de edificios livianos; un fundo experimental denominado «Vista Alegre» (alrededor de 100 hectáreas); un Centro de Inseminación Artificial; uno de reproducción de cerdos y conejos; un criadero de aves, etc. Estas instalaciones no solo proveerán un medio de enseñanza práctica sino también serán una fuente de entradas para la Universidad.

Tenemos un Cuerpo Docente de 73 profesores para 500 alumnos que trabajan en 20 institutos; un Campus de 100 hectáreas que espera los nuevos edificios. Sin embargo, las clases se imparten en 5 edificios antiguos completamente pagados.

Hemos recibido de parte del Gobierno y de particulares una ayuda

EdicionesUACh/Difusión

cercana a los $ 781.606.479 (cerca de US$ 750.000) Hemos gastado cerca del 40% en salarios, leyes sociales, propaganda; el resto ha sido invertido con gran provecho (para dar una idea: compramos el terreno para el Campus en 25 millones, y hoy tiene un valor de 800 millones y esto en tres años). El Directorio compuesto de hombres de negocios ha cuidado bien de las inversiones.

Nuevos proyectos

Queremos hacer de nuestra Universidad un centro capacitado para producir nuevos investigadores. Queremos dedicarnos al estudio de nuestras posibilidades y luego incursionar en el campo de la investigación pura. No veo otra posibilidad para nuestro futuro. Otra actitud sería repetir lo que otra gente, mejor equipada, está haciendo. Yo creo firmemente que es más importante el estudio de nuestro pudú (venado) y su estructura cromosómica, que el estudio de la inervación del oído de los chilenos. Esto último puede ser hecho en cualquier parte del mundo, en tanto el pudú es un animal exclusivamente chileno.

La Universidad Austral deberá permanecer ajena a todo problema que no sea su interés educacional. No deseamos la intervención política en nuestro medio (una plaga endémica en el resto de las Escuelas Chilenas). Deseamos paz y tranquilidad; las autoridades universitarias han colocado, sabiamente, una barrera que señala dónde empieza la Universidad.

La Universidad está profundamente interesada en lo concerniente a problemas locales. Deseamos contribuir al desarrollo industrial de la provincia; al desarrollo cultural de sus habitantes, a despertar el interés por lo social; a mejorar la condición general del pueblo. Al mismo tiempo esperamos formar buenos profesionales y técnicos de alta calidad.

La Universidad aspira a tener plena autonomía. No solo autonomía para la investigación y administración (que ya las tenemos) sino también libertad para enseñar y libertad económica. Estimo que esos son requisitos para cumplir nuestra misión y llegar a ser una nueva y vital Universidad.

Planeando el mejoramiento de la situación de la Universidad y la provincia, creemos que debemos dar los siguientes pasos:

Ediciones LACE / Difusión

Escuela de Medicina Veterinaria

—Centro de Inseminación artificial: Aumentando el material, el Centro podría atender alrededor de 20.000 vacas, con un extraordinario mejoramiento de la masa ganadera. Los agricultores solicitan los servicios del Centro (a cargo del Prof. A. Hube).

—Instituto Bioterápico: No funciona todavía. Podría proveer de medicamentos. Necesidad urgente (a cargo del Prof. Janis Grinbergs).

—Reproducción de animales de pedigree: Para el mejoramiento del ganado vacuno y equino tenemos algunos buenos toros y potros. Con una pequeña ayuda podríamos aumentar nuestras entradas en varios millones al año y produciríamos un inmenso mejoramiento del ganado (a cargo del Prof. A. Schüler).

—Crianza de animales pelíferos, con varios propósitos: crianza de especies finas, en peligro de extinción, como coipos, chungungos, huillines *(Myocastor coipus, Nutra felina,* etc.); enseñanzas acerca de la reproducción de estos animales; mejor uso de sus pieles, etc. (No hemos podido encontrar la persona competente).

—Criadero de Aves: Estamos muy atrasados. Tratamos de patrocinar una Asociación de Criadores de Aves, al mismo tiempo que tratamos de mejorar y aumentar nuestra propia producción (a cargo del técnico señor A. Hocker).

Escuela de Ciencias Agrarias

—Instituto Tecnológico y Centro de la Leche: Es esencial para adiestrar técnicos. El Instituto no solamente es necesario para la Escuela sino también puede darnos buenas entradas. Quiero también que produzcamos fermentos lácticos, muy escasos en Chile (a cargo del Prof. Horvath).

—Instituto de Suelos y Fertilizantes: Me parece que no es necesario que me extienda en explicaciones sobre la importancia del Instituto. Estamos haciendo análisis de tierra solo de un dos por ciento de nuestra capacidad. Su desarrollo es importante. Los agricultores están preparados y desean pagar por este servicio (a cargo del Prof. O. Vogel).

—Planta de Fertilizantes: Aunque este problema está fuera de nuestras posibilidades, la Universidad debe trabajar para que sea realidad,

Ediciones UACH/Difusión

ya que el uso de fertilizantes en nuestra zona es de una necesidad imperiosa; ítem más, que el uso actualmente no es correcto (un plan para Sociedad Anónima).

—Centro de Semillas Genéticas: Obvio. No hay necesidad de entrar en detalles para señalar su importancia para la Universidad. Podría también ser una buena fuente de entradas.

—Planta procesadora de frutales: Hemos hecho un serio estudio de nuestros huertos planeando su mejoramiento (a cargo del Prof. P. Mardones).

Facultad de Ingeniería Forestal

—Confiamos en que el Gobierno tome conciencia de la gran riqueza que representan nuestros bosques. Con la ayuda del Gobierno podríamos comprar una gran hacienda forestal (Salitrera de Tarapacá y Antofagasta Co.). La hacienda podría ser de gran importancia para la enseñanza y como proveedora de recursos.

—Departamento de Silvicultura: Su propósito es desarrollar planes para reservas forestales y su asistencia técnica. Su costo es muy bajo: prácticamente sólo necesita medios de transporte.

—Departamento de Ensayo de Maderas: Para el estudio de resistencia y otros usos de la madera en Chile.

Facultad de Estudios Generales

—Jardín Botánico: Tenemos excelentes posibilidades para hacer un hermoso jardín botánico en Valdivia. Incluye la posibilidad de crear una nueva industria.

El programa que he esbozado está en vías de realizarse. Nos imaginamos que el costo total será de US$ 300.000, los cuales deben rendir unos 100.000 por año. Tenemos la gente, el equipo administrativo y técnico: necesitamos dinero. Ud. que ha estado estrechamente relacionado con nosotros, ¿cree Ud. que sería posible obtener un *«grant»* para desarrollar el plan? Si no pudiéramos obtenerlo de una sola Institución, ¿sería posible obtenerlo de varias en conjunto? Entiendo que la Universidad Hebrea pudo realizarse gracias a la ayuda de varias organizaciones que unieron sus esfuerzos.

Publicaciones DAGR / Difusión

Tengo la certeza que en Valdivia puede establecerse una Universidad que de a la Facultad de Agronomía su real importancia, no sólo para que Chile reciba sus beneficios sino también para que alcancen, a lo menos, para la mitad de los países sudamericanos.

Esta carta, pobre en su redacción, es una especie de resumen, una puesta al día de un trabajo que llevó varios años. El fruto no ha sido pensado para lo contingente sino para un plazo muy largo. No es lucubración de laboratorio. Trabajando en estrecho contacto con la comunidad hemos tomado conciencia de nuestros deberes y de las posibilidades que nos esperan. Tenemos un buen equipo de trabajo; contamos con la colaboración de mucha gente. Si disponemos de los medios económicos, creemos que nuestros esfuerzos nos llevarán muy lejos.

John D. Rockefeller levantó una de las más grandes empresas del mundo. Contó con el apoyo y sabiduría de otros hombres como Samuel Andrews y Henry M. Flager. Permítame esperar que sus herederos puedan ayudarnos a realizar y desarrollar esta tarea tan grande para nosotros. ¿Puede Ud. ayudarnos un poco ante ellos?

Cordialmente suyo

/s/ Eduardo Morales Miranda
Rector
Universidad Austral de Chile

Ediciones UACh / Difusión

SENADO ACADÉMICO

Sesión solemne destinada a recibir al Rector Fundador Dr. Eduardo Morales, en conmemoración del 25 aniversario de la corporación.

Discurso del Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales, Profesor Jorge Millas, en nombre del Senado:

Señor Rector,

Señores miembros del Senado Académico:

Es esta una reunión especial del Senado Académico de la Universidad Austral de Chile, destinada a solemnizar la bienvenida con que la Corporación acoge al Dr. Eduardo Morales, su fundador, al cumplirse veinticinco años de la existencia física e institucional que él le diera, como inspirador y catalítico de múltiples voluntades que creyeron en su fe y lo siguieron.

Pero especial y todo, esta sesión tiene tanta sencillez y tanta natural solemnidad como cualquiera otra. Ello corresponde al imperativo de verdad que no debe faltar en una universidad y al estilo de sobriedad que es siempre una buena credencial de las cosas verdaderas. Ofrécelos al Dr. Morales ese imperativo y estilo como un fruto entre frutos en la cosecha espiritual que la nación y las regiones australes pueden hacer hoy gracias a la semilla que él sembrara hace veinticinco años.

La Historia, arduo menester de ciencia y arte destinado a reconocer los hechos significativos de la vida del hombre y a conjeturar sus misteriosas leyes, es ya una tarea difícil cuando se trata de los hechos remotos, que otros tiempos y otras almas configuraron con sus vidas. Mucho más lo es, sin embargo, cuando los hechos son parte de nuestro propio tiempo y forman el paisaje de nuestros ojos y el horizonte de nuestras propias vidas. Porque entonces, mezclado aun lo perdurable con lo perecedero, lo significativo con lo banal, las pasiones justas con las innobles, cuesta distinguir lo históricamente necesario de lo históricamente superfluo. Sobre todo, cuesta reconocer en la historia ese carácter terrible que tanto la asemeja a la naturaleza, y que suele llevar a una y a otra por entreverados caminos que confundiendo a la razón y deshaciendo

Ediciones UACH/Difusión

expectativas, acceden a sorprendentes resultados.

Mucha sabiduría y no poca generosidad se requiere a veces para reconocer entre los hechos del presente, el destino histórico que empuja una acción en medio de zozobras y hechos insignificantes, a menudo en contradicción con los propios designios que la impulsaron. Sólo al cabo de un largo tiempo la zozobra y la contradicción dan paso a la articulación ordenada, a la secuencia comprensible de lo vivido, y se descubre la ley que, desconocida, ordenaba como un artífice el caos aparente. Por ello, y en medida apreciable, la historia la generamos desde el presente hacia el pasado, al hacérsenos comprensible lo que en su momento no lo fuera. Por lo mismo, mucho de lo histórico lo inventamos nosotros mismos como resultado de nuestra necesidad de comprender.

Veinticinco años en la historia de una universidad es tiempo corto. Veinticinco años forman aún parte viviente de nosotros mismos, y aún ahora, es difícil comprender la ley de los hechos que hicieron posible que en esta ciudad, arrinconada en un rincón de América, surgiera una Universidad.

¿La comprendió, acaso, el fundador a quien saludamos hoy admirativamente? Lo extraordinario es que si la respuesta fuera negativa, sería insuficiente. Porque los hombres generadores de grandes empresas colectivas, capaces de desencadenar la acción que el futuro convertirá en historia, tienen una forma intuitiva de comprensión, de ciega visión, que los lleva a marchar por caminos que su fe y destino van abriéndoles, a veces para sorpresa de ellos mismos.

Deseo, a este propósito, evocar aquí un recuerdo que me liga, al menos en la memoria, a los primeros afanes del Doctor Eduardo Morales por realizar el milagro de una Universidad en una casi-ciudad, poco más que aldea grande, del austro chileno.

Era, creo, el verano de 1953, y yo, por segunda vez, me encontraba en Valdivia como Director de una Escuela de Temporada de la Universidad de Chile. Todas las mañanas recibía yo, en el viejo Instituto Salesiano que nos albergaba, la visita de algunos vecinos, que, con diferentes títulos de representatividad lugareña, o sin otro que su espíritu cívico, venían a ofrecernos su concurso para sostener el esfuerzo cultural de mi Alma Mater. Entre esas visitas recibí un día la de un vecino muy gen-

Futuros DACH/Director

til y reverente, pero que me inquietó desde un principio por su mirada en extremo límpida e inquisitiva, y una sonrisa permanente que, con todo lo amistosa, me parecía irónica. Conversamos de varias cosas, por ejemplo, de la Sociedad Amigos del Arte a que él pertenecía. Pero muy pronto estaba hablándome de un proyecto descabellado: la idea de fundar en Valdivia una universidad. Peor aún, no se trataba tanto de una idea, como de su ejecución. La idea misma estaba ya estudiada, respaldada y financiada, aunque no había llegado el momento –me advirtió misteriosamente– de revelarme cómo. ¿Qué me parecía a mí, representante de la Universidad de Chile en aquel verano, tan extraordinario proyecto? Por supuesto, a mí me pareció absurdo y me sobraron las razones para demostrarle lo razonable que yo era. El vecino se levantó entonces, y con una sonrisa aún más acentuada me dijo textualmente: *«Bien, director, veo que he venido por lana y he salido trasquilado»*. Más tarde comprendí que esta frase de Eduardo Morales no era de acatamiento, sino de desafío. En aquel momento él veía –¿cómo?– cosas que yo no veía. Y tanto puede la sinrazón visionaria contra la razón mejor armada, que, en el recuerdo me veo, no sé si en ese mismo verano, o a mi regreso en el siguiente, conversando entusiasmado con el Dr. Morales sobre las bases de la futura Universidad. Y con tanta fe –recibida de él, por supuesto– que en una de esas conversaciones surgió el nombre que hoy nos enorgullece: Universidad Austral de Chile. Yo, como Adán en el paraíso, participé así en la creación ajena, poniéndole solo un nombre a las cosas.

Hubo, en el comienzo de esta aventura, varios otros que fueron movidos por la fe del futuro Rector, y colaboraron, antes y mucho más estrechamente que yo, en imposible empresa. Por razones personales, que sé que Eduardo Morales comparte, quiero realzar este homenaje que le rinde nuestro Senado, destacando entre ellos el nombre de ese notable poeta de la naturaleza y pensador de la Vida Introspectiva, que fuera Luis Oyarzún y que muriera aquí, en esta Casa de estudios que ayudara a diseñar.

Doctor Eduardo Morales, Rector Fundador: con seguridad no todo cuanto soñásteis encarna hoy en la realidad magnífica en que se halla convertida, a pesar de tanto viento oscuro como ha soplado también

Ediciones UACH/Digital

sobre ella, la Universidad que fundásteis. Quizás esa parte de vuestro ideal requiera de nuevos sueños y sinrazones de otros que, imitando vuestro ejemplo, descubran la posibilidad de lo imposible. Pero, así y todo, vuestra semilla es hoy árbol cargado de frutos, lugar de ciencia y enseñanza y también de nuevos sueños. Nada mejor puede invocar el Senado Académico de la Universidad Austral para rendiros este homenaje de reconocimiento.

Jorge Millas

JM/ry

Abril de 1979
Es copia fiel del original
21/6/79
Ruth Yantani G.
Secretaria. Dirección Est. y Planificación

Ediciones UACh/Difusión

DISCURSO DEL RECTOR EN LA INSTALACIÓN DE LA UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE

14 de Marzo de 1955

Sean mis primeras palabras para agradeceros Excmo. Señor, el que sacrificando vuestro tiempo, hayáis concurrido a este acto para darle el brillo y magnificencia que debe tener la instalación de una nueva Universidad. Porque el camino que los pueblos recorren a lo largo de su existencia histórica no lo marcan los monumentos materiales que erigen, sino los fastos del pensamiento creador. Desde el momento en que el hombre se sintió Ser pensante, buscó la forma de perfeccionarse y de transmitir sus experiencias más elevadas atravesando épocas de luz y oscuridad. Desde el tiempo de la Grecia Inmortal, cuyos sabios fundaron sus propias escuelas, llegamos a las universidades actuales que aspiran a ser el centro conductor de todas las experiencias intelectuales de la sociedad humana.

En nuestra vida republicana se alzó guiada por la mano de Bello, una Universidad que ha contribuido poderosamente a satisfacer las necesidades espirituales de los chilenos. Esta Universidad en su afán incesante de superación, ha dado y sigue dando vida a nuevos organismos animados por la pasión por el progreso, de amor a la libertad y de una firme voluntad realizadora.

Excmo. Señor, la nueva Universidad que daréis por instalada sólo pretende seguir la tradición que nos señala la Universidad de Chile. Pero, conscientes de la misión que se nos encomienda, declaramos que nos empeñaremos por allegar más brillo a su gloria, con nuestros sacrificios y nuestros esfuerzos. En este momento quisiera tener aquella elevada condición humana que sueño ha de dar nuestra universidad algún día a los que egresen de sus aulas, para ser digno intérprete del espíritu que ha dado origen a nuestra Corporación.

Nunca podremos desentrañar los misterios de algunos designios, pero sí dar gracias por su realización. En este instante en que la nueva Universidad nace asociada a la Universidad de Chile, tal vez nos sea

Ediciones UACh / Difusión

lícito evocar con recogida humildad las palabras de Bello. Qué sentimientos despiertan en nuestra alma, al citarlas, precisamente 122 años después de que fueran pronunciadas. La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar entre nuestras instituciones sociales si (como murmuran algunos ecos de declaraciones antiguas), el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto vista moral o bajo un punto de vista político. Así se enfrentaba Bello al problema de su tiempo, pero nuestro problema, el de la hora actual, ni siquiera se habría atrevido a imaginarlo. Enseguida agregaba: *«la Ley que ha establecido la antigua universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile, apunta ya los grandes objetos a que debe dedicarse este cuerpo».* Es fuerza que nos representemos, aun cuando no sea más que someramente, la situación que aquellas palabras enfocaban.

Chile iniciaba la época de su independencia política, de su organización constitucional y la lucha por su liberación económica. Estaban intactas las fuerzas espirituales y morales que nos dieron vida como nación, estaban poseídos los espíritus de un estado anímico que les impulsaba al sacrificio, la austeridad de los ciudadanos se reflejaba en hombres como O›Higgins, que no vaciló en entregar su hacienda para ayudar a la conquista de la independencia, agregando de esta manera una fuerza más a las muchas de las que hacía derroche, y en Portales que abandonaba sus negocios particulares para dedicar al Estado todas sus energías. Fue esta autoridad colectiva la que nos conquistó el respeto de las naciones más poderosas y si las hubiéramos mantenido nadie se habría atrevido a calificarnos de país poco desarrollado. Mirad, señores, el momento que vivimos y decid si no precisamos de una renovación que nos conmueva hasta las entrañas mismas. Mirad y decid si no es necesario que […] nuestros mayores, para dar a nuestra Patria lo que ellos soñaron darle y no alcanzaron a convertirla en realidad. En la medida de nuestras fuerzas haremos cuanto esté a nuestro alcance porque se despierte el sentimiento colectivo y la sentencia de Bello se cumpla en nosotros una vez más y podamos decir en el futuro que la Universidad Austral descansa sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile, apuntando a

Ediciones UACH / Difusión

los grandes objetos a que debe dedicarse.

Pero, al colocarnos en este punto de partida, nos asalta una interrogante. Habrá fracasado nuestra generación. Se habrá desviado el camino que conduce a un progreso ascendente. El juicio lo entregamos a la historia, pues no valoramos nuestro presente como una meta, sino como una etapa dolorosa en el camino del futuro. Tiempos hay que son metas y tiempos que son simples etapas. Considerando tal vez este postulado, hemos puesto nuestros ojos en la juventud que encierra al futuro y que lo es a la vez, para dirigirnos a ella y decirle francamente que a nosotros nos parece que otro camino distinto del que hemos seguido hasta ahora es el que puede llevarla a la realización integral de sí misma. Estimamos que a nosotros no nos queda sino la posibilidad de sacrificarnos con la clara conciencia de que sólo con ejemplos fuertes podremos afirmar la plenitud de nuestro carácter. Nos han faltado la fe y la voluntad para realizar, pero aún cuando parezca una paradoja nuestra universidad nace apoyada en esos dos pilares: fe en el porvenir de nuestros hijos, y voluntad de gastar todo nuestro esfuerzo en la tarea de prepararlos para lograr un porvenir mejor.

No nace esta universidad en la opulencia, ya que el país mismo sufre una crisis económica que no nos habría permitido dársela. La lucha tenaz que hemos debido librar para llegar a este momento, es signo inequívoco de que ella se encuentra colocada en el camino real que aconseja la situación nacional. Pero si pensamos que no son las obras materiales las que crean la grandeza de las universidades, sino su espíritu, estamos convencidos de que este será capaz de levantar las obras cuando sea necesario. Conscientes pues de esta situación y con nuestro carácter de universitario, no podemos mantener una actitud expectante, sino una actitud de acción. Y debemos agregar que nuestra universidad debe ser escuela de sacrificio, porque sólo por el sacrificio podrá salvar[se] la nación.

Sin embargo, estamos seguros de que nuestra tarea se verá facilitada por los hábitos de nuestro ambiente regional. Nuestra ciudad, y con ella todo el sur de Chile, posee una sociedad de alta calidad humana. Nos circunda la sobriedad en las costumbres y un dinámico espíritu de trabajo. Los opulentos de nuestra región han sabido conservar la mo-

EdicionesUACh/Difusión

destia y la sencillez, además de poseer un espíritu abierto para recibir la semilla que habrá de darnos los frutos que esperamos, no para nuestra satisfacción presente, sino para aquellas que vendrán. Confortados con este cuadro quisiera repetir a la juventud las palabras de André Gide a los estudiantes de Munich: *«cuán difícil es ser joven en estos tiempos»,* agregando *«pero qué maravilloso porvenir podéis forjar».*

La Universidad está formada por los estudiantes y son los estudiantes quienes mejor encarnan su espíritu. Como dice Ortega y Gasset, *«...es absurdo que, como hasta aquí, se considere al edificio universitario como la casa del profesor, que recibe en ella a los discípulos, cuando debe ser lo contrario; los inmediatos dueños de la casa son los estudiantes completados en Cuerpo Institucional por el Claustro de Profesores. Son los estudiantes quienes previamente organizados para ello deben dirigir el orden interior de la universidad, asegurar el decoro de los usos y maneras, imponer la disciplina material y sentirse responsables de ella».* Y cómo no ha de tener razón este filósofo si la universidad es el alma de una nación en que se transfunde la juventud. Justamente para que se adquieran aquellas virtudes, [que] son indispensables en una vida organizada, para que los alumnos formen su conciencia respecto a los deberes que tendrán con los ciudadanos, nuestra universidad, en sus estatutos, ha dado al estudiante la representación a que tiene derecho, como lógica consecuencia de esos deberes que le incumben.

No obstante, creemos que nuestra juventud está excesivamente fanatizada y no podría decirse de su actitud que arranca de una conciencia formada acerca de los problemas del mundo contemporáneo, sino lo contrario, pues en pleno período de formación actúa como si su personalidad estuviera ya definitivamente consolidada. Los Estatutos a los cuales me he referido, han prohibido la injerencia de cuestiones partidistas de cualquier orden en la vida académica porque, sin dejar de reconocer la obligación que todo ciudadano tiene de interesarse por los negocios públicos, hemos estimado que primero es preciso formarse una clara conciencia acerca de ellos. Ahora bien, este principio se hará extensivo a todo el cuerpo universitario, de modo que dentro de la universidad nadie, como no sea con un fin didáctico y con el alto respeto que tal fin merece, estará autorizado para traer tales planteamientos.

Ediciones DACH/Digital

Mientras el joven se prepara para servir a su Patria y a la Humanidad, debe mantenerse alejado de las pasiones partidistas, las que no deberían traspasar el umbral de la Universidad. Fuera de ella, los estudiantes podrán desarrollar las actividades que les plazcan: pero en la vida política activa sabemos nosotros y es el pensamiento de nuestra Universidad, que no vemos a los hombres que actúan en los poderes públicos sino la voluntad de la Nación, y los respetamos y honramos sin mirar a sus posiciones partidistas, sino a los cargos de responsabilidad que las leyes les han entregado. Cuando se es joven: cuando el hombre se encuentra en pleno período de formación pueden reclamarse solo deberes y no derechos. El joven tiene un derecho básico: el de estudiar, de formarse, de integrarse para servir a su Patria y a sus semejantes. En estos tiempos en que hacen crisis sistemas sociales frente al inquietante destino de reformarse o desaparecer, en que no solo en Chile sino en el mundo entero se viven momentos de urgencia, parecería tener razón aquel estudiante rebelde que calificó de cínica a la juventud de su tiempo porque se había marchitado antes de florecer.

Sin embargo, he dicho que el futuro es de la juventud y la juventud no podrá sustraerse a su destino. Por eso decimos a nuestros estudiantes: *«sed heroicos porque el heroísmo es la llave que abre las puertas de una vida auténtica. Aprended de los que nos dieron la libertad y el honor».*

La Universidad Austral desea ardientemente, a través de un claro planteamiento de los problemas culturales, mostrar a la juventud un camino que habrá de conducirlos a un porvenir mejor. Allí estaremos juntos, profesores y alumnos, en una realización continua de nuestros ideales teniendo ante nosotros las palabras de Renán: *«Se sirve al ideal haciendo el bien, descubriendo lo verdadero, y realizando lo bello; pero a la cabeza de la Humanidad marcha el hombre de bien, el hombre virtuoso. El segundo lugar pertenece al sabio, al filósofo. Después viene el hombre de lo bello, el poeta, el artista».*

Para la realización de sus funciones específicas encaminadas a la cristalización de los ideales antes expuestos, la Universidad Austral se ha organizado por ahora en cinco Facultades: la Facultad de Estudios Generales, la Facultad de Ingeniería Técnica Forestal, la Facultad de Ciencias Agrarias, la Facultad de Medicina Veterinaria y la Facultad de

EdicionesLACH/Difusión

Bellas Artes.

Hemos dado preferencia a aquellas ramas de la ciencia que guardan relación más directa con las características y necesidades de nuestra zona. Consideramos que en nuestro país se descuidaron los estudios destinados a mantener su vía física, no supimos crear el número suficiente de hombres capaces de fomentar nuestras industrias, ni de desarrollar nuestros recursos económicos. La industria madre de una Nación, la agricultura, se vio postergada y como consecuencia, nuestros campos no producen en la actualidad lo necesario para sustentarnos, lo que se debe no a la pobreza de nuestros suelos sino a la falta de una política educacional que haya hecho interesarse a la juventud en los problemas del agro. Pero nuestro error ha sido aún mucho mayor. Hemos permanecido impávidos ante la destrucción de la tierra, la cual es invadida por un cáncer que la erosiona; nuestros bosques, riqueza incalculable, son arrasados con sudor y fuego como si pensáramos que la energía que acumularon los siglos, nosotros tenemos el derecho de usufructuarla por entero, sin dejar nada para las generaciones venideras. Hemos vivido sobre la tierra sin preocuparnos [de] que ella existe bajo nosotros, que se encuentra impregnada de vida y que debemos cuidarla para que no perezca. Obsesionados por gustar sus frutos de inmediato, no hemos tenido la preocupación y el cariño al que ella, como madre, es acreedora. Meditemos un instante y reparemos nuestro error.

Aprovechando la valiosa experiencia adquirida en los últimos tiempos por importantes universidades extranjeras, nos hemos atrevido a introducir en la estructura de nuestra Universidad una innovación del más alto significado. La llamada Facultad de Estudios Generales, que se propone completar el nivel universitario, la formación cultural de los estudiantes, habilitándolos mejor para desarrollarse posteriormente a través de las especialidades profesionales sin mengua de su personalidad total. En efecto, uno de los males que con mayor insistencia han indicado los críticos de la vida universitaria de nuestro siglo se refiere al exceso de especialismo que el cultivo de las ciencias y técnicas particulares determina en la mente de maestros y alumnos. Esta notable falla no solo tiene consecuencias que afectan a la vida puramente académica: se extiende mucho más allá, pues priva al espíritu de aquella

Ediciones LAGI / Difusión

elasticidad y especial comprensión de los vastos y complejos problemas de la vida moderna, que todo ciudadano requiere para poder convivir inteligentemente en una sociedad democrática. De acuerdo con los propósitos anteriores queremos que nuestros profesionales y especialistas, aparte de su formación específica, posean esa actitud básica sin la cual no es posible dirigir la mirada hacia los problemas de la Nación y del Mundo en su conjunto. Por otra parte, la Facultad de Estudios Generales permitirá coordinar las diversas actividades de la investigación científica en un solo todo coherente, lo cual redundará en beneficio de la investigación misma y en una considerable economía de esfuerzos humanos y materiales. De este modo, la exigencia que se les impone a los estudiantes de realizar un ciclo previo a cualquiera especialización, lejos de significar un simple recargo de tiempo en el proceso de su aprendizaje, producirá los más beneficiosos efectos en el desarrollo posterior de la enseñanza.

Por último, la Universidad Austral ha creído necesario establecer desde un comienzo la Facultad de Bellas Artes, que tanta importancia ha demostrado poseer dentro de las universidades contemporáneas como instrumento adecuado para llevar la cultura artística, no solo a quienes poseen vocación excepcional, sino a todos los círculos de la población. Creemos que el arte puede enriquecer la vida de cada ciudadano, promoviendo actividades susceptibles de completar espiritualmente el empleo de sus horas, elevando los placeres de las masas hacia valores universales, contribuyendo a hacer más amigable la convivencia social, a arraigar más profundamente el ideal de virtud que debe presidirla. No es tampoco desdeñable la ficción que las actividades artísticas proyectadas al terreno de las técnicas pueden cumplir no sólo en el embellecimiento del ambiente humano, sino también en la mejor utilización de los recursos materiales.

Acaso pudiera llamar la atención, Excmo. Señor, el que esta universidad, en el momento mismo de nacer, haya restablecido en nuestro país cierto ceremonial académico que ha sido durante siglos distintivo de los actos universitarios. No faltarán quienes piensen que tales prácticas no son sino formalismos vacíos de significado y hasta contrarias a la austeridad de nuestras costumbres democráticas. No es así, sin embar-

Ediciones UACH/Difusión

go: la significación de estos símbolos y ritos arrancan de la severa dignidad que corresponde a las tareas del espíritu. La tradición universal de las corporaciones académicas se confirma ante los ojos del mundo por medio de formas particulares que, preservadas de generación en generación, adquieren el sentido perdurable de un culto.

Vuelvo, Excmo. Señor, a agradeceros no sólo vuestra presencia en este acto solemne, sino vuestra voluntad reiterada para comprender el sentido de nuestros esfuerzos y alentar nuestro entusiasmo patriótico. Agradezco también públicamente, una vez más, la generosa ayuda que nos han proporcionado parlamentarios de todos los sectores políticos, particularmente los representantes de nuestra zona en el Congreso Nacional, y entre todos como figura descollante al H. Senador don Carlos Acharán Arce. Análogo sentimiento debo manifestar hacia la benevolencia con que nos han distinguido muchos Ministros de Estado. Y no quisiera continuar sin mencionar con énfasis especial al Excmo. Señor Rector de la Universidad de Chile, a quien mucho debe esta Universidad, no sólo por ser hija de la que él preside, sino porque él personalmente se empeñó en hacer más expeditos los primeros pasos. Y qué decir de la Ilustre Municipalidad de Valdivia y otras de nuestra provincia, sino que sus nombres están grabados en el espíritu de la Universidad Austral. Y no podría tampoco olvidar sin injusticia a tantos hijos de esta ciudad, de esta región, que le han dado lustre y prosperidad a través de los años y que con desinterés absoluto han prohijado nuestra empresa. En este instante, para nosotros histórico, volvemos por último nuestra admiración y nuestro recuerdo agradecido hasta tantos hombres modestos que tuvieron fe junto a nosotros y nos ayudaron crear y proyectar esta institución destinada a servir a todos y cada uno de los chilenos.

Fiel al designio de universalidad que ha sido la gloria de las universidades en el mundo entero, humildemente la nuestra dirige su mirada hacia aquellas naciones de vieja cultura y hacia nuestras hermanas del continente, dignamente representadas por los señores Embajadores que hoy nos acompañan y con cuyos centros académicos esperamos mantener relaciones continuas y fecundas.

Grandes son nuestras responsabilidades y grandes también son nuestras esperanzas. Bien sabemos que iniciamos una tarea trascen-

Ediciones UACh/Difusión

dente que no tiene término; pero en qué residiría la dignidad de la vida humana si no pudiera aplicársele la inspiradora sentencia de Geoffrois de Saint Hilaire: *«delante de nosotros está siempre el Infinito»*.

Ediciones UACh/Difusión

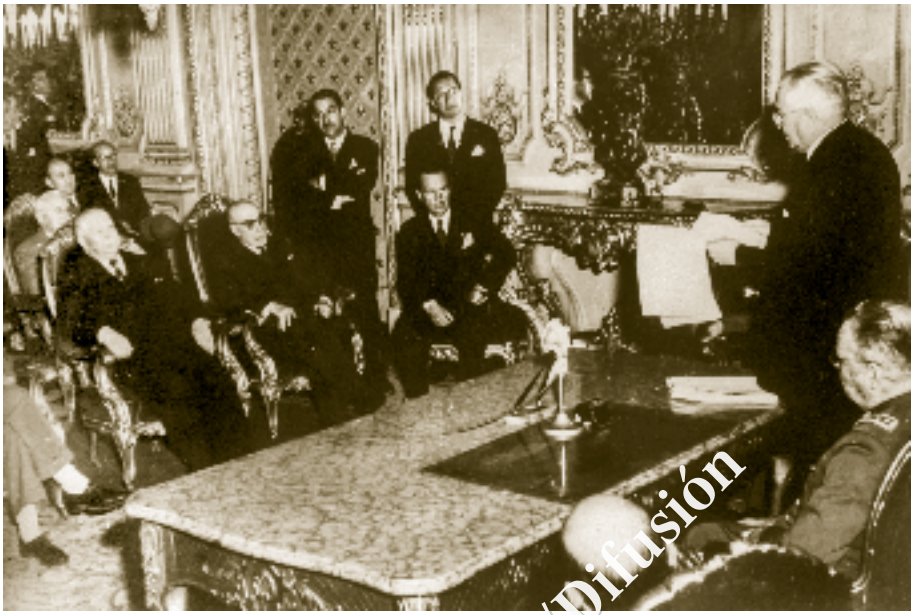
Archivo Fotográfico

Ediciones UACh / Difusión

Salón Rojo de La Moneda, Santiago, 1954. *De izq. a der.:* Max Frick (Alcalde de Valdivia), Carlos Schmidt, Rector Eduardo Morales, Presidente Carlos Ibáñez del Campo, Manuel Cid, Walter Schmidt, Eduardo Tallman y Guillermo Pérez de Arce.

Salón Rojo de La Moneda, Santiago, 1954. *De izq. a der.:* Carlos Scmidt, Max Frick (Alcalde de Valdivia), Rector Eduardo Morales, Senador Carlos Acharán Arce y Guillermo Pérez de Arce.

Ediciones SADM / Difusión



Salón Rojo de La Moneda, Santiago, 1954.

EdicionesUACH/Difusión

Primer Directorio de la Universidad Austral de Chile: Manuel Cavada Yáñez, Santos Colipán, Enrique Hevia Sch., Eduardo Morales M., Pablo Schwarzenberg, Mario Carrasco M., Arturo Pulido A., Camilo Henríquez Plaza de los Reyes, Fernando Santiván.

Visita oficial del Presidente Carlos Ibáñez (al centro, junto al Rector Eduardo Morales).

EdicionesUACh/Difusión

Discurso del Senador Carlos Acharán Arce durante la visita del Presidente Ibáñez.

Primera sesión para elegir Directorio. Club de la Unión, Valdivia.

El Rector Eduardo Morales recorriendo el Campus Isla Teja junto
al Presidente Jorge Alessandri Rodríguez.

Ediciones UACh/Difusión

Manifestantes a favor de Eduardo Morales, frente al Club de la Unión,
durante la campaña de elección de Rector en 1960.

Durante la misma campaña, manifestantes a favor de la candidatura del abogado
Federico Saelzer Balde.

Entrega de togas en 1959. El Rector Eduardo Morales y autoridades de la UACh.

Ediciones UACh/Difusión

El Rector Eduardo Morales junto a otras autoridades de la UACh,
recorriendo los pasillos del Campus Isla Teja.

Coro de recepción en Miraflores, 1956.

El Rector Morales (a la derecha) junto a Eleazar Huerta (segundo de der. a izq.), y Maurice van de Maele (tercero de der. a izq.) en el Centro de Documentación, origen del actual Sistema de Bibliotecas de la UACh.

Eleazar Huerta (segundo de izq. a der., sentado) rodeado de alumnos y otros profesores.

Taller de Cerámica de la Facultad de Bellas Artes, dirigido
por el escultor Guillermo Franco (segundo de der. a izq.).

Ediciones UACh / Difusión

Anexo Documental

Ediciones UACh / Difusión

Form. N.º 5[illegible]

TELEGRAFO DEL ESTADO - CHILE

SR

Sr. EDUARDO MORALES

VALDIVIA

Serie 3

—Imp. D. G. de Prensa

D. CONCEPCION	Número 427	Vía 128	Fecha 19	Hora Dep. 1650

Vía	Menciones	Ind. eventuales	Operador	Aparato	Fecha	Hora Recep.
	TMDOS		ASUN	FC	19	23

HE TENIDO HONOR RECIBIR SU TELEGRAMA EN QUE ME COMUNICAN CREACION NUEVA UN UNIVERSIDAD EN ESA PROGRESISTA CIUDAD CONOCIENDO AMPLIAMENTE ENORMES DIFI CULTADES Y PROBLEMAS DE LA EMPRESA LOS FELICITO POR TAN VALIOSA RESOLUCION Y POR CONTAR PARA ELLO CON POCO DE FUERZAS FINANCIERAS Y SOCIALES DE ESA RICA REGION PUNTO PARA EVITAR EQUIVOCACIONES DEBERA LLAMARSE EL NUEVO ESTABLECIMIENTO UNIVERSIDAD DE VALDIVIA Y NO UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE POR QUE SI BIEN ESTA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION SIRVE IGUALMENTE AL CENTRO Y A TODOS EL PAIS HA SIDO ELLA DESDE SU FUNDACION Y ES HORA LA UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE PUNTO COMPLAZCOME EN DESEARLES COMPLETO EXITO Y EN OFRECERLES NUESTRA COOPERACION CON TREINTA Y CINCO AÑOS DE EXPERIENCIA UNIVERSITARIA ATENTOS SALUDOS

ENRIQUE MOLINA?

RECT?

OBSERVACIONES: Este telegrama no es válido si no lleva el timbre del Telégrafo del Estado. No se atenderá ningún reclamo si no se presenta este telegrama.

RESERVADO PARA LA OFICINA

Enrique Molina Garmendia, Rector de la Universidad de Concepción: telegrama al Rector Eduardo Morales (20 de febrero de 1954).

13

Valdivia, 19 de Mayo de 1954.-

Señor Don
Carlos Acharán Arce
Cámara de Senadores
S A N T I A G O.-

Estimado Senador y Amigo:

La Corporación Universidad Austral se hace un deber el manifestar a Ud. su profundo agradecimiento por el interés y comprensión que ha tenido Ud. por sus proyectos relacionados con la instalación y financiamiento de nuestro futuro centro universitario valdiviano.

No esperábamos otra actitud del ilustre valdivianos que ha sido por más de veinticinco años el paladín de cuanta empresa notable se ha emprendido en favor de Valdivia y de la región austral. Su experiencia parlamentaria y el conocimiento de los resortes eficaces que es necesario emplear para la obtención de obras de gran envergadura, unido a su claro talento y profundo conocimientos económicos de esta zona han contribuido a nuestro progreso más de cinco parlamentarios juntos.

Nuestro Presidente, Sr. Dr. Eduardo Morales, ha tenido a bien comunicarnos la forma entusiasta y eficiente con que Ud. lo secundó en sus gestiones realizadas en su última estadía en Santiago, lo cual compromete aun más nuestra gratitud.

Sin otro particular, quedamos de Ud.

como sus más Attos. y Ss. Ss.

F. Santiván
Secretario General

Eduardo Morales
Presidente Provisorio

FS/dp.

Ediciones UACh/Difusión

Fernando Santiván y Eduardo Morales: carta de agradecimiento al Senador valdiviano Carlos Acharán Arce (mayo de 1954).

Carlos Acharan Senado Santiago

Profundamente conmovidos su gestion y senadores en ayuda de la zona
austral manifestamos a Ud ha habido conmocion general en la ciudad punto
Una vez mas Acharan confirma ser genuino representante provincias atentos
saludos Doctor Morales Fernando Santivan

Exequiel Gonsalez Senado Santiago
Exito gestión senadores agrupacion conmueve ciudadanía Valdivia punto
Universidad jamás olvidara el gesto que Ud ha tenido para ayudar a la
cultura y al progreso
Atentos saludos
Doctor Morales Fernando Santivan

EdicionesUACh/Difusión

Eduardo Morales y Fernando Santiván: original mecanográfico de sendos telegramas de agradecimiento dirigidos a los senadores Carlos Acharán y Exequiel González (mayo o junio de 1954).

18

11 - Junio 1954

Señor Don
Carlos Acharán Arce
Santiago
Cámara de Senadores

Distinguido senador y amigo:

Ya hemos enviado a usted los agradecimientos por su valiosa y entusiasta colaboración a la Universidad Austral, y, sobretodo, por su bien fundamentado Proyecto de Ley de Lotería que, indudablemente vendría a solucionar todos problemas financieros de nuestra institución. Cuando vimos el proyecto, pensamos que no tardaría la Universidad de Concepción en levantar su protesta, pero nunca pensamos que lo haría con tanta energía como en realidad lo ha hecho. Los penquistas son bueros en sus campañas y defienden su Universidad en forma tumultosa. Han hecho una campaña desenfrenada en los diarios "La Patria" y "El Sur". Han movido sociedades industriales, comerciales, centros obreros, estudiantes, etc.

El presidente de la Universidad Austral que suscribe hizo viaje a Concepción a ver modo de aplacar a su Rector, don Enrique Molina. En efecto, el señor Molina, que es una bellísima persona y cuyo criterio ponderado allana todos los caminos, expresó que su campaña no está dirigida contra la Universidad Austral. Por el contrario ,cree que la fundacion de un centro como el nuestro en Valdivia es de absoluta necesidad y se mostró ~~decidido~~ dispuesto a prestarle un decidido apoyo en materia de organización interna , planes de estudio, profesorado, extensión cultural, etc. Y, aunque no lo dijo, se podría agregar que a la Universidad de Concepción le conviene que se funden nuevas Universidades particulares en el país, a fin de contrarrestar la inevitables y funestas intervenciones del centralismo educacional.

2/

Es mas, el señor Molina aconsejó al que suscribe en el sentido de conseguir ~~los fondos disponibles que sobran de~~ que los impuestos que afectan a la Lotería de Concepción, ~~despues de otras reparticiones que debe hacer, y que actualmente pasan a poder~~ y que percibe del Fisco pasen a la U. 27. Estos fondos ~~en disponibilidad~~ suman alrededor de $120.000.000 de pesos.

Naturalmente, esta sería una solución magnífica para nosotros. Seguro es que habría que confeccionar un Proyecto de Ley, y quizas se opondría el Gobierno. Nosotros le agradeceríamos a usted, estimado senador, que averiguara lo concerniente a este asunto y luego nos ayudara a conseguir lo que nos proponemos. ×

Nos repetimos, como siempre, sus afmos. amigos y SS.SS.

× Al mismo tiempo le rogamos pedir a su Secretario impulse la tramitación de los Estatutos en la Universidad de Justicia, etc, para lo cual creemos poder otorgarle a este Señor una pequeña cantidad que sufrage los gastos en que pueda incurrir, por taxis, etc. Rogandole nuevamente nos excuse por esta molestia.

Eduardo Morales: carta en preparación para el Senador Carlos Acharán Arce (11 de junio de 1954).

Form. 302 B

TELEGRAFO DEL ESTADO-CHILE

100

Sr. DR. EDUARDO MORALES VALDIVIA Serie

236DE SANTIAGO 53L		78 10 2010				
De						
Vía	Menciones	Ind. eventuales	Operador	Aparato	Fecha	Hora Recep.

MUY AGRADECIDO SU AMABLE CARTA PUNTODE NUEVO ME HE PUESTO FRENT PROYECTO AL RECUPERARME LIGERA ENFERMEDAD PUNTO CONCEPCION MOVILIZASE CONTRA UNIVERSIDAD AUSTRAL PRETEXTANDO CREACION NUEVA LOTERIA PUNTO HOY TUVO DETENIDA CONFERENCIA DIRECTORES MERCURIO COMPROMETIENDOSE APOYAR UNIVERSIDAD AUSTRAL Y EN SEGUIDA LOTERIA PUNTO DIARIO YLUSTRADO NOS APOYARA IGUAL FORMA PUNTO ANTE IMPOSIBILIDAD IR A VALDIVIA RECOMIENDOLES TRASLADARSE USTED Y FERNANDO SANTIVAN A SANTIAGO TRAYENDO INFORMACION COMPLETA Y REDACTAR MEMORIAL CONJUNTAMENTE SALUDOS./ CARLOS ACHARAN.////

GAVSTIIOO

OBSERVACIONES: Este telegrama no es válido si no lleva el timbre del Telégrafo del Estado. No se atenderá ningún reclamo si no se presenta este telegrama.

RESERVADO PARA LA CONTINUACION DEL TELEGRAFO

Dirección de ACh / Difusión

Senador Carlos Acharán Arce: telegrama de respuesta al Rector Eduardo Morales (17 de junio de 1954).

VALDIVIA, Junio 17 de 1954.-

Señor
Presidente de la
Universidad "Austral".-
PRESENTE.-

Muy señor nuestro:

Por medio de la presente nos place manifestarle que la Sociedad Amigos del Arte de Valdivia, en sesión de Directorio celebrada ayer, acordó en forma unánime, un voto amplio de apoyo a la creación de la Universidad "Austral" de Valdivia y desea al Directorio de dicho movimiento el mayor éxito posible.-

Nuestra sociedad tomó dicho acuerdo en razón a que reconoce que el funcionamiento de una Universidad en el sur del país es una necesidad para promover é impulsar la cultura y el progreso espiritual y material en pro de la verdadera grandeza de la Patria y porque la creación de un establecimiento educacional de tal índole, corresponde precisamente al coronamiento de la labor de Amigos del Arte, iniciada hace muchos años, llevando como finalidad estimular el ambiente de cultura de la provincia obedeciendo a la inquietud de llegar a ganar para Valdivia una Universidad.-

Amigos del Arte están seguros que Valdivia está preparada ya para el advenimiento de un plantel de educación superior, como el que se proyecta establecer bajo el nombre de Universidad "Austral", y se permite felicitar a sus propiciadores.-

Saluda a Ud. con toda atención

SOCIEDAD AMIGOS DEL ARTE DE VALDIVIA

Elsa Gacitúa de Bielefeldt
SECRETARIA

Ada Liewald de Kleinsteuber
VICE-PRESIDENTA

Elsa Gacitúa de Bielefeldt y Ada Liewald de Kleinsteuber: carta de la Sociedad de Amigos del Arte de Valdivia, en apoyo a la creación de la Universidad Austral (17 de junio de 1954).

5

Valdivia, 26 de Junio de 1954.

Señor Senador Don
Eduardo Frei M.
Senado Santiago.

Mi querido senador y amigo:

antes de distraer tu atención perm
felicitarte por el EXITO DE LA GESTION DEL GOBIERNO. Dios te h
ayudado y a todos los que confiamos que serás el hombre que l
sacarnos del atolladero en que nos encontramos. Si bien no org
zastes el Gabinete, has dejado la CONVICCION de que eres capaz
realizador y que todos, moros y cristianos te ven como una luz
en el futuro. A mi me parece más importante este paso, que el c
por cuanto cuando te llamen otra vez, tu intrasigencia será de
siva. Bien te felicito desde lo más hondo del corazón.

Ahora el otro asunto. Tú sabrás ya de la tarea en que no
contramos: abrir una Universidad para la Agricultura. Creemos
la región Sur-Austral tiene el porvenir más grande del país, y
que con la NOVENA parte de sus tierras suceptibles de cultivo
mal trabajadas (por la falta de cerebro realizador, no por la
ta de esfuerzo), estamos produciendo en casi todos los rubros
la producción agrícola, un 50 y más % , de lo que produce el pa
entero. Acá no falta espíritu de trabajo, falta ciencia y técn
ca y cuando está llegar estamos ciertos que en un plazo relat
mente corto nos habremos liberado de las importaciones extra
ras de trigo, carne, mantequilla, etc.

Los Estatutos de la Universidad Austral se encuentran e
el Ministerio de Justicia, esperando la resolución del Gobierno
sobre la personalidad jurídica. Las leyes son las leyes, pero l
que tramitan los asuntos legales son en general hombres que
su escritorio, creen que todos los asuntos pueden esperar. Quer
mos poner en marcha la Universidad el próximo año, pero antes
que comprar algunos edificios, terrenos, etc: contratar profesor
técnicos e investigadores y todo ello va a tomar más tiempo a
Hay que recolectar el dinero y tendremos que pedir algunas le
que nos ayuden a vivir, maximo cuando el beneficio como ningun
otra Universidad lo ha hecho SERA DIRECTO PARA LA NACION: aume
to de la producción. ¿Podrías tú ayudarnos a impulsar nuestro
Estatutos y a obtenernos nuestra Personalidad Jurídica?. ¿Cont
ríamos con tu apoyo poestriormente para impulsar las leyes qu
nos permitan obtener recursos?. ¡Cuanto agradecería unas line
sobre esto!

Te adjunto una hoja del Correo de Valdivia, donde encon
traras una somera información sobre lo que deseamos y si mi s
tuación financiera lo permite, pronto estaré en Santiago y con
saré más detenidamente, si es que te interesa el asunto.

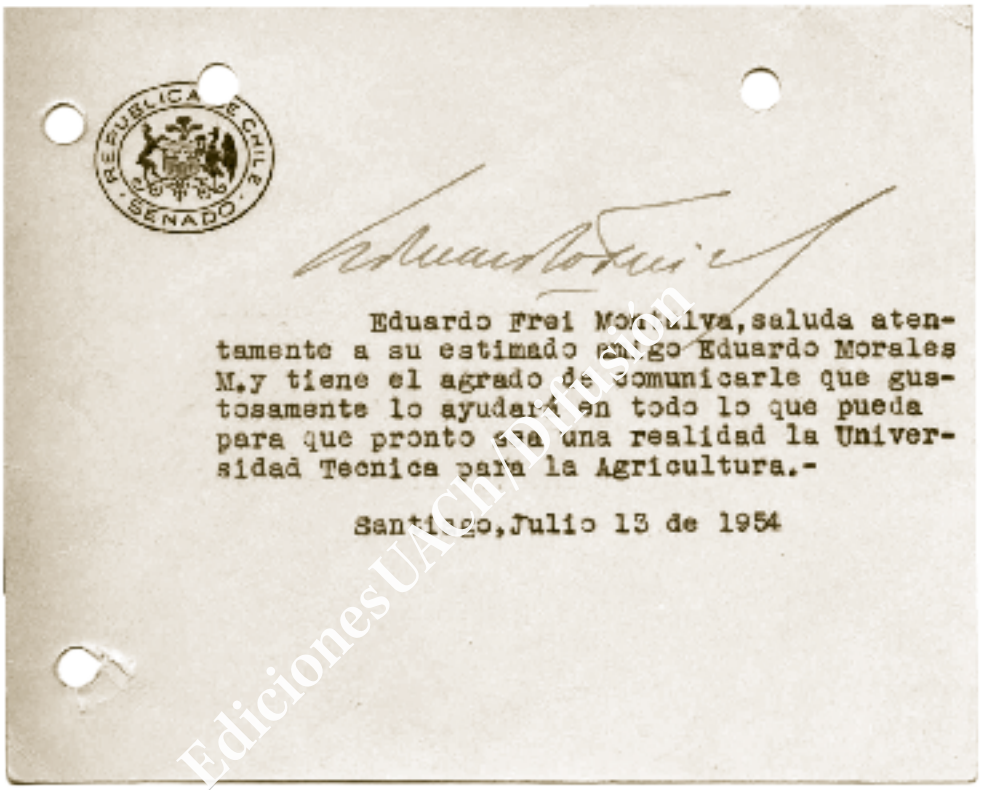
Entre tanto te ruego aceptar mis mas cordiales felici
ciones por la posición que has alcanzado y aceptar igualmente
mis mejores deseos por tu felicidad.

Te abraza afectuosamente.

do Morales M.

Eduardo Morales: carta al Senador Eduardo Frei Montalva (26 de junio de 1954).

Fundación Eduardo Morales



REPUBLICA DE CHILE
SENADO

Eduardo Frei Montalva, saluda atentamente a su estimado amigo Eduardo Morales M. y tiene el agrado de comunicarle que gustosamente lo ayudará en todo lo que pueda para que pronto sea una realidad la Universidad Tecnica para la Agricultura.-

Santiago, Julio 13 de 1954

Ediciones UACh/Mundo

Senador Eduardo Frei Montalva: tarjeta de respuesta al Rector Eduardo Morales (13 de julio de 1954).

RECTORIA
E.G.L.

CONCEPCION, 20 de Julio de 1954.

Señores
Dr. Eduardo Morales y Fernando Santiván
Presidente y Secretario respectivamente de la Universidad "Austral" de Chile.
VALDIVIA.-

Distinguidos señores,

he tenido el agrado de recibir su atenta del 10 del mes en curso. Les agradezco muy de veras sus favorables conceptos relativos a esta Universidad de Concepción que vienen a confirmar lo que ya había tenido el agrado de escucharle al señor Presidente. Les agradezco mucho también lo que me dicen de que Uds. no han tenido ninguna intervención en el Proyecto de Ley relativo a la creación de una Lotería en Valdivia, palabras confirmatorias igualmente de las que ya había tenido el agrado de escuchar también al señor Presidente. Pero por desgracia el señor Acharán Arce no cesa en su prédica en favor de la Lotería, como lo prueba su especie de manifiesto publicado en el Mercurio de Santiago el Jueves 8 del mes en curso, llegando a hacer uso en dicha publicación de un dato inexacto que indudablemente puede perjudicar al concepto que merezca la buena administración de esta Universidad. El señor Acharán Arce da a entender en dicha publicación que a la Universidad de Concepción gracias a su Lotería le sobra en tal forma el dinero que hasta ha podido construir un teatro magnífico que es el segundo de Chile después del Municipal de

ECTORIA Santiago. En realidad nuestro teatro posee esas condiciones óptimas, pero no lo ha construido la Universidad. No lo habríamos hecho de ninguna manera por más dinero que tuviéramos, porque eso habría sido prueba de administración poco severa al no atender antes necesidades más primordiales, aunque un teatro sea un elemento fundamental de cultura. El teatro en referencia fué construido por una Sociedad particular hace más de sesenta años y obsequiado a la Universidad hace veinticinco, cuando dicha Sociedad no pudo mantenerlo. La Universidad tuvo que pagar cerca de $300.000.- de deuda, y entrar a repararlo adecuadamente.

Perdonen, señor Presidente y señor Secretario, que entre en estos detalles, pero la propaganda del señor Acharán Arce que, según entiendo, la ha repetido después en un diario de ésa, me ha obligado a ello. Esta propaganda por la falta de información completa del señor Acharán y seguramente sin quererlo, resulta un poquito difamatoria para esta Universidad.

Les reitero en nombre de esta Universidad y en el mío propio nuestros agradecimientos por la hidalga actitud que manifiestan y me es grato quedar a las órdenes de Uds. como obsecuente servidor y amigo.

Enrique Molina

Enrique Molina, Rector de la Universidad de Concepción: carta a Eduardo Morales y Fernando Santiván (20 de julio de 1954).

Valdivia, 29 de Julio de 1954.-

Señor Don
Oscar Herrera Palacios
Ministro de Educación Pública
S A N T I A G O

Señor Ministro:

Se ha recibido en esta Universidad, su comunicación de fecha 22 de Julio, por la cual se sirve el Sr. Ministro dar a conocer su cooperación a la obra en que nos encontramos empeñados. Hace la salvedad que esta cooperación está condicionada a "que el verdadero objetivo de la Universidad sea el de formar técnicos antes para las innumerables actividades económicas y sociales de la zona.

A este respecto deseamos asegurar al Sr. Ministro, que pese a las observaciones que nos hacen, incluso círculos oficiales, estamos decididos a afrontar los problemas de la zona, sólo en cuanto signifiquen un progreso espiritual y económico, en la que Ella tiene de más valor: la agricultura y la industria.

Deseamos que el fruto de la mezcla de valores ancestrales, tanto físicos como espirituales, no tegados con las diferencias de costumbres y de hábitos que predominan en la región, sirva a los intereses generales del país, en forma [illegible].

Debe saber el Sr. Ministro que en la región sur, perduran aún sentimientos de honestidad y de responsabilidad, que se han perdido en otras partes, y que nosotros estamos obligados a mantener y acrecentar, a extender a un mayor número de ciudadanos, con el fin de algún día poder influir en el cambio del espíritu mismo del país. Creemos que reservas que se mantienen intactas en esta extensa región, serán de positiva utilidad en un momento dado.

Su Excelencia el Presidente de la República, nos ha manifestado su apoyo moral. Entendemos que así como en el Gobierno anterior del actual Mandatario, se levantaron edificios, puentes, se abrieron caminos, Su Excelencia quiere hoy día ayudar a otros ciudadanos a levantar un monumento, un camino, que ha de perpetuar el nombre del Excmo. Señor Presidente, en forma imperecedera.

Al agradecer la respuesta que se ha servido darnos, deseamos reiterar nuestros propósitos, rogándole nos tenga como Ss. Attos. y Ss. Ss.

Eduardo Morales
Presidente.

Fernando Santiván
Secretario General

EM/dp.

Editorial UACh/Difusión

Eduardo Morales y Fernando Santiván: carta al Ministro de Educación, Oscar Herrera Palacios (29 de julio de 1954).

Valdivia, 2 de Agosto de 1954.-

Señor Doctor
Rubén Saldías B.
Presidente de la Sociedad Médica
P R E S E N T E.-

Señor de nuestra consideración:

Con fecha 6 del ppdo., remitimos a Ud. una carta solicitando la adhesión de la Sociedad Médica de Valdivia, para la gestación de la Universidad Austral.

Posteriormente hemos tenido conocimiento de que el Centro Amigos de la Universidad, que ha estado permanentemente obstaculizando la ímproba labor de hacer realidad el establecimiento de la Universidad, se ha dirigido a Ud. con fecha reciente para solicitar la misma adhesión. Este sistema de sombra, ha sido una norma permanente de la Institución a que nos hemos referido y no deseando aparecer una vez más en el mismo plano, rogamos a Ud. dar por retirada la carta de fecha 6 de Julio, a fin de evitar rozamientos inútiles.

Deseamos también manifestarle que la adhesión solicitada, más que ayuda a la Universidad , la entendíamos como un gesto de esa institución que deberá estar siempre en la avanzada de todo lo que sean nuevas y superiores inquietudes.

Réstanos solicitarle Sr. Presidente, acepte [illegible] que [illegible] pueda ocasionar a Ud., al Directorio y a los miembros de la más prestigiosa Sociedad Sin otro particular, de Ud. Attos y Ss. Ss.

Ernesto Martens
Vice-Presidente.

Enrique Hevia
Secretario General

Ernesto Martens y Enrique Hevia: carta al Dr. Rubén Saldías, Presidente de la Sociedad Médica de Valdivia (2 de agosto de 1954).

Editorial Archivo Difusión

ennoblecen a quien las empuña. - Dentro del juego de una democracia, el enfrentarse ideas es un fenómeno natural y el afrontar su solución con energía y serenidad es también un fenómeno natural, pero menos frecuente.

Fuimos combatidos por el Centro Amigos de la Universidad en forma dura, y en todos los terrenos; en la opinión pública por medio de la radio y de la prensa en forma particular con circulares y panfletos; se interfirió nuestra acción ante las autoridades gubernamentales, parlamentarias, municipales, educacionales y administrativas. - En la mayoría de los casos se desnaturalizó nuestros pensamientos y nuestros propósitos; así para ellos, hemos sido propagandistas religiosos, servidores del capitalismo, nacifascista, enemigos de la enseñanza primaria, solapados contradictores de la docencia estatal y a la vez aprovechadores de los beneficios fiscales. - Esta acción fué resistida con la aplicación total de nuestra voluntad a los argumentos desarrollados por nosotros y con una plena y total conciencia de nuestro proceder limpio y sin tergiversaciones, de tal manera que creo compartir con el Directorio el convencimiento que los obstáculos puestos a nuestra labor, fueron beneficiosos para la obra que nos interesa, porque la pulieron, acendraron nuestro amor por ella e intensificaron nuestra acción. - No ha sido un papel muy brillante, pero fué útil. -

Para terminar con este capítulo tan desagradable, debo referirme a un hecho al cual le doy una [illegible] trascendencia que [illegible]. - Una de nuestras primeras preven-

Fragmento del acta manuscrita (redactada probablemente por Fernando Santiván) de la Asamblea General de Socios de la UACh (4 de octubre de 1954).

Biblioteca UACh / Dirección

VALDIVIA,
Octubre 28 de 1954.-

142-54
FS/Mrra.

Al Honorable Senador,
don Marcial Mora M.
Cámara de Senadores
SANTIAGO.-

Estima-do Senador y correligionario:

Durante la tramitación del Proyecto de Ley Nº11.575 (Art.36 letra c) que proporcionaba a la Universidad Austral, un 1/18 de los fondos destinados a todas las Universidades chilenas con el fin de fomentar las Investigaciones tecnológicas, Ud. tuvo a bien oponerse con su voto en la Cámara de Senadores a la aprobación de dicho proyecto.- Los argumentos que Ud. expuso para justificar esta oposición los considero dignos de respeto; pero me produjeron la impresión de que estaban basados en una información incompleta o tergiversada por pasiones ocasionales.- Se dijo que 1º) este proyecto favorecía a una Universidad que se hallaba aun en estado de gestación.- Este argumento quedaba desvanecido por el hecho de que el proyecto que concernía a la Universidad Austral era condicional y solo la favorecería cuando la institución adquiriera su Personalidad Jurídica, ya en los últimos trámites; 2º) que el Proyecto le restaba fondos a la Universidad Técnica del Estado, ya en funciones y pobremente abastecida.- Esta objeción tenía un carácter más positivo; aunque en realidad la Universidad Técnica poseía, y posee, un financiamiento completo de parte del Estado.- Restarle una pequeña entrada adicional no tenía tanta importancia como quitarle a una nueva Universidad un punto de apoyo inicial que podría ser decisivo para su existencia.- Además, la Universidad Técnica podía propiciar en el futuro Proyectos de Ley con base de impuestos a la industria beneficiada con su existencia.-

Debemos confesar, Honorable Senador que a un gran número de correligionarios nos produjo un poco de extrañeza la oposición encarnizada que desplegó el Partido Radical en contra de la creación de un nuevo establecimiento Universitario, que vendrá a beneficiar a una extensa zona del país, una de las más productivas en la actualidad y que se convertirá, en un futuro muy próximo, en la fuente de entradas más caudalosa de la economía nacional.-

La oposición del partido a la Universidad Austral nos avergonzaría como Radicales si no supiéramos que proviene de incompletas o falsas informaciones suministradas a nuestros dirigentes, por un grupo reducido; pero tenaz y apasionado, que ha combatido a la Universidad Austral en la provincia, en Santiago, en las esferas de gobierno, en los sectores educacionales, etc. Cualquiera que fuera la causa de esta campaña la habríamos aceptado como manifestación de lucha democrática, si no hubiéramos tenido la evidencia de que estaba impulsada por un grupo de tres, cinco o diez personas que obedecía a fines de interés personal y mezquino y de que para combatir a la Universidad Austral usaba armas tan indignas como la calumnia y la falsificación de artículos escritos por defensores de ella.- Uno de los argumentos más eficaces ante nuestros correligionarios ha sido el de presentar a los iniciadores de la Universidad Austral como un grupo clerical católico que repudiaba la docencia estatal y que pretendía crear un centro de Enseñanza Superior de carácter particular apoyado por los presupuestos nacionales, ni más ni menos que otros establecimientos de educación primaria y secundaria ya existentes.-

Apesar de estos ataques insidiosos la Universidad Austral ha conseguido levantarse en forma inconmovible.- Obtuvo su Personalidad Jurídica.- Sus estatutos fueron aprobados por el Consejo Universitario con ligeras modificaciones introducidas por iniciativa de los Directores de la Universidad Austral y que la convierten en "Asociada" de la Universidad del Estado. Ha reunido ya un capital no inferior a 50 millones por cuotas de sus socios y donaciones de vecinos Valdivianos y seguramente reunirá otros tantos en breve plazo.-

General a Radicales

//..Sus propios encarnizados enemigos han reconocido publicamente por avisos y artículos de prensa que es un organismo respetuoso de la docencia del Estado.- Está en vías de realización un entendimiento fructuoso con las provincias del sur que miraban con "celo" la supremacía Valdiviana.-

Le falta un solo paso para convertirse en una de las Universidades particulares más sólidas del país.- Este paso es un financiamiento estable que le permita realizar sus planes de educación en provecho de la zona austral.- No se si el honorable Senador se habrá impuesto de que la Universidad Austral no desea aumentar el número de profesionales existentes: Abogados, Ingenieros Civiles, Técnicos Industriales, Médicos etc..- Las otras universidades del país los seguirán produciendo si es que se necesitan.- La Universidad Austral pretende crear carreras que no existen y que contribuyan al aumento de la capacidad económica de la zona sur.- Ingenieros Forestales, Médicos Veterinarios, Técnicos y obreros especializados en agricultura regional.- Probablemente, si hacen falta y previo acuerdo con la Universidad de Chile y la de Concepción, creará también la Escuela de pedagogía Agrícola(Maestros rurales y profesores de enseñanza superior rural, Escuela de Enfermeras, Escuela de Turismo (Guías etc..- Para ello aprovechará el profesorado nacional, y si no le hubiere, contratará profesores extranjeros Alemanes, Suizos, Franceses, Holandeses, é Italianos.- Con ellos ya se está en contacto.-

Además,la Universidad pretende crear un clima cultural y moral que adapte al alumno a esta zona, de modo que el titulado no emigre a la capital u otros puntos del país extraños a su idiosincracia.- Pretende formar hombres que amen la tierra, patriotas, conscientes de sus deberes y no simples ganadores de dinero en provecho personal.-

Quiero referirme a la Acusación de sectarismo religioso que nuestros enemigos han hecho a los creadores de la Universidad Austral y que, por desgracia, ha prendido en el ánimo de nuestros correligionarios.- Espero que mi actuación vinculada al partido durante cuarenta y cinco años sirva de apoyo a mis palabras.- He sido y sigo siendo Radical.- Nunca he pretendido medrar hasta del partido ni ocupar puestos dentro de él.- He tenido en cuenta la libertad de conciencia y he sido fiel a las evoluciones del propio espíritu y del agro, por considerarlos propiedad íntima inviolable.-

Pues bien, yo puedo asegurar que la aseveración de que los creadores de la Universidad Austral han tenido en vista determinado propósito religioso o político es una patraña pueril e injustificada.- Si el Dr. Eduardo Morales, principal gestor en la creación de la Universidad Austral, católico y ex-miembro del partido Social Cristiano hubiera tenido la pretensión de hacer prosélitos religiosos o políticos, habría procedido con una simpleza que no se puede atribuir a hombre medianamente inteligente.- Comenzó por rodearse de un Directorio Provisional compuesto por elementos heterogeneos, en el cual y en un conjunto de 19 figuraban 4 Radicales (dos de ellos masones), 7 Liberales(uno de ellos masón y 4 protestantes), 3 Conservadores o Falangistas, y Agrarios, 4 apolíticos Su primera declaración, confirmada en los Estatutos, fué que se prescindiría de tendencias políticas y religiosas.- No se hacía, tampoco cuestión racial.-

El Secretario General fué Radical.-

En la admisión de socios no se hizo discriminación ni de razas (hay entre ellos numerosos Arabes e Israelitas) ni de partidos políticos.-

Entre 700 socios existentes figuran 47 Radicales (Anexo 1).- En el Directorio definitivo recientemente formado por 10 Directores, elegido por la Asamblea de Socios, figuran 3 directores Radicales y el Secretario General.- Entre los cuatro directores suplentes, hay 2 Radicales; el resto, liberales y de otros partidos, gran parte de ellos, protestantes.- Ningún Conservador, fuera del Presidente que en la actualidad no figura en ningún partido.- La votación para elegir nuevo directorio la hicieron 126 socios asistentes con derecho a voto.-

Basta un ligero examen del personal que forma el Directorio y la Asamblea de socios para comprender que la hegemonía política o religiosa de determinadas personas sobre los destinos de la Universidad Austral no solo es imposible, sino que al tomar sólidos de tal pretensión, se vendría por tierra todo el edificio de la Universidad.

de hacer prosélitos

///...El presente, en este sentido, está asegurado solo el porvenir puede ser incierto, y eso dependerá del mayor o menor interés que pongan el Directorio y los asociados en mantener el espíritu de independencia católica en materia tan delicada.-

Después de lo expuesto, cabe preguntar: Puede el partido Radical sustraerse de la obra de cultura que significa una Universidad basándose en discursos mal intencionados y en vagas afirmaciones doctrinarias?.- No sería ese procedimiento una negación del pensamiento de Radicales ilustres que dieron vida al partido? Se habrían opuesto a la creación de una nueva Universidad don Enrique Mac Iver, Quesada Acharán, Barros Arana, Valentín Letelier etc.,solo porque no lleva en su frontispicio el rótulo exclusivo del Partido Radical?.-

Yo creo, por el contrario, distinguido correligionario que el verdadero espíritu Universitario debe ser amplio,sereno, acrisolado.- Y ese ha sido el espíritu con que se ha creado la Universidad Austral.- La enseñanza Universitaria debe crear hombres aptos, cultos, independientes, con amor a su tierra.- Ellos sabrán en el futuro, qué camino político o religioso tomarán para obtener lo que estimen un beneficio para la colectividad.-

Cuando se trató en la Cámara de Senadores la Ley 11.575 Art.36 letra c), Ud. o algunos correligionarios manifestaron que se oponían únicamente por estimar que la Universidad Austral no existía aún y porque menoscababa el financiamiento de la Universidad Fiscal del Estado y que cuando se tratara de dar financiamiento a la Universidad Austral ya creada, con otro Proyecto de Ley cualquiera que no hiriera los intereses de otra Universidad, tendrían el placer de apoyarlo con su voto.- Yo me permito, estimado correligionario recordar su promesa en este momento en que se presentará un proyecto de Ley que financie definitivamente la Universidad Austral.- El he sido consultado para no herir los intereses de la Universidad de Concepción pidiendo la creación de una nueva lotería, como era el proyecto que presentó el Honorable senador Acharán Arce en la Cámara de Senadores y que aún está pendiente para su discusión.- Pedimos que este nuevo proyecto de Ley que los impuestos que se cobran a las loterías de Concepción y Valdivia ingresen a arcas fiscales.- En cambio, devolveríamos al fisco en agrado con una Ley que grave en forma mínima a la chicha de manzana, al vino y a las naviernas amarradas, casi todos productos exclusivos de esta zona y que, con la creación de la Universidad Austral, serán directamente beneficiados.- Salvo el vino, por supuesto, para quienes productos poco significa pagar un peso más por cada litro y cobrárselo al consumidor, que bien puede pagarse un placer santuario a tan poca costa.-

Perdone, estimado correligionario, esta larga exposición que espero ha de orientarlo en lo que se refiere a la Universidad Austral.- No desearíamos que el partido, se desinteresara en esta obra de cultura que no es más que una continuación de la obra de cultura democrática en beneficio de las clases media y popular, las cuales no pueden continuar sus estudios Liceanos desde esta Región en Concepción y Santiago.-

Aprovecha esta oportunidad para saludarlo atentamente y ofrecerme como su Affmo. y S.S.

Fernando Santiván
SECRETARIO GENERAL

Fernando Santiván, Secretario General de la UACh: carta tipo dirigida al senador radical Marcial Mora (28 de octubre de 1954). Cartas similares fueron enviadas a otros parlamentarios del Partido Radical.

141-54
MB/...

Valdivia, a 29 de Octubre de 1954.

Señor Don
Reinaldo Fuchslocher
Presidente de la Sociedad Agrícola
y Ganadera Osorno
Casilla 35-O

Señor Presidente:

Me permito comunicar a usted y por su intermedio al Consejo Directivo de la Sociedad Agrícola y Ganadera Osorno que, con fecha 14 de Octubre de 1954, la Asamblea General de Socios de la Universidad Austral, en conformidad con sus Estatutos, eligió el siguiente directorio definitivo:

Presidente : Dr. Eduardo Morales H.
Secretario General : Fernando Santiván
Vice Presidente : Ernesto Martens
Tesorero General: Manuel Cavada Y.
Directores: Armando Robles
Enrique Revia Sch.
Teodoro Bensi
Mario Carrasco Martinez
Victor Kunstmann Rube
Federico Sanzer Balde
Walter Schmidt Roestel
Nicanor Allende U.
Pablo Schwarzenberg Thater
Directores suplentes: Arturo Pulido
Roberto Luna L.
Santos Colipán

Esperamos, señor Presidente, que esta comunicación no le causará extrañeza, al mismo tiempo, hacemos saber a usted que la Universidad Austral se ha fundado con el fin de cooperar con todos sus elementos de investigación y docentes al desarrollo económico, en general y a la agricultura, en especial, de la extensa y rica zona comprendida entre Cautín y Llanquihue, inclusives.

Estimados estos propósitos, usted comprenderá, señor Presidente, la sorpresa con que nos hemos informado por "La Prensa" de Osorno, de cómo nuestros proyectos han sido erroneamente interpretados por un grupo de destacados personeros de la región austral. Se ha creído ver en nuestra accion al crear una Universidad, un gesto de prepotencia de la ciudadanía valdiviana ante el resto de los habitantes sureños o una pretensión de hegemonía ambiciosa de Valdivia sobre otras ciudades de la región austral.

Nos causaría profunda amargura esta falsa opinión expresada en contra de nuestras intenciones, si no comprendiéranse que ha sido

originada, en gran parte, por falta de información concreta de lo que hemos hecho y de lo que nos proponemos realizar.

Como sería larga una explicación, en una simple carta, nos proponemos, mas bien, continuar informando por su intermedio a esa Sociedad, mediante publicaciones ya hechas, folletos, volantes, etc., a fin de que nuestros puntos de vista queden perfectamente esclarecidos.

Béstenos decirle, por ahora, que la Universidad Austral no ha sido fundada pensando solo en Valdivia y en los valdivianos. En ese caso la habríamos designado simplemente "Universidad de Valdivia" sin que eso restara un ápice a las posibilidades de su creación y mantenimiento. Y si la iniciativa de crear una universidad amplia para todas las provincias australes hubiera partido de Temuco, Osorno, Llanquihue o Chiloé,- y si sus promotores hubieran puesto en ella su fé, su tiempo, su esfuerzo y su dinero por verla realizada,- tenga usted la seguridad, señor Presidente, que nosotros la habríamos apoyado con entusiasmo, cualquiera que fuese su sede.

La Universidad Austral no es para Valdivia un florón mas en su historial de vieja ciudad; es la encarnación de una idea común a todas las provincias del sur de Chile. Ella pretende reunir en un haz la aspiración dispersa y diluida en el espíritu de cada uno de sus pobladores. Esta aspiración es de que la Frontera progrese material y espiritualmente; que haya una sola ambición de grandeza ¡que las provincias del Sur se unan y cierren sus filas en defensa de sus intereses comunes ; que su agricultura se convierta en la principal fuente de riqueza de la nación . Aspira, por fin, ¡que Chile se agigante por el esfuerzo de sus hijos mas distantes y abandonados. No le importa a la Universidad Austral que la bandera de resurgimiento la lleve este o aquel portaestandarte, capitan o simple soldado : ella vale por su significado y por el ala de sagrado fuego patriótico que arrastra en pos de sí.

Para nosotros, señor Presidente, es un orgullo el que la Sago haya tenido su nacimiento en Osorno. Ella fué la madre de la Savel y de la Sofo ¡pero mucho mas nos enorgullece que el Cas haya conseguido reunir las aspiraciones de todos los hijos del sur, porque él representa una voz mucho mas recia que cada una de las que emiten sociedades respetables; pero aisladas.

Del mismo modo creemos que la Universidad Austral constituida como nube ideal, extienda su ala blanca sobre todas nuestras provincias y que con igual celo proteja a unas y otras sin preguntarles si se llaman Cautín, Valdivia, Osorno, Llanquihue, Chiloé o Aysén. Una Universidad no es un bien material que pueda ser materia de codicia ; es como la omnipresencia del Ser Supremo dividida como espíritu en el cuerpo de cada uno de sus hijos.

Estamos ciertos de que cuando la Sago y Osorno con ella, conozcan nuestros planes de trabajo y obtengan el convencimiento de que a los impulsadores de la Universidad Austral no nos mueve ningún egoísmo, ni el mas pequeño interés provincial, no nos negará su confianza y no escatimará su generosidad para alargarnos la mano de la amistad.

Mientras tanto, señor Presidente, el Directorio de la Universidad Austral se complace en ofrecerse a las órdenes de la Sociedad Agrícola y Ganadera de Osorno y advertirle que cualquiera sugerencia suya expresada en bien de la región, será estudiada por nosotros con especial cariño afín de llevarla a la práctica, si es posible y está en nuestras manos realizarla. La experiencia de Osorno, el entusiasmo y fervor de Osorno y de cualquiera otra provincia del sur, son para nosotros una prenda de inestimable valor.

Sin otro particular, señor Presidente, nos es muy grato ofrecernos como SS. SS. y admiradores,

Dr. Eduardo Morales
Presidente - Rector

Fernando Santiván.
Secretario General.

Eduardo Morales y Fernando Santiván: carta a Reinaldo Fuchslocher, Presidente de la Sociedad Agrícola y Ganadera de Osorno (29 de octubre de 1954).

129/54
FM/Mora.

VALDIVIA,
Noviembre 15 de 1954.

Honorable Senador don,
Carlos Acharán Arce
Cámara de Senadores
VALPARAÍSO.-

Maestro muy respetado senador y amigo:

Bien vemos que Ud. es incontrastable en todo lo que se refiere a la Universidad Austral. Recientemente logramos entrañosos pesos mil aportes para financiar los gastos más apremiantes, como la terminación del edificio Schmidt hasta dejarlo apto para habitar en el próximo año la escuela de Ingenieros Forestales, lo cual costará 4 millones, y la compra de un edificio para las oficinas centrales que no bajará de unos doce o quince millones, pues en ese presidente reciente llegó por la prensa la noticia de que el Senado ha descontado 20 millones más para financiar el conjunto de empleados que estamos contratando. Realmente Ud. se ha convertido en algo más que la Lámpara de Aladino. Nos brotan gentes, palacios y frutos maravillosos hasta debajo de las piedras. Le agradecemos con cuanto cariño se realizado la última hazaña.

Como sabe Ud. maestro deseo de obtener nuestro definitivo financiamiento mediante la cesión del Fisco de los impuestos sobre las loterías, a cambio de un Proyecto de Ley que grave la chicha de manzana, el vino y las cerveza. El presidente Ibáñez prometió remitir el proyecto previo informe del Ministro de Hacienda. Con esta fórmula evitaríamos rozamientos con la Universidad de Concepción cuyos dirigentes se asustan solo al oir hablar de una nueva lotería. Es más, creemos que nos ganaría gustosos en cualquier otro proyecto como el que deseamos presentar alineando en nuestro favor a los representantes de Concepción en el Congreso y un buen grupo de sus amigos. Además, uno de los maestros envía una carta circular a sus correligionarios protestantes y es muy probable que muchos de ellos nos apoyen, aunque lo prometan extraoficialmente.- Le incluimos un ejemplar de la carta.

El proyecto de la cesión de impuestos de las loterías tiene para nosotros la ventaja sobre el proyecto de creación de una nueva lotería, de que nos libraría de complicaciones para organizar un negocio el que requiere mucho tino y tiempo, en momentos en que estamos en plena organización del programa docente. Ud. dirá, querido senador, qué es lo que más conviene.

Con un abrazo y con la gratitud de su amigo,

Dr. Eduardo Morales B.
RECTOR

Eduardo Morales: carta al Senador Carlos Acharán Arce (15 de noviembre de 1954).

VALDIVIA,
Noviembre 15 de 1954.

191/54
FS/Rmra.

Señor don
Enrique Molina
Rector de la Universidad de Concepción
CONCEPCION.-

Muy querido profesor y amigo:

Hace ya tiempo deseaba conversar con Ud. sobre la Universidad Austral, de reciente creación. Sabíamos que le preocupaba pudiéramos interferir la labor de la Universidad de Concepción al proponer se creara una nueva lotería para su financiamiento. Ya expliqué a Ud. en otra ocasión que jamás pretendimos tal cosa y que si alguien pensó en Lotería fué nuestro amigo el Senador Valdiviano don Carlos Acharán Arce, quien, con su entusiasmo, con su cariño y conciencia ejemplares, ha tomado la Universidad como cosa propia. El fué quien presentó un Proyecto de Ley que aún está pendiente en el Senado para su discusión, y que, así lo aseguro, será aprobado en momento oportuno.

Con el fin de evitar rozamientos con la Universidad de Concepción, el Rector de la Universidad Austral, Dr. Eduardo Morales, propuso al Presidente de la República, quien lo aceptó de inmediato, un Proyecto de Ley según el cual el Fisco cedería a la Universidad Austral los impuestos que pesan sobre las loterías, a cambio de tres Proyectos de Ley que gravarían con impuestos al vino, la chicha de manzana y a las maderas que producirían una entrada equivalente, más o menos a la que se resta al fisco.

Esto le hará comprender la sinceridad con que procedimos al expresarle que no queremos, de ningún modo, menoscabar las entradas a la Universidad de Concepción. Ahora bien, don Enrique, como de un momento a otro el proyecto aludido, después de ser aceptado por el Sr. Ministro de Hacienda, puede pasar a las Cámaras, me permito solicitarle interceda con el peso de su prestigio ante los señores congresales de Concepción y de otros que le son afectos, para que nos apoyen en la aprobación de nuestro proyecto.

En espera de que mi solicitud sea acogida, lo saluda muy afectuosamente su discípulo y amigo.

Dr. Eduardo Morales M.
RECTOR

Eduardo Morales: carta a Enrique Molina, Rector de la Universidad de Concepción (15 de noviembre de 1954).

221/54
RM/Mera.

VALDIVIA,
Noviembre 23 de 1954.

Señor Don
Mario Montero Sch.
Ministro de Tierras y Colonización
SANTIAGO.-

Señor Ministro:

No podría dejar pasar más tiempo sin agradecer los generosos ofrecimientos que Ud. se sirvió hacer a la Universidad durante su permanencia en Valdivia. Aprovechándolos me he permitido enviar por correo de ayer una solicitud a su Ministerio solicitando el traspaso de los fundos actualmente en poder de la Cía. de Acero del Pacífico.

Desearía aprovechar igualmente esta oportunidad, para manifestarle la inquietud que no puede menos de embargar a varios Directores y a mí personalmente por los vaivenes que forzosamente tiene que sufrir la tarea de formación de la Universidad. Una obra de estas proporciones necesita un apoyo serio en las esferas de Gobierno, sobre todo cuando se van a plantear problemas de financiamiento. Desgraciadamente los hombres de Gobierno viven una vida tan agitada, preocupados de mil problemas, grandes o pequeños, que muchas veces no tienen el tiempo para informarse de soluciones, que como la Universidad, están entregadas al esfuerzo de puros y simples ciudadanos. Así como pude ver con asombro que en medio de los días agitados que Ud. tuvo a bien pasar entre nosotros, no se encontró la ocasión para darle la necesidad de una ayuda efectiva de su parte, no sólo en los asuntos relacionados con su Ministerio, sino en las esferas mismas de Gobierno. Cuando el anterior Ministro de Agricultura don Alejandro Gales, se informó de los esfuerzos por realizar una Obra que no se ve expuesta a los vaivenes de la política y que puede proseguir su labor, al margen del aspecto funcionario (que nos asfixia en todo orden de cosas), se entusiasmó al punto de que consiguió una breve entrevista con el Presidente de la República, de donde partieron hechos concluyentes para la Universidad. Desgraciadamente el señor Gales, fué nombrado Trabajador y con ello el Supremo Gobierno se vió privado de un elemento de ponderado criterio y de acción enérgica y ello vino en perjuicio inmediato e instantáneo para nosotros.

Hemos entregado al Presidente y posteriormente al Diputado Las-Plaza un proyecto de Ley que confiere recursos permanentes a la Universidad; pero mucho tememos que este proyecto no sea enviado al Congreso, ya que pensar en financiar una Obra de una vez por todas es cosa desmedida entre nosotros. De otro lado la suma que solicitamos es la necesaria para asegurar una vida fructífera, como se lo merece, la UNICA UNIVERSIDAD que se preocupa integralmente de los problemas que se relacionan con nuestra alimentación y con la protección y fomento de una de las riquezas más importantes del futuro; la madera. Es por eso que hemos solicitado la entrega de los fondos que provienen del impuesto del 15% de las loterías a la Universidad, siendo reemplazados por otros impuestos que indudablemente no van a rendir la cantidad total de que se va a desprender el Fisco. Pero sí, al cabo de un cierto lapso, los beneficios van a compensar con creces el sacrificio que pudó imponerse al erario nacional.

A Ud. no necesito explicarle el proceso final de la Universidad, Ud. sabe que estamos haciendo una obra seria, que nos estamos ayudando en su totalidad por hombres de ciencia alemanes, que estamos tratando de imponer un nuevo espíritu y que estamos haciendo todo esto, contra la incomprensión, contra la maldad, de los espíritus pequeños que jamás faltan. Ud. puede ayudarnos al margen de la política!. Personalmente me dicen Conservador; pero no estoy en partido político alguno, me interesa solo una cosa, realizar, ayudar a tener nuestra independencia; es un crimen pensar así, es un crimen estar al margen de los partidos políticos; pero lo estoy plenamente consciente de que esta es la única forma de servir a todo el mundo.

//.. Le ruego me excuse por esta larga carta; pero lo solicito nos ayude a realizar esta gigantesca obra que es la Universidad. Nadie se lo va a agradecer, deberá contentarse con su conciencia; otros estamos haciendo lo mismo.

Mil perdones por el tono en que me he permitido dirigirme a Ud.; pero a un hombre joven, dinámico, no sabría otra forma como plantearle los problemas que tienen trascendencia nacional.

Con la seguridad de mi admiración por la forma como lleva su gestión, porque las fuerzas no le abandonen, reciba mis mejores votos y saludos por su ventura personal.

De Ud. Atto. y S. S.

Dr. Eduardo Morales M.
RECTOR

Ediciones UACh/Difusión

Eduardo Morales: carta a Mario Montero, Ministro de Tierras y Colonización (23 de noviembre de 1954).

RECTORIA
R.G.L.

CONCEPCION, 26 de Noviembre de 1954.

Señor Dr.
Don Eduardo Morales M
Rector de la Universidad Austral de Chile
VALDIVIA.-

Distinguido amigo,

He tenido el agrado de recibir su grata del 15 del mes en curso, y mucho le agradezco los buenos propósitos que me manifiesta, una vez más, de que la Universidad Austral de Chile de su digna dirección, no interfiera en lo menor con las actividades de la Universidad de Concepción obteniendo la creación de una nueva lotería. A este respecto nuestra actitud no podrá ser sino de firme, resuelta y tenaz oposición.

Con el mayor gusto cooperaré en cambio con los parlamentarios de la zona para que se despachen los proyectos de ley que sean necesarios para que se destinen a la Universidad de su digno cargo, los fondos que hoy percibe el Fisco por impuestos a la Lotería de Concepción.

Me es grato quedar a sus órdenes y suscribirme como su afectísimo servidor y amigo.

Enrique Molina

Enrique Molina, Rector de la Universidad de Concepción: carta a Eduardo Morales (26 de noviembre de 1954).

Valdivia, 11 de diciembre de 1954.

Señor
Alejandro Ossa Puelma
Gerente General del Banco del Estado de Chile
SANTIAGO

Muy señor nuestro:

Hemos tenido conocimiento que dentro del programa de organización de la importante Institución, en que Ud. es uno de los principales dirigentes, figura la renovación del total de los muebles de oficina, debiendo, en consecuencia, tener que dar de baja los muebles en actual uso en las diferentes Instituciones que han entrado a formar parte del Banco del Estado de Chile.

Por otra parte, nuestra Universidad se encuentra en formación y debemos dotarla del amoblado necesario para su funcionamiento administrativo, tratando de encauzar, como es obvio, todos nuestros recursos económicos a desarrollar el plan de docencia y, es por esto que nos permitimos molestar su atención para solicitarle, si fuera posible, obtener un acuerdo del H. Directorio tendiente a autorizarlo para que nos donen o vendan a precios razonables una pequeña parte de esos muebles en desuso que para nosotros significarían un aporte de vital importancia y que para el Banco del Estado de Chile sería la solución de un problema de espacio y en cambio le produciría, a sus personeros, la inmensa satisfacción de propender a desarrollar la enseñanza superior, que tanta falta hace en la zona austral del país.

Los muebles mínimos e indispensables por los que tenemos interés serían los siguientes:

ESCRITORIOS: 1 mesa Directorio
6 tipo Ministro
17 tipos corrientes
2 tipos grandes

VARIOS: 17 sillones giratorios
10 amoblados de cuero (sofá y dos sillones)
30 sillas varias
16 estantes para libros
15 lámparas de colgar

Como Ud. puede apreciar, nuestro pedido es modesto por lo que le rogamos, nuevamente, nos preste la debida ayuda y nos solucione este vital problema y que para Ud. sería de rutina.

En espera de sus gratas noticias, nos suscribimos sus Attos. y SS. SS.

Manuel Cavada Yáñez
TESORERO

Dr. Eduardo Morales Miranda
RECTOR

Eduardo Morales y Manuel Cavada: carta a Alejandro Ossa Puelma, Gerente General del Banco del Estado (11 de diciembre de 1954).

Excmo. Sr. Rector

Dr. Eduardo Morales Miranda

LA NUEVA UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE

Discurso pronunciado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile

EL 25 DE JULIO DE 1957

Ediciones UACh/Difusión

IMP. EDIT. DEL PACÍFICO, S. A.
SANTIAGO DE CHILE

Portada del Discurso del Rector Eduardo Morales en la Universidad de Chile (Santiago, 25 de julio de 1954). En las páginas siguientes, facsímil del texto íntegro del discurso.

Excmo. Sr. Rector Dr. Eduardo Morales M.

LA NUEVA UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE

EdicionesUACh/Difusión

GRATO ES PARA NOSOTROS poder contribuir, con un pequeño aporte, al programa de festejos con que, año tras año, rinden homenaje los valdivianos de Santiago a la ciudad lejana que un día los cobijó. Motivo de íntima satisfacción es encontrarnos junto a coterráneos que, presididos por don Carlos Schmidt, hacen del amor al suelo natal su profesión de fe.

Nos sentimos en medio de vosotros como en nuestra propia tierra porque nadie os supera en la preocupación, en los desvelos y esfuerzos que día a día vais derrochando al servicio generoso de los problemas que allá a vuestros hermanos asaltan y estimulan.

Habéis querido que una de las joyas de las cuales Valdivia se siente orgullosa, sea más conocida por el país entero y, obedientes al llamado fraternal, aquí estamos, unidos a vosotros, para complaceros.

Grato es, igualmente, poder hablar en

Colección UACH Digital

el corazón del *Alma Mater* de las Universidades chilenas sobre otra Universidad, aunque nueva, ligada por muchos lazos de afecto a esta vieja Casa.

Gracias, pues, a S. E. el Rector de la Universidad de Chile y al Presidente del Círculo Valdiviano por la oportunidad de este momento cordial que nos han brindado.

Hemos de referirnos sólo a grandes rasgos a las vicisitudes que rodearon la creación de la Universidad Austral de Chile y, por ello, esperamos sepáis excusar el que en esta oportunidad, omitamos reiterar la expresión de nuestros agradecimientos a las autoridades, instituciones y colaboradores todos que contribuyeron a hacer realidad esta magna obra.

Llegados a Valdivia hace dieciocho años, impresionados por la pujanza de sus habitantes, la feracidad y grandeza de sus paisajes, el enorme potencial económico de su tierra y lo acogedor y plácido de su ambiente, pensamos que esta parte de Chile merecía convertirse en sede universitaria que impulsara su progreso. Porque, señores, ¡qué sentir frente a una zona dueña de enormes riquezas forestales y que no cuenta con los

Ediciones UACh/Difusión

ingenieros y técnicos que su cuidado y explotación requieren!

¡Qué pensar ante una riqueza ganadera de más de un millón de cabezas, cuando su protección y mejoramiento están entregados en manos de contados médicos veterinarios! ¡Qué, frente a la agricultura que, sin agrónomos, está a gran distancia de rendir los beneficios que una correcta explotación podría deparar! Y, por sobre las necesidades y anhelos regionales, ¡cómo no desear para Chile un nuevo centro de investigación desinteresada y científica, un juvenil esfuerzo por infundir en la comunidad el hondo espíritu de las viejas universidades de Occidente!

Entregados, pues, a la tarea de echar sus bases, fue surgiendo un ambiente que hizo abrigar esperanzas de una pronta realización.

Así, el 16 de febrero de 1954, se funda en Valdivia la Universidad Austral de Chile.

Esta fecha es memorable para nosotros por cuanto, en ese entonces, la Universidad no poseía nada, absolutamente nada, sino la fe en sus altos destinos y el imperativo que eligió de contribuir al bienestar del país con el incremento del acervo cultural y económico de las provincias australes.

Ediciones UACH Digital

Gran parte del resto del año 1954 transcurrió en medio de los afanes para establecer las bases materiales y jurídicas que permitieran a la Universidad iniciar sus actividades docentes y científicas en 1955. Obtener del Honorable Consejo de la Universidad de Chile la aprobación de nuestro Estatuto Orgánico, que nos permitiría llevar legalmente el título de Universidad; ocurrir al Gobierno y al Congreso Nacional para recabar la ayuda económica que diera solidez a la Institución; solicitar en la Provincia el apoyo moral y pecuniario para constituir el patrimonio indispensable a esa primera etapa; propiciar las generosas donaciones que hicieran posible el contar con los primeros edificios; dar comienzo a la contratación de los profesores y al estudio de los planes y programas de las futuras cátedras; tal fue, en parte, la improba tarea que ocupó nuestro tiempo en ese período inicial de creación de la Universidad.

Ajustándose a los plazos previstos, el 12 de marzo de 1955, el Presidente de la República, Excmo. señor Carlos Ibáñez del Campo, en presencia de Ministros de Estado, de representantes diplomáticos y de Universidades del país, de las autoridades provinciales

y en medio de la expectación de la ciudadanía de Valdivia, declaró instalada la Universidad Austral de Chile.

Días más tarde empezaban las clases en cuatro de sus Facultades: de Medicina Veterinaria, de Ingeniería Agraria, de Ingeniería Forestal y de Bellas Artes.

Imposible sería olvidar las modestas construcciones de madera que albergaron lo que más tarde habrían de ser los Institutos, así como las condiciones de estrechez y pobreza de las oficinas administrativas, instaladas en los altos de un Club; difícil sería olvidar aquella etapa en que, pasando por las dos pequeñas salas del Círculo Francés, llegamos a la que había de ser la casa de la Facultad de Estudios Generales, "hoy pulida y espléndida, donde profesores y alumnos revivieron la pobreza de las primeras Universidades medievales. Los duros blancos, los rústicos mesones de tablas claveteadas, el brasero en medio de la sala desnuda y fría, vivirán siempre en la memoria de quienes participaron en ese primer año de vida, tan próximo y a la vez tan lejano, de nuestra querida Universidad".

Partiendo de germen tan precario se lle-

Ediciones UACh/División

ga a la realidad actual. Contamos con cinco edificios, en los cuales se han instalado las Facultad de Estudios Generales, de Medicina Veterinaria, de Ingeniería Agraria, de Ingeniería Forestal, de Filosofía y Educación y de Bellas Artes, sin contar la Casa Central administrativa. Un predio de 32 hectáreas, ubicado en el corazón mismo de la ciudad, en la pintoresca y legendaria Isla Maja, y bañado por hermosos ríos, permite la erección —en estos momentos— de la Ciudad Universitaria provisoria, la que esperamos inaugurar el 12 de marzo de 1958.

Con la experiencia recogida junto a nuestros antiguos maestros y con la ayuda de nuestros profesores, nos entregamos a la tarea de organizar y dotar los Institutos que debían constituir el núcleo docente y de investigación de la Universidad. Es así como surgen los Institutos de Biología, Química, Zoología, Geología, Botánica, Morfología y Microbiología y las Cátedras correspondientes.

Se adquiere en la República Federal Alemana el más moderno instrumental, cuya selección efectúan los profesores contratados en Europa, antes de partir a su destino.

Un Centro de Documentación, que incluye la Biblioteca y Departamentos anexos que lo complementan, inicia su vida con la ayuda generosa de varias Embajadas, entre las que es de justicia destacar las de los Gobiernos Norteamericano, de Gran Bretaña, de Alemania y de Francia. En el espacio de un año se acumula un fondo de más de 15.000 títulos, así como valiosas colecciones de maderas, de materias primas, entre las que se incluyen los más diversos minerales, y material de enseñanza, demostrativo de los procesos técnicos más importantes de la ciencia actual; todo ello se incorpora a los bienes de la Universidad mediante el ingenio, perseverancia e interés de los señores Profesores.

Por último, y gracias a la cooperación del Ministerio de Agricultura, la Universidad puede contar, desde fecha reciente, con un fundo ubicado a las puertas de Valdivia, que le permitirá ampliar y mejorar sus labores docentes y de investigación agropecuaria.

LOS PRIMEROS ALUMNOS

Recién creada la Universidad, acudió a sus aulas un puñado de muchachos —no más de 30, el número máximo que podíamos aten-

der en las circunstancias que ya os dimos a conocer— un grupo de muchachos, decimos, que, no obstante su juventud, supieron captar y comprender la responsabilidad que recaía sobre ellos. El destino les otorgaba el raro privilegio de ser los primeros alumnos de una nueva Universidad que, en su condición de tal, no podía ofrecerles sino una Idea en marcha. Con alma de pioneros, afrontaron todo el rigor de las peores incomodidades, conscientes de "ser ellos" la misma Universidad, de cuya tradición estaban echando las sólidas bases que hoy nos hacen confiar en su porvenir. Identificados con la gran tarea común, no vacilaron en alternar sus deberes intelectuales con el rudo trabajo de tender cercos, de extirpar malezas y de cumplir con toda suerte de menesteres, como si esos hubiesen sido —y en realidad lo fueron— momentos de afanosa instalación hogareña.

Creemos que el mayor aporte que la Universidad ha hecho en favor de este grupo selecto de jóvenes —hoy en el tercer año de su carrera— es justamente el haberlos ligado a una gran empresa de bien público, de manera que, por vía de la acción personal y del ejemplo, están incorporados a un régimen de

Ediciones UV/Difusión

vida de alto rango, del cual se han desterrado el egoísmo, los intereses pequeños y de grupo, el arribismo y la complacencia moral, y donde el fermento de ideales superiores de altruismo y de generosidad son crédito de su formación individual y profesional. Creemos, señores, que una de las misiones primordiales de la Universidad es cultivar y desarrollar en sus alumnos las condiciones que los coloquen en el camino de su total integración, proceso que entraña el ejercicio de una libertad bien entendida: aquella que se genera en la intimidad del espíritu y se pone al servicio de los valores superiores del saber y de la cultura.

Es la que, desde los primeros instantes, ejercitaron los jóvenes de la Universidad Austral cuando, sin imposición extraña y sintiéndose dueños de "su" Universidad, colaboraron, unidos por el amor y la estimación, en la empresa colectiva que se les propuso.

En concordancia con esos propósitos, estamos dando estructura al ambiente general de la Universidad, decididos a obtener el perfeccionamiento de lo que es ya visible realidad.

Deseamos constituir una Universidad que

sea un gran hogar, una familia, una sociedad natural y completa, en cuyo seno alumnos y profesores se sientan unidos por el amor que presupone una comunidad de destinos. Por de pronto, y en lo material, día y noche están abiertas las aulas y recintos universitarios. ¡Cuántas veces hemos encontrado a nuestros maestros y a nuestros jóvenes, en altas horas de la madrugada, absortos en sus problemas y estudios! Quien haya vivido experiencias de joven estudiante, quien haya palpado las asperezas materiales que lleva aparejada la vida universitaria, podrá comprender que nosotros, al no haber podido instalar todavía los pensionados universitarios, hayamos convertido toda la Universidad en un gran hogar.

Es nuestro deseo obtener el máximo provecho de las condiciones ideales de Valdivia para erigirse en futura ciudad universitaria. Sus prudentes dimensiones urbanas, los meses lluviosos que invitan a una vida recoleta en la intimidad del hogar, la belleza y placidez de sus paisajes, la bondad de su gente, son características propicias al estudio y al recogimiento espiritual, libres de las pertur-

baciones agobiadoras de las grandes ciudades.

A dos años y medio de los comienzos, el pequeño grupo a que hemos hecho referencia, se ha sextuplicado y con orgullo podemos declarar que los nuevos alumnos están inspirados en el ejemplo de sus compañeros fundadores de la Universidad. Todos ellos han obtenido un triunfo, son jóvenes ya probados que, no dudamos, sabrán responder a la posición destacada que, por nuestra parte, hemos concedido a sus organismos directivos en el manejo de los problemas universitarios. Contarán siempre con nuestro decidido apoyo en toda manifestación de entusiasmo juvenil y creador que sea el producto de un hondo y libre deseo de dar vida plena al espíritu universitario. Allí está, para atestiguarlo, nuestro cálido recuerdo de sus fiestas de recepción a los nuevos compañeros, sus manifestaciones de arte y de sano humorismo, sus programas radiales, actividades todas que contaron siempre con nuestra más amplia y abierta simpatía. Maestros y alumnos, identificados alrededor de objetivos comunes, están contribuyendo así a dar nacimiento a ese espíritu, que se acrecienta cuan-

Ediciones UACh/Dalisson

do los maestros estamos dispuestos a desprendernos de personales prejuicios, con afán anheloso de recuperar el alma limpia y cristalina de los jóvenes. Es nuestra firme convicción el que estos delicados y serios propósitos sufren en nuestras Universidades los más grandes entorpecimientos por la intromisión de la politiquería y de los politiqueros en la vida estudiantil y, aún, en la dirección de la Universidad misma. Creemos que se menoscaba la formación del futuro ciudadano y se frustran las esperanzas de formar investigadores, cuando se distraen las energías del joven hacia actividades proselitistas que estrechan su horizonte y le impiden ponerse en contacto objetivo y desinteresado con la realidad. A nuestro juicio, una de las causas que explican la carencia o escasez de hombres capaces de afrontar con eficacia los problemas nacionales, se debe a esa prematura politización de nuestra juventud. Orientada ella, en cambio, sobre la base de una auténtica cultura individual podría cumplir, llegada su hora, con el servicio público que la sociedad espera del hombre salido de las aulas universitarias. Esto implica la aceptación, por nuestra parte, de todo un período de la vida

juvenil en que se irá gestando la futura conducta personal y ciudadana del joven en un clima de estudio sereno de todos los problemas que despierten su interés, clima propio del alto destino educacional que debe cumplir la Universidad.

EL MAESTRO UNIVERSITARIO

Si es difícil —por el número excesivo de candidatos— la selección de los estudiantes, mucho más lo es la del profesorado. Doblemente difícil, por su escasez y por las cualidades que de sus componentes exigimos. No creemos necesario detallar las condiciones del profesor como científico y como pedagogo, pero sí debemos analizar las que dicen relación con las posibilidades de todo orden que debe ofrecerles la Universidad. Excluída pues, esta condición del profesor como científico y pedagogo, por asumir ella la validez de un axioma, nos referiremos a esas posibilidades, las que van desde los medios técnicos que ponemos a su disposición hasta el ambiente en que ha de desenvolver su actividad científica; desde los emolumentos que se le asignen hasta la comprensión y apoyo moral que ha de rodearlo. Extraño parecerá que

Ediciones LAChi/Difusión

debamos plantear estos problemas, pero ellos están ahí y, según nuestro parecer, no han tenido hasta el momento solución adecuada.

Oímos con frecuencia hablar de la misión de la Universidad, de su responsabilidad como plantel de enseñanza superior, de la organización de sus Institutos, de la investigación experimental y aun de su acción extramuros. Oímos hablar y discutir de los deberes y obligaciones del profesor frente a la Universidad y podemos constatar que el pronunciamiento está, casi siempre, reglado por lo que acontece y sucede en las viejas Universidades europeas. Se habla y se escribe sobre los principios universitarios fundamentales que se suponen iguales para cualquier Universidad. Iguales deben ser, en verdad, siempre que nosotros demos por sentado que nuestra vida universitaria es similar a la de otros países. El profesor Lipschütz, hablando entre nosotros hace algunas semanas, comentaba la extrañeza que le causó, al llegar a Chile, hace ya treinta años, la preocupación que dedicábamos a los problemas fundamentales de la Universidad y a los que él llama de organización. (Para él, hombre de ciencia, investigador y profesor, los problemas impor-

tantes son los científicos, los de investigación y los docentes). Nos decía que él había dictado conferencias sobre organización de Universidades, sobre sus Escuelas profesionales, sobre la investigación científica que en ellas debe realizarse, sobre las Universidades como Instituciones nacionales de orden cultural, etc., y agregaba que para él constituía un deseo ferviente hablarnos sobre la cuestión de cómo podría ser, según su apreciación, la nueva Universidad Austral de Chile. Y, efectivamente, mi maestro nos habló de verdades indiscutibles y valiosas, hizo revivir en nosotros el recuerdo de las enseñanzas que junto al calor de su hogar, frente a la taza de té que nos ofrecía su esposa, depositó en nuestro espíritu juvenil. Si mañana hubiera de responsabilizarse a alguien por lo que la Universidad Austral pudiera ser, debería señalarse desde luego, entre otros, a mi maestro. Sin embargo, nuestros problemas de organización exceden a aquellos expuestos por el maestro Lipschütz e involucran también, por las razones anotadas, otros que siempre deben en América tenerse presentes: los problemas humanos, anejos a todo ambiente científico y cultural en formación. Tendemos

Ediciones Universidad Austral

a confundir la Universidad con un establecimiento fabril que, por vías de orden mecánico, pudiera entregarnos profesionales e investigadores. Nos resistimos a comprender el proceso por el cual las Universidades han ido cayendo en esa tendencia. Partiendo de la certidumbre de esta afirmación, es nuestro deber analizar los hechos, más que sus causas —lo que nos podría llevar demasiado lejos— y exponer las medidas que estamos tomando con el objeto de corregirlos en nuestra Universidad Austral.

Son estos hechos los siguientes: la falta de una carrera docente, y sus consecuencias; la carencia de un ámbito material y espiritual indispensable al desarrollo de toda actividad universitaria, y la incomprensión social para la alta categoría humana que representa un hombre de ciencia, un profesor universitario.

La ciencia, la investigación científica es una actividad absorbente, y al tiempo que se hace más profunda, más compleja, corre el hombre que la cultiva el riesgo inminente de quedar al margen del comercio social, haciéndose acreedor a los duros epítetos que Ortega y Gasset, en su *Misión de la Universidad*, aplica al científico especializado y des-

Ediciones UACh/Difusión

humanizado de nuestra época. Como en rededor del sabio subsisten y se agravan los problemas del más amplio contenido, que afectan y perturban la secuencia de sus labores, es un deber primordial de nuestras Universidades chilenas tratar de aliviar, con un sentido humano, esta compleja y difícil situación.

Aspiramos a formar los hombres de ciencia que el país necesita con tanta premura, pero ¿qué podemos ofrecer a nuestra juventud, qué a quienes acudan a nuestro llamado? ¿Laboratorios? Tal vez, unos pocos y modestos, y sólo desde ayer, cuando hemos contado con la ayuda extranjera. ¿Tranquilidad para el presente? ¡Si sólo nos hubiésemos preocupado de evitar las condiciones paupérrimas en que se debate nuestra juventud universitaria, algo habríamos ya conseguido. ¿Seguridad en el futuro? Con amargura recordamos, en estos precisos instantes, a muchos de nuestros amigos del más acendrado valor espiritual y científico, debatiéndose en una estrechez económica indigna de una nación que aspira a la cultura. Cuando pensamos que el profesor universitario debe centrar su vida en torno a la actividad científica

Publicaciones DACH Difusión

y docente; cuando pensamos que debe dedicar su actividad vital a la Universidad, ¿sería justo abrumarlo con el peso de preocupaciones que a nosotros competen, los que hemos sido llamados a los cargos que ocupamos no para vana ostentación sino para que se cumpla en nosotros la sentencia *servus servorum scientiae*? Conscientes de éste nuestro deber, consciente la Universidad Austral de éste su deber, y afrontando los mayores sacrificios, estamos ofreciendo a nuestros profesores un trabajo a tiempo completo. Hemos decidido evitar la participación en las actividades universitarias de profesores "parceleros", aquellos para quienes el ejercicio de la labor docente o de investigación, es sólo una de sus múltiples obligaciones. Consideramos que a la Cátedra debe llegarse en condiciones de honrarla y servirla y no con la intención, aunque secreta, de ser honrado. El profesor en la Universidad no puede ser el empleado que llega a una hora determinada a poner en marcha dispositivos mecánicos, ni tampoco el jefe que, dictadas las órdenes del día, cree cumplida su misión, sintiéndose liberado de ulteriores deberes. El profesor universitario no es un empleado so-

metido a un régimen de funciones precisas y limitadas; él es sacerdote de un culto permanente que eleva la condición humana, por lo que merece honra y prez de la sociedad. Él es miembro de una gran familia cuya única preocupación es contribuir —directa o indirectamente— al mejoramiento espiritual, cultural y material de la sociedad y por ello no debe marginarse su derecho a participar de los beneficios propios de toda actividad universitaria. Miembro importante de esta gran familia que es la Universidad, justo es reconocerle esos derechos y asignarle, en el amplio cuadro de la vida universitaria, el lugar preeminente que le corresponde. No extraña, pues, que el acto de ingreso o incorporación de un nuevo académico esté rodeado, en nuestra Universidad, de solemnidades que constituyen una fiesta espiritual en la que todos participamos. Su presentación a los organismos directivos de la Universidad, a sus colegas de trabajo, a sus futuros alumnos y a los miembros todos de la familia universitaria, su investidura con la toga y el birrete, la lectura de su *curriculum vitae*, contribuyen a prestar digno realce al momento en que, con emoción contenida, se recibe a

un colaborador más en la lucha en que nos encontramos empeñados. De esa experiencia triste, la de profesores que asumieron un día cualquiera sus responsabilidades docentes en medio de la frialdad de sus alumnos y en ausencia de ese calor humano que debe irradiar siempre de los primeros contactos espirituales, de esa experiencia no podrán quejarse los profesores de la Universidad Austral. Hay Universidades en que todo conspira contra la familia universitaria: edificios separados por grandes distancias, dificultades penosas cuando no insolvables de comunicación; laboratorios lejanos y de difícil acceso para profesores y alumnos; carencia de locales que hagan propicia la convivencia universitaria; separación física del profesor y su familia durante largas horas del día; y, finalmente, desconexión y alejamiento de las familias de los propios profesores. Si ésta fuese una situación transitoria, de fácil enmienda y corrección, tal vez no habríamos insistido en sus factores más visibles y notorios. Pero como tiende a persistir, a hacerse habitual y a volverse tradición, no cometeremos en la Universidad Austral el error de no disponer todas las medidas, físicas y morales, para evi-

tar la dispersión de la familia universitaria y promover, al contrario, su íntima e indispensable cohesión. Dar ambiente acogedor a las aulas y mantenerlas abiertas día y noche; facilitar su concurrencia por maestros y alumnos; poner el libro al alcance de todos; preocuparse de la tranquilidad espiritual y material de los miembros de la Universidad; propender a la habitación confortable para profesores y alumnos; propiciar el mutuo conocimiento de los integrantes de la familia universitaria; honrar de hecho a los hombres de ciencia y hacer fácil y grata su labor; son deberes que nos hemos impuesto como dirigentes y rectores de la Institución.

LA FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES

Decíamos en ocasión solemne que uno de los objetivos de la Universidad es propender al desarrollo integral de la personalidad de sus jóvenes alumnos, disponiendo las condiciones ambientales, físicas y espirituales adecuadas a dicho fin.

Junto al esfuerzo que hemos desplegado en lo material y físico estamos dando forma, en el campo de esos altos propósitos, a un

Ediciones Universidad

organismo de acción universitaria, nuevo en el país pero respaldado por sólidas y valiosas experiencias, que, estamos seguros, coadyuvará eficazmente a dar al joven que ingresa a la Universidad la cultura básica fundamental, sello irrenunciable del espíritu auténticamente universitario.

Nos referimos a la Facultad de Estudios Generales.

En el momento crucial en que el joven, recién egresado de la enseñanza secundaria y carente aún de una clara conciencia de sí mismo y del mundo, ha decidido abrazar la profesión que anhela, la Universidad le entrega los medios adecuados de orientación intelectual y moral que le permitan descubrir y cultivar los ideales de perfeccionamiento individual y los más amplios del cuerpo social en que ha de actuar, evitando así la grave, la gravísima deformación profesional —ceguera pertinaz para todo cuanto se halle fuera del campo restringido de la especialidad— que esterilíza en gran parte la misión del universitario de hoy.

Al discutirse la organización de la Facultad de Estudios Generales, uno de nuestros Consejeros hacía notar ese deber con estas

palabras: "Es tarea fundamental de la Universidad facilitar la adquisición de una cultura general, coherentemente unificada e integrada por los contenidos más significativos del patrimonio intelectual y espiritual del hombre contemporáneo. Se aspira así a procurar al egresado de la segunda enseñanza, antes de toda profesionalización de capacidades e intereses, una imagen sinóptica del mundo físico y social y, con ella, una clara conciencia de su participación activa y pasiva en la comunidad de valores en que vive. Es el ideal que, orientado hacia el ensanchamiento de las posibilidades de vida por el ensanchamiento del saber de sí y del mundo, alguien ha podido llamar con acierto *educación para la libertad*".

La Facultad de Estudios Generales encara esa misión, disponiendo un plan que, integrado por las grandes disciplinas del pensamiento —Filosofía, Historia de la Cultura, Ciencias Biológicas Puras, Ciencias Exactas— forme en todos los estudiantes un acervo mínimo de ideas claras sobre el hombre y el mundo.

Compenetrado, así, el joven de la conciencia de formar parte de una colectividad

en que, por libre disposición de su espíritu, está al servicio de los demás, no podrá defraudar la confianza en él depositada porque frente a cualquier problema insólito que le presente la realidad sabrá elegir la solución justa y humana, impermeable a toda sugestión en contrario, cualesquiera sean sus consecuencias.

Hemos dividido esta Facultad en dos Departamentos: El Departamento de Humanidades, que agrupa las cátedras de Filosofía, Historia de la Cultura y Lenguas y Literaturas; y el Departamento de Ciencias, con la cátedra de Matemáticas y los Institutos de Física, Química, Geología, Geografía, Biología, Morfología y Microbiología.

Centrando en los Institutos la enseñanza respectiva y disponiendo su ubicación en un solo cuerpo arquitectónico, podrá conseguirse —máxime cuando la Universidad traslade sus actividades a la Isla Teja— la más estrecha correlación en el trabajo científico y docente; una mejor coordinación de esfuerzos de profesores, ayudantes y alumnos; un gran ahorro de material, y un contacto más expedito con el medio colectivo externo al que la Universidad presta ayuda y consejo.

Editorial SAUCH/Difusión

Conforme a los ideales que le dieran nacimiento, podéis ver que la Universidad, a través de esta nueva Facultad podrá, además, volcarse hacia el medio social que fue el incentivo de su creación, difundiendo los bienes de la cultura y de la técnica, en una labor cuyos frutos no se dejarán esperar.

Sentimos la necesidad de declarar que no sólo postulados de orden general y permanente nos llevaron a la creación de la Facultad de Estudios Generales: los hubo también de naturaleza particular y que ansiamos sean transitorios.

Mencionamos en primer término la dramática y desconcertante escasez de investigadores y docentes científicos. Las Universidades —y en especial la nuestra, que ha sufrido en un momento decisivo esta grave situación— están constreñidas a solicitar la colaboración de maestros extranjeros para cátedras básicas de su enseñanza. Parece indudable que en este punto se ha caído en el error de formar sólo profesionales, descuidando este aspecto importantísimo, verdadero pilar de la Universidad.

Ediciones UACh/Difusión

Y, en segundo término, en el orden económico, reside otro de los grandes males que aquejan a nuestras Universidades. Maestros de un culto superior estamos, sin embargo, obligados por imposición de las leyes fundamentales de toda sociedad organizada, a mantener, aun en medio de adversidades económicas, nuestra contribución al progreso y al bienestar de nuestros semejantes. Por fortuna, aun cuando ello estuvo dentro de lo previsto, la organización de la Universidad alrededor de una Facultad de Estudios Generales nos permite, en la Universidad Austral, cumplir modestamente las tareas de bien patrio, sufriendo estoicamente las consecuencias del estado de cosas que solemnemente denuncio.

Penetrados de la honda emoción nacida en instantes que a sólo vosotros, valdivianos de Santiago, os debemos, no esperamos sino revivirla algún día, trayendo al examen y juicio de vuestro interés por nuestra tierra, los futuros pasos de la Universidad Austral, obra grande porque es obra de amor; obra que ha de durar porque fue inspirada en un espíritu de servicio a ideales de libertad y amor a la Patria.

Con los sentimientos de solidaridad que despierta la acción común, saludamos a todas las Universidades del país, en nombre de nuestra Universidad, y agradecemos, una vez más, a la Universidad de Chile la muestra de hospitalidad que nos ha brindado.

Por ella y para ella alzamos nuestra voz diciendo: *Vivat, crescat floreat in aeternum Universitas Chilensis.*

EdicionesUACh/Difusión

EDICIONES UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE

Representante Legal
Rector Oscar Galindo Villarroel

Consejo Editorial
Yanko González C., Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades (Presidente).
Arturo Escobar V. (hasta junio 2013), Alejandro Bravo S., (hasta junio de 2014) y Leonor Adán A., Directora Dirección de Vinculación con el Medio.
Luis Vera C., Director Sistema de Bibliotecas UACH.
Ernesto Zumelzu D., (hasta diciembre 2013), Carlos González F., (hasta junio de 2014) y Hans Georg Richter B., Director Dirección de Investigación y Desarrollo.

Comités Editoriales
Leopoldo Ardiles A., Coordinador del Comité Ciencias de la Salud.
Jorge Arenas B., Coordinador del Comité Ciencias de la Ingeniería y Tecnologías.
Víctor Gerding S., Coordinador del Comité de Ciencias Silvoagropecuarias.
Sergio Mansilla T. (hasta enero 2014), Jorge Vergara D., Coordinador del Comité de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades; con la asesoría de María Angélica Illanes O. y Pablo Szmulewicz E.
Carlos Oyarzún O., Coordinador del Comité de Ciencias Exactas y Naturales.

Unidad Técnica de Coordinación y Producción Editorial
César Altermatt V., encargado de la Oficina Difusión y Comunicaciones, Dirección de Vinculación con el Medio.
Sebastián Figueroa C. y Hernán Peredo, encargados de la Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades.
Silvia Valdés F. Área de Diseño Gráfico, Dirección de Vinculación con el Medio.

Lectores Especialistas y Colaboradores
Álvaro Amigo, SERNAGEOMIN.
Óscar Balocchi L., Universidad Austral de Chile.
César Bermúdez T., Universidad de Antioquia, Colombia.
Raúl Bernal-Meza, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
Paulo Corti, Universidad Austral de Chile.
Dimas Floriani, Universidad Federal de Paraná, Brasil.
Rodrigo Hucke-Gaete, Universidad Austral de Chile.
Andrés Kalawski, Pontificia Universidad Católica de Chile.
Paola Lagos L., Universidad de Chile.
Liliana Pedraja-Rejas, Universidad de Tarapacá.
Walescka Pino-Ojeda. Universidad de Auckland, Australia.
José María Ripalda, UNED, España.
Augusto Samaniego M., Universidad de Santiago de Chile.
Patricio Valdivieso F., Universidad de Los Lagos.

Concepto y Diseño Editorial
Ricardo Mendoza R.

Esta segunda edición en 1.500 ejemplares de
REMEMBRANZAS DE UNA UNIVERSIDAD HUMANISTA
de
Eduardo Morales Miranda,
se terminó de imprimir en agosto de 2014
en los talleres de Andros Impresores,
☎ (2) 25 556 282, www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile,
☎ (56-63) 2 221 927
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile.

Diseño y cuidado de la edición,
Ricardo Mendoza Rademacher.

Todos los derechos reservados.
Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos,
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2014.
RPI 139.205 / 20 de abril de 2004.
ISBN 978-956-79412-10-3

Solo el tiempo y la distancia nos darán la suficiente serenidad para ver al doctor Eduardo Morales, Presidente y Rector de la Universidad Austral de Chile, tal como es, separando, de una parte, sus cualidades, y de otra, sus defectos. Pero, por el momento, debemos reconocer que se debe a su fe inquebrantable, a su dinamismo, y a su concepción del trascendental proyecto de crear una Universidad en una lejana ciudad del país, el que se haya iniciado y puesto en marcha a breve plazo la Universidad Austral.

Ha tenido el mérito, además, de conseguir la colaboración de un grupo numeroso de hombres que vivían ensimismados en muy ajenas y absorbentes ocupaciones. (...) Lo hemos visto elucubrar incesantemente, con pasión, buscando los medios de llevar a cabo su empresa, con tanta impaciencia que, a veces, se hizo necesario que los compañeros del Directorio controlaran sus ímpetus para evitar alguna equivocación (...) Su carácter absorbente lo impele a mezclarse en todo: en las grandes y en las pequeñas empresas. Tan pronto discute con hombres de Gobierno y con los dirigentes de la Universidad máxima de Chile, como interviene en el nombramiento de un mozo o de un portero; ya proyecta audaz reforma pedagógica y elabora o adapta Reglamentos de Facultades, ya controla el uso del papel gastado en una oficina y dispone la ubicación de las lamparillas de una sala. Su actitud no conoce límite y todo lo traspasa.

(Actas Memoria del Honorable Directorio de la Universidad Austral de Chile, 1955-1956, pp. 4-5).

ISBN 978-956-79412-10-3

9 789569 412103